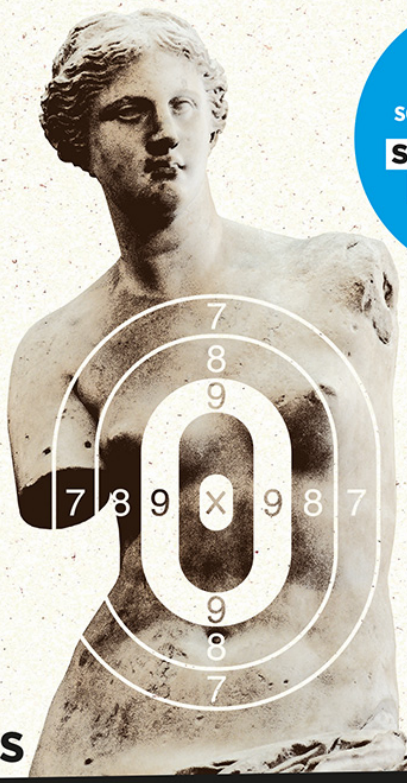
LAURA BATES



Incels, artistas de la seducción y otras **SUBCULTURAS MISÓGINAS ONLINE**

Capitán Swing

Los HOMBRES que ODIAN a las MUJERES

Los HOMBRES que odian a las MUJERES

Incels*, artistas de la seducción y otras subculturas misóginas *online

LAURA BATES

Traducción de

Paula Zumalacárregui Martínez

Capitán Swing

Los HOMBRES que odian a las MUJERES

Incels, artistas de la seducción y otras subculturas misóginas *online*

A Nick, sin el que nada de esto
habría sido posible.

Introducción

Imaginemos un mundo en el que anualmente se viola, apaliza, mutila, maltrata y asesina a decenas de miles de mujeres por el mero hecho de serlo. Imaginemos un mundo en el que se fomenta de manera activa el odio hacia las mujeres mediante comunidades de hombres cada vez más numerosas especializadas en alimentar y avivar la causa. Imaginemos un mundo en el que ese odio se funde a la perfección con la furia racista: «putas» tachadas de contaminar linajes superiores; «salvajes» invasores, conjurados por imaginaciones enardecidas por el odio, a quienes se acusa de rapiñar el producto deshumanizado de las frágiles mujeres blancas. Imaginemos un mundo en el que miles de hombres, unidos por un código compartido de odio virulento, se alían para demonizar a las mujeres —a quienes tachan de malignas, desalmadas y codiciosas—, despotricar contra ellas y tramar de manera gráfica cómo violarlas y destruirlas en una gloriosa sublevación fanática. Imaginemos un mundo en el que algunos de esos hombres, queriendo materializar esas fantasías, cometieran feminicidios múltiples y escribieran manifiestos para explicar la ideología que los llevó a cometer esos atentados terroristas. Imaginemos un mundo en el que hombres vulnerables, niños perdidos y adolescentes confundidos y asustados se vieran presa de esas comunidades, que se alimentan de sus miedos y los empujan al odio, la violencia y la autodestrucción.

No hay necesidad de imaginar ese mundo: es el que habitamos. Pero igual no lo sabías, porque no nos gusta hablar de ello. No nos gusta correr el riesgo de ofender a los hombres. Nos cuesta pensar en los hombres blancos heterosexuales como en un grupo homogéneo, aunque nos resulta sencillo cuando pensamos en

otro tipo de personas, porque tenemos por costumbre conceder a cada uno de esos hombres el privilegio de una identidad diferenciada. Se trata de hombres complejos, heroicos, individuales. Nos parece que sus decisiones y elecciones surgen de un conjunto de circunstancias diferenciadas y singulares, porque así es como los vemos: como personas diferenciadas y singulares. No nos importa hablar de las mujeres como de un grupo ni de la violencia contra las mujeres como un fenómeno, pero hablamos de ello como si fuera algo que ocurre así sin más. Por norma general, no hablamos de los hombres como autores de la violencia contra las mujeres. Decimos que a una mujer la han violado; hablamos del índice de mujeres que han sido víctimas de una agresión sexual o de maltrato. No decimos que los hombres cometen violaciones ni que son agresores sexuales y maltratadores violentos. Por eso resulta tan sencillo centrarse en la vestimenta, el comportamiento y las decisiones de las mujeres al analizar la violencia sexual. Advertir a las mujeres de que extremen las precauciones para protegerse y, de manera implícita o explícita, culpar a las víctimas que no adopten tales precauciones. Porque la violación es algo tenebroso y oscuro que acecha en un callejón y que les sucede a las mujeres que van con minifalda, no un acto deliberado y criminal cometido por hombres de carne y hueso. Ante la obligación de enfrentarnos a esos hombres cuando algún caso mediático salta a los titulares, los describimos como «animales» o «monstruos» para separarlos con claridad de los hombres corrientes y respetables entre los que caminamos a diario. No los contamos, ni los cuantificamos ni los estudiamos de manera significativa. De hecho, rara vez les dedicamos un solo pensamiento.

Si hablamos de masculinidad, del patriarcado o del privilegio masculino, las conversaciones se desbaratan enseguida entre acusaciones de generalización y prejuicios. La queja es la misma en todas partes: *Not all men* (No todos los hombres). Es demasiado simplista, ofensivo y general. Sin embargo, presentamos pocas objeciones de este tipo cuando se da por hecho que los crímenes cometidos por un hombre de piel marrón o negra están relacionados con su raza o su religión. Hablar mal de la masculinidad —tacharla de problemática en su actual iteración social— se ve como un ataque contra los propios hombres. Cuestionar por qué algunos hombres se comportan de determinadas maneras se considera una agresión contra todos los hombres y, por lo tanto, inaceptable.

Pero es justo al revés. Quienes hablan de «masculinidad tóxica» no están criticando a los hombres, sino defendiéndolos: describen una ideología y un sistema que presiona a los niños y a los hombres de nuestra sociedad, de nuestra familia, para que se atengan a unos ideales impracticables, insalubres e insostenibles. Los aplastantes estereotipos de género perjudican a los hombres a

nivel individual, además de a la sociedad en la que viven. Abordar ese problema, desarticular esas presiones, es una cuestión de vida o muerte para nuestros jóvenes, que, como piezas de dominó, se precipitan al abismo que dejamos atrás cuando pasamos de puntillas junto al problema y nos negamos a ponerle nombre.

Pero es que no nos gusta ofender a los hombres; de ahí que no lo mencionemos. No usamos la palabra «terrorismo» cuando describimos una masacre cometida por un hombre blanco con la intención explícita de inspirar terror y sembrar el odio contra un grupo demográfico específico —aunque esa sea la definición de terrorismo— si el sector demográfico en cuestión son las mujeres. Ese hombre está «trastornado», «perturbado» o es un «lobo solitario», nada más. Empleamos un lenguaje que lo señala de manera específica como un marginado, una aberración. No hablamos de su periplo digital como de una «radicalización» ni usamos la palabra «extremismo» para denominar a las comunidades virtuales en las que se ha sumergido, aunque recurriríamos a esas palabras sin pensarlo para describir un tipo similar de delitos cometidos por otro tipo de hombres. No analizamos qué los ha llevado a cometer esos atentados ni cómo han llegado a acumular tanto odio.

La mayoría de los hombres son personas buenas y compasivas que jamás en su vida cometerían tales delitos. Pero eso no puede impedirnos reconocer que quienes los cometen no siempre actúan en el vacío. Si no detectamos los vínculos, si ni siquiera nos detenemos a considerar la masculinidad y su tóxica construcción social como un factor determinante en esos crímenes, nunca los controlaremos ni los prevendremos de manera eficaz. Eso no quiere decir que tratemos a todos los hombres como enemigos: al revés. Significa abrazar a las legiones de hombres que están al pie del cañón, a los activistas y educadores volcados en combatir el problema. Existe un movimiento masculino real —fundado a finales de la década de 1960 para complementar el floreciente movimiento de liberación femenina y que aún permanece en activo— que abarca comunidades que están luchando de verdad contra los numerosos problemas legítimos que afectan a la vida de los hombres, así como hombres que luchan por su cuenta por acabar con lacras como la violencia en las relaciones de pareja. Es un movimiento que pretende cuestionar y desmantelar la masculinidad tóxica al comprender que resulta tan dañina para los hombres como para las mujeres. Pero ese movimiento se ve amenazado y eclipsado por otros movimientos masculinos caracterizados por el odio.

Esto no atañe solo a las mujeres y a las niñas: también es una batalla para proteger a los jóvenes que se encuentran perdidos, que se cuelan por las grietas de los estereotipos sociales y caen directamente en los brazos de las comunidades

que están listas para captarlos, ansiosas por lavarles el cerebro mediante el miedo a las amenazas a su hombría, su carrera y su país. Aunque fingen que la amenaza para esos jóvenes son las mujeres, los inmigrantes o los hombres racializados, la auténtica amenaza procede de las mismas formas rígidas de «hombría» que sus supuestos salvadores intentan preservar y fomentar desesperadamente. Sin embargo, preferimos hacer oídos sordos a ese movimiento de odio misógino que prepara y radicaliza activamente a nuestros jóvenes antes que vernos en la obligación de enfrentarnos a él.

Quizá todo esto suene muy radical, un poco exagerado. Igual piensas que tal vez haya uno o dos hombres en la red con opiniones exaltadas e ideas preocupantes sobre las mujeres, pero que así funciona Internet: no son más que adolescentes tristes en el sótano de la casa de sus padres, matando el tiempo sin más ropa que unos calzoncillos mugrientos y con un paquete de Doritos bajo el brazo. No entrañan una amenaza real. Inspiran más compasión que miedo.

Incluso la palabra que usamos para describir a las comunidades misóginas condensa a la perfección esa actitud. Al margen de alguna noticia suelta o de conversaciones en pequeños círculos en el marco del activismo feminista, la mayoría de las personas no conocemos la cada vez más extensa red de grupos, sistemas de creencias, estilos de vida y sectas que desgranaremos en este libro. Quienes la conocen la describen como la *manosphere* o «machoesfera». Al igual que en el caso de *man cave*, *man flu* y *man bag*,[1] utilizamos *man* como prefijo para denotar una leve burla, para sugerir algo ligeramente risible, una anomalía con respecto de la masculinidad tradicional. La machoesfera se ve como una ridiculez y, por lo tanto, como inofensiva. Pero no es inofensiva: es un espectro interconectado de grupos distintos pero relacionados, cada uno de los cuales tiene un rígido sistema de creencias, un léxico y una forma de adoctrinamiento propios. En este libro exploraremos los eslabones de la cadena —los *incels*, los artistas de la seducción, los hombres que siguen su propio camino (MGTOW, por sus siglas en inglés), los activistas por los derechos de los hombres…— y su existencia como una especie de ecosistema vivo y palpitante en estrechas y simbióticas relaciones con otras comunidades virtuales, como los supremacistas blancos y los *trolls*. Analizaremos los métodos de expansión de esos grupos, que tejen una amplia telaraña de páginas web, blogs, foros, chats, grupos y cuentas en las redes sociales y revelaremos lo fácil que resulta que los jóvenes se tambaleen por los márgenes de esa telaraña, que se vean atrapados y por fin atraídos al centro con sutil eficacia. Se trata de comunidades que existen sobre todo en el plano virtual, de manera que la gigantesca porción submarina del iceberg pasa prácticamente inadvertida e invisible, aunque la punta alcanza nuestro mundo

«real» y se vuelve cada día más osada y punzante.

Quizá pienses que deberíamos calmarnos y recordar que lo que pasa en Internet no es la vida real: al fin y al cabo, «rebota, rebota y en tu culo explota» y tal.

Tal vez hayas oído que la libertad de expresión se encuentra amenazada, y que si dejamos que la generación copo de nieve o milenial y los guerreros de la corrección política se salgan con la suya, nadie podrá volver a criticar jamás en Internet a las mujeres ni a los grupos minoritarios. O igual has oído que una de nuestras libertades fundamentales está viéndose mermada por mujeres «ofendiditas» y sin sentido del humor que se molestan por unas bromitas procaces.

Pero ¿y si el asunto tuviera más miga?

¿Y si lo que ocurre es que resulta casi imposible combatir la epidemia de violencia que sufren las mujeres y las niñas porque ni siquiera somos capaces de nombrar y analizar el problema con claridad? ¿Y si no podemos empezar a adoptar un enfoque integral y efectivo para controlar los atentados violentos porque nuestras descripciones no reconocen los vínculos existentes entre ellos? ¿Y si nos hemos habituado tanto a ciertas formas de violencia que las consideramos culturales, personales e inevitables? ¿Y si nuestras ideas sobre los hombres y las mujeres, la misoginia y los delitos de odio y el aspecto de quienes cometen atentados terroristas están tan condicionadas por los estereotipos que estamos cometiendo errores garrafales? ¿Y si esos errores tienen consecuencias demoledoras?

¿Y si existiera una especie de sistema de alerta temprana que pudiera advertirnos de la posibilidad de la tragedia en los incesantes casos de violencia, pero nunca viéramos las señales de alarma? ¿Y si las multitudes de mujeres maltratadas fueran canarios cuyos trinos en las minas de carbón nadie oye? ¿Y si la violencia contra las mujeres se ha convertido hasta tal punto en el papel pintado de nuestra vida que se ha camuflado a la perfección? ¿Y si nuestra insensibilización a la omnipresente micromisoginia nos está impidiendo reconocer una crisis en toda regla?

Es un poco más fácil ver las señales si eres mujer. Es muchísimo más fácil si eres una mujer que haya expresado su opinión en Internet. Se ve a la legua si eres una mujer implicada en el activismo feminista. Porque no puedes permitirte el lujo de seguir haciendo la vista gorda. Porque el odio te llega. Porque contactan contigo.

Los hombres llevan casi diez años mandándome mensajes diarios —a veces, cientos de ellos— en los que exponen el odio que me profesan, fantasean con

violarme y asesinarme de manera salvaje, detallan qué armas utilizarían para rebanar mi cuerpo y destriparme, me describen como un veneno goteante, se describen acechándome a la puerta de casa, me informan de a qué asesinos en serie les gustaría emular para acabar con mi vida…

¿Por qué están tan cabreados esos hombres? ¿Por qué me odian tanto? Porque soy la creadora de una paginita web llamada Everyday Sexism (Sexismo Cotidiano) en la que la gente (de cualquier género) puede relatar sus vivencias en materia de sexismo y desigualdad. Yo pedí a la gente que contara sus historias y les facilité el espacio donde hacerlo. Y ese sencillo e inocuo gesto de 2012 bastó para desencadenar un aluvión de insultos que continúa hoy en día y que se recrudece e intensifica cada vez que hablo del proyecto en Internet o en los medios de comunicación. Es algo que me sigue a las conferencias que doy, en las que hombres cabreados reparten folletos que me tachan de mentirosa, o a las librerías, donde dejan notas manuscritas en mis libros para advertir a los lectores de que las mujeres mienten sobre haber sido víctimas de una violación. Me sigue desde los platós de televisión, donde me han visto en las noticias, de manera que al llegar a casa y abrir el portátil me encuentro con mensajes de hombres que hablan de usar mi pelo como si fuera un manillar y violarme hasta la muerte.

Largas descripciones en las que hablan de maltratarme y agredirme sexualmente. Mensajes en los que hablan de violar a mis hipotéticos hijos futuros. Mensajes en los que hablan de destrozarme los genitales y la vagina. Vídeos en los que se me representa como el diablo. Rocambolescas diatribas sobre mi pareja y amenazas de hacer daño a mi familia. Detalles gráficos sobre cómo darán con mi paradero, me violarán usando algún mueble y se grabarán en el proceso. Después de eso, es aún más fácil ver las señales de alarma. Es más fácil establecer vínculos entre los insultos que se lanzan en Internet contra las mujeres y personas de minorías étnicas que se dedican a la política, la falta de diversidad de nuestros parlamentos y el asesinato a sangre fría de una parlamentaria en su propia circunscripción. Entre las fuertes críticas que reciben las chicas que juegan a videojuegos por Internet, las afiladas y cortantes aristas de sus redes sociales y los cortes reales que cubren sus cuerpos adolescentes, dado que la mitad de ellas se han autolesionado y una cuarta parte padece enfermedades mentales. Entre, por un lado, las mujeres que mueren en silencio, sin que se las cuente ni se las identifique, las noticias que compadecen a los pobres asesinos desconsolados y los artículos que aseguran que el hecho de que sus mujeres se nieguen a mantener relaciones sexuales aboca a hombres buenos a la violación y, por otro lado, los asesinos que matan a decenas de mujeres para «vengarse» de aquellas que no han querido acostarse con ellos. Porque ¿acaso echar un polvo no es

prerrogativa divina de todos los hombres?

Hay gente que cree que esos grupos no se merecen el oxígeno de la publicidad,[2] que el mero hecho de hablar de ellos supone legitimarlos y engrandecerlos. Hace unos años, les habría dado la razón.

Llevo ocho años hablando casi todas las semanas de sexismo con jóvenes en centros escolares del Reino Unido. Pero, de repente, en los dos últimos años, las respuestas de los chicos empezaron a cambiar. Se los notaba cabreados, reticentes a la mera idea de hablar de sexismo. Me decían que los hombres eran las auténticas víctimas en una sociedad en la que la corrección política se había salido de madre, en la que se oprime a los hombres blancos y en la que muchísimas mujeres mienten sobre haber sido víctimas de una violación. Empecé a oír los mismos argumentos en distintos centros escolares, daba igual que estuvieran en la Escocia rural o en el centro de Londres. Se me puso la piel de gallina cuando caí en la cuenta de que aquellos chicos, que no se conocían entre sí, usaban exactamente las mismas palabras y citaban las mismas estadísticas espurias para respaldar sus afirmaciones. Más o menos al mismo tiempo, oí fragmentos de esa retórica —las mismas frases usadas en el laberinto misógino virtual con el que, como activista feminista, me había encontrado en ocasiones— repetidos textualmente por políticos respetados y populares comentaristas de la actualidad. Vi que el poder de esos mensajes y de esas comunidades virtuales empezaba a filtrarse y a afectar a la vida cotidiana de personas que jamás habían oído hablar de ellos. Me di cuenta de que las ideas que antes estaban relegadas a los rincones más turbios de Internet revivían y se escondían a plena luz del día.

Por eso, ya no creo que privar a esos grupos del oxígeno de la publicidad sea la mejor estrategia, porque nos engañamos si pensamos que no son unos propagandistas soberbios y que no están ya propagando su mensaje como un reguero de pólvora. Y la difusión de ese mensaje se beneficia de nuestro silencio prudente, de nuestra decisión de hacer la vista gorda. Así que no creo que haya que ignorarlos. No porque aquellos que propagan el odio y siembran la división merezcan una «audiencia imparcial», no para legitimar la retórica de los prejuicios radicales al sugerir que constituyen uno de los bandos de un debate válido, sino porque no podemos combatir la verdadera amenaza que representan esos grupos si no nos atrevemos a mirarlos de frente. Porque, ahora mismo, esos grupos han clavado profundamente sus garras en los adolescentes de todo el país y los padres no pueden luchar por sus hijos si ni siquiera saben de la existencia del problema. Porque permitir que la machoesfera siga envuelta en las sombras le confiere una forma de legitimidad distinta: la del marginado aguerrido y debilucho. Permite que esos grupos se arroguen el manto de la queja justificada

al erigirse en víctimas marginadas, cuando la exposición a la intensa luz del día demuestra que sus cabecillas son lo opuesto a lo que predican.

Así que, a lo largo de un año, indagué en esas comunidades para averiguar cómo está sucediendo todo esto y desenmascarar una fuerza poderosa, alimentada por el odio, que en estos momentos subestiman las pocas personas que saben de su existencia, mientras que para el resto de la gente pasa completamente desapercibida. Quería revelar la realidad de un movimiento de odio cuya mera existencia no hemos sabido reconocer para poder preguntar: ¿qué es lo que acerca a los chicos y a los hombres a esa ideología?, ¿cómo se difunde?, ¿qué necesitaremos para combatirla?

Algunas de las páginas de este libro resultarán muy duras de leer. Sé que es incómodo desenmascarar a esas comunidades. Sé que la naturaleza gráfica y violenta de parte de su discurso resultará estremecedora. Pensé en parafrasear o censurar las peores partes. Pero así es el mundo en el que vivimos. Esta es la realidad de cualquiera que se atreva a arriesgar el cuello y luchar para obrar cambios. Es el telón de fondo diario de la vida de las chicas adolescentes. Y la mitad del problema radica en que nadie parece ser consciente de su gravedad: en parte porque, cada vez que intentamos hablar del tema, empleamos eufemismos, hacemos alusiones y damos rodeos. Por mucho que salga en la radio para hablar del acoso que sufro en Internet, en realidad no puedo decir en voz alta a lo que me enfrento. Nuestra aprensión colectiva hace que sea un problema muy escurridizo. Debemos tener la valentía suficiente para abordarlo. Así que yo no voy a soslayarlo en este libro. No he enmendado, suavizado ni cambiado las citas extraídas de foros virtuales: se recogen, a conciencia, en su forma original.

Por supuesto, a nivel superficial no todo parece terrorismo, asesinato o violencia, ni tan siquiera misoginia. Si lo pareciera, sería más fácil de detectar. Tiene que ser más astuto que eso, porque para alcanzar un éxito tan rotundo y abrumador, para camuflarse con tanta inteligencia como para resultar casi indetectable, sus arterias deben escaparse de ese corazón renegrido de odio violento, abrirse paso por los caminos de Internet y extenderse por las redes sociales, romperse y dividirse en capilares cada vez más finos, infiltrarse en los chats, colarse en los tablones de mensajes, olfatear el aire con indecisión hasta dar el salto definitivo desde las frías y húmedas esferas de Internet, deslizarse al mundo real, entrar en nuestros bares y doblar escurridizos las esquinas de las calles, subir con delicadeza por las patas de madera de las mesas de las cocinas, mirar furtivamente por los pasillos del poder y meterse en las instituciones y las redacciones de los periódicos, afianzando cada vez más sus raíces hasta que se entreveran en el tejido de nuestra conciencia compartida. De manera que, cuando

salen los brotes, crecen los frutos y germinan las flores, al resultarnos familiares y conocidos, no nos repugna su sabor ni nos sorprenden sus colores. Ni siquiera aunque sus raíces acechen en las profundidades más oscuras y la misma ponzoña gotee por toda la red venosa.

---

[1] *Man cave*: literalmente, «cueva», refugio o santuario masculino en una casa; *man flu*: expresión que se refiere a la idea de que los hombres, cuando tienen un resfriado común, declaran experimentar síntomas de mayor gravedad, más parecidos a los de la gripe; *man bag*: equivalente masculino del bolso, en el que algunos hombres llevan sus objetos personales. (*N. de la T.*).

[2] La expresión el «oxígeno de la publicidad» hace referencia a la frase pronunciada en 1985 por Margaret Thatcher ante el colegio de abogados estadounidense en relación con el terrorismo. (*N. de la T.*).

01

Los hombres que odian a las mujeres

«Se merecen que las violen, así que
me da igual el dolor que les cause la violación».

Comentario en un foro de *incels*

La mayoría de la gente nunca ha oído hablar de los *incels*. Por lo general, las personas a las que les explico en qué estoy trabajando mientras escribo este libro alzan una ceja y preguntan: «*Ince*… ¿qué?». Algunas creen que el *incel* es un tipo de pila. Otras se muestran sorprendidas por que me interese la microbiología. La gente que se cruza con los *incels* por la calle no suele saber ni que existen.

Por eso, cuando de tarde en tarde los *incels* aparecen en las noticias o en las conversaciones, se los despacha a la ligera, como si fueran un grupúsculo marginal de bichos raros virtuales. Lo que se oye sobre ellos suena tan extraño, tan radical, tan difícil de creer e incluso tan risible que es fácil restarles importancia. Eso es un error.

La comunidad *incel* es el rincón más violento de la llamada machoesfera. Está consagrada a odiar con virulencia a las mujeres. Se trata de una comunidad que capta activamente a miembros que quizá tengan problemas y vulnerabilidades muy reales y les dice que las mujeres son las causantes de todas sus desdichas. Una comunidad en cuyo nombre, en los últimos diez años, han sido asesinadas o agredidas más de cien personas (la mayoría, mujeres). Y es una comunidad de la que seguramente nunca hayas oído hablar.

Un año antes de que yo empezara a escribir este libro, tampoco Alex había oído hablar de esa comunidad. Alex era un desencantado joven blanco de veintipocos años. No era un misógino empedernido, solamente un tío que

navegaba aburrido por Internet. Un tío aburrido al que le sonaba que en las noticias la gente hablaba mucho sobre acoso sexual y la brecha salarial y que presentía que igual aquello no le beneficiaba demasiado. A sus veinticuatro años, Alex nunca había tenido novia. No andaba bien de dinero y se sentía insatisfecho y solo. No era justo que la gente se quejara de las necesidades de las mujeres cuando su vida de tío blanco, con sus supuestos «privilegios», dejaba tanto que desear. Alex no se sentía privilegiado en lo más mínimo, así que le molestaba que la gente le dijese que lo era. Se pasaba las noches en YouTube y en páginas de musculación en busca de consejos para mejorar su físico. Hablaba de estrategia en foros virtuales sobre videojuegos. Nunca se había topado con la comunidad *incel* hasta que lo hice yo. Pero en el fondo no es ninguna sorpresa, porque, aunque Internet esté repleto de personas reales que son como él, Alex es invención mía. Bajo esa identidad me topé un día con una conversación *incel* en un tablón de mensajes general. La idea de que otros hombres se sintieran igual de vacíos e insatisfechos le resultaba atractiva. Le gustaba la idea de ser uno de tantos en vez del rarito. Lo alivió tener la oportunidad de hablar de aquellos sentimientos que sospechaba que era inaceptable expresar en cualquier otro sitio. Así pues, visitó algunas de las comunidades que se mencionaban en la conversación con la que se había topado.

La primera vez que Alex participó en un foro de *incels* no sabía gran cosa al respecto, salvo que era una comunidad de hombres infelices por el hecho de estar solteros. Alex se sentía así. Publicó un par de mensajes introductorios bastante anodinos en los que daba información básica sobre su edad, soltería y frustración con las mujeres. Al cabo de un día, le habían lavado el cerebro con la «verdad». Le habían dicho que el mundo estaba en contra de los hombres como él. Le habían aconsejado que se suicidara, que su vida no merecía la pena, que nada cambiaría jamás. Sus publicaciones recibían como respuesta imágenes violentas y pornográficas. Otros usuarios se apresuraban a decirle que su existencia entera había sido una mentira: la sociedad le había hecho creer que los hombres estaban al mando, cuando en el fondo eran los últimos monos de la cadena trófica. Eran las mujeres las que tenían privilegios, las que tenían la sartén por el mango y las destinatarias de todas las prerrogativas. Las auténticas víctimas eran los hombres. Sobre todo, le decían una y otra vez que las mujeres eran el demonio.

Al principio, Alex se sintió confuso, luego fascinado y por último cabreado. ¿Cómo era posible que llevara toda la vida viviendo en aquel mundo sin ni siquiera saberlo? Se puso a repasar sus vivencias y todo empezó a cobrar sentido. Era interesante: hasta entonces se había imaginado como un hombre decepcionante, normal y corriente. Pero en aquel momento se dio cuenta de que

era un superviviente, miembro de un grupo de fracasados que, contra todo pronóstico, luchaba contra las fuerzas del mal. Alex podía ser un héroe agraviado y vengador. Esa versión de sí mismo era mucho más atractiva que su realidad anterior.

Al fin y al cabo, Alex no hablaba mucho. Era un participante silencioso. Como millones de otras personas en las plataformas virtuales, su cuenta parecía estar inactiva, pero observaba, escuchaba y absorbía. Vio un hilo de seis puntos titulado «Por qué estoy a favor de que se legalice la violación». Al principio, los mensajes del hilo lo desconcertaron e incluso abrumaron un poco. Pero eran convincentes. Recogían hechos y ejemplos históricos para respaldar sus argumentos. Era tentador: un mundo en el que nada era culpa suya, en el que él era un mártir agraviado en vez del fracasado privilegiado que la sociedad decía que era. Sobre todo, era una comunidad. Sí, algunos de los mensajes eran radicales, algunas de las respuestas eran hostiles y ruines. Pero lo trataban como a un compatriota. Frente al mundo andrófobo que describían, él era su compañero de armas. Era uno de ellos, con una causa en la que creer y un enemigo contra el que luchar. Con el tiempo, fue cada vez más fácil ver que las mujeres eran sin duda el enemigo. Cuando vacilaba, los mensajes que leía le recordaban que la conspiración ginocéntrica, diseñada para que los hombres siguieran siendo dóciles y pasivos, lo había cegado de manera deliberada. Lo habían engañado hasta el punto de dejarse pisotear y discriminar. Había miles de hombres convencidos de lo mismo. Enseguida se apuntó a más foros: ingresó en grupos de Facebook y en chats privados, veía un vídeo de YouTube tras otro y aprendía cada vez más. Todos los días leía cientos de mensajes como este: «Odio a todas las mujeres. Son escoria humana. Si estás leyendo esto y eres mujer, que sepas que te odio, puta zorra». O como este: «Las mujeres son unos parásitos asquerosos y repugnantes». Cuanto más leía, menos radical le sonaba. Al final, las ideas se le antojaban normales. Y yo lo vi todo con sus ojos y con ganas de vomitar.

A mediados de la década de 1990, mucho antes de la aparición de las aplicaciones para ligar, de Facebook o incluso de MySpace, una canadiense joven y solitaria conocida simplemente como Alana lanzó una sencilla página web.

Alana tenía unos veinticinco años y dificultades para encontrar el amor. Las bromas sobre «vírgenes solitarias» le hacían daño y, como estaba convencida de que no podía ser la única que se sintiera así, creó una lista de correo y empezó a publicar artículos en la página web, que tituló «Alana's Involuntary Celibacy Project» (El proyecto de celibato involuntario de Alana).

Con el tiempo, el proyecto fue creciendo hasta convertirse en una pequeña

comunidad virtual, casi siempre acogedora, donde tanto hombres como mujeres hablaban de sus miedos, sus frustraciones y su infelicidad.

Poco a poco, Alana empezó a tener más suerte con los hombres y, como no quería seguir centrándose en su anterior falta de éxito amoroso, se alejó de la comunidad que había creado.

Más de veinte años después, el pequeño proyecto que Alana llamaba *invcels* (acrónimo de *involuntary celibate* o «célibes involuntarios») se ha transformado en algo completamente irreconocible. Lo que empezó como un grupito de apoyo ha mutado hasta convertirse en un mundo de pesadilla habitado —o así parece sugerirlo una proporción significativa de su contenido— por hombres que odian a las mujeres. Más tarde, Alana le hizo la confesión siguiente a una periodista de *The Guardian*: «Me siento como el científico que descubrió la fisión nuclear y luego vio que la usaban como arma de guerra».

La comunidad *incel*, como se la conoce ahora, consiste en una red cada vez más amplia de páginas web, blogs, foros, pódcast, canales de YouTube y chats. El crecimiento del movimiento coincidió, en parte, con la generalización de Internet, pero ha sufrido una notable expansión entre los últimos cinco y diez años, junto con un similar aumento de la popularidad y visibilidad de un movimiento feminista progresista; sobre todo, en Europa y Norteamérica. Esa subcultura *incel*, que recuerda a una hidra y es casi sectaria en su desarrollo de una ideología vehementemente misógina, ha alumbrado una detallada visión del mundo violentamente antifeminista y a menudo delirante.

Los nuevos adeptos llegan a la comunidad *incel* de maneras diversas. Algunos se topan con ella al buscar respuestas a problemas vitales como la soledad. Otros, de manera natural desde otras zonas de Internet, como tablones de mensajes o páginas web más generales. Algunos se ven empujados a ella por los algoritmos, pues algunas plataformas de vídeo, como YouTube, recomiendan contenido *incel* aunque el usuario no estuviera buscándolo. A algunos los atrapan por medios más perversos, atraídos por mensajes en chats privados de videojuegos o foros frecuentados por chavales adolescentes. Más adelante analizaremos esas rutas con mayor detenimiento. Pero da igual cómo encuentres la comunidad *incel*: el rito de iniciación —al igual que en muchas otras comunidades de la machoesfera— consiste en tomar la «píldora roja», en referencia a la escena de la película de culto *Matrix* en la que al protagonista, Neo, le ofrecen tomar una píldora azul, que le permitirá seguir viendo el mundo que lo rodea de la misma forma en que siempre lo ha visto, o una píldora roja, que le cambiará súbitamente la perspectiva y le permitirá ver la «matriz» y, en el proceso, darse cuenta de que nada de su mundo es como pensaba que era. Es irónico que yo me sienta un poco

como si me hubiera tomado una píldora roja después de escribir este libro. Una vez que sabes que hay cientos de miles de personas en el mundo que desprecian a las mujeres hasta el punto de que muchos creen que deberían exterminarnos a todas, no hay marcha atrás.

Los *incels* usan la metáfora de la píldora roja para describir el momento en que a un hombre se le cae la venda de los ojos y comprende de pronto que llevan mintiéndole toda la vida. El mundo que le han obligado a creer que lo favorece está, en realidad, irremediablemente en su contra. Todo —desde el Gobierno hasta la sociedad en general— está diseñado para beneficiar a las mujeres por encima de los hombres. Según dicen, una gigantesca conspiración feminista perpetúa el mito del privilegio masculino. Los *incels* se refieren a ese mundo andrófobo como «ginocracia», un astuto sistema diseñado para mantener a los hombres —las auténticas víctimas de la opresión— en su posición subordinada sin que ni siquiera se den cuenta.

La metáfora de la «píldora roja» es una poderosa y dramática forma de transmitir una ideología y reviste un atractivo inmediato para quienes albergan algún tipo de resentimiento o queja. Si te han echado del trabajo, no puede haber nada más atrayente que una nueva visión del mundo según la cual, lejos de tener tú la culpa, has sido víctima del acaparamiento de poder por parte de las mujeres y las minorías. Si te han abandonado o se han divorciado de ti, la culpa es de esa zorra mentirosa, que forma parte de un ataque mucho mayor contra ti y otros hombres como tú. Si estás enfadado porque no tienes suerte en el amor, el problema no lo tienes tú, lo tiene ella. Todas las «ellas», de hecho.

Algunas de esas quejas son individuales, pero muchas tienen que ver con formas más amplias de malestar que afectan de manera particular a los hombres y adolescentes. El pujante movimiento feminista tiende a considerarse una amenaza. Los antifeministas interpretan y describen deliberadamente el reciente interés de nuestra sociedad por la igualdad como una crítica a todos los hombres, y las comunidades analizadas en este libro difunden la idea de que ya no existe ninguna forma aceptable de ser varonil. Eso puede generar en muchos hombres y adolescentes «buenos» una sensación de injusticia y de ataque que provoca una respuesta defensiva refleja. Y, cuando te pones a la defensiva, el primer sitio hacia el que quieres correr es aquel donde te digan que no es culpa tuya. La machoesfera va un paso más allá: subvierte por completo la narrativa de los privilegiados y las víctimas. Les dice a los hombres que están sufriendo y que la culpa es de las mujeres.

Por supuesto que hay cantidad de hombres que sufren; y que sufren muchísimo, además. Sabemos que la tasa de suicidio es unas tres veces más alta

entre los hombres que entre las mujeres, que ellos tienen muchas menos probabilidades que ellas de recibir apoyo en cuestiones de salud mental y que se ven particularmente golpeados por problemas como el desempleo y las lesiones relacionadas con el trabajo en un mundo que les enseña que su deber y su papel consiste en ser el sostén y el protector de la familia.

He ahí la esencia misma de la machoesfera, su complejidad y su desgarradora ironía. Como descubriremos, esa red cada vez mayor de comunidades incluye tanto grupos bienintencionados que abordan problemas reales que afectan a los hombres como grupos que promueven de manera deliberada y sistemática la violencia física y sexual contra las mujeres. Sus partidarios son de lo más variopintos: adolescentes ingenuos, defensores de la violación, ermitaños vulnerables, misóginos violentos, ideólogos de la no violencia, padres dolientes, acosadores tanto del mundo virtual como del real, ruidosos propagandistas y maltratadores. Como es evidente, no todas las personas que han participado en ese espacio merecen la misma etiqueta ni el mismo tratamiento; de hecho, quizá muchos de esos hombres o adolescentes necesiten ayuda desesperadamente. Por lo tanto, resulta paradójico que el grupo que está en uno de los extremos del espectro sea responsable del daño más grave infligido al grupo que se encuentra en el otro. Aquellos que refuerzan más poderosamente los rígidos y patriarcales estereotipos de género están asfixiando a quienes más necesitan escapar de ellos.

Algunos análisis superficiales de las comunidades de *incels* han tratado de insinuar que la clase es el factor más importante a la hora de captar nuevos adeptos para la causa: son chicos blancos pobres a los que se les ha dejado atrás. Otros han sugerido que se trata de una reacción específica a los cambios del mercado laboral, pues los trabajos manuales cada vez escasean más y cada vez se contrata a más mujeres en puestos de poder. Pero, tras pasar mucho tiempo enfrascada en esos tablones de mensajes y conversaciones, veo claramente que el contexto socioeconómico de sus miembros es demasiado diverso como para dar por buena cualquiera de esas teorías. Los miembros de esos grupos son tanto obreros cabreados porque los inmigrantes les están «quitando» el trabajo y las mujeres como graduados de universidades privadas, privilegiadísimos y furiosos por el hecho de que se esté cuestionando la «legitimidad» de su puesto en lo alto de la cadena trófica política.

Lo que sí parecen tener en común es el anhelo de pertenencia. Y esa necesidad la satisface con creces una comunidad a la que se le da de maravilla transmitir una sensación tribal de cohesión. ¿Qué mejor manera de captar a nuevos adeptos y repeler las críticas que adoptar una historia original que describe de inmediato a todos los acólitos como visionarios heroicos y

condenados al fracaso, y a todos los críticos o descreídos como obstinados ignorantes o como parte del propio sistema de opresión? (El hecho de que la trilogía de *Matrix* la crearan dos mujeres trans o que sus formidables personajes femeninos se rebelaran contra la ideología misógina de cualquier comunidad de la machoesfera encierra una ironía que los *incels*, al parecer, no captan).

El principio fundacional de tomar la píldora roja se encuentra en la raíz de casi todos los principales grupos de la machoesfera que analizaremos en este libro, como los artistas de la seducción, los llamados activistas por los derechos de los hombres y los hombres que siguen su propio camino. Pero, tras ese punto de partida, las distintas comunidades toman caminos radicalmente diferentes. En el caso de los *incels*, su eje primordial es una febril obsesión con el sexo y la rabia por que se les «niegue». Sin embargo, es una comunidad compuesta por decenas de miles de hombres que afirman que el mundo —y, en particular, todas las mujeres— les está privando del derecho humano fundamental a echar un polvo. Por increíble que resulte, en las miles de conversaciones e infinitas horas que pasan hablando de sus exiguas vidas sexuales, junto con extensas diatribas sobre que las mujeres son receptáculos malvados e infrahumanos, a esos hombres nunca parece ocurrírseles que tal vez su odio hacia las mujeres esté relacionado con su falta de éxito romántico. De hecho, la mera sugerencia de una idea semejante puede granjearte la expulsión de muchos foros de *incels*. Por el contrario, muchos de esos hombres se ven como víctimas inocentes y trágicas y crean un vívido retrato de una sociedad inhóspita que está irremediablemente en su contra.

Tim Squirrell, un investigador que estudia la interacción social en las comunidades virtuales, dice:

> Lo primero en lo que uno repara al observar un foro de *incels* es una mezcla de desesperanza y rabia. Esas personas sienten un odio y una compasión genuinos hacia sí mismas, pero, al mismo tiempo —y de manera casi paradójica—, experimentan una rabia y una vindicación justificadas por ver el mundo tal y como es, aunque sean el último mono. Esa convicción absoluta de tener razón se mezcla con el hecho de que tienen razón sobre su propia tristeza, lo cual genera un cóctel extraño y poderoso.

Al visitar cualquier web de *incels*, te inculcan rápidamente esa visión del mundo y te presionan para que consideres como enemigas a las mujeres, a quienes se describe como insípidas, egocéntricas, codiciosas y promiscuas.

Las mujeres —según dicen ellos— tienen siempre ganas de sexo, pero eligen

acostarse solamente con los hombres más atractivos. Los *incels* están obsesionados con lo que llaman la teoría del 80-20, que sostiene que el 20 por ciento de los hombres más atractivos de nuestra sociedad disfruta del 80 por ciento de las relaciones sexuales. Se lamentan de que el «mercado sexual» adolezca de una jerarquización brutal y esté completamente en manos de las mujeres. Creen que, cuando las mujeres eligen a sus parejas sexuales, el físico pesa mucho más que la personalidad o cualquier otro atributo y que todos los hombres que tengan la desgracia de haber nacido feos, bajitos, calvos, racializados, con granos o con algún otro tipo de aparente imperfección están condenados a una vida de injusta frustración sexual. A las mujeres jóvenes también se las acusa de mantener decenas de relaciones sexuales con tíos sumamente atractivos antes de sentar la cabeza con hombres menos atractivos a los que en el fondo no quieren, pero a los que explotan sin compasión para que las mantengan a nivel económico. Esos hombres —conocidos a veces como *beta cucks* o «machos beta»— son objeto de lástima, porque se ven obligados a gastarse todo su dinero en una mujer cuya virginidad le ha quitado otro y que está agotada, usada y carece de valor sexual, aunque de vez en cuando se digne a permitir que su marido se acueste con ella. Los *incels* han puesto nombre a esa supuesta estrategia sexual femenina: *alpha fucks, beta bucks* (que podría traducirse como «alfas folladores, betas pagadores»). Los defectos que los *incels* se atribuyen a sí mismos se ven en términos tan concretos que han alumbrado infinidad de subculturas, como los *heightcels* (demasiado bajitos), *gingercels* (demasiado pelirrojos), *baldcels* (calvos sin remedio), *skullcels* (de mala estructura ósea facial) o incluso *wristcels* (con una circunferencia de la muñeca igual o inferior a 16,50 centímetros).

Los *incels* también creen firmemente en ciertos estereotipos racistas y utilizan términos como *currycel*, *blackcel*, *ricecel* y *ethnicel* para denotar a los hombres asiáticos, negros o indios cuyo origen se supone que tiene una repercusión negativa en sus posibilidades románticas.

Un observador casual podría conjeturar que esos últimos términos sugieren que la comunidad *incel* tiene una cierta perspectiva interseccional, una comprensión sorprendentemente matizada de la discriminación racial dentro de un grupo intolerante en un sentido más amplio. Pero, en realidad, aunque haya una pequeña cantidad de *incels* pertenecientes a alguna minoría étnica que describen interacciones con mujeres que creen que los han rechazado a causa de su color de piel, esas etiquetas, usadas a menudo por miembros blancos de la comunidad, reflejan prejuicios racistas sobre la inferioridad de los hombres racializados que encajan a la perfección con el resto de los elementos racistas presentes en la ideología *incel* y en la machoesfera en general. Por ejemplo,

mucha de la rabia de los *incels* se dirige hacia las mujeres blancas que tienen la temeridad de salir con hombres racializados, a quienes muchos *incels* perciben como inferiores. De hecho, la inmensa mayoría de la comunidad parece estar compuesta por hombres heterosexuales, blancos, instruidos y de clase media.

La doctora Lisa Sugiura, catedrática de Criminología y Ciberdelincuencia de la Universidad de Portsmouth, explica:

> Merece la pena analizar la historia y los orígenes de la machoesfera. Si nos remontamos a los primeros grupos de usuarios de Usenet en la década de 1990 y pensamos en las características demográficas de la clase de personas que los habrían usado, se trata en su mayoría de hombres blancos, instruidos y duchos en tecnología. Albergaban la creencia de que aquel era su espacio, de que era de su propiedad, otra cosa más sobre la que merece la pena reflexionar al pensar en la machoesfera y su virulencia: están «reivindicando lo que les corresponde legítimamente» y, en el fondo, esas características demográficas no han cambiado. Se parece a lo que veíamos hace años en relación con la raza y el género —en el fondo, son hombres blancos occidentales— y en términos educativos: ocurre en gran medida en los países desarrollados, en los Estados Unidos, Canadá, Australia y el Reino Unido. Y lo que me indican los datos que estoy analizando es que surge de la derecha alternativa; está relacionado con el supremacismo blanco y hay una retórica muy despectiva dirigida también hacia los hombres negros y asiáticos, lo que sugiere que se trata de un espacio predominantemente blanco.

También es un espacio casi exclusivamente masculino. Según los *incels*, el mercado sexual está tan sesgado que casi cualquier mujer de nuestra sociedad, por muy indeseable que resulte a nivel físico, podrá encontrar siempre a alguien que quiera acostarse con ella. Así pues, según dicta la lógica *incel*, es casi imposible que una mujer sea una *incel*, lo que ha llevado a que las comunidades actuales estén compuestas casi en su totalidad por hombres. (Que el propio término lo inventara una mujer bisexual es un triste recordatorio de la ridícula estrechez de miras que han adoptado con el tiempo las creencias de los *incels*).

La mención que hace la doctora Sugiura de los estrechos vínculos entre la machoesfera y la llamada derecha alternativa es fundamental para entender a ambos grupos. La «derecha alternativa», un término poco definido, hace referencia a una red de movimientos, líderes, comunidades virtuales y grupos que guardan cierta conexión entre sí y normalmente se consideran representativos de la ultraderecha, el nacionalismo blanco o el supremacismo blanco. Numerosos grupos asociados a este término han sido definidos como discriminatorios por el

Southern Poverty Law Center (una importante organización no gubernamental estadounidense de defensa jurídica). Muchos de sus miembros estuvieron representados en el ahora tristemente célebre mitin «Unite the Right» (Unir a la derecha) celebrado en 2017 en Charlottesville, Virginia, donde los supremacistas blancos desfilaron portando antorchas en llamas y símbolos nazis mientras coreaban consignas antisemitas y racistas. La violencia resultante culminó cuando un autodenominado supremacista blanco llamado James Alex Fields Jr. embistió deliberadamente con un vehículo a una multitud de contramanifestantes, mató a una joven llamada Heather Heyer e hirió a casi cuarenta personas.

Al igual que la machoesfera, la derecha alternativa representa la fusión de una serie de grupos distintos que, hasta hace poco, se consideraban movimientos radicales y marginales, pero que, hasta cierto punto, se han amalgamado bajo esa etiqueta. Como la machoesfera, el movimiento aúna diversas comunidades, muchas de ellas surgidas en Internet. El término «derecha alternativa» se popularizó en tablones de mensajes y foros de Internet como *4chan*, una página web en inglés que consiste en un tablón de imágenes en el que los usuarios publican mensajes por lo general anónimos y participan en largas y detalladas conversaciones. Como la machoesfera, la derecha alternativa se deleita ocultando una ideología virulenta, agresiva e intolerante tras la cortina de humo de la «ironía», el sarcasmo y la provocación deliberada. El Southern Poverty Law Center explica que los «caóticos» foros virtuales han favorecido que las ideas de los nacionalistas blancos —«sobre todo, la creencia de que el multiculturalismo y la corrección política están atacando la identidad blanca»— hayan «prosperado bajo embriagadoras capas de ironía tóxica». Y, al igual que la machoesfera, la derecha alternativa toma a un grupo privilegiado (las personas blancas) y les vende la reconfortante idea de que en realidad son ellos quienes padecen discriminación a manos del grupo que en realidad sufre prejuicios (las personas racializadas y los inmigrantes), a quienes se representa como los auténticos opresores.

Se ha escrito mucho sobre la derecha alternativa, en particular sobre sus vínculos con el ascenso del presidente Trump. Pero las creencias profundamente misóginas que vertebran el movimiento y el papel que estas juegan en muchos de sus principios fundacionales a menudo pasan desapercibidas y no se denuncian. De la misma forma, a menudo se omiten de los comentarios los elementos racistas del movimiento *incel* y se sugiere que es una comunidad exclusivamente misógina y obsesionada con el sexo. Además, quienes escriben sobre uno u otro grupo casi nunca se detienen en su radical visión del mundo —a veces, de una violenta heteronormatividad—, centrada en la idea de que todos los hombres son

(o deberían ser) heterosexuales y de que todas las mujeres existen puramente como receptáculos sexuales, ya sea para satisfacer sexualmente a los hombres o para dar a luz a niños (blancos). Eso puede expresarse de formas distintas (como la exclusión total de las personas LGTB de muchas comunidades de *incels* o la apología del asesinato de las personas homosexuales arrojándolas de lo alto de los edificios que se hace en algunos foros de la derecha alternativa), pero es una característica mucho más significativa de esos grupos de lo que puede sugerir su habitual omisión. En la raíz de las comunidades de la machoesfera y del supremacismo blanco se encuentra la creencia compartida de que el propósito principal y sagrado del hombre es mantener relaciones sexuales, reproducirse y dominar. Por lo tanto, el poder y el control son absolutamente fundamentales en ambas ideologías. La idea del hombre blanco como una figura heterosexual y de una masculinidad estereotípica y absolutamente omnipotente es clave, pues representa de manera irónica tanto el patrón social irremediablemente asfixiante que aboca a muchos hombres a unirse a esas comunidades como la supuesta solución con que se los adoctrina para que persigan medidas aún más radicales. Así pues, en ambos casos la realidad es mucho más compleja de lo que tal vez sugieran las investigaciones superficiales, y la ausencia de una perspectiva interseccional lleva al habitual error de no reconocer la compleja, porosa y simbiótica relación que mantienen ambas comunidades virtuales.

¿Un ejemplo sencillo del aspecto que tiene esto en la práctica? Cuando Fields Jr. atropelló a la gente en Charlottesville y asesinó brutalmente a Heyer (una contramanifestante), iba coreando las mismas tres palabras una y otra vez: «*Sharía* blanca ya».[3] Aunque el término «*sharía* blanca» surgió como un meme satírico creado por un supremacista blanco, se ha extendido por todas las páginas web de la derecha alternativa. La expresión aúna en un único concepto los valores racistas, islamófobos, antisemitas, misóginos y heteronormativos de la derecha alternativa. En pocas palabras, «*sharía* blanca» es el argumento de que los hombres blancos deberían adoptar su propia versión de lo que perciben como la práctica islámica de la esclavitud de las mujeres. El objetivo sería privar de autonomía sexual a las mujeres blancas y obligarlas, mediante brutales violaciones y servidumbre, a convertirse en «fábricas de bebés». Eso permitiría a los supremacistas blancos garantizar la «pureza» de la raza y captar para la causa al número suficiente de nuevos adeptos como para derrotar a las hordas invasoras de inmigrantes y la tiranía de las controladoras y corruptas fuerzas judías que, según creen, dominan nuestra sociedad. «Nuestros hombres necesitan harenes y sus integrantes han de ser fábricas de bebés», escribió Sacco Vandal, el supremacista blanco a quien se atribuye la creación del meme.[4] La violencia y el

acoso hacia las mujeres racializadas va de la mano de esa ideología misógina; aunque los supremacistas blancos de la derecha alternativa sueñan con obligar a las mujeres blancas a criar a los futuros ciudadanos de su etno-Estado, también fantasean con denegar la autonomía reproductiva a las mujeres de otras razas, a quienes obligarían a abortar.

Si todo eso te suena ridículo, piensa que un hombre estuvo dispuesto a cometer un atentado violento y una masacre en nombre de esa ideología una noche en que desfiló junto a cientos de otros hombres coreando la frase en cuestión. Aunque surgiera como una broma perversa, para muchos adeptos de la ideología de la derecha alternativa ha adquirido una seriedad letal.

Cuando hablas con alguien sobre la machoesfera o la derecha alternativa, muchas veces te dicen que no te los tomes demasiado en serio. Pero ¿quién les dice eso a los usuarios de Internet que no captan la ironía ni el supuesto «humor»? Que les pregunten a los padres de Heyer si les parece que se trata de una broma inofensiva.

Con esto no pretendo sugerir que la derecha alternativa y la machoesfera vayan siempre de la mano ni que los miembros de la una se asocien necesariamente a la otra. Pero no reconocer los complejos vínculos entre ellos o pasar por alto el racismo inherente a la machoesfera y la misoginia incrustada en la derecha alternativa es callar la mitad de la historia.

Pensemos, por ejemplo, en los dos adolescentes a los que encarcelaron en Londres en junio de 2019 después de escribir propaganda criminal en Internet promoviendo ataques terroristas. En sus titulares, los medios de comunicación los llamaron «neonazis» o «extremistas ultraderechistas». Ningún titular mencionaba el extremismo misógino. Sin embargo, su campaña virtual había incitado repetidamente a la violación como castigo para las mujeres. Los dos adolescentes se habían obsesionado con el matrimonio entre el príncipe Harry y Meghan Markle: a él lo acusaban de ser un «traidor a la raza» y decían que había que ahorcar a las mujeres blancas que saliesen con hombres que no lo fueran. El fiscal explicó al tribunal que uno de los chicos llevaba un blog «sumamente violento y de una misoginia agresiva» en el que promovía que se violara, torturara y asesinara a las mujeres.[5] Los titulares callaban la mitad de la historia.

Squirrell señala que muchas otras comunidades virtuales —que muchas veces cuentan con figuras de la derecha alternativa— suelen ridiculizar y despreciar a los *incels*, a quienes describen como fracasados débiles y patéticos. Sin embargo, asegura, las similitudes en el denso vocabulario de ambos grupos delatan sus numerosas coincidencias: «Muchas de las palabras adoptadas en los últimos dos años por la derecha reaccionaria proceden realmente de la comunidad *incel*.

Aunque no hayan saltado a la política, han tenido una influencia cultural enorme».

De hecho, la jerga utilizada por la comunidad *incel* es tan amplia que a una persona ajena, lega en la materia, que se encontrase con uno de sus millones de hilos de mensajes quizá le costaría descifrar la conversación. Cuando Alex y yo empezamos a explorar el mundo *incel*, tuve que buscar en un foro un glosario de consulta con el que poder ir descifrando poco a poco y palabra por palabra las conversaciones que leía, y con cada término que iba descubriendo, se me caía cada vez más el alma a los pies. Empecé a comprender que los *incels* tienen que crear su propio lenguaje porque, sencillamente, no hay palabras para expresar la radicalidad de muchos de los conceptos que usan a diario. *Roastie*, por ejemplo, hace referencia a las mujeres que han mantenido «demasiadas» relaciones sexuales; el término sugiere que eso les deforma los labios vaginales y les hace parecerse al rosbif. *Foid* es la abreviatura de *female humanoid* (hembra humanoide), un término que los *incels* utilizan para referirse a las mujeres porque la palabra «mujer» les confiere una humanidad excesiva. *Rapecel* (cuyo uso está tan asquerosamente extendido en Internet que ha alumbrado sus propios foros y grupos de debate) señala a un *incel* que, sencillamente, recurre a la violación (*rape*) para «satisfacer» su frustración sexual. La creación improvisada de una palabra para describir ese fenómeno hace que, de alguna manera, parezca una noción normal e incluso trivial. La terminología exclusiva resulta importante para reforzar la emoción clandestina de pertenecer a lo que sus adeptos ven como una comunidad superior y cohesionada, lo que incrementa el atractivo del grupo de cara a simpatizantes potenciales.

La parte más triste y perturbadora del año que pasé peinando los foros de *incels* disfrazada del solitario Alex fue la forma tan diferente en que me afectaban esos hilos hacia el final. Los primeros días y semanas, muchas veces pasaba las noches en vela, atormentada por los mensajes gráficos y repugnantes que había leído. Me estremecía a medida que iba traduciendo exhaustivamente aquellas primeras publicaciones y entendiendo el violento significado que ocultaba la jerga que poco a poco empezaba a descifrar. Pero, con el paso del tiempo, cada vez necesitaba recurrir menos al glosario. Me acostumbré a ver que a las mujeres las llamaban *foids*, casi no me fijaba en las incitaciones a cometer masacres misóginas y, de lo comunes que eran, pasaba por encima de los mensajes sobre violaciones. Por fin, un día, leí una publicación que hablaba de darle a una *foid* la violencia que se merece para evitar que te «bete».[6] Y me di cuenta de que lo entendía absolutamente todo. En resumen, que me había acostumbrado a su lenguaje. O, más bien, se había acostumbrado Alex.

La doctora Sugiura, que ha analizado la comunidad *incel* y otras comunidades de la machoesfera, advierte de que esa sensación de una visión del mundo coherente y de un lenguaje compartido puede resultar sumamente atrayente para aquellos que albergan unos prejuicios extremos pero que no se sienten capaces de expresarlos en el mundo real, en conversaciones cara a cara. Aunque esas formas de odio —señala— son muy anteriores a Internet:

> Las comunidades y las plataformas virtuales ponen los medios para que esas ideas tomen forma, prendan y se propaguen. Si la gente tenía esas ideas y no sentía necesariamente que pudiera hablar de ellas en persona, ahora ha encontrado una forma nueva de hacerlo. Otras personas que piensan de forma similar pueden brindarles apoyo y validación, lo que ayuda a que se propaguen. Es sencillamente un movimiento de odio que antes estaba fracturado, pero al que la tecnología ha permitido unirse, ponerse de acuerdo, fortalecerse y encontrar más gente: ahí está también la parte de captación y radicalización. Esas ideas han podido llevarse a cabo a escala exponencial gracias a la tecnología.

Casi todos los *incels* parten de la idea de una conspiración feminista y de un mercado sexual profundamente amañado y hostil a los hombres. Sin embargo, se dividen en facciones en lo que respecta a la mejor solución para la situación descrita. Algunos creen que es posible superar su celibato («ascender») o, al menos, mejorar su situación, si trabajan frenéticamente por mejorar su físico. Esta práctica se conoce en la comunidad como *looksmaxing* (literalmente, «maximizar la apariencia») y ha generado muchísimos foros dedicados a compartir consejos sobre cómo abordarla. Sus webs contienen hilos, compuestos por miles de mensajes, en los que los hombres publican fotografías de sí mismos, piden llorosamente a los demás que les den una «puntuación» sobre diez, ruegan que los aconsejen sobre cómo sacar el máximo partido a su físico o preguntan: «¿No hay esperanza?».

Las respuestas son una curiosa amalgama de brutal sinceridad, burlas descarnadas y comprensivas muestras de apoyo. Hay desde fraternales palabras de ánimo y consejos sobre el cuidado personal hasta insultos cortantes y recomendaciones de tirar la toalla por completo. Algunos *incels* parecen ver su mundo virtual como una comunidad genuina, unida ante sus cuitas compartidas. Otros lo ven como una oportunidad para infligir el mayor daño posible a otros hombres, quizá como forma de aliviar su propio dolor. Vuelvo a recordar que no se trata de una comunidad compuesta por un grupo homogéneo.

Un numeroso subgrupo de esa comunidad se centra en el ejercicio físico

como forma de potenciar su imagen (a los hombres que escogen esa vía se los conoce como *gymcels*), pero también hay varias tendencias más radicales, con cifras importantes de adeptos, que promueven toda clase de prácticas, como el *mewing* (un tipo de ejercicio mandibular que, según creen los *incels*, les cambiará la estructura ósea de la cara y les dará unos submaxilares más atractivos), la cirugía plástica, los implantes craneales y el estiramiento de pene. Esas medidas tan radicales sirven para recordar la absoluta desesperación y autodesprecio que sienten algunos de los hombres que se identifican como *incels*. También son una cruda reflexión sobre las pocas alternativas de las que esos hombres creen disponer en el mundo exterior. Los miembros de otro grupo de *incels* (con creces el más numeroso, pues, según la encuesta interna de cierto foro, constituyen en torno al 90 por ciento de la comunidad) suelen referirse a sí mismos como *blackpillers* o *blackpills* (los de la «píldora negra»). Ese grupo tiene una perspectiva más derrotista y cree que la lotería social y genética está amañada de manera tan rígida que sus defectos inherentes los condenan a una vida de fracaso y celibato absolutos que ningún intento de autosuperación podrá paliar jamás. Esos grupos recurren a despotricar con violencia contra la injusticia de la sociedad no *incel* (a la gente la llaman *normies*), el egoísmo de los hombres más atractivos (*chads*), la superficialidad de las mujeres guapas (*stacys*) y la promiscuidad de las mujeres menos atractivas que aun así consiguen atraer a parejas sexuales (*beckys*). Esos hombres hablan a menudo del suicidio con pelos y señales y etiquetan sus mensajes para señalar los contenidos que pueden animar a los lectores a quitarse la vida. Utilizan términos específicos para referirse al suicidio y a menudo se incitan unos a otros a cometerlo. En muchos casos, se trata de hombres que sin duda necesitan ayuda desesperadamente.

Esos hilos revelan con claridad las contradicciones de la comunidad: hombres vulnerables e infelices se mezclan con hombres decididos a causar los mayores destrozos posibles. Hay personas necesitadas de ayuda urgente en materia de salud mental que, de alguna manera, se han visto arrastradas a esa espiral de misoginia y que se encuentran con insultos, escarnio e incitaciones a autolesionarse por parte de otros hombres a los que les pone el odio virtual.

Cuando algún usuario escribe en un foro de *incels* para preguntar «qué parte del cuerpo es mejor para pegarte un tiro con garantías de letalidad», recibe unas setenta respuestas, la mayoría de las cuales lo animan a hacerlo y le dan fríos consejos técnicos.

Quizá lo más perturbador de todo sean los frecuentes mensajes en los que la misoginia explota con violencia y salta de la página: gráficas fantasías sobre violar y asesinar a mujeres o hilos en los que los usuarios del foro se aguijonean

unos a otros para acometer la «rebelión *incel*», el «alzamiento beta» o el «día de la venganza», una fantasía enfermiza en la que los célibes involuntarios castigarán al mundo masacrando de manera sangrienta a las mujeres que los atormentan y a los *chads* que monopolizan injustamente el «mercado sexual»: «Todas las mujeres se merecen nuestro odio más absoluto», escribe un usuario.

La lógica *incel* parece revelar una irremediable contradicción: se denigra a las mujeres por acostarse con hombres y, al mismo tiempo, por negarse a hacerlo. Un usuario, por ejemplo, describe a las mujeres como «zorras codiciosas, egoístas, malvadas y taradas que impiden a los hombres trabajadores y decentes alcanzar su propósito biológico».

Pero las cosas se ven más claras desde el prisma de la creencia *incel* más básica. El argumento dice algo así: si la autonomía sexual ha otorgado a las mujeres un control maléfico y tiránico sobre la vida de los hombres, la liberación femenina es la raíz de todo el sufrimiento de los hombres. Por lo tanto, la solución evidente pasa por privar a las mujeres de libertad e independencia, empleando para ello medios específicamente sexuales (como la violación y la esclavitud sexual). En otras palabras, el problema no es que las mujeres mantengan relaciones sexuales, sino que tengan poder de elección sobre con quién mantenerlas.

Una vez comprendido esto, adquieren una claridad escalofriante varias de las creencias recurrentes de los *incels*, ilustradas una y otra vez en un sinfín de blogs, debates en foros y vídeos de YouTube.

En primer lugar, existe la noción de que las mujeres son objetos deshumanizados: subhumanas que son o demasiado malvadas o demasiado tontas como para merecer tomar decisiones sobre su propia vida y su propio cuerpo. Esa idea promueve la desconexión completa de la percepción de las mujeres como personas capaces de sufrir, llorar, experimentar placer sexual o tomar decisiones racionales. Tal deshumanización es fundamental para justificar otras fantasías de los *incels*, como la redistribución obligatoria del sexo, la posesión de mujeres como esclavas sexuales o la masacre generalizada de mujeres adultas y adolescentes.

Un hilo titulado «¿Deberíamos considerar humanas a las mujeres?» concita un sinfín de respuestas, la mayoría de las cuales llegan a la conclusión de que no. Se trata de un tema de debate habitual. «Las mujeres no son seres sintientes —escribe un usuario—. Son todas unas putas». En una conversación sobre si las mujeres deberían tener derechos jurídicos, otro usuario escribe: «Yo casi no las considero cuerpos vivos, así que mucho menos con derechos humanos».

Me resulta irónico leer horrorizada montones de hilos sobre la idea de que las

mujeres somos robóticas e insensibles. Hablan de nosotras igual que de los robots sexuales, que muchos *incels* creen que podrían ser la solución a sus problemas. «Se les puede pegar y torturar legalmente. Estoy emocionadísimo», escribe otro miembro del foro. En segundo lugar, esa idea de las mujeres como receptáculos sexuales vacíos sin derecho a autonomía sexual conduce de manera natural a una obsesión febril con la violencia sexual, que abarca desde las fantasías de agresión y la apología de la violación hasta debates extensos y de una despreocupación espeluznante sobre si debería legalizarse la violación. No es infrecuente presumir de haber cometido o de estar planeando cometer una agresión sexual y la reacción, indefectiblemente, es más de aliento que de reprobación.

En un foro, en el que los usuarios se congregan con entusiasmo en torno a un vídeo de un hombre propinando golpes y patadas a una mujer, un tipo se queja, decepcionado, de que el vídeo no tenga audio: «Quiero oírla gritar». Un usuario escribe que está tentado de «violar a una zorra solo para conseguir aquí un hilo de diez páginas», mientras que otro dice: «He decidido hacerme *rapecel*» y pide a los demás usuarios «ideas, consejos y experiencia». La respuesta de uno de sus colegas es alentadora: «¡Vuélvete loco! Es imposible que te pesquen si lo haces bien, ya lo verás. Si violas a alguien, tienes un 98,95 por ciento de probabilidades de que no te pillen».

En un sosegado debate sobre la legalización de la violación, la mayoría de los usuarios se muestran a favor (aunque algunos se posicionan en contra, aduciendo que, si la violación fuera legal, dejaría de resultar divertida para ellos). «La violación es natural y las zorras no deberían tener voz ni voto sobre las pollas que les meten, cuando de todas formas tienen los orificios acostumbrados a tanta polla», escribe un miembro del foro. Otra «justificación» es el argumento de que la culpa de que los hombres recurran a la violación es de las mujeres (dado que se niegan a mantener relaciones sexuales con los hombres), con lo cual eximen de responsabilidad a los violadores, una manifestación típica de la lógica *incel* que revierte los papeles de víctima y victimario.

Un usuario sostiene que la violación solo debería ser ilegal si la víctima es una viuda, una monja o una virgen soltera. La violación de «zorras», defiende, «debería alabarse y es una medida saludable e higiénica para el bienestar social». Al fin y al cabo, «en la sociedad actual prácticamente toda violación es la violación de una zorra».

Otra publicación representativa reza así: «Yo me preocuparía más por el dolor que provocan las violaciones si no fuera por el hecho de que la mayoría de las mujeres estadounidenses se merecen que las violen, ya que se oponen a la prostitución como medio de desahogo sexual para los hombres. Como se merecen

que las violen, me da igual el dolor que les cause la violación».

Si eso suena como una especie de retorcido código moral, no es así. Simplemente, se trata de otra capa de gilipolleces misóginas diseñada para dotar de una cierta validación al atroz argumento de que la gran mayoría de las mujeres se merecen que las violen.

En otras páginas web de *incels*, los usuarios debaten sobre la clase de mujer que sería una esclava sexual ideal para los fines de servidumbre doméstica, violación y embarazo forzado.

Pero esas afirmaciones no resultan escandalosas ni confesionales en las páginas web de los *incels*. Son, simple y llanamente, declaraciones de hechos normales y corrientes. Hay muy pocas pruebas de que los hombres que participan en las comunidades de *incels* teman algún tipo de recriminación como consecuencia de sus publicaciones. De vez en cuando, algunas páginas tienen normas que afirman que rechazan ciertos discursos de odio, pero jamás se les hace ningún caso. De vez en cuando, algunos usuarios terminan bloqueados o se les prohíbe publicar, pero eso ocurre con mayor frecuencia por atreverse a insinuar que los *incels* no son víctimas inocentes que por sugerir que las mujeres se merecen que las violen. De vez en cuando, las empresas que alojan los foros de *incels* parecen desconectarlos o rechazarlos, pero los *incels* no tardan en encontrar nuevas vías para recuperar la conexión. En todo el tiempo que pasé leyéndolos con detenimiento, no vi prueba alguna de que esas páginas estuvieran sometidas a ningún tipo de vigilancia ni de control externo efectivo.

Por supuesto, estamos hablando de Internet y de un grupo con complejos vínculos y coincidencias con los *trolls* virtuales, cuyo principal propósito, como ellos mismos afirman, es utilizar el discurso más radical y abominable posible en términos sociales con el objetivo de escandalizar y provocar una reacción. (Volveremos a hablar de los *trolls* más adelante). Entre los miles de mensajes profundamente misóginos y violentos, resulta imposible saber dónde está la línea divisoria entre los que desean genuina y fervientemente incitar a tales actos y los que deciden publicar en Internet, ya sea por rabia o como una forma de humor sádico, pero sin intención de infligir daño de verdad en el mundo real. Eso no quiere decir que esos últimos grupos sean intrínsecamente inofensivos, sino que es importante ser conscientes de la complejidad de la situación si queremos tener esperanzas de combatirla de manera efectiva.

No sugiero que debamos prohibir estrictamente esos foros de manera generalizada ni que todo el mundo que haya participado en ellos se merezca que lo arresten o encarcelen. Pero, como analizaré más adelante con mayor detalle, es evidente que en esos espacios se produce una cierta incitación ilegal a cometer

actos violentos en la vida real que es capaz de prosperar con absoluta impunidad.

Los grupos de *incels* tienen una jerarquía establecida, con miembros más «débiles» a los que se atribuye una autocompasión excesiva o se los considera menos versados en la tradición *incel* y a quienes los miembros más establecidos del grupo destrozan de manera implacable. En algunos foros, la jerarquía está dictada por el número de mensajes con los que ha contribuido cada miembro; en otros, los usuarios pueden dar votos positivos a los comentarios de los demás. Cada comunidad tiene su puñado de personajes legendarios, muy conocidos por el resto del grupo, a los que idolatran y reverencian los demás usuarios. Esos hombres, que muchas veces pasan la mayor parte del día en los foros, son un poco como los ancianos o los líderes de la comunidad, que aparecen para resolver conflictos y dictar sentencia sobre los usuarios menos experimentados. Se apresuran a regañar de manera despiadada a los miembros del foro que no parezcan acatar correctamente la ideología *incel*.

Squirrell observa que la comunidad *incel* está compuesta por muchos miembros jóvenes y sugestionables: «La mayoría terminará superándolo al hacerse mayor». Sin embargo, advierte del riesgo de que los miembros más contumaces del grupo radicalicen a una minoría vulnerable. «Los miembros de mayor edad suelen ser los más radicales: llevan mucho tiempo experimentando esa frustración y ven poco probable que sus circunstancias vayan a mejorar jamás». Squirrell subraya los peligros de una cultura que «fomenta que se digan cosas cada vez más radicales solo por "las risas"», que «aborrece las expresiones de vulnerabilidad emocional» y que, por el contrario:

> Hace hincapié en la burla y en la externalización de la culpa como forma de hacer frente a las emociones negativas. Quienes escriben siempre pueden aducir que las cosas que dicen son irónicas, que van de broma o que simplemente buscan provocar una reacción, pero hay tantos mensajes y tantos participantes que es imposible diferenciar a los que hablan en serio de los que no.

Desde la perspectiva de los jóvenes —potencialmente vulnerables— recién llegados a estas comunidades, resulta especialmente escalofriante el hecho de que las explosivas diatribas de los participantes lleven aparejados largos debates falsamente académicos, basados en la pseudociencia o las matemáticas, en los que los hombres que frecuentan estos foros exponen con detalle los argumentos mediante los que justifican sus fantasías sádicas. Estos mensajes parecen estrategias de captación dirigidas a convencer y a convertir a otros a la misma causa. Pueden incluir versiones retorcidas de mitos clásicos o referencias —

plagadas de errores— a la cultura de la antigua Grecia para dotar de un vago peso académico a lo que, en el fondo, son exhortaciones a violar y maltratar. La propia teoría del 80-20 es una especie de adulteración, a grandes rasgos, del principio de Pareto, llamado así por un economista italiano del siglo XIX que observó que en torno al 80 por ciento de las tierras italianas eran propiedad de solamente el 20 por ciento de la población.

En una publicación, por ejemplo, un usuario respalda su argumento de que la violación debería tener penas mucho más bajas contando a los demás usuarios del foro que en las ciudades de la antigua Grecia solo se castigaba con una multa. La correlación automática con una civilización pasada que tiene un aura de grandeza y nobleza encaja con un anhelo nostálgico mucho más amplio de normas y estereotipos sociales antiguos. Esa tendencia no solo abunda en la comunidad *incel* y la machoesfera en general, sino que ofrece un vínculo más con la derecha alternativa y los nacionalistas blancos.

Otro miembro de un foro de *incels* escribe un apasionado alegato a favor de la violación y la esclavitud:

> Esclavizar a las mujeres siempre ha sido una parte normal de la historia humana: cuando los enemigos luchaban entre sí, los ganadores esclavizaban a las mujeres y se las repartían entre los guerreros. A lo largo de la historia, si eras *incel*, se te premiaba al alistarte en el ejército: saqueabas ciudades y aldeas, esclavizabas a las mujeres y tenías hijos con ellas. La historia reservaba un lugar a los *incels*; los *incels* del Imperio romano o de cualquier otro imperio tenían mejores perspectivas que nosotros hoy en día.

Ya en 2003 empezaba a hacerse patente la tendencia a emplear argumentos «históricos» para respaldar las creencias de los *incels*. Un usuario de una página web hoy desaparecida escribió que la autonomía sexual femenina «estaba bien cuando las mujeres no tenían trabajo»:

> La naturaleza les daba ciertas ventajas sociales y sexuales para compensar su falta de recursos. Ahora que tienen recursos y poder sexual, hay un desequilibrio. Tenemos que evitar que las mujeres vayan a la universidad o que les quiten los trabajos bien pagados a los hombres. Tenemos las cárceles llenas de hombres que no podían alimentar a sus familias. Habría que derogar las leyes sobre la violación. Las mujeres están restringiendo de manera artificial la oferta de hembras en edad reproductiva. La violación es la respuesta. Las sociedades deben ir a la guerra por la falta de hembras y de trabajos. Las mujeres se han convertido en una amenaza para la sociedad y hay que volver a

ponerlas en su sitio.

Aquí se ve que, para algunos *incels*, es determinante la idea de que las mujeres están invadiendo los espacios de los hombres en el mercado laboral, pero eso se entrelaza con la extraña lógica de que la solución consiste en la violación.

Aunque esa visión del mundo pueda sonar ridícula, es una ideología a la que los *incels* se aferran con una tenacidad extraordinaria. No se trata solamente de una serie de páginas web donde los hombres escupen obscenidades e insultos sin ton ni son. Es un movimiento cuyos adeptos demuestran una lealtad y una pasión sectarias. Los *incels* no buscan solamente un lugar donde compartir fantasías de violación y mensajes violentos: ponen mucho empeño en construir y difundir todo un sistema de creencias para respaldar y fomentar esas ideas.

A medida que buceo por las turbias profundidades de esos grupos disfrazada de Alex, me doy cuenta de que la cuestión no es tan sencilla como decir que algunos miembros de la comunidad son víctimas vulnerables y otros, misóginos radicales. Es muy posible, e incluso habitual, que sean ambas cosas. Una vez, bien entrada la noche, me encontraba leyendo a oscuras una nueva publicación en uno de los principales foros de *incels*. Un hombre describía con gráficos y dolorosos detalles la pesadez de su vida diaria: cuidaba de su padre, que padecía una grave discapacidad, no recibía apoyo ni de amigos ni de su entorno familiar y a menudo terminaba él mismo cubierto de orina y heces. Remontándose en el tiempo, describía los abusos que había sufrido en la infancia, que le habían provocado una desfiguración permanente; sus padres habían encubierto la situación por miedo a que los arrestaran en vez de brindar a su hijo ayuda médica. A mí me dio mucha pena. Entendí lo que lo había llevado a una comunidad virtual de apoyo y pertenencia y que se sintiera tan solo.

Pocos minutos después, leí una conversación distinta en la que el mismo usuario escribía con despreocupación lo siguiente: «Yo no me sentiría un hombre de verdad si mantuviera relaciones sexuales consentidas. La violación es el método alfa de placer y procreación y las *foids* lo saben, por eso prefieren que las violen».

Esta no es una situación clara de víctimas captadas por ideólogos. Un *incel* puede ser ambas cosas.

Si expresas tu preocupación por la naturaleza virulenta y misógina de esas comunidades virtuales entre el grupo minoritario de personas que ha oído hablar de ellas alguna vez, seguramente te respondan con tres argumentos distintos para restar importancia a tus miedos. Los tres son habituales y desmontan la idea de que esas redes entrañen una amenaza auténtica en el mundo real. El primer

argumento es que se trata de grupos reducidísimos compuestos por apenas unos hombres que sostienen opiniones radicales e inusuales, como cualquier otra comunidad marginal de Internet que viva desconectada de todo. El segundo —que se desprende lógicamente del primero— es que esos grupos tienen muy poca repercusión o influencia en el mundo real, porque sus miembros suelen estar muy apartados de la sociedad. El tercero —fundamentado en los dos primeros prejuicios— es que esos grupos no entrañan una amenaza sólida y real y que habría que ignorarlos o compadecerlos.

Todos esos supuestos están errados y, juntos, conducen a una peligrosa autocomplacencia.

Es casi imposible calcular con verdadera exactitud el tamaño de la comunidad *incel*. No hay una base de datos oficial de todas las páginas web, foros y subgrupos ni forma alguna de precisar con certeza cuántos usuarios se repiten en las diversas páginas. Pero sí es posible asegurar que el movimiento es mucho más numeroso de lo que sugiere la desdeñosa teoría de que «son un puñado de bichos raros». Analizar las cifras de miembros, usuarios activos y mensajes de algunas de las webs de *incels* más populares es casi como fijarse en la punta del iceberg (no es necesario ser miembro ni registrarse como usuario para ojear y leer los foros, así que es probable que las cifras de visitas de las páginas sean mucho más elevadas), pero da cierta idea de su magnitud.

Cuando escribo estas líneas, una de las páginas de *incels* más populares tiene más de 350.000 hilos, más de 3 millones de mensajes y 9.000 miembros. Otra página tiene 8.500 miembros, casi 2 millones de mensajes y 87.000 hilos. Esa página es la última reencarnación de una web anterior que se trasladó al nuevo nombre de dominio a mediados de 2018, cuando tenía más de 6.000 miembros y 45.000 hilos, lo que da una idea del rápido ritmo de crecimiento de esas comunidades.

Reddit (un popular foro de debate de Internet que tiene páginas, o *subreddits*, dedicadas a cuestiones específicas) fue uno de los primeros caldos de cultivo de la comunidad *incel*, aunque muchos miembros han migrado ya a otras páginas web y foros. Uno de los *subreddits* más activos tenía cuarenta mil suscriptores antes de que lo clausuraran, en noviembre de 2017, por incitar a la violencia contra las mujeres después de que un usuario publicara un hilo preguntando cómo podía violar sin que lo pillaran. Sin embargo, otras comunidades de *incels* siguen en Reddit: hay un *subreddit* con cien mil suscriptores.

El grupo de *incels* más grande de Facebook tiene unos dos mil miembros y en torno a setecientos mensajes nuevos al mes. Otro gran foro de *incels* cuenta con 10.000 participantes únicos y 730.000 mensajes. Una web que se centra en

conversaciones de *incels* sobre la mejora de la apariencia física masculina tiene 605 miembros, 83.000 mensajes y 5.000 hilos. Otra página —bastante similar al ya desaparecido sitio web de *incels* PUAHate— tiene casi diez mil miembros y más de un millón de publicaciones.

Según esas cifras, y teniendo en cuenta que puede que se repitan algunos miembros en las distintas páginas y foros, un cálculo prudente seguiría acercando el tamaño de la comunidad *incel* a las decenas de miles de miembros registrados, sin pararnos siquiera a contar a los merodeadores y observadores que frecuentan esas webs sin registrarse oficialmente. Y eso no son más que los ejemplos más conocidos de una comunidad que también incluye un sinnúmero de blogs, grupos de debate y páginas web de menor tamaño. Por supuesto, hablamos de una pequeñísima minoría de hombres. Pero como cifra no es nada baja: no se trata de un grupo aislado compuesto por un puñado de excepciones.

Jacob Davey, gestor de proyectos del Institute for Strategic Dialogue, que ha estudiado a los *incels* y otros grupos de la machoesfera, hace hincapié en que se trata de un movimiento «transnacional». Aunque cree que la mayor parte de la comunidad *incel* se ubica en los Estados Unidos, calcula que el tamaño de la machoesfera solamente en el Reino Unido (incluidos otros grupos explorados en este libro, además de los *incels*) podría ascender a diez mil personas; otra prueba de que es un error descartar al movimiento como un pequeñísimo grupo de bichos raros.

A continuación consideremos la insistencia en que esos hombres y sus ideas tienen escasa repercusión o influencia en el mundo real.

En marzo de 2018, una página web llamada Incelocalypse fue cancelada después de que activistas y periodistas previnieran a la empresa que la alojaba, DreamHost, sobre algunos de los contenidos publicados en la web, como hilos que hacían apología de la violación y gráficas descripciones de pornografía infantil.

El lema de la página, que aparecía destacado en un *banner* en la parte superior de la página de inicio, rezaba así: «Algún día esclavizaremos a las *jailbaits* para violarlas». Los *incels* fetichizan de manera especial a las vírgenes y a las adolescentes y a menudo usan el término *jailbait* para describirlas.[7]

Algunos usuarios del foro —como su creador-administrador, que usaba el seudónimo «Leucosticte»— se autodefinen como *rapecels*. Leucosticte abrió hilos titulados «Aunque pudieras follarte a una hembra dispuesta, deberías seguir queriendo violar a niñas» y «El incesto padre-hija tiene ahora más sentido que nunca», así como una publicación titulada «Los ataques con ácido son el igualador definitivo», que sugiere que las mujeres deberían aprender lo que se

siente «teniendo la desgracia de ser feas».

Incelocalypse ofrecía un área privada para pedófilos.

A los miembros de esas comunidades, sobre todo los más entusiastas u obsesivos —como Leucosticte, que en cierta ocasión escribió una redacción de 3.300 palabras titulada «Cómo mentalizarte para sentirte con derecho a violar» («No lo olvides: el feminismo es el problema y la violación, la solución»)—, se los suele tachar de locos fracasados y aislados que apenas participan en la vida pública, por lo que se considera que tienen nula capacidad de influir en ella.

Solo que, con el tiempo, se descubrió que Leucosticte era Nathan Larson, de treinta y siete años, contable y candidato al Congreso por el estado de Virginia.

En una conversación con *HuffPost*, Larson confirmó que era el dueño de la página web Incelocalypse y el autor de artículos sobre el incesto padre-hija. Lejos de distanciarse de lo que había escrito en Internet, hizo las declaraciones siguientes: «Hay mucha gente cansada de la corrección política y de que esta los constriña. La gente prefiere que haya un desconocido sin nada que perder y dispuesto a decir lo que piensa mucha gente». En otras palabras, afirmó que sus opiniones podían ayudarlo activamente a conseguir votos. Además de elevar a Adolf Hitler a la categoría de héroe, Larson defendió de manera explícita a los *incels* en su campaña política y afirmó que era injusto que se vieran «obligados a pagar impuestos para los colegios, prestaciones sociales y otras ayudas dirigidas a los hijos de otros hombres». También exigió que se derogara la Ley sobre la Violencia contra la Mujer, porque «necesitamos pasar a un sistema que clasifique a las mujeres como una propiedad, inicialmente de sus padres y después de sus maridos». Otro de los mensajes en Internet del futuro político llevaba el título siguiente: «Un hombre debería poder asfixiar a su mujer hasta la muerte como castigo por cortarse mucho el pelo sin permiso u otros actos de insubordinación grave». Cuando le preguntaron por la posible reacción a sus ideas de los potenciales votantes, Larson se mostró animado por el éxito de Donald Trump, pues dijo: «Mucha gente que discrepaba de alguien como Trump podría haberlo votado solo por el hecho de que no le gusta al *establishment*».[8]

En una comunidad compuesta por miles de hombres, habrá, por supuesto, algunos que estén en el paro o vivan por voluntad propia al margen de la sociedad. Con frecuencia, las escasas noticias sobre los *incels* que han recogido los medios de comunicación se han centrado en ese tipo de miembros, descritos como marginados sociales y ermitaños. Pero también es probable que haya muchos otros con puestos de trabajo bien retribuidos e influencia en nuestra sociedad o incluso personas como Larson, que se presentan como candidatos a cargos públicos o que los ostentan.

En junio de 2018, Ellen Pao, inversora tecnológica estadounidense y antigua directora ejecutiva de Reddit, advirtió, en un artículo para *Wired*, de que «muchos *incels* trabajan en la industria tecnológica o ingenieril», lo que les permite usar «plataformas tecnológicas y las comunidades de los lugares de trabajo para difundir sus ideas, captar nuevos adeptos y formarlos sobre cómo trasladar esas ideas a sus empresas». La tecnología —escribió Pao— «es fundamental para esos grupos de odio: es una profesión y un arma», antes de añadir que ella recibía informes «diarios» de empleados y ejecutivos tecnológicos sobre la infiltración de esos grupos en la industria. También, a modo de corroboración, citaba los mensajes publicados en Internet por los propios *incels* y hacía la observación siguiente: «En los foros de *incels* se enorgullecen de sus contribuciones tecnológicas; bromean diciendo que el mundo se desmoronaría si no estuvieran ellos aquí para mantener las infraestructuras de red y que sus empresas se hundirían sin ellos».

Pero la influencia en el mundo real de los *incels* no se limita a su presencia física y a sus trabajos, ni siquiera en ámbitos con tanta influencia en nuestra vida diaria como la tecnología y la política. También se nota muchísimo en la penetración e impacto de sus ideas y su léxico en otras comunidades y grupos ideológicos, tanto en el mundo virtual como en el real. En esos grupos se produce un efecto goteo, según el cual ciertos mitos o prejuicios que empiezan como gérmenes en las páginas web de *incels* se incuban y alimentan en las redes de la derecha alternativa o de los activistas por los derechos de los hombres antes de terminar filtrándose a la conciencia más amplia de la sociedad general, un proceso que puede rastrearse en los capítulos posteriores de este libro. Así pues, no podemos despreciar a las comunidades de *incels* aduciendo que sus ideas no salen nunca a la luz.

Vamos con la última y quizá más habitual defensa de los *incels*: que son hombres insatisfechos desahogándose en Internet, que la libertad de expresión es fundamental y que las ideas misóginas en las páginas web y en los foros no causan un daño auténtico en el mundo real.

El 23 de mayo de 2014, Elliot Rodger, de veintidós años, aparcó delante de la casa de la sororidad Alpha Phi, cerca del campus de la Universidad de California en Santa Bárbara, y llamó a la puerta. Al no obtener respuesta, abrió fuego contra las estudiantes que andaban por allí. Rodger disparó contra tres hermanas de la sororidad, mató a dos de ellas (Katherine Breann Cooper, de veintidós años, y Veronika Elizabeth Weiss, de diecinueve) e hirió a la tercera. Esas muertes fueron parte de una matanza mayor en la que Rodger acabó con sus víctimas tanto a tiros como atropellándolas; en total, mató a seis personas e hirió a catorce.

Aquello no fue una decisión inesperada ni improvisada. Antes de llegar a la casa de la sororidad, Rodger había subido a YouTube un vídeo titulado «La venganza de Elliot Rodger».

«Hola, soy Elliot Rodger —se presentaba antes de declarar—: Mañana es el día de la venganza, el día en el que me las van a pagar». Después enumeraba sus quejas contra las mujeres y describía sus planes para castigarlas por rechazarlo en el terreno sexual: «Me he visto forzado a soportar una existencia de soledad, rechazo y deseos insatisfechos porque las chicas nunca se han sentido atraídas por mí. Las chicas daban su cariño, sexo y amor a otros hombres, pero nunca a mí». El tono de Rodger pasaba de la queja al enfado —«Sigo siendo virgen. Ha sido una gran tortura, he estado pudriéndome en soledad, no es justo»—, pero se volvía aún más siniestro cuando se dirigía directamente a las mujeres. En ningún momento hablaba de sí mismo ni de la influencia que podía haber tenido en su situación su propio comportamiento, típico de la ideología *incel*:

> No sé por qué no os sentís atraídas por mí, chicas, pero pienso castigaros a todas. Es una injusticia, un crimen, porque no sé qué es lo que no veis en mí, soy el tío perfecto y, aun así, os lanzáis en brazos de esos hombres odiosos en vez de en los míos, el caballero supremo.

«Os castigaré a todas por ello», afirma Rodger riéndose. Y continúa:

> El día de la venganza voy a entrar en la casa de la sororidad más buenorra de la UCSB [Universidad de California en Santa Bárbara] y voy a masacrar a todas las zorras rubias, malcriadas y estiradas que pille. Todas esas chicas a las que tanto he deseado. Todas ellas me han rechazado y tratado como si fuera un hombre inferior si alguna vez me insinuaba ante ellas mientras se lanzaban en brazos de esas bestias odiosas.

Rodger vincula directamente su acto de violencia con su misoginia y lo encuadra como una forma de afianzar su condición de macho alfa. «Me relamo ante la idea de masacraros a todas. Por fin vais a ver que, en realidad, yo soy el superior, el auténtico macho alfa». Se ríe otra vez.

Aunque YouTube eliminó el vídeo original de Rodger, se han ido subiendo a la web numerosas copias. Una que está disponible mientras escribo estas líneas ha tenido un millón y medio de visualizaciones y recibido casi diez mil me gusta.

Rodger, que dirigió el arma contra sí mismo al final de su matanza, también dejó escrito un manifiesto de 107.000 palabras que mandó por correo electrónico a diversos familiares, antiguos amigos y conocidos. Lo tituló así: «Mi retorcido

mundo. La historia de Elliot Rodger». En él, atribuye la mayor parte de su infelicidad y soledad al hecho de que «las hembras de la especie humana eran incapaces de ver mi valía».

Después de su muerte, se reveló que Rodger había publicado muchísimos mensajes en foros frecuentados por *incels*. En su manifiesto, Rodger describió la web como «un foro lleno de hombres hambrientos de sexo, igual que yo». Aunque él no la reconociera como tal, hizo una escalofriante descripción de su experiencia de radicalización virtual:

> Muchos de ellos tienen sus teorías sobre qué es lo que atrae a las mujeres y muchos odian a las mujeres igual que yo […]. Leer los mensajes de esa web no hizo sino confirmar muchas de mis teorías sobre lo malas y degeneradas que son en el fondo las mujeres […]. Demuestra lo desolador y cruel que es el mundo por la maldad de las mujeres.

Los mensajes en Internet de Rodger eran una exhibición de la clásica ideología *incel*. En uno aseguraba que la mente de las mujeres «no ha evolucionado del todo». En la web PUAHate escribió: «Un día los *incels* cobrarán conciencia de su auténtica fuerza y números y derrocarán este opresivo sistema feminista. Empieza a visualizar un mundo en el que LAS MUJERES TE TEMAN A TI».

Su manifiesto deja clara la enorme influencia que habían ejercido en él algunos de los argumentos más habituales de las principales páginas web de *incels*:

> El mal supremo detrás de la sexualidad es la hembra humana. Ellas son las principales instigadoras del sexo. Controlan qué hombres mantienen relaciones y cuáles no. Las mujeres son seres con defectos y lo mal que me han tratado me ha hecho cobrar conciencia de esa triste verdad. Tienen el cerebro programado de una manera muy retorcida y dañina. Piensan como bestias y, a decir verdad, eso es lo que son.

El acto de violencia misógina masiva cometido por Rodger en el mundo real fue consecuencia directa de su radicalización virtual en la ideología extremista *incel*.

Poco tiempo después, en una pequeña librería de Toronto, una mujer llamada Alana leyó en una revista un artículo sobre la matanza de Rodger y comprendió con horror la deriva que había tomado la comunidad creada por ella hacía quince años.

Rodger no fue ni el primer hombre ni el último en cometer un acto de violencia masiva de motivación explícitamente misógina ni tampoco el único

vinculado de manera directa con los *incels* y otras comunidades de la machoesfera. De hecho, el informe policial de la masacre de Santa Bárbara reveló que, cuando los agentes revisaron el portátil de Rodger, su historial de búsqueda incluía material sobre George Sodini. El 4 de agosto de 2009, George Sodini, un analista de sistemas de cuarenta y ocho años, entró en una clase femenina de aeróbic en el LA Fitness Centre de Collier Township, Pensilvania, apagó las luces, sacó dos pistolas y empezó a disparar. Mató a tres mujeres e hirió a otras nueve.

Tras los hechos, se supo que Sodini pertenecía a la comunidad de los artistas de la seducción, un grupo con vinculación directa con los *incels* y con parte de la machoesfera. Según *ABC News*, «la policía encontró en el lugar, dentro de la bolsa de Sodini, dos notas mecanografiadas que reflejaban lo frustrado y deprimido que estaba por culpa de las mujeres».

Durante los nueve meses anteriores al tiroteo, Sodini había estado escribiendo en un blog que empezaba con la pregunta: «¿Por qué les he hecho esto a chicas jóvenes? Lee lo que sigue. He llevado la cuenta de mis pensamientos y acciones». El blog reveló la profunda misoginia de Sodini, que se lamentaba de que no tenía novia desde 1984 y no mantenía relaciones sexuales desde 1990. Como Rodger, Sodini estaba obsesionado con las mujeres jóvenes y atractivas que optaban por acostarse con hombres que no eran él, incluidas las «putillas blancas» que se sentían atraídas por los hombres negros. Con una lógica retorcida, típica de las comunidades de la machoesfera, Sodini hizo una extrapolación del número de años que llevaba soltero y de su propio «cálculo aproximado de cuántas mujeres solteras deseables hay» para llegar a esta extraña y exagerada conclusión: «Me han rechazado treinta millones de mujeres […]. No debo nada a las hembras deseables que piden cualquier cosa».

Menos de un mes después de la masacre de Rodger, Ben Moynihan, un adolescente británico, inició en Portsmouth una ola de apuñalamientos durante la cual intentó asesinar a tres mujeres en tres ocasiones distintas en el plazo de un mes, entre junio y julio de 2014. Después de que lo declararan culpable, se encontró un diario escrito por Moynihan en el que decía: «Planeaba matar sobre todo a mujeres como venganza por la vida que me han dado, sigo siendo virgen […]. Ataco a mujeres porque crecí creyendo que eran una parte más débil de la raza humana».[9] Moynihan reproducía a la perfección las contradicciones de la ideología *incel*: «Creo que todas las chicas son putas de una manera o de otra, hoy en día son quisquillosas con los hombres, no nos dan una oportunidad a los chicos como nosotros». Durante el periodo de los ataques, Moynihan también mandó a la policía una carta que decía así: «Todas las mujeres tienen que morir y la próxima vez espero poder arrancarles los ojos». En un vídeo encontrado en su

ordenador, Moynihan, de una manera que recordaba mucho a Rodger, declaraba: «Sigo siendo virgen, todo el mundo está perdiendo la virginidad antes que yo, por eso sois mi objetivo». Cuando sentenciaron a Moynihan, el juez le dijo: «El contenido de sus ordenadores era tan escalofriante como perturbador», pero no se hicieron públicos más detalles.[10] Sin embargo, casi ningún medio británico pareció establecer conexión alguna entre Moynihan y Rodger, pese a que los casos se produjeron con apenas unas semanas de diferencia.

El 1 de octubre de 2015, Chris Harper-Mercer, un estudiante de veintiséis años, entró en un aula de Umpqua Community College, obligó a los alumnos a colocarse en el centro y mató a balazos a ocho personas, incluido él mismo. Una novena víctima murió más tarde en el hospital y otros ocho estudiantes resultaron heridos.

Harper-Mercer dejó escrito un manifiesto en el que se quejaba de que era virgen y no tenía novia. En el texto, mencionaba a Rodger como alguien de la «élite» que «estaba a la altura de los dioses». Harper-Mercer escribió:

> Espero que otros oigan mi llamamiento y lo hagan realidad. Yo antes también era un fracasado como vosotros, rechazado por la sociedad. Estaremos todos de acuerdo en que algo falla en el mundo cuando las chicas prefieren irse con negros alfa matones. Cuando las personas buenas como yo estamos solas y los bellacos de los negros se llevan el botín, como piratas vaginales o algo así, no es justo.

También advertía: «Y, como yo, habrá otros: somos tus hijos, tus hermanos, estamos en todas partes».

Agentes anónimos de las fuerzas de seguridad confesaron a *USA Today* que Harper-Mercer «parecía formar parte de una difusa comunidad virtual conocida como los *beta boys*», un nombre que recuerda a la terminología *incel* sobre los «machos beta» y el «levantamiento beta», empleada para describir la fantasía *incel* de masacrar con violencia a los *normies*.

El 31 de julio de 2016, Sheldon Bentley, un guarda de seguridad, mató mediante patadas en el estómago a un hombre sin hogar que se encontró durmiendo en un callejón del centro de Edmonton, Canadá. En un informe precondenatorio, Bentley trató de defender que sus acciones se debían, en parte, a la frustración y el estrés que le generaba llevar cuatro años de «celibato involuntario».[11]

El 7 de diciembre de 2017, William Atchison, de veintiún años y empleado de una gasolinera, accedió al Aztec High School disfrazado de alumno, sacó un

revólver y mató a tiros a dos estudiantes antes de suicidarse. Según el *Daily Beast*, Atchison tenía una amplia presencia en Internet y uno de los alias que utilizaba era el nombre de Rodger. De acuerdo con un informe del Southern Poverty Law Center, Atchison también elogiaba al «caballero supremo» en sus publicaciones en la red.

El 14 de febrero de 2018, Nikolas Cruz, de diecinueve años y antiguo alumno del instituto Marjory Stoneman Douglas de Parkland, en Florida, entró en el centro, abrió fuego, mató a diecisiete personas e hirió a otras tantas. La masacre suscitó un poderoso movimiento estudiantil en contra de los tiroteos masivos y la violencia con armas de fuego. En un vídeo de YouTube sobre el manifiesto de Rodger, Cruz había comentado: «Elliot Rodger no caerá en el olvido». Con el tiempo se supo que Cruz había acechado presuntamente a una chica del instituto. También se dijo que había amenazado y acosado en repetidas ocasiones a una exnovia que había roto con él.

El 23 de abril de 2018, Alek Minassian, un programador informático de veinticinco años, atravesó a toda velocidad con una furgoneta de alquiler el distrito de North York de Toronto, Canadá, para atropellar deliberadamente a los peatones. Mató a diez personas y dieciséis resultaron heridas. Poco antes del ataque, en una cuenta de Facebook que después se confirmó que era de Minassian, se publicó un mensaje que decía así: «El soldado Minassian, de la infantería 00010, desea hablar con el sargento 4chan, por favor. C23249161. ¡La rebelión *incel* ya ha empezado! ¡Derrocaremos a todos los *chads* y las *stacys*! ¡Salve a Elliot Rodger, el caballero supremo!». La mayoría de las víctimas de Minassian fueron mujeres: en el ataque murieron ocho mujeres y dos hombres. Más tarde, la policía publicó un vídeo del interrogatorio que le hicieron tras su detención en el que Minassian se centra específicamente en su condición de *incel*: asegura que se había radicalizado en Internet y que actuaba en nombre de la ideología como forma de venganza. Minassian, que dio detalles sobre las mujeres que lo habían rechazado en el terreno romántico, afirmó: «Me considero un caballero supremo» (una referencia a Rodger) y «Me cabreaba que regalaran su amor y su cariño a bestias detestables». Añadió: «Sé que en Internet hay unos cuantos tíos más que se sienten igual». Como Rodger, Minassian denominó su ataque como «el día de la venganza». Cuando la policía le preguntó cómo se sentía con respecto a las diez personas a las que había matado, Minassian respondió: «Siento que he cumplido mi misión».[12]

El 2 de noviembre de 2018, Scott Beierle, de cuarenta años, entró en un estudio de yoga caliente en Tallahassee, Florida, disparó a seis mujeres y mató a dos antes de suicidarse. Después del tiroteo, BuzzFeed descubrió el canal de

YouTube de Beierle, que rezumaba odio misógino y racista y que incluía vídeos en los que describía a las mujeres como «zorras» y «putas» y hablaba de la «traición colectiva» de las chicas. Como muchos *incels*, despotricaba contra las mujeres que mantenían relaciones interraciales por traicionar a «su sangre». En un vídeo, titulado «el renacimiento de mi misoginia», hablaba de una chica que le había cancelado una cita y aseguraba: «Le habría arrancado la cabeza». En otro vídeo, llamado «La situación de los varones adolescentes», Beierle hacía referencia a Rodger y afirmaba que estar en «la situación de Elliot Rodger, de no conseguir nada, ni amor ni nada» era una «infinita tierra baldía que engendraba ese deseo y esa frustración».

En 2019, Christopher Cleary, de veintisiete años y natural de Denver, Colorado, fue arrestado en Utah el mismo día en que iban a celebrarse en la zona varias manifestaciones de mujeres.[13] Según las autoridades, Cleary había escrito en su cuenta de Facebook el mensaje siguiente:

> Tengo veintisiete años, nunca he tenido novia y sigo siendo virgen, por eso pretendo ponerme a pegar tiros en un sitio público dentro de poco y ser el próximo tirador masivo porque estoy preparado para morir y todas las chicas que me han rechazado lo van a pagar porque voy a matar a todas las chicas a las que vea.

Y el 17 de junio de 2019, un hombre que llevaba ropa militar, un rifle y varios cargadores murió en Dallas, Texas, por un disparo de la policía antes de poder llevar a cabo lo que se auguraba como un tiroteo premeditado. El hombre, identificado como Brian Isaack Clyde, de veintidós años, había disparado contra la puerta de un juzgado antes de que la policía lo abatiera. Al parecer, Clyde advertía de un ataque inminente en su cuenta de Facebook, plagada de referencias y memes sobre los *incels*.

Esos hombres no fueron los primeros en provocar masacres (o en intentarlo) inspirados por una ideología explícitamente misógina (y están lejos de ser los únicos que personifican el vínculo entre el acoso a las mujeres y las matanzas masivas, una cuestión que exploraré con mayor detalle más adelante). Pero, a excepción de Moynihan (cuyo historial de Internet no se encuentra a disposición del público, aunque los comentarios del juez dan a entender un vínculo), todos los asesinos de esa lista —que mataron a un total de cincuenta personas e hirieron a sesenta y ocho— tenían alguna conexión directa con las comunidades virtuales de hombres que odian a las mujeres de las que hablo en este libro.

Esas pruebas refutan con firmeza la idea de que no hay que hacer caso a los

incels. Se trata de un movimiento radical y extremista compuesto por al menos decenas de miles de miembros que difunde de manera deliberada una doctrina de misoginia y supremacismo masculino avivada por el odio y defiende activamente la violación salvaje y el asesinato de mujeres. Capta a hombres jóvenes que buscan respuestas sobre las relaciones, adoctrina a los adeptos mediante una ideología dogmática y todo un léxico de creación propia y exonera e idolatra a los que matan en su nombre. Y, lo que es más importante, ha engendrado un número significativo de asesinos en masa que han cometido en su nombre lo que sería justo describir como atentados terroristas. La verdad es que es indignante que tan poca gente haya oído hablar de ellos.

Una de las barreras más importantes que nos impiden tomarnos en serio esta amenaza es la cabezonería con la que tendemos a pensar que el mundo virtual y el real son ámbitos diferentes y alejados, separados por una sólida línea divisoria. Se da por hecho que lo que ocurre en Internet es virtual, irreal y, de manera implícita, inofensivo. Pero el impacto en el mundo real de los asesinos que se han creído a pies juntillas la ideología *incel*, se han radicalizado en Internet y han llevado sus ideas a la práctica usando balas y filos auténticos es la prueba demoledora de que una suposición como esa no podría estar más lejos de la verdad.

Pero ese no es ni por asomo el único motivo por el que la mayoría de la gente no se toma en serio a los *incels* ni sabe siquiera de su existencia; al fin y al cabo, no tardamos en reconocer y tomar medidas contra otras formas de radicalización virtual, como la que ponen en práctica los extremistas islámicos para convencer a los jóvenes conversos de que cometan actos violentos en nombre de un conjunto de creencias retorcidas y cargadas de prejuicios. Parte del problema es que esto atañe a las mujeres. Y, si ni siquiera nos tomamos en serio la violencia contra las mujeres que se produce en el mundo real, ¿cómo vamos a tomarnos en serio la del mundo virtual, donde es muy fácil que se vea como una broma o una sátira? Cuando la radicalización en Internet provoca que un atacante islámico atropelle a peatones blancos, los medios de comunicación y los comentaristas políticos nos alertan inmediatamente de la conexión: la palabra «terrorismo» llena enseguida las primeras planas y se ponen de relieve la ideología y la huella virtual del asesino para que no le pasen desapercibidas a nadie. No ocurre lo mismo cuando los hombres matan explícitamente en nombre de la misoginia. Incluso las personas que están al tanto de esos ataques de los que tan poco se habla en los medios de comunicación rara vez conocen la intención declarada que hay detrás de ellos. Y, mientras tanto, en silencio, las comunidades de *incels* crecen, captan y se deleitan en sus victorias.

Tras la masacre de Rodger, la cobertura mediática fue variada. Aunque algunos medios de comunicación informaron de la filiación de Rodger con grupos de *incels* o reconocieron la motivación misógina de los asesinatos, manifestada de manera explícita, muchos restaron importancia a ese vínculo o lo omitieron por completo. Cuando se observa la forma en que se le presentan al público, no es de extrañar que tan poca gente conozca la motivación extremista de esos asesinatos perpetrados por hombres que odian a las mujeres. «Tiroteo desde un coche en California: Elliot Rodger mata a seis personas cerca de la universidad en Santa Bárbara», rezaba un representativo titular tras la masacre. «Un tiroteo provoca siete muertos, incluido el atacante, en un "asesinato masivo" en California». «"Asesinato masivo" en California: un hombre "trastornado" se cobra la vida de siete personas». Incluso en los casos en que los titulares o entradillas citaban de manera explícita el manifiesto o los vídeos de Rodger —lo que sugiere que los periodistas estaban al tanto de su contenido misógino radical—, muchas veces se pasaban por alto para mencionar otros factores. «El hijo del director de *Los juegos del hambre*, de veintidós años, prometía "aniquilar por completo a quienes tienen una vida mejor"», rezaba un ejemplo. Algunos artículos periodísticos citaban a Bill Brown, el *sheriff* del condado de Santa Bárbara, que afirmó que los tiroteos eran «obra de un demente» y que Rodger padecía un «grave trastorno mental». Incluso en la cobertura mediática inmediatamente posterior a los hechos, los principales medios de comunicación recogieron las declaraciones de Alan Shifman, el abogado del padre de Rodger, que afirmaba que varios agentes de policía habían interrogado al joven unas semanas antes y les había parecido «una persona educadísima, amable y maravillosa».

Varios medios de comunicación cuestionaron o rechazaron de manera explícita la idea de que el género tuviera algo que ver con los asesinatos; por ejemplo, un artículo de *Forbes* afirmaba que esa idea era una «grave simplificación y un juicio apresurado» y añadía que Rodger odiaba «tanto a los hombres como a las mujeres». Muchos medios de comunicación se hicieron eco de la mala salud mental de Rodger, que seguramente también desempeñó un papel importante en lo que hizo, aunque, pese a haber recibido tratamiento psiquiátrico, no se le había diagnosticado ninguna enfermedad mental específica. Pero, sobre todo, los argumentos se centraron en el hecho de que Rodger había matado y herido a varios hombres además de a mujeres o en el tema del control de armas.

Un artículo publicado en *Time* reconocía la existencia de la misoginia en nuestra sociedad, pero restaba importancia a la influencia potencial que podían haber tenido aquellas ideas en Rodger, pues «el propio aislamiento que sienten

los autores de homicidios masivos hace que sean poco propensos a seguir las tendencias de la sociedad». Eso entraña una profunda ironía, puesto que el aislamiento en el mundo real es una de las principales razones de que muchos hombres participen en comunidades virtuales como la de los *incels*. El periodista, como muchos otros, trató de centrarse en la salud mental y describió de manera general a los asesinos en masa como «personas cabreadas, resentidas y trastornadas». El contraste con los terroristas islámicos, a quienes casi nunca se tacha de «trastornados», es brutal.

Para empeñarse en asegurar que la misoginia radical no motivó de manera explícita las acciones de Rodger hay que malinterpretar u omitir deliberadamente muchas de las pruebas que dejó. Así pues, resulta perturbador que el resumen del informe de la policía de Isla Vista tampoco haga apenas referencia a la misoginia, algo insólito dado que el propio informe describe minuciosamente la motivación misógina de los hechos y cita las entradas del diario de Rodger y su manifiesto:

> Seré un dios y castigaré a las mujeres y a toda la humanidad por su depravación […]. No puedo matar a todas las mujeres de la tierra, pero puedo asestar un golpe tan demoledor que les hará estremecerse hasta lo más profundo de su malvado ser. Atacaré precisamente a las chicas que representan todo lo que odio en el género femenino.

Cuando compró su primera pistola, escribió: «Después de coger el revólver, me lo llevé a mi cuarto y de repente me sentí poderoso. Estaba armado. ¿Quién es ahora el macho alfa, zorras?».

Sí, Rodger mató a sus compañeros de piso, que eran varones —un hecho que usaron muchos medios de comunicación para sugerir que sus actos no podían estar motivados meramente por el género—, pero él mismo explicó esa decisión de la manera siguiente: «Esta primera fase representa mi venganza contra todos los hombres que han disfrutado de una vida sexual placentera mientras yo sufría. Volverá a haber justicia cuando les haga sufrir como he sufrido yo. Por fin ajustaremos cuentas».

Sí, más tarde atacó a grupos de personas, incluidos hombres, pero volvió a relacionarlo con la rabia que sentía contra las mujeres por el hecho de que no quisieran mantener relaciones sexuales con él: «Voy a atacar específicamente a gente guapa y a todas las parejas. ¿Cómo se atreven esas chicas a regalar su amor y su cuerpo a todos esos hombres en vez de a mí?».

La cobertura de otras matanzas masivas en las que los asesinos explicaron clara y explícitamente sus motivaciones misóginas radicales sigue el mismo

patrón. Cuando Minassian mató a diez personas e hirió a dieciséis en nombre de la «rebelión *incel*», los titulares decían así: «Conductor de furgoneta de Toronto mata al menos a diez personas en una "auténtica carnicería"» y citaban explícitamente a las autoridades de la manera siguiente: «Dijeron que las acciones del conductor parecían intencionadas, pero no un atentado terrorista. "La ciudad no corre peligro", aseguró Mark Saunders, el jefe de la policía local de Toronto». Saunders pronunció aquellas palabras cuando los agentes ya habían interrogado a Minassian, que les había hablado explícitamente de su radicalización virtual y de la ideología *incel* radical que había motivado su ataque.

Los artículos sobre el manifiesto de Harper-Mercer lo describían constantemente como racista (y sí, el racismo fue sin duda una de sus características, como en muchos manifiestos de *incels*), pero no hacían ninguna referencia a la misoginia. Una representativa cita mencionaba que sus textos «abrazaban el odio racial y social».

¿Cómo vamos a luchar contra esta aterradora ola de violencia si ni siquiera somos capaces de señalar el indiscutible hecho de que esos asesinatos responden a una motivación misógina?

Por fin, tras el ataque de la furgoneta de Toronto, algunos medios de comunicación empezaron a establecer un vínculo directo entre las referencias a Rodger por parte de Minassian y la motivación misógina que subyacía a los asesinatos, lo que provocó un aluvión de artículos «explicativos» acerca de la machoesfera y, sobre todo, de los *incels*. Pero incluso aquellos se limitaban a menudo a medios de comunicación en línea de izquierdas, mientras que casi todos los principales periódicos mencionaban el tema, si acaso, de pasada. E incluso en esos casos se apreciaba resistencia. Un artículo del *National Post* tachaba de «prematuras» y «contraproducentes» las opiniones de quienes señalaban el vínculo. «El ataque no es ni más ni menos espantoso si su motivación fue el género de las víctimas», decía.

Por supuesto, es bastante posible defender que en cualquier grupo grande puede haber casos atípicos y radicales. Los actos violentos de una persona no representan necesariamente al conjunto del grupo y no debería darse por hecho que la pertenencia a la comunidad haya ejercido una influencia directa en ellos. De hecho, en la mayoría de los casos mencionados, había otros factores que quizá contribuyeran, en cierta medida, a los actos de los asesinos, como problemas de salud mental, abusos en la infancia o disfunciones familiares. Pero no debería hacer falta decir que la inmensa mayoría de las personas que han sufrido problemas de salud mental, sobrevivido a abusos infantiles o experimentado una ruptura familiar jamás cometen actos de violencia masiva. Y ninguno de esos

factores explica la demografía notablemente masculina de los perpetradores, cuando esas circunstancias son comunes a personas de todos los géneros.

También es difícil aceptar el argumento de que esos asesinos y sus actos están totalmente separados de las comunidades virtuales que frecuentaban o mencionaban, teniendo en cuenta el posterior tratamiento de su legado dentro de esas comunidades. En las páginas web y foros de *incels*, es sumamente habitual ver los nombres de los asesinos alabados, canonizados y reverenciados. Se los adora con una devoción sectaria y los miembros de la comunidad animan activa y repetidamente a los demás a emularlos. «NADA DETENDRÁ LA REVOLUCIÓN *INCEL* […]. HABRÁ VENGANZA», reza un mensaje.

Poco después de la masacre de Isla Vista, se creó un *subreddit* titulado «Fans de Elliot Rodger», aunque Reddit no tardó en vetarlo. En PUAHate, el foro que el propio Rodger había frecuentado, podían leerse comentarios que elogiaban sus actos, lo elevaban a la categoría de «héroe» y «rey de los *incels*» y lloraban su muerte diciendo «buenasnochesdulceprincipe»[14] y cacareando «los *incels* ganamos popularidad, la rabia y el terrorismo de los *incels* son LEGÍTIMOS». La web se clausuró cuando empezaron a salir a la luz los vínculos de Rodger con el foro.

Pero eso no ha impedido que otras comunidades de *incels* idolatren a Rodger hasta el punto de que su nombre encarna la idea de convertirse en mártir de la causa. «Marcarse un ER» es una expresión habitual utilizada para hablar de perpetrar una masacre *incel*, mientras que las iniciales se incluyen frecuentemente en otras palabras con la misma conclusión. En muchos mensajes se anima a los miembros del foro a actuar de forma «hERoica». En los típicos mensajes sobre Rodger puede leerse lo siguiente: «Vivió el sueño, murió como un guerrero». La exaltación de Rodger no ha disminuido con el tiempo; si acaso, la adoración sectaria ha aumentado. Cierto usuario escribe: «*INCELS*, ALZAOS, REEMPLAZAREMOS EL LUGAR DE LOS *CHADS* Y REINAREMOS SOBRE TODO EL MUNDO, SALVE A ELLIOT RODGER». En otros mensajes lo llaman «profeta» y «mártir». Hay un vídeo en YouTube, compuesto en gran medida por imágenes desenfocadas de Rodger que se desvanecen con una suave música de fondo, que acumula casi 50.000 visitas y 295 me gusta. Rodger no es el único asesino en masa que concita la veneración de los foros de *incels*. Cuando tras el tiroteo del Marjory Stoneman Douglas hubo medios de comunicación que sugirieron que Cruz podía haber estado acechando a una chica del instituto que lo había rechazado, miembros del tablón de mensajes de Incelocalypse debatieron el caso. «Se lo merecía, la muy zorra. Me alegro de que se las haya cargado», escribió un usuario. Otro se mostró de acuerdo con él: «Estupendo. Estas putas tontas se

merecen que las violen por rechazar a los hombres o incluso que las maten directamente». Cierto usuario escribió el que probablemente sea el ejemplo más crudo de misoginia deshumanizante que leí en todos los meses que pasé investigando esos foros: «Ojalá ese pobre tipo hubiera violado a la chica antes de matarla, así habría muerto sabiendo que el chico al que rechazó había entrado de todos modos en su cuerpo».

Muchos usuarios de las comunidades de *incels* se apresuraron a celebrar y aceptar a Minassian como el nuevo héroe, diciendo de él que había alcanzado la «santidad *incel*». «Celebraré con una birra cada víctima que resulte ser una mujer de entre dieciocho y treinta y cinco años», escribió uno. «Alek Minassian. Difundid su nombre, hablad del sacrificio que ha hecho por nuestra causa, adoradlo porque dio su vida por nuestro futuro», añadió otro.

En el caso de Harper-Mercer, los memes muestran imágenes de él sosteniendo una pistola y llevan un pie de foto rebosante de admiración: «Mercer no otorga merced». Asimismo, después de que Bentley culpara a su celibato involuntario del salvaje asesinato de un hombre sin hogar, los usuarios de los foros debatieron el caso con un entusiasmo febril. Se publicaron comentarios como los siguientes: «¿Lo sentís, chicos? HA LLEGADO LA HORA»; «Ha llegado la hora de marcarnos un ER»; «¿Por qué no se lo ha hecho a una *foid*?»; «Se lo tendría que haber hecho a una mujer»; «¿Está mal que me sienta emocionado por esto?»; «ES LA HORA DE LA REVOLUCIÓN DEL MACHO BETA, HAGAMOS UN ER».

Incluso cuando se produce un asesinato masivo sin conexión aparente con los *incels*, los miembros de la inceloesfera saltan de alegría y especulan con que el autor podría haber sido uno de ellos, alternando entre elogiar al asesino, analizar su método y sugerir cómo podría haber aumentado el número de víctimas o haberse asegurado de que hubiera más mujeres entre ellas.

Durante la escritura de este libro, he visto asqueada una y otra vez cómo ocurría todo esto en tiempo real. Mientras observo en silencio un foro de *incels*, unos encapuchados armados atacan un colegio de Brasil, matan a seis niños y a dos empleados y hieren a varias personas más.

Los miembros del foro se apresuran a compartir un vídeo y fotografías que, según dicen, muestran los cadáveres en el interior del colegio. Describen la matanza como «la puta hostia» y expresan su deseo de que todas las víctimas «sean *foids*». Uno afirma que el vídeo es «graciosísimo» y habla de lo bien que se ha sentido al oír los gritos de las mujeres.

Dado que esos son apenas algunos ejemplos de una tendencia que puede observarse de manera generalizada en diversas comunidades de *incels* y que se han creado más páginas web con el fin expreso de «rendir homenaje» a los *incels*

asesinos, cuesta creerse el argumento de que los actos de esos hombres violentos no guardan ninguna relación con la comunidad *incel* en general.

De hecho, se supo que la víspera del tiroteo de Harper-Mercer un usuario anónimo de un foro había detallado en Internet los planes del ataque: «Algunos de vosotros sois majos. No vayáis mañana a clase si vivís en el noroeste». Aunque no se ha confirmado que la cuenta anónima estuviera vinculada a Harper-Mercer, hay indicios sólidos de que podría tratarse del asesino advirtiendo a sangre fría de sus intenciones homicidas a sus amigos virtuales. Las respuestas de otros miembros de la comunidad son escalofriantes. Cierto usuario sugirió al autor original del mensaje «dirigir su ataque contra un colegio femenino» y lo aconsejaba sobre cuáles eran las mejores armas. Otro le daba consejos tácticos como el siguiente: «Te sugiero que lleves un cuchillo en el cinturón como último recurso». Una respuesta decía simplemente: «Haz que nos sintamos orgullosos». Otra añadía: «Mátalas a todas por nosotros».

Tanto si la cuenta pertenecía a Harper-Mercer como si no, cuesta aceptar las protestas de que no se debería meter en el mismo saco a toda la comunidad *incel*, dada la reacción de sus miembros cuando alguien afirma estar a punto de perpetrar un atentado de esas características. Si alguno de los que participaron en el hilo hubiera denunciado la amenaza a los cuerpos de seguridad, quizá se habría salvado la vida de ocho personas. Así pues, resulta complicado aceptar del todo el argumento de que la comunidad en general no tiene absolutamente ninguna responsabilidad en los actos de sus miembros en particular. Sin embargo, se trata de una cantinela habitual. Cuando un usuario de un foro se dio cuenta de que Rodger era el autor de la masacre de Isla Vista y sugirió informar a la policía sobre sus mensajes en Internet, otro participante respondió: «No avises. Pase lo que pase. Nosotros no hemos hecho nada, así que si tiene que pasar, que pase».

También es bastante irónico que a los *incels* les indigne que se les meta a todos en el mismo saco, teniendo en cuenta las tremendas generalizaciones que se hacen en la machoesfera sobre las mujeres: la frase «todas las mujeres son así» es tan habitual en los foros de *incels* que tiene su propio acrónimo, mencionado aquí y allá en miles de mensajes: AWALT (*all women are like that*).

No obstante, es muy cierto que muchos miembros de las comunidades de *incels* son hombres tristes, solitarios o verdaderamente deprimidos que buscan respuestas y apoyo. Algunos de sus nombres de usuario son *uglycreep* («feo asqueroso»), *uglyasfuck* («feo de cojones») o *fatvirginguy* («gordo virgen»).

Muchos mensajes pueden interpretarse como meros gritos de socorro. Un hilo titulado «A veces me siento un engendro» señala que los estereotipos sociales de la masculinidad viril y dominante pueden contribuir a inspirar sentimientos de

ineptitud y vergüenza: «Tener relaciones sexuales es parte de la condición del hombre y del ser humano. A veces siento que ni siquiera soy humano, porque no follo casi nunca». Cierto grupo de usuarios también se siente unido por el hecho de que casi nunca se lavan el pelo ni la ropa porque tienen la autoestima tan baja que no le ven el sentido. Otro hombre escribe que el único motivo por el que no se ha ahorcado (en inglés, *roped*, un término *incel* para referirse al suicidio) es que no quiere estropearle la Navidad a su familia.

Un *incel* que grabó un vídeo de YouTube para contar a sus compañeros que había perdido la virginidad con una trabajadora sexual dice en voz baja: «Fue agradable sentir que ligaba conmigo, aunque no fuera verdad […]. Fue agradable sentir eso por primera vez en la vida». Luego añade: «No ha sido solo cuestión de sexo, también quería saber en qué consiste la intimidad».

También hay una pequeña minoría de miembros de la comunidad *incel* que se esfuerza por ir a contracorriente: «Elliot Rodger es un asesino. Es mala persona. Nunca hay que recurrir a la violencia», escribe un usuario en un foro en respuesta a los mensajes que elevaban a Rodger a la categoría de héroe.

Además, antiguos miembros de algunas de las primeras comunidades de *incels* de finales de la década de 1990 describen las páginas como grupos mixtos en los que se intercambiaban consejos románticos y estrategias para afrontar los problemas y se ventilaban las dificultades. Aún hoy perviven en la comunidad pequeños reductos que conservan el carácter que en un principio quiso imprimirle Alana. En Facebook hay un «grupo de apoyo *femcel*» con más de ochocientos miembros que ofrece un espacio seguro para las mujeres que se autodefinen como célibes involuntarias y también existe un *subreddit* llamado «*incels* sin odio» que se precia de fomentar una «comunidad positiva y provechosa». Pero quedan eclipsados por el resto de la llamada «inceloesfera».

La parte más frustrante de mi experiencia de inmersión *incel* al navegar por esas páginas como si fuera Alex fue leer los mensajes de hombres vulnerables o que sufrían —muchos de ellos, jóvenes que estaban atravesando el típico tumulto de desasosiego hormonal adolescente y buscaban orientación para superarlo— y luego ver cómo esos hombres y adolescentes se daban de bruces de manera catastrófica contra ideas profundamente retorcidas y misóginas, basadas en la pseudociencia y en estadísticas falsas, justo cuando seguramente eran más vulnerables e influenciables.

En la pequeña oleada de artículos publicados en Internet sobre los grupos de *incels* —sobre todo, a raíz de los asesinatos masivos—, se observan dos grupos definidos y polarizados. O bien se describe a la comunidad como oscuramente violenta y misógina, afirmando que fomenta de una manera peligrosa la violencia

contra las mujeres, o bien como un grupo vilipendiado y desfavorecido de hombres solitarios, muy desprestigiados por su relación con un pequeñísimo número de ovejas negras que podrían registrarse en cualquier movimiento. La realidad —que casi nadie parece haber afrontado— es que ambas historias son ciertas. La exposición prolongada a la retórica violenta de los ideólogos más radicales insensibiliza y cautiva poco a poco también a otros miembros. Y quizá esa combinación sea la más explosiva y peligrosa de todas.

Por desgracia, una vez que los jóvenes se adhieren a una comunidad que les ofrece una sensación de pertenencia e identidad, la atracción puede ser tan poderosa que cuesta renunciar a ella; sobre todo, a medida que sus ideas y su discurso en Internet se van radicalizando. Tal como explica Squirrell:

> Terminan definiéndose por su condición de *incels*, lo que significa que transcender ese estado supondría perder la única comunidad que sienten que les apoya. Las cosas que dicen son tan radicales que resulta complicado retractarse o desvincularse de ellas. A todos los efectos, funcionan más como una secta que como una comunidad.

También la doctora Sugiura advierte sobre los riesgos de la radicalización y expresa una profunda preocupación por los perjuicios potenciales que esas comunidades entrañan para los chicos jóvenes:

> Los mensajes que se están propagando y difundiendo, y el discurso […]. Están intentando captar adeptos, convertir a la gente a su forma de pensar, a su ideología. Suena mucho a captación de menores (el discurso de tomarse la «píldora roja»): tienen todo un vocabulario sobre despertar a la realidad de lo que les ha hecho la sociedad a los hombres cis blancos y heterosexuales.

En cierto modo, la ingenuidad real (y la aclimatación gradual) de esos jóvenes puede hacer que no reconozcan la realidad de las comunidades en las que están empezando a participar. Buen ejemplo de este riesgo es la experiencia de Jack Peterson, un joven estadounidense que se vio inesperadamente catapultado al foco de los medios de comunicación internacionales tras el ataque de la furgoneta de Toronto.

Peterson solo tenía once años cuando en 2010 empezó a navegar por el tablón de mensajes virtual 4chan. A lo largo de varios años, fue sumergiéndose en la cultura virtual y descubriendo un abanico de comunidades e ideas diferentes, hasta que en 2016 se topó por fin con la comunidad *incel* gracias a Reddit y sintió que había encontrado un grupo que le entendía. «En cuanto leí el

término *incel* —me cuenta durante una larga conversación telefónica— supe que me describía». Explica que no le escandalizó la retórica misógina porque llevaba ya seis años sumergiéndose de manera gradual en páginas similares:

> Creo que, si pasas tanto tiempo participando en comunidades como esa, te vuelves insensible a ese tipo de retórica misógina, porque no deja de ser una parte normal de lo que lees en Internet. Un tío cualquiera que no visite páginas de esas quizá se encuentre con la comunidad *incel* y se escandalice, pero para mí no fue así, no me pilló por sorpresa.

Creyendo que había dado con una comunidad que lo entendía y lo apoyaba, y un poco habituado ya a la violencia de la retórica que se encontró allí, Peterson se quedó impresionado cuando se produjo el ataque de la furgoneta de Toronto y se dio cuenta de que Minassian, el asesino, pertenecía a la comunidad *incel*. Al ver que algunos medios de comunicación establecían un vínculo entre el asesinato y la filosofía virtual que apoyaban los *incels*, Peterson reaccionó con indignación, salió en defensa de su comunidad y se encontró de pronto con que los medios de comunicación se desvivían por entrevistarlo. Fue una experiencia embriagadora y abrumadora para un joven solitario, bastante aislado y de autoestima baja. Por supuesto, la realidad es que, como admite hoy en día Peterson en tono irónico y arrepentido, fue «el único tonto que se puso delante de las cámaras».

Así pues, se utilizaron y difundieron en artículos de Internet y en blogs las declaraciones de Peterson, en las que, pese a condenar la masacre, también acusaba a los medios de comunicación de «dar una imagen falsa de la comunidad *incel*» y afirmaba que «ser *incel* no tiene que ver con la violencia ni con la misoginia». La mayoría de los mensajes radicales destacados en los medios de comunicación no eran más que sarcasmo y humor negro, insistía Peterson, que habló sobre camaradería, apoyo mutuo y sentimiento de comunidad. Por eso, lo que ocurrió después supuso una conmoción espantosa.

Peterson empezó a recibir insultos y expresiones de rabia. Pero no procedentes de los medios de comunicación tradicionales ni de las personas que habían visto las entrevistas, como él preveía, sino de los propios *incels*. Les enfurecía que Peterson hubiera dado una imagen falsa de ellos y restado importancia al odio contra las mujeres que muchos de ellos afirmaban sentir de una manera muy real. «La comunidad *incel* en general se cabreó bastante conmigo, porque aseguraban que lo que decían no era humor negro, sino algo genuino […], así que les cabreaba que yo estuviera suavizando su mensaje».

«La verdad es que no me esperaba algo así para nada», afirma Peterson.

Tampoco las numerosas publicaciones con las que empezó a encontrarse de personas que elogiaban a Minassian y «se alegraban de que se difundiera el mensaje». Mientras Peterson intentaba defender a los *incels* de las acusaciones de misoginia virulenta, las reacciones indignadas proseguían: «Ellos decían: "No, los medios de comunicación nos están describiendo a la perfección, te equivocas"».

Para Peterson, la historia tuvo final feliz. La experiencia lo sacó de un plumazo de su cómoda relación con la comunidad virtual, mientras que la reacción de los medios de comunicación, las feministas y el público general, cuyo apoyo le sorprendió, lo animó a enfrentarse a un mayor grado de interacción social del que había experimentado en años. De repente, los mismos grupos de personas —feministas, mujeres y *normies*— a quienes los últimos seis años de adoctrinamiento le habían hecho temer y denigrar le estaban dando una acogida mucho más cálida que la comunidad a la que había considerado su hogar. Poco tiempo después, Peterson abandonó la inceloesfera para siempre.

Ahora no tiene más que veinte años y admite que, en el tiempo transcurrido desde entonces, ha tenido «algo de éxito con las mujeres» y, en general, se siente mejor consigo mismo. Pero su experiencia no es habitual y subraya los riesgos de que jóvenes inexpertos se vean arrastrados a una comunidad que se convierte en puerto seguro sin ser conscientes de verdad de dónde están metiéndose. Si la historia de Peterson no hubiera sufrido ese sorprendente vuelco, la insensibilización gradual a la que se estaba sometiendo podría haber provocado que se metiera aún más en la boca del lobo.

«Creo que lo más importante que he ganado al distanciarme de la comunidad —medita pensativo— es que soy capaz de verla como la vería un tío normal y corriente. Cuando no estás expuesto diariamente a ese tipo de cosas, vuelves a ellas y… —Hace una pausa—. Sí, queda claro lo apartados de la normalidad que están los miembros de la comunidad *incel*».

Para la mayoría de los miembros de los grupos de *incels*, la experiencia seguramente se encuentre a mitad de camino entre las explosiones de violencia en el mundo real de Rodger o Minassian y la redentora epifanía de Peterson. Quienes tengan tendencia a la misoginia es probable que la consoliden; quienes nunca han albergado ideas sexistas sobre el «derecho» inherente de los hombres a mantener relaciones sexuales entrarán en contacto con esas ideas; quienes tal vez hayan considerado poner ciertos comportamientos en práctica en la vida real es posible que se envalentonen al ver que otros los animan.

Y, en cierto sentido, esa podría ser una de las mayores amenazas que entraña la comunidad *incel* para nuestra sociedad. ¿Qué pasa con los comportamientos hacia los que está empujando suavemente a sus decenas de miles de miembros y

seguidores, comportamientos que quizá no lleguen a los titulares ni a las primeras planas ni se relacionen siquiera con los foros de *incels*, pero que, no obstante, surgen de ideas que se conciben —o de impulsos que se exacerban— en esas páginas web rebosantes de odio?

Un hombre escribe en un foro de *incels* sobre la experiencia, en apariencia banal, de ver a una mujer mirándolo por encima del hombro mientras caminaba por la noche detrás de ella.

La respuesta inmediata es: «Tendrías que haberla violado».

Otro miembro del foro escribe: «A mí me encanta seguir a las mujeres por el aparcamiento después del trabajo. Se acojonan tanto que se me pone como un mástil».

Una y otra vez, los usuarios escriben sobre el impacto que la pertenencia a grupos de *incels* ha tenido en sus ideas y actitudes hacia las mujeres, y se encuentran con que sus impulsos —por lo general, profundamente misóginos y violentos— son elogiados, normalizados y explotados por sus compañeros.

«¿Os ha provocado extrañas y oscuras fantasías sexuales el hecho de ser *incels*?», pregunta un usuario en un foro. Y profundiza: «Cuando comprendí que las *foids* me odian y que tenía prácticamente cero posibilidades de mantener una relación, empecé a tener fantasías oscuras y extrañas. Me excita ver a mujeres con las medias puestas meándose de miedo mientras las asfixian».

Otro usuario coincide en que, desde que ingresó en la comunidad *incel*, sus apetitos sexuales han cambiado drásticamente: ha pasado a albergar fantasías sobre *foids* «asfixiadas y abofeteadas». Otro usuario se mete en la conversación para decir que «las *foids* deberían llorar y suplicar clemencia». Otro escribe: «Ahora todas mis fantasías sexuales son hostiles y predatorias […]. No entiendo el sexo más que como una forma de violencia».

Pasar horas leyendo con atención esos mensajes me hizo darme cuenta del enorme impacto que puede tener en el mundo real el hecho de que los hombres se pasen todo el santo día metidos en foros de *incels*. Y empecé a darme cuenta de que las historias que contaban los hombres sobre su traslación del ideario *incel* a la vida diaria coincidían con las miles de historias que me envían todos los años mujeres víctimas de acoso, agresiones e insultos. Si las preguntas que nos hacemos sobre los *incels* se limitan a la probabilidad de que perpetren actos de violencia masiva, no estamos entendiendo nada. Sin embargo, hay un problema de mayor calado todavía: ahora mismo no estamos haciéndonos ni una sola pregunta.

[3] «The Making of an American Nazi», *The Atlantic*, diciembre de 2017.

[4] «Inside the Alt-Right's Violent Obsession with "White Sharia War Brides"», *Vice*, 3 de abril de 2018.

[5] «Teenage neo-Nazis jailed over terror offences», web de la BBC, 18 de junio de 2019.

[6] Referencia a los «machos beta» (*beta cucks*), que serían lo opuesto a los «machos alfa». (*N. de la T.*).

[7] El término *jailbait* (literalmente, «cebo carcelario»), que por fortuna no tiene traducción en castellano y yo me niego a intentar acuñar, es una palabra de la jerga estadounidense para referirse a una persona que aún no ha alcanzado la edad de consentimiento sexual, pero que físicamente parece provocativa o adulta. El término implica que el menor considerado sexualmente atractivo es una tentación para una persona mayor de edad, que podría acabar en prisión en caso de mantener relaciones sexuales con la persona considerada *jailbait*. (*N. de la T.*).

[8] «Congressional Candidate In Virginia Admits He's A Pedophile», *HuffPost*, 1 de junio de 2018.

[9] «Virgin teenager Ben Moynihan "stabbed women in revenge"», página web de la BBC, 13 de enero de 2015.

[10] «Teenager Ben Moynihan sentenced to 21 years for attempted murder of three women because he could not lose his virginity», *The Independent*, 6 de marzo de 2015.

[11] «Edmonton Man Uses "Involuntary Celibacy" as Excuse in Stomping Death», *Vice*, 30 de agosto de 2018.

[12] «Toronto van attack suspect says he was "radicalized" online by "incels"», *The Guardian*, 27 de septiembre de 2019.

[13] «He pledged to kill "as many girls as I see" in mass shooting. After second chances, he's going to prison». *Washington Post*, 24 de mayo de 2019.

[14] Cita de Hamlet. (*N. de la T.*).

02

Los hombres que depredan a las mujeres

«No es no… hasta que es sí».

DARYUSH VALIZADEH (ROOSH V),
exartista de la seducción.

«¿Tu padre es ladrón? Porque robó las estrellas del cielo y te las puso en los ojos».

«¿Te quedan cacahuetes? ¿Y si quedas conmigo?».

No conozco a muchas mujeres a las que un desconocido no les haya hecho una o dos insinuaciones trilladas en un bar en algún momento de su vida, normalmente seguidas de una risita incómoda y muy poquita acción romántica. La más memorable y menos atractiva que yo recuerde fue esta: «¿Te has tirado un pedo? Porque me he quedado sin aliento al verte». Lógicamente, le arranqué la ropa y una semana después estábamos casados.

Cuando se oye el término «artista de la seducción», la mayoría de la gente piensa automáticamente en ejemplos tontos de ese tipo, en el payasete que oculta su timidez tras una broma hortera o en el donjuán un poco sórdido cuyas frases rebosantes de confianza se supone que le dotan de un encanto irresistible (pensemos en Joey, el de *Friends*). Así pues, lo primero que hay que explicar es que, cuando hablamos de artistas de la seducción, no hablamos de una frasecita de broma aquí o allá. No se trata de impedir que los hombres hablen con las mujeres, les hagan cumplidos o las inviten a salir.

Hablo de una industria internacional en auge que, según los medios de comunicación, se ha valorado en varias ocasiones en unos cien millones de dólares. Es una comunidad que, a primera vista, podría parecer que está a años

luz de los *incels*: pese a ocupar un espacio virtual gigantesco, también tiene una importante presencia en el mundo real, donde cuenta con campamentos de adiestramiento, libros y entrenadores personales. La apariencia de aceptabilidad pública de la que goza la comunidad le permite operar a plena luz del día de una manera más descarada que a los *incels*, pues a los artistas de la seducción los protegen esos estereotipos de «donjuán atrevido» presentes en la cultura popular. Y, mientras que los *incels* pierden la esperanza de llegar a mantener relaciones sexuales, los artistas de la seducción (o PUA, por sus siglas en inglés) buscan el sexo sin descanso. Sin embargo, los dos grupos tienen en común más de lo que pueda parecer en un principio. Ambos se fundamentan en la separación de hombres y mujeres en categorías reducidas y sumamente estereotipadas. Ambos presentan el sexo heterosexual como la cúspide de los logros masculinos y retratan a las mujeres como poco más que objetos cuyo único propósito consiste en complacer a los hombres en el terreno sexual, como si fueran una especie de tragaperras porno. La diferencia estriba en que los *incels* consideran que las máquinas están amañadas y que solo dan dinero a unas élites predeterminadas y socialmente superiores mientras que a los demás hombres se los condena a introducir eternamente monedas en las máquinas sin obtener recompensa o se les niega por completo el acceso a ellas. Para algunos *incels*, la solución evidente pasa por la destrucción del mayor número posible de máquinas. Por el contrario, los artistas de la seducción creen que, siempre y cuando se pague un precio lo suficientemente alto, es posible aprender la combinación secreta y exacta de botones que hay que apretar y las palancas de las que hay que tirar para engañar a la máquina y que dé dinero todas las veces, con independencia del cliente. Ambas visiones del mundo se fundamentan en la percepción de que las mujeres no tienen humanidad, individualidad ni alma. Al igual que los *incels* y otros grupos de la machoesfera, los artistas de la seducción cuentan con su propio léxico, que incluye un gran número de acrónimos que pueden resultar desconcertantes para los legos en la materia. Y ambos grupos comparten la descarada creencia de que los hombres tienen derecho a mantener relaciones sexuales. «Despierta a tu poder masculino y disfruta del éxito con las mujeres, que es tu derecho natural», proclama una conocida página web que imparte el arte de la seducción.

Estamos hablando de una industria que explota los peores miedos de los hombres, se aprovecha de sus vulnerabilidades y, literalmente, les enseña a acosar, acechar e incluso a violar. Los llamados «gurús» de la seducción, que intentan captar como discípulos a hombres tímidos o sin éxito romántico, ofrecen instrucciones exhaustivas y específicas para todas las fases de un encuentro

sexual, ya se trate del acercamiento, los pormenores de la conversación o el acto físico de mantener relaciones sexuales. El problema es que muchos de sus consejos son, en el mejor de los casos, profundamente misóginos y, en el peor, pueden describirse como un manual de violencia sexual. Algunas de las mayores estrellas de la comunidad de los artistas de la seducción son hombres que han admitido abiertamente haber cometido violaciones o defendido que se legalice en la propiedad privada. Se trata de «expertos» que cobran miles de libras por transmitir su sabiduría a otros hombres. Lo más escalofriante es que sus cursos suelen llenarse.

Resulta muy irónico que se utilice la palabra «arte» para referirse a esa práctica. De hecho, el arte de la seducción solo puede describirse como un oxímoron. Sin embargo, ese supuesto «arte» y sus autoproclamados gurús se han convertido casi en una religión con millones de acólitos que se arrodillan ante sus altares, sudan la gota gorda leyendo sus manuales y, en muchos casos, se gastan una fortuna en campos de adiestramiento o seminarios donde, en teoría, les dan consejos que les cambiarán la vida.

El objetivo principal es evolucionar de AFC (*average frustrated chump*, «panoli frustrado», comparable al «beta» de la terminología *incel*) a MPUA (*master pickup artist*, «maestro del arte de la seducción) o PUG (*pickup guru*, «gurú de la seducción»). Eso se consigue mediante innumerables ejercicios, enseñanzas y trucos para que los hombres mejoren su «método» (sus técnicas de ligoteo). Suele consistir en vestirse con ropa o joyas llamativas para concitar miradas (*peacocking* o «pavonearse»), irse de *sarging*, «sargeo» o «caza» (intentar acercarse a las mujeres),[15] esquivar a las FUG (*fucking ugly girls*, «tías feas de cojones») y a las *warpigs* («cerdos de guerra» o mujeres feas), dirigirse a las HB (*hot babes*, «nenas buenorras»; *hard bodies*, «cuerpos duros», o *hunny bunnies*, «conejitas», a menudo sufijadas con un número del uno al diez), evitar la competencia de los AMOG (*alpha males of the group*, «machos alfa del grupo») y de los *cockblockers* (amigos «bloqueapenes») y utilizar técnicas como el *negging* (hacer un cumplido ambiguo para que la chica se sienta insegura) o el FTC (*false time constraint*, crear una limitación temporal falsa para presionarla y que responda rápido). El objetivo es conseguir un «cierre» (un resultado satisfactorio, que puede ser un «cierre con número», un «cierre con beso» o un «cierre con polvo»). Pero, para conseguirlo, tendrás que superar su «escudo zorril» (sus intentos de repelerte) y la potencial utilización del UFEA (*universal female excuse archive*, «archivo universal de excusas femeninas»).

¿Todo esto te genera confusión? Ya irás cogiéndole el truco. Y cuanto más te acostumbres a ver a las mujeres nombradas con acrónimos en vez de como seres

humanos, menos te costará olvidarte de que también ellas son personas.

No es casualidad que muchos de esos términos describan a las mujeres literalmente como presas: una de las técnicas de seducción es la llamada BHRR (*bait*, *hook*, *reel*, *release*, es decir, «cebar, pescar, enrollar, soltar») y la palabra más habitual para denominar a una mujer en un contexto de seducción es «blanco». El acto de engañarla para mantener un encuentro sexual se conoce como «manipulación». El lenguaje adquiere un tono curiosamente distante y clínico cuando los miembros de la comunidad escriben «informes de campo» (relatan en Internet su experiencia), como por ejemplo: «Puse a dos ejemplares en mi línea de tiro en una cafetería; las llamaré HB7 rubia y HB9 ojos azules». Si se parece mucho a la caza, es porque lo es.

Lo más perturbador de adentrarse en esa comunidad es la lenta e incómoda constatación de que has estado en contacto personalmente con sus miembros. De pronto te acuerdas del rarito ese del sombrero estrafalario que se empeñó en perseguirte por la calle a plena luz del día, se negó a aceptar un no por respuesta y te bombardeó a «piropos» de carácter sexual en lo que parecía más un ataque que una conversación. Recuerdas que se te aceleró el pulso, que hiciste vertiginosos cálculos mentales para intentar averiguar cuál era el sitio seguro más próximo, que cuando le pedías que te dejara en paz te esforzabas por adoptar una expresión facial neutral. Con educación, siempre con educación, por miedo a que el tipo se pusiera desagradable, a que la situación se te fuera de las manos. El instinto de decir algo, o de terminar dándole tu número de teléfono, con tal de escapar. La angustia posterior, cuando el acosador no cejaba en el empeño y te llamaba o mandaba mensajes aunque le hubieras pedido que parase.

Para la mayoría de las mujeres a las que conozco, no se trata de una experiencia inusual. Puede hacerte sentir asustada, maltratada, agotada e insegura. Para mi proyecto Sexismo Cotidiano, puedo llegar a recibir hasta cien entradas y correos electrónicos diarios de mujeres de todo el mundo a las que la interminable y agotadora batalla contra el acoso sexual en lugares públicos tiene hartas o aterradas. Así pues, resulta profundamente desalentador descubrir de repente un extenso mundo virtual en el que se enseñan activamente esas técnicas a los hombres. Pero esa es la realidad.

A los hombres de la comunidad de la seducción los programan una y otra vez para pensar en las mujeres como objetos de placer, como problemas que hay que arreglar, como niñas a las que hay que obligar a obedecer o como perros a los que hay que adiestrar. Ha de superarse la inconveniente resistencia de las mujeres con el fin de dominarlas y controlarlas. Para ello, es necesario infantilizar y deshumanizar a las mujeres como género y animar a los hombres a

verlas como veleidosas e inútiles. «Me da igual lo que las mujeres digan que quieren, me da igual lo que piensen que quieren: lo que me importa es aquello a lo que responden», afirma el gurú de la seducción Ross Jeffries en un vídeo didáctico. En un momento de *El método*, la biblia de los artistas de la seducción (un superventas multimillonario), Neil Strauss describe a las mujeres como «llenas de agujeros: oídos para escucharme, boca para hablarme y vagina para exprimirme orgasmos».

Gran parte de la jerga de los artistas de la seducción se aprovecha de la técnica de la machoesfera —cada vez más común— de usar la pseudociencia y la psicopalabrería para cimentar una base impresionante que suene académica para lo que, en realidad, es misoginia empaquetada que se vende a los hombres; en este caso, como una receta aceptable y prácticamente infalible para mantener relaciones sexuales. Cierto gurú de la seducción que ofrece talleres de adiestramiento que cuestan miles de dólares promociona sus habilidades citando su propia transformación por medio de un intenso estudio y devoción, que, según afirma, «culminó en un profundo cambio identitario a nivel celular». E insinúa que, por apenas unos miles de dólares, ¡podría transformar también tus células!

Los consejos y técnicas que recomiendan distintas páginas web y gurús abarcan desde técnicas de autosuperación enfocadas a acicalar la apariencia masculina y aumentar la autoconfianza hasta instrucciones levemente repugnantes para introducirse en el entorno inmediato de una mujer, pasando por la incitación directa a cometer agresiones sexuales e instrucciones detalladas para ello.

Claramente, como en la comunidad *incel*, hay aquí una escala móvil. Al leer algo como la «técnica de succionar la lengua» del gurú de la seducción Gary Gunn, es fácil sentir cierta lástima por los numerosos seguidores del arte de la seducción que claramente son solo hombres inseguros y tímidos que buscan algo de asesoramiento para no ponerse tan nerviosos con las mujeres. «Es normal sentirse nervioso y abrumado al conocer a mujeres atractivas. Normalmente lo manifestamos hablando más rápido de lo habitual y quizá en un tono más agudo —explica a sus seguidores—. Con la técnica de succionarnos internamente la lengua, nos impedimos hablar».

Resulta deprimente pensar en la cantidad de jóvenes vulnerables que se acercan a esos supuestos «expertos» con la esperanza genuina de mejorar su relación con el sexo opuesto y se encuentran inmersos en un desconcertante mundo de insultos, cumplidos ambiguos y deshumanización. Pensemos, por ejemplo, en la insistencia de cierto gurú de la seducción en que los hombres «interrumpan el discurso de las chicas cada diez palabras» con el simple objetivo

de desestabilizarla y mermar su autoconfianza. Las técnicas de los artistas de la seducción van desde la llamada «kinointensificación» (encontrar cualquier excusa para establecer contacto físico, normalmente sin el consentimiento de la mujer, y tratar de ir incrementándolo de manera que sea cada vez más sexual) hasta «ponerse machote» («intensificar con agresividad el contacto físico»). «Algunos ejemplos de ponerse machote —aconseja una página web del arte de la seducción— consisten en coger a la chica de la cintura y atraerla hacia ti o, ya en el dormitorio, coger a la chica en brazos y lanzarla contra la cama». Todo eso encaja con el imperativo del «macho alfa» de asumir el mando y el control de las mujeres. A los hombres que aspiran a artistas de la seducción se les enseña la importancia de «aislar» a las mujeres de sus amigas, a menudo en un lenguaje que recuerda a un león hambriento que separa a la gacela más débil de la manada. Recuerdo una entrada del proyecto Sexismo Cotidiano en la que un estudiante universitario mayor le decía a una alumna de primer año: «Voy a tratarte como a un delfín: voy a aislarte del grupo hasta que te rindas a mí». Cierta página web hace una sugerencia muy útil: «Si la mujer se resiste, castígala durante un segundo girando la cabeza y vuelve a repetir la instrucción». Parece una técnica para adiestrar perros labradores particularmente tozudos; la misma web recomienda el «truco» de hacerse con el control tirando a la mujer del pelo «con un gesto firme y autoritario». Los que se succionan la lengua nos van resultando más atractivos.

En el extremo más nocivo del espectro están las ideas que en la jerga del arte de la seducción se conocen como «defensa antizorras» (ASD, por sus siglas en inglés) y «resistencia de última hora» (LMR). Enseñan (por supuesto, con abundante razonamiento biológico pseudoacadémico) que una mujer que decide que no quiere mantener relaciones sexuales con un hombre no está tomando una decisión personal racional y válida, sino que responde sin remedio a un imperativo biológico. Su cuerpo —insisten los gurús de la seducción— está entrenado para sentir un pánico instintivo a mantener relaciones sexuales y evitar así morir durante el parto o que la abandone el padre de sus hijos. Sí, no es broma. Cualquier cosa antes que contemplar la posibilidad de que una mujer, sencillamente, no esté interesada en ti (una posibilidad que la mayoría de los artistas de la seducción se niegan a contemplar). Lo único que hace falta es un puñado de técnicas para sortear la «resistencia» de las mujeres (que muchas veces se describe como «simbólica» o «falsa») y presionarlas para mantener relaciones sexuales. «Superar la resistencia de última hora» es uno de los temas más habituales y populares de los foros, seminarios y campamentos de adiestramiento de los artistas de la seducción. ¿Sigue sonando a diversión inofensiva y

encantadora?

Los usuarios de un popular foro intercambian consejos sobre cómo «trabajarse» la resistencia de una chica que pide de manera explícita que no se la toque y aclaran: «Un machote toma lo que quiere». Suele recomendarse la técnica de agarrar a las chicas en público sin pedir permiso, porque «hay que subyugar a la mujer a la que se persigue». Un usuario de un foro presume: «Muchas veces voy y me echo a la chica por encima del hombro».

Otros hilos se centran en las mejores maneras de manipular o coaccionar a las mujeres en situaciones sexuales: en uno titulado «Cómo convencer a una tía para que trague», los usuarios intercambian artículos llenos de falsedades sobre que el semen es beneficioso para la salud de las mujeres con la esperanza de utilizar esa información para presionar a sus parejas sexuales para que se traguen su semen o acepten que les «acaben en la cara». Otros aconsejan métodos más directos que sencillamente se pasan por el forro el consentimiento de la mujer, como «"olvidarse" de hacer la marcha atrás y correrse dentro». Otro usuario sugiere: «Tapadles la boca y la nariz, como cuando tienes que darle medicina al perro». Ahí está otra vez la comparación con el adiestramiento canino.

Para una comunidad que afirma apostar por el romanticismo, cuyos miembros reivindican a menudo su desemejanza con los *incels*, el alto nivel de contenido violento y misógino que se ve aquí resulta de lo más revelador.

En un hilo sobre «follarse a embarazadas» se habla sobre las formas más efectivas de engañar a la mujer para que se crea que el hombre mantendrá al futuro hijo con el fin de manipularla para que mantenga relaciones sexuales con él, tras lo cual el hombre jamás volverá a contactar con ella. Según un miembro del foro, entre los «beneficios» de «manipular» a una mujer embarazada está el de que se encontrará «emocionalmente débil» y, por lo tanto, será fácil de manipular. Otro usuario del foro hace la «broma» siguiente: «Una vez me follé a una tía embarazada y, cuando parió una semana más tarde, le salió el niño con el ojo morado».

En otros hilos se anima a los hombres a usar técnicas de los artistas de la seducción en diferentes ámbitos de la vida, como agarrar a las mujeres de las caderas en el lugar de trabajo y rozarlas con el pene al pasar.

Como los artistas de la seducción están un eslabón por encima de los *incels*, como se los considera encantadores, divertidos o inofensivos, suelen tener muchas más oportunidades de intervenir en los medios de comunicación. De este modo, ideas que fluyen con soltura entre los dos grupos, y que nunca habrían visto la luz si hubieran surgido directamente desde las profundidades de un foro de *incels*, afloran de repente en el discurso dominante gracias a la intervención de

un artista de la seducción. En una entrevista con *The Independent*, por ejemplo, un artista de la seducción explicó que es responsabilidad de las mujeres evitar que las violen, porque los hombres, «con toda esa testosterona bombeándoles por el cuerpo», son físicamente incapaces de detenerse durante el acto sexual. Por lo tanto, defiende de manera grandilocuente, «sería prudente que no se colocaran en situaciones donde el hombre corriente no pueda parar a causa de sus debilidades innatas como animal cuya existencia entera depende de aparearse con éxito».[16]

Entre los consejos de seducción habituales se encuentran los de subyugar y controlar a las mujeres, negarse a aceptar un no por respuesta e ignorar o sortear su resistencia de manera activa. «¿Cuál es la mejor forma de imponer el dominio propio sobre alguien? Iniciar el contacto físico sin pedir permiso», dice un representativo mensaje de un foro. «A las mujeres les excitan las exhibiciones de dominación y poder», asegura en su blog un «maestro» de la seducción. Toda esa narrativa es lo opuesto a la tímida conversación sobre el consentimiento que, a partir del movimiento #MeToo, empieza por fin a calar en la conciencia de la gente. Creemos estar progresando, pero, al leer esos foros, que tienen cientos de miles de visualizaciones, comentarios e hilos, te das cuenta de que la realidad consiste, en el mejor de los casos, en dar un paso hacia delante y varios hacia atrás.

Muchas veces, el asunto se presenta como algo que en el fondo las mujeres quieren y necesitan, casi como si se les prestara un servicio benéfico (con independencia de que sean capaces o no de apreciarlo). Un destacado gurú de la seducción escribe en su página web: «Contemplad la posibilidad de que igual lo que la mujer necesita es que le insistan un poco. Igual lo que necesita es una buena empotrada, conectar con un hombre». También sugiere a los hombres hacer caso omiso cuando una mujer rechace sus insinuaciones y vuelve a describir la estrategia como un gesto magnánimo por el bien de la mujer: «Creo que es positivo no ceder ante el primer "desplante" de una mujer. Estoy dándole la oportunidad de tomar una decisión distinta, de reaccionar con mayor libertad y actuar de otra forma». Qué caballerosidad la suya.

Los ejemplos anteriores no son mensajes radicales de foros seleccionados estratégicamente para dar una idea errónea del género de la seducción en su conjunto. Algunos de los hombres más famosos de esa comunidad internacional —que cuenta con miles de admiradores y seguidores en Internet, libros superventas y «seminarios» con todas las plazas vendidas— son los que están propagando activamente los mensajes más violentos y misóginos.

Por ejemplo, Julien Blanc, que se autoproclama «líder internacional en asesoramiento sentimental», publicó en 2014 un vídeo en YouTube titulado así:

«Un hombre blanco se folla en Tokio a mujeres asiáticas (y los preciosos métodos para lograrlo)». En el vídeo, Blanc imparte un seminario en un aula llena de hombres a los que les dice que «en Tokio los hombres blancos pueden hacer lo que les dé la gana» y sugiere que se dirijan a las mujeres gritando «"Pikachu", "Pokemon", "Tamagotchi" o algo así». Presume de su capacidad de «divertirse por las calles» de Tokio «agarrando a las mujeres» y apretándoles la cara contra su entrepierna. («Les agarro la cabeza a las chicas así, sin más, en plan "cabeza, pfft, en la polla". Cabeza en la polla al grito de "Pikachu"»). Luego enseña a los hombres un vídeo en el que se lo ve llevándose por la fuerza a la entrepierna la cabeza de varias mujeres.[17]

Al igual que en gran parte de la machoesfera, en la comunidad de seducción se aprecian estereotipos racistas profundamente problemáticos, sobre todo mediante tremendas generalizaciones sobre los «tipos» de mujer que hay en cada país, que sugieren que todas ellas se ajustan a estereotipos deshumanizantes (las mujeres de determinado país europeo están obsesionadas con el sexo, las mujeres asiáticas son sumisas con los hombres blancos, etc.). Por ejemplo, la web de un gurú de la seducción muy conocido ofrece una «Guía del hombre estadounidense para seducir a las mujeres orientales», que, tras un descargo de responsabilidad en el que asegura a los lectores que no es racista, promete enseñar a los hombres a «conseguir todos los chochitos chinos que quieran» mediante la construcción de su propio «harén de tías orientales voluntariosas, dóciles y obedientes». Entre los temas están «Tácticas infalibles para ligar con mujeres orientales que se tragan como si fueran caramelos (¡o galletas de la suerte!)» y «¡¡Cómo utilizar tu conocimiento supersuperior de la cultura estadounidense para que las mujeres te vean como a un superhombre divino a quien han de obedecer, servir y satisfacer!! (¡Ja! ¡Inténtalo con una estadounidense!)». Menos mal que el tipo no era racista.

Como ocurre con otras ideas, esas nociones emanan de los gurús de la seducción y se hacen claramente visibles entre sus seguidores de la comunidad general. En cierto hilo de un foro de seductores en el que se ensalzan las ventajas de mantener relaciones sexuales con «chicas musulmanas», un usuario alardea de que están «culturalmente *adiestradas* para ser cocineras/buenas amas de casa desde la adolescencia», para luego compararlas favorablemente con «las chicas europeas y sus zorriles aventuras sexuales», una actitud un poco hipócrita viniendo de un hombre que escribe extensos mensajes en un foro sobre acostarse con el mayor número de mujeres posible. Pero sus mayores elogios tienen que ver con el hecho de que cree que las chicas musulmanas no pueden decir que no porque «negarle el sexo a un marido […] se considera ilegal en la tradición/

cultura islámica». El hilo no tarda en caer en la islamofobia y el racismo y recuerda a los prejuicios de algunos foros de *incels*. Algunos de los usuarios advierten al autor del mensaje de que si se acuesta con una musulmana se convertirá en terrorista. Uno de ellos escribe: «Yo quiero tías blancas o asiáticas. De las musulmanas paso, aunque estén buenas».

La comunidad muestra una hostilidad activa hacia las personas LGTB; por ejemplo, las normas de cierto foro afirman de manera casual: «Nada de chicas, homosexuales ni transexuales. Aquí no son bienvenidos ni sus opiniones ni sus comentarios». En los gurús de la seducción se aprecian estereotipos nocivos y cargados de prejuicios sobre las lesbianas (de las que muchas veces dicen que simplemente aún no se las ha follado un tío como Dios manda, lo que anima de manera activa a los hombres heterosexuales a acosarlas) y las mujeres bisexuales (a quienes se describe como criaturas exóticas y sexualmente ávidas cuya principal razón para existir consiste en estimular la vida sexual de los hombres heterosexuales). Algunos gurús de la seducción se aprovechan de esos estereotipos hasta el punto de autoproclamarse «expertos» en acostarse con esa clase de mujeres. Uno de ellos promete enseñar a sus seguidores «¡Cómo conseguir que una mujer bisexual te meta a otras en la cama!» y «¡Cómo validar el deseo de experimentar de las mujeres bisexuales e incluso conseguir que no explorar esos deseos se vea como una terrible limitación de la que debe olvidarse!».

La idea de la «seducción», así como su estrecha relación con la misoginia, es muy anterior a Internet. De hecho, el término anglosajón *pickup*, que hace referencia a una relación casual con el objetivo de mantener relaciones sexuales, se popularizó en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial gracias a los carteles propagandísticos que pretendían combatir las enfermedades venéreas entre los soldados disuadiéndolos de mantener relaciones sexuales casuales o de recurrir a las trabajadoras sexuales.

«¿Cargados? ¡No os arriesguéis con las seductoras!», advertía un cartel en el que se veía a un grupo de jóvenes atractivas apiñadas bajo la imagen de una pistola. En otro cartel se veía a una joven bonita y con hoyuelos que sonreía mientras tres hombres uniformados la miraban con admiración. La imagen estaba estampada con el aviso siguiente: «Aunque pueda parecer aseada, las seductoras, las chicas “divertidas”, las prostitutas, propagan la sífilis y la gonorrea. No se puede vencer al Eje con una enfermedad venérea».

Incluso en esa expresión temprana, se asociaba el término a prejuicios misóginos. «Una chica que se entregue a un hombre es probable que haya mantenido relaciones con otro. Seguramente tenga alguna enfermedad», advertía

un cartel. «Podría darte muchos quebraderos de cabeza», decía otro bajo una sugerente imagen de una mujer de pelo oscuro, muy maquillada y con boina fumando un cigarrillo.

En las décadas de 1960 y 1970, con la llegada de los anticonceptivos, la contracultura y la revolución sexual, el término «artista de la seducción» perdió muchos de sus matices siniestros, ya que los psicólogos se lo apropiaron al darse cuenta de los potenciales beneficios de combinar la autoayuda con las técnicas terapéuticas, sobre todo con la atractiva promesa de ayudar a los lectores a alcanzar el éxito sexual. En 1967 se publicó *El arte de la seducción*, de los psicólogos Albert Ellis y Roger Conway, al que poco después, en 1970, siguió el libro *How to Pick Up Girls!* (¡Cómo ligar con las chicas!), de Eric Weber. Esas primeras guías pueden parecer relativamente inocuas comparadas con la expresión moderna del movimiento: Ellis, por ejemplo, que fue uno de los principales impulsores de la terapia cognitivo-conductual, es famoso por haber descrito sus propios esfuerzos por superar su timidez crónica y su miedo a hablar en público (sobre todo, delante de un público femenino).

Lógicamente, no tiene nada de malo ayudar a la gente a ganar seguridad en sí misma ni tampoco brindar apoyo a las personas que se ponen nerviosas a la hora de entablar relaciones enseñándoles algunas técnicas para iniciar una conversación. Me refiero a los miembros de la comunidad moderna que son auténticos «*coaches* para ganar seguridad» o que brindan apoyo en relaciones respetuosas y consentidas. Weber describe el origen de su libro de una forma que suena pintoresca e inocente, y se describe como «tímido» con «la clase de chicas con las que siempre pensé que tenía que casarme». Pero su libro, que vendió por correo después de recibir pedidos por valor de diez mil dólares gracias a la publicación de un anuncio en la revista *Penthouse*, no era nada saludable y auguraba en muchos sentidos la mayor parte de la moderna industria de la seducción.

Weber describía la experiencia de ver en la calle a una mujer atractiva («como para chuparse los dedos») de la manera siguiente: «Tienes la necesidad imperiosa de ver más de esas piernas largas y esbeltas. Esos hermosos pechos redondos. Ese trasero firme y respingón. Por un instante, hasta te planteas violarla».

A lo largo del libro, fomenta las mismas ideas esencialistas y heteronormativas sobre la biología y el género que tan arraigadas están en la machoesfera moderna, como por ejemplo:

> Igual no lo sabes, pero ya cuentas con una gran ventaja a la hora de ligar con

> las chicas: que eres hombre. Y, como hombre que eres, tienes el derecho, el privilegio, de abordar a una mujer siempre que quieras. Las mujeres, en cambio, tienen que limitarse a esperar.

Weber describe en tono evangélico la experiencia de un «amigo» que reprendió furioso en la calle a una mujer después de que ella hiciera caso omiso de sus insinuaciones y descubrió que su diatriba había conseguido «atravesarle la coraza». De esta manera, predice la moda del *negging* y de tratar mal a las mujeres a propósito para atraerlas.

El libro vendió más de tres millones de ejemplares y se tradujo a más de veinte idiomas. Hoy en día sigue estando a la venta en Amazon.

En las décadas de 1970 y 1980, el arte de la seducción fue ganando terreno poco a poco gracias a un puñado de escritores independientes y a los llamados «maestros», además de a una revista que no duró mucho, *The Pick-Up Times*, y a una película de 1987, *El cazachicas*, protagonizada por Robert Downey Jr. y Molly Ringwald. (Da la casualidad de que James Toback, el director de la película, fue acusado de acoso o agresión sexual por 38 mujeres en un reportaje de 2017 publicado por *Los Angeles Times*, después del cual 357 mujeres contactaron con el periódico para revelar que Toback las había acosado; los relatos abarcaban más de cuatro décadas. Toback negó todas las alegaciones y no fue acusado, sobre todo porque la mayoría de los casos ya habían prescrito).[18]

Pero podría decirse que fue Ross Jeffries, un humorista frustrado, quien dio comienzo a la que consideramos la moderna comunidad de la seducción. Jeffries empezó a impartir talleres de seducción en 1987 (el mismo año en que R. Don Steele, expsicoterapeuta, publicó *How to Date Young Women: For Men over 35* [Cómo salir con mujeres jóvenes. Para hombres mayores de treinta y cinco años]), publicó el libro *How to Get the Women You Desire into Bed* (Cómo llevarte a la cama a las mujeres que deseas) y creó una técnica, que denominó *speed seduction* o seducción rápida, que aseguraba que estaba basada en la programación neurolingüística (PNL) y era capaz de enseñar a los hombres a hipnotizar a las mujeres para que se sintieran atraídas por ellos. En su web, Jeffries afirmaba que su método combinaba la PNL con la «hipnosis encubierta ericksoniana, el control mental Silva, el huna y la magia, entre otras». A medida que fue cosechando más éxito y haciéndose más conocido, Jeffries empezó a ofrecer cursos a distancia en siete idiomas y a cobrar tres mil dólares por unos seminarios y saltó a la fama por hacerles a los hombres la promesa siguiente: «Hasta que no lo hagas, no me pagas».

Entre los productos que Jeffries vende por Internet cuando escribo estas

líneas se encuentran su primer libro y su «Curso *deluxe* a distancia de seducción rápida» (a un precio de ganga de 179,40 dólares), junto con un sinfín de otros contenidos, como una guía para «Encontrar, controlar y seducir a las mujeres de tus sueños». La guía, que cuesta apenas 19,95 dólares, promete enseñar a los hombres a «manipular y controlar a todas tus mujeres […], ganarlas en todos los juegos que intenten […], instaurar un estado de «obediencia femenina» y «cabrearla y librarte de ella cuando quieras hacer sitio en tu harén para algo de "carne fresca"».

He aquí el problema del arte de la seducción: aunque afirma querer establecer una conexión con alguien del sexo opuesto, los consejos que se dan se centran de manera extraordinaria en levantar barreras entre los hombres y las mujeres a las que abordan.

En vez de enseñar a mostrarse receptivos a los sentimientos y necesidades de las mujeres, se lleva a los seguidores a ignorarlos y denegarlos. En vez de centrarse en el placer mutuo, se hace en las necesidades del hombre a costa de las preferencias de la mujer. En vez de animar a encontrar una mujer que les guste, se invita a los aspirantes a seductores a encontrar a una mujer cualquiera y obligarla a cambiar.

En un paquete de vídeos por doscientos siete dólares, por ejemplo, Jeffries promete enseñar a los hombres a «inducir cambios conductuales permanentes en las mujeres que desees y que te permitirán moldearlas según las especificaciones eróticas que necesites, que exijas y con las que sueñes». Los precios aumentan a la vez que la psicopalabrería: un conjunto de vídeos que cuestan la friolera de trescientos cincuenta dólares promete revelar, entre otras, las misteriosas técnicas del «fraccionamiento de símbolos» y la «aposición de opuestos», así como la «técnica del trance hipnótico». Todo eso suena muy técnico, hasta que te das cuenta de que los conocimientos psíquicos de Jeffries se limitan a aconsejar a los hombres que introduzcan en las conversaciones palabras y frases como «relación» y «collar» con el fin de engañar inconscientemente a las mujeres para que mantengan relaciones sexuales con ellos, porque suenan parecido a «felación» y «follar». Sin embargo, Jeffries alcanzó un éxito arrollador: participó en programas generalistas de gran repercusión, como *Dr. Phil* o *The Daily Show*, e inspiró el personaje interpretado por Tom Cruise en la película *Magnolia*. Cuarenta años después de la publicación de su libro, la antigua web de Jeffries continúa vendiendo sus productos originales, mientras que en una impecable página nueva ofrece, con una elegante presentación, sus cursos virtuales de seducción rápida, que prometen un «éxito rápido y total con las mujeres».

A medida que las técnicas de seducción se fueron popularizando, comenzó a

surgir en Internet un ecosistema de foros, salas de chat, páginas web, blogs y listas de correo electrónico. Fue el comienzo de la comunidad de la seducción moderna. En 2005, la comunidad entró en la conciencia popular por primera vez de manera importante gracias al ya mencionado *El método*, del periodista Neil Strauss, que se vendió como una especie de *exposé* encubierta («La comunidad secreta de los artistas de la seducción», rezaba el subtítulo), aunque el propio Strauss era un miembro genuino y conocido de la escena en aquel momento. El libro relata su transformación en artista de la seducción (con el pseudónimo de «Estilo») bajo la dirección del mentor «Misterio», un artista de la seducción en la vida real (cuyo nombre auténtico era Erik von Markovik), y describe su ascenso a gurú de la seducción, momento en el cual se estableció junto con otros gurús en una mansión, apodada «Proyecto Hollywood», para compartir su supuesta sabiduría con otros miembros de la comunidad. El libro se comercializó de manera deliberada para que se pareciera a la Biblia: tenía tapas de cuero negro, páginas con borde dorado y un marcapáginas de satén rojo. Vendió más de cinco millones de ejemplares, catapultó el arte de la seducción al imaginario público e inició a multitud de hombres en sus principios sexistas.

«Presiona, presiona y presiona, es imposible que no funcione», asegura cierto gurú de la seducción describiendo una técnica consistente en la pura persistencia para desgastar lentamente la resistencia de la mujer. («Las machaco»). Al describir las «tácticas» de otro gurú de la seducción, Strauss escribe: «Vi cómo una mujer llegaba a su casa por primera vez y él la agarraba del cuello, la lanzaba contra la pared y la soltaba justo antes de besarla, de manera que a ella se le ponía la adrenalina por las nubes, asustada y excitada a partes iguales». Algunos de esos contenidos recuerdan sin remedio a la creencia de los *incels* de que todas las mujeres fantasean en su fuero interno con la idea de que las violen.

Posteriormente, Strauss escribió otros dos libros, entre los que se encuentra *The Truth: An Uncomfortable Book About Relationships* (La verdad. Un libro incómodo sobre las relaciones), que, para sorpresa de absolutamente nadie, revelaba las dificultades con las que se había encontrado para entablar y mantener relaciones significativas tras abandonar la «comunidad de la seducción». Más tarde describió las técnicas planteadas en *El método* como «cosificantes y espeluznantes»:

> Me adentré tanto en esa comunidad y me sedujo tanto que me perdí completamente en ella […]. Si me hubieras hablado de la comunidad por aquel entonces, habría defendido sus técnicas como una forma de aprender a cortejar. Si me lo preguntases hoy, te diría que cualquier cosa que implique

manipulación o que requiera un resultado específico no es saludable en ningún sentido.

En 2007, el arte de la seducción ganó una prominencia aún mayor con la emisión de un concurso de televisión titulado *The Pickup Artist* (El artista de la seducción), de la cadena VH1, en el que Von Markovik daba clase a varios hombres que luego competían en el arte de la seducción. Al término del programa, Von Markovik fundó su propia empresa de seducción, Venusian Arts, y pasó una década viajando y «enseñando». En octubre de 2018, volvió a Hollywood, donde ofreció diversos seminarios y programas de mentoría, cuyos precios iban desde los 997 dólares por la formación a distancia hasta los casi 5.000 por un campamento de adiestramiento y los 10.000 por un curso residencial de tres días en el que los adeptos aprendían todo tipo de cosas, desde cuidado personal y moda hasta técnicas para abordar a las mujeres, persuadirlas para que te den su número de teléfono y llevártelas a la cama. Cuando escribo estas líneas, los cursos están disponibles todo el año que viene, desde Las Vegas hasta Helsinki, y en la mitad de ellos ya no quedan plazas, lo que sugiere que el arte de la seducción sigue vivito y coleando.

A medida que la práctica ganaba popularidad y prestigio, tanto la comunidad como la industria vivieron una rápida expansión. Se dispararon los foros de seducción en Internet y, en paralelo, se produjo un aumento a nivel mundial de espacios reales donde los hombres se reunían para comentar y perfeccionar sus técnicas. Esos grupos de reunión clandestinos, coordinados secretamente por Internet, se conocen como «guaridas», y en cierto directorio virtual figuran hoy en día casi doscientas a nivel mundial, cada una con su propia descripción y persona de contacto: en Dubái, Turquía, Israel, India, Corea del Sur, Eslovenia, Singapur, Sudáfrica, Rumanía, Perú, Filipinas, México y Japón. En consonancia con la mayoría de las estimaciones sobre los focos de la machoesfera, la lista muestra un número claramente superior de guaridas en Australia, Canadá, los Estados Unidos y el Reino Unido, aunque en varios países europeos se registran también cifras altas, como en Francia y España.

Una grabación de Owen Cook, un famoso gurú de la seducción (que usa el seudónimo «Tyler Durden»), divulgada en 2014, abrió una escalofriante ventana a la realidad de los llamados «campamentos de adiestramiento». A Cook lo grabaron en vídeo en uno de sus cursos mientras contaba a un nutrido grupo de hombres un encuentro con una mujer que había dormido en su casa la noche anterior. Decía:

> Era *stripper* […]. La odiaba que te cagas, a la muy puta. Puta zorra. Es una zorra integral, una puta furcia. Me la follé pero bien, colega […]. La última vez que me la follé fue por la mañana, ella se estaba duchando y no me parecía que la tía tuviera ganas de follar otra vez, pero la lancé sobre la cama y se la metí sin más, aunque me costó una barbaridad porque a ella no le apetecía nada de nada. Pero yo pensé: «A la mierda, a esta puta no voy a volver a verla en mi vida, me la suda». Así que se la meto, aunque lo tiene todo prieto y seco, y me la follo, pensando: «No voy a tardar mucho, porque a ella ni siquiera le apetece».[19]

Por lo tanto, un encuentro que sin duda llega a la categoría de violación puede emplearse con fanfarronería como material pedagógico para instruir a los «aprendices» del arte de la seducción, que pagan miles de dólares por el privilegio de esos «secretos de primera mano». Como mujer del mundo, con probabilidades de entrar en contacto en algún momento con uno de los miles de hombres que asisten a esas clases todas las semanas, la perspectiva es bastante aterradora.

Daryush Valizadeh, otro artista de la seducción tristemente famoso conocido por el nombre de «Roosh V», tenía en su página web epónima un blog titulado «Cómo frenar las violaciones» en el que sugería que la verdadera causa de las agresiones sexuales era «la absoluta falta de preocupación de las mujeres por su propia seguridad» y añadía que muchas de las acusaciones de violación se debían a que las mujeres se sentían «incómodas, tristes o culpables por un encuentro sexual que no recordaban del todo» o a que conspiraban para que a su «amante de la noche anterior» lo metieran en la cárcel o expulsaran de la universidad. Valizadeh defendía que la solución era «legalizar las violaciones cometidas en una propiedad privada» y reiteraba lo siguiente: «Propongo que tomar violentamente a una mujer no sea punible cuando se haga fuera del espacio público». Las leyes contra la violación deberían seguir vigentes —desarrollaba— «para los hombres sórdidos y perturbados que escogen aleatoriamente a las víctimas de sus violaciones en callejones o senderos para correr […]. Sin embargo, todas las demás violaciones deberían ser completamente legales, sobre todo las cometidas en una casa o en una propiedad privada». Desde entonces, Valizadeh ha afirmado que el texto pretendía ser un «experimento mental satírico», pero puso de manifiesto una de las formas muy reales en que las ideas surgidas en la machoesfera tienen unas tremendas consecuencias en el mundo real. Porque la idea de que las leyes sobre la violación solo deberían aplicarse a hombres «sórdidos y perturbadores» encaja de pleno con el estereotipo social de

que los violadores son desconocidos radicales y violentos agazapados en las sombras y dispuestos a atacar a mujeres a las que no conocen. Eso agrava el problema, ya de por sí importante, de que muchos jóvenes no piensen en la violación en términos más matizados, no reconozcan la importancia de obtener el consentimiento entusiasta de sus parejas sexuales, ni se den cuenta de que si una mujer cambia de opinión en el último momento o en pleno acto sexual y él no se detiene, seguirá siendo violación. Por supuesto, eso es de lo más conveniente para una comunidad cuyo único objetivo es acostarse con mujeres a toda costa.

Valizadeh no es el único miembro de la comunidad de la seducción que, al suscitar críticas, ha intentado distanciarse de su propio trabajo usando la clásica estrategia defensiva de la machoesfera de que se trataba de una «broma» o una sátira.

Después de que sus comentarios sobre las mujeres asiáticas suscitaran una reacción negativa en el público, Blanc salió en la CNN, donde le permitieron que justificara sus vídeos ante un numerosísimo público como un «intento humorístico espantoso» y asegurase que sus consejos se habían sacado de contexto. Sin embargo, pese a la indignación internacional y los pasos que se han tomado en muchos países para expulsarlo o negarle los visados, Blanc continúa operando con gran éxito en la industria de la seducción.

No obstante, aquella reacción negativa ha provocado que varios prominentes blogs y páginas web de la comunidad de la seducción publiquen artículos en los que lamentan la muerte del arte de la seducción y el hecho de que la locura de la corrección política haya sumido a los hombres en el silencio por culpa del estigma y la vergüenza. Los artistas de la seducción, como los *incels*, se describen como las auténticas víctimas de un mundo que les niega la libertad y la felicidad. Pero la realidad es que incluso esos conocidos artistas de la seducción que han sido objeto de la indignación pública continúan ejerciendo: muchos de ellos aún dirigen rentables empresas y organizan con regularidad costosos campamentos de adiestramiento. Siguen teniendo muchísimos seguidores en Internet, continúan influyendo en un gran número de hombres y adolescentes y, en muchos casos, incluso se benefician de la exposición mediática que provocan las reacciones negativas. (Al describir la respuesta al artículo en el que defendía la legalización de la violación, Valizadeh hizo en su web las declaraciones siguientes: «Objetivamente, como escritor, ese artículo fue un éxito rotundo, una tormenta perfecta que no se da más que una vez en la vida. Los escritores no alcanzan más que a soñar con obtener una visibilidad semejante»). Valizadeh tiene más de cien mil seguidores en sus redes sociales. Cook, que describió alegremente y con todo lujo de detalles a sus «alumnos» cómo violó a una mujer, tiene más de

cuatrocientos mil. Mientras escribo estas líneas, está vendiendo su próxima gira, con campamentos de adiestramiento y conferencias por todos los Estados Unidos. Una plaza puede llegar a costar 3.950 dólares.

Esas cifras contrastan cómicamente con los intentos de los artistas de la seducción de retratarse como un grupo perseguido y heroico forzado a la clandestinidad y al fracaso por los ataques de las feminazis. «Estoy seguro de que muchos de vosotros entendéis que estamos en las primeras fases de una ola de censura que anegará la sociedad —escribe Valizadeh en una de sus páginas web —. A los canallas como yo nos callan los primeros, pero el mazo caerá pronto sobre cualquiera que se atreva a decir la verdad. A mí, personalmente, creo que me machacarán poco a poco, pero, hasta entonces, podéis seguir mi trabajo aquí». En ese momento, pasa a enumerar todas las páginas web, foros, medios sonoros y plataformas de redes sociales que le permiten continuar con su carrera, pues promocionan abiertamente su trabajo y venden sus productos.

La forma en que lo expresa Valizadeh es reveladora. Al referirse a sí mismo como «canalla», se aprovecha de manera muy deliberada de la cara pública aceptable de los artistas de la seducción: el personaje del «pícaro encantador». Es una máscara conveniente para alguien que ha defendido la legalización de la violación.

Con independencia de que alguna figura del movimiento sea o no censurada u objeto de acciones legales, es importante admitir que ese tipo de opiniones violentamente misóginas, como la apología de la violación y de la agresión sexual, no son cosa de un puñado de supuestos gurús. Son, de hecho, opiniones que se reflejan y se diseminan en los foros sobre la seducción, lo que sugiere que han permeado también la comunidad general. En cierto foro, un usuario escribe lo siguiente: «Yo, si me rechazan, cojo y les meto mano como suelo hacer». Más tarde lo desarrolla: «Las agredo porque se lo merecen y recupero lo que me corresponde y no me preocupo más que por mis necesidades […]. Si quiero tirarme a una 10/10 y me rechaza, la violo y ya está».

En otro foro, un usuario escribe en un «informe sexual»: «Cuando se la empiezo a meter, la tía se pone a forcejear y a decir que no pero sin mucho entusiasmo. Estaba claro que era una fantasía de violación, así que le sujeté los brazos y seguí».

Así pues, vemos que las ideas de los *incels* —como la creencia de que, en su fuero interno, las mujeres quieren que las violen— empiezan a abrirse paso poco a poco entre las distintas comunidades de la machoesfera y saltan a la vida de la gente real. Quizá la mujer que intentó repeler al hombre que la violó en la escena descrita más arriba nunca haya oído hablar ni de los *incels* ni de los artistas de la

seducción, pero tuvieron en su vida el impacto más profundo que quepa imaginar.

Puede parecer exagerado sugerir que los hombres que se sumergen en el mundo de la ideología de la seducción puedan terminar agrediendo sexualmente a mujeres en la vida real, pero las pruebas demuestran que no lo es. En 2016, tres autoproclamados artistas de la seducción fueron encarcelados después de que una mujer a la que habían agredido los rastreara por Internet y encontrara en páginas web de seductores detallados «informes sexuales» que describían su propia violación. Dos de los hombres trabajaban como supuestos «instructores» para una empresa llamada Efficient Pickup (Seducción Eficiente), propiedad de antiguos alumnos de la Real Social Dynamics y gestionada por ellos, y el tercero era su alumno.[20] A uno de los hombres, Jason Berlin, le redujeron la condena dos años tras alegar que «desconocía haber obrado indebidamente a causa de un trastorno del espectro autista diagnosticado hacía poco».[21] Ese hombre, que según su psiquiatra tenía mermadas las capacidades emocionales y sociales, quizá simbolice la influencia potencialmente desastrosa de la misoginia radical en blancos vulnerables, pero la condena de los dos «instructores» demuestra que, en muchos de los casos, los abusos que cometen los hombres que forman parte de esas comunidades son deliberados y crueles. El juez, al sentenciar a uno de los gurús, dijo que en dieciocho años no había visto a ningún acusado tan «mezquino y cruel». Aunque sea poco habitual que esos casos salten a los titulares, no es raro verlos aparecer en los foros de los artistas de la seducción. Cuando un usuario escribe en otro hilo pidiendo consejo para convencer a una virgen de que se acueste con él y con un amigo de él al mismo tiempo, otro hombre se limita a hacer la sugerencia siguiente: «¡A violar se ha dicho!». En otro hilo, un hombre se queja de que su novia no tiene ganas de mantener relaciones sexuales: «Dice que me odia por insistir. Cada vez estoy más frustrado y cachondo, podría llegar a violarla». Unas horas más tarde, actualiza el hilo: «Listo, la he empotrado sin parar hasta hacerla llorar». El énfasis en informar a la comunidad y alardear ante la multitud no hace sino fomentar el recrudecimiento de esa violencia, pues los miembros se alientan entre sí y se disputan la atención y el respeto de los demás.

Además, muchas veces, los foros u organizaciones propietarias de esas páginas web no eliminan ni combaten ese tipo de contenidos; de hecho, en algunos casos los fomentan activamente. El ya citado artículo de *The Independent* recoge el ejemplo siguiente: un usuario del foro Real Social Dynamics (RSD) abrió un hilo titulado «Cómo metérsela a una tía a base de mentiras» en el que defendía ante otros usuarios que una vez que hubieran atraído a una mujer hasta su casa, no tuvieran «miedo de forzarla físicamente a hacer cualquier cosa,

decirle que no o que se callara». Añadía: «Ignorad lo que diga y forzarla físicamente». Otro usuario respondía: «Eso, y cuando hayáis acabado con ella, cogéis toda su ropa, se la tiráis encima y le gritáis: "Lárgate, puta zorra". Las mujeres se lo merecen por lo que nos han hecho». El periodista señalaba que uno de los *coaches* del foro RSD dejó en el hilo un comentario que, en vez de desaprobar, alentaba aquella opinión. «Me encantan las respuestas», escribió.

Aunque algunos foros tienen normas específicas sobre no mencionar ni identificar a las mujeres, no es extraño encontrarse con fotos de las conquistas sexuales de los hombres, muchas veces sin ropa, dormidas o inconscientes, tomadas aparentemente sin el consentimiento de las protagonistas para el jubiloso consumo de la comunidad. Esas imágenes se publican a veces como «prueba» de éxito sexual. Algunos hombres también suben vídeos explícitos en los que parece sumamente improbable que la mujer supiera que se la estaba grabando y que haya dado su consentimiento para la difusión del vídeo.

Hay pruebas que sugieren que la cultura de los artistas de la seducción se ha infiltrado de manera particular en las comunidades y campus universitarios; por ejemplo, en la Universidad Estatal de Ohio, una alumna abrió un hilo de Reddit advirtiendo a las demás sobre un hombre que la había parado seis veces, la había importunado con requiebros manidos y se había negado a aceptar un no por respuesta. La conversación alcanzó las 359 respuestas: montones de estudiantes intervinieron para contar que habían sido abordadas, agarradas, manoseadas, acariciadas, acorraladas o acosadas por un hombre que coincidía con la misma descripción. Antes de que al hombre (que no era estudiante de la universidad) le prohibieran la entrada al campus, se supo que se había autoproclamado artista de la seducción, que alardeaba en Internet de sus hazañas e incluso publicaba vídeos de sus «conquistas» —algunos, grabados usando una cámara oculta en su piso— sin conocimiento ni consentimiento de estas. Una estudiante escribió en el hilo de Reddit para informar de que el hombre también había creado un grupo de Facebook secreto con otros artistas de la seducción locales en el que intercambiaban «fotos acechando» a jóvenes locales (de nuevo, tomadas sin consentimiento de estas) que dividían en álbumes de fotos y donde se aconsejaban unos a otros sobre a qué estudiantes abordar y a cuáles evitar.

En una respuesta en su página de Facebook después del veto, el hombre, Sean Larson, escribió: «Ja, ja, es que me parece que no lo entendéis. A un mujeriego no hay quien lo detenga, el campus no es el único sitio donde hay putas».

Sin embargo, pese a todo esto —pese a que algunos de esos hombres defienden actos que equivalen a violencia sexual y otros se jactan de haberla cometido, pese a relatar actos ilegales sin ningún disimulo en foros de Internet—,

los artistas de la seducción parecen operar en un vacío judicial. Sí, a un puñado de gurús de la seducción les prohibieron la entrada a diversos países después de un tremendo clamor contra su retórica, pero muchísimos de ellos siguieron publicitando alegremente sus «productos» en otros sitios. De hecho, al investigar para este libro y rebuscar entre cientos de ejemplos de comportamientos abiertamente ilegales o que están en el límite de la legalidad, solo he encontrado dos casos en los que las fuerzas del orden se hayan enfrentado a los foros de los artistas de la seducción y a los hombres que los utilizan para jactarse de cometer actos de violencia sexual.

La lección, para los jóvenes discípulos, está clara: puedes tratar a las mujeres de manera ilegal con impunidad. Y puedes gritarlo a los cuatro vientos. A la gente le da igual.

De hecho, muchas webs y empresas del arte de la seducción intentan captar directamente a hombres jóvenes y a estudiantes prometiendo conocimientos, asesoramiento y poder a los novatos e inexpertos. Lo más triste del asunto es la cantidad de jóvenes que, seguramente de buena fe, se ven arrastrados a la comunidad del arte de la seducción tras buscar en Google recomendaciones para conocer a chicas o pedir consejos para ligar.

Es fácil imaginarse a un estudiante un poco torpe y novato, con poca experiencia con las mujeres, tropezándose con una de esas páginas web después de una tímida búsqueda en Google. Pongamos que navega por varias páginas sobre el arte de la seducción más o menos convencionales en las que le informan con rotundidad de lo siguiente: «Regla n.º 1 de la seducción: el que manda es el hombre. Punto». También le comunican que, para mejorar una relación romántica, el hombre tiene que ser «más asertivo y llevar las riendas»; debería decirle a la mujer «dónde ir», «qué ponerse» y asegurarse de que va siempre «recién depilada». Al novato, que tal vez empiece a sentirse un poco incómodo con el tema, se le asegurará enseguida que «todas las mujeres quieren un macho alfa fuerte» y se le dirá autoritariamente —como expresa sin ambages una página web sobre el arte de la seducción— que lo importante en el sexo es «la urgencia, la agitación y la tensión, no la comodidad, la familiaridad ni la compenetración». «Esforzarse por transmitir comodidad y confianza a una chica» es «antierótico».

Mucha gente querría pensar que ese tipo de actitudes llevan décadas desterradas. Sin embargo, hoy en día tenemos a toda una nueva generación de hombres a los que les están inculcando técnicas para tratar mal a las mujeres.

Por supuesto, si en los colegios estuviéramos enseñando activamente a los jóvenes sobre relaciones saludables y consentimiento sexual, quizá esos consejos tan malos no tendrían unas consecuencias tan catastróficas: al menos, los

chavales tendrían algo con lo que comparar esas sugerencias. Pero la actual oferta de educación relacional y sexual es de una precariedad extraordinaria: según un estudio reciente, solamente una cuarta parte de los jóvenes ha recibido formación sobre el consentimiento en el colegio. Eso genera un vacío que puede llenarse con los consejos falsos y el odio de los artistas de la seducción, con el peligro que eso entraña.

Internet facilita el acceso generalizado a esas ideas y, al igual que ocurre con la llamada «inceloesfera», hay tantísimos sitios web, foros y tablones de mensajes que escupen la misma ideología sexista del arte de la seducción que es fácil volverse rápidamente insensible a la distorsionada descripción que hacen de las relaciones.

También en el mundo real es fácil entrar en contacto con la nutrida industria de la seducción, gracias a la cantidad de marcas y empresas que han surgido en torno a la última década para aprovecharse de su éxito. A diferencia de muchas otras actividades de la machoesfera, secretas y clandestinas, esas marcas y empresas son muchas veces compañías grandes y de apariencia respetable que operan abiertamente.

La página web de RSD, una de las empresas de ese tipo de mayor tamaño (que se describe eufemísticamente como «El patrón oro internacional de la industria de la seducción»), tiene 142.000 miembros, 72.000 me gusta en Facebook, 180.000 seguidores en Twitter y más de 100.000 suscriptores en YouTube. Solamente RSD cuenta con más de doscientos campamentos de adiestramiento en todo el mundo que pueden reservarse en su página web y cuyos precios oscilan entre los mil y los tres mil dólares. La empresa fue fundada por Nick Kho (cuyo nombre «artístico» es «Papa») y el ya mencionado Owen Cook; ambos aparecen en *El método*, de Strauss. Jeff Allen, gurú de la seducción, trabaja como «*coach* ejecutivo» para RSD, cuya página web proclama que ha dirigido programas «prácticamente cada fin de semana en los últimos doce años en más de cien ciudades de Norteamérica, Australia, África y Europa». Allen es famoso por presumir de su «violafurgo» y por decirles a las mujeres que lo rechazan que se coman una «bolsa de pollas».[22] Hasta 2019, también Blanc fue «*coach* ejecutivo» y en la página web se lo describía como una «superestrella de Real Social Dynamics» que «ha viajado por todos los continentes enseñando programas en vivo sobre cómo seducir a las mujeres y ha conseguido grabar vídeos sobre el terreno para compartir sus éxitos con los clientes». Es decir, una manera eufemística de describir a un hombre adulto que se ha grabado gritando «Pikachu» mientras agredía sexualmente a desconocidas, pero cada cual lo llama como quiere.

Y esa no es más que una página web, aunque las opciones son infinitas. En la mayoría de las ciudades de todo el mundo, casi cualquier fin de semana, y por un precio desorbitado, sería posible apuntarse a un curso sobre el «arte» de «manipular» a las mujeres, seguramente impartido por un hombre que en algún momento ha abogado por la violencia sexual o la ha perpetrado. En Toronto, por 1.999 dólares prometen «transformarte en un maestro con las mujeres». En Sídney, por 497 dólares te revelarán los secretos para «conseguir que cualquier mujer sienta un flechazo por ti incluso si está ocupada haciendo otra cosa, como trabajar o comprar». En Tel Aviv, 2.500 dólares arrojan «rápidos resultados». En Londres, hay cursos que cuestan entre 500 y 5.000 libras y enseñan a seducir a las mujeres en público, «en clase o en el trabajo». También los llamados «compinches», que acompañan a los artistas de la seducción para ayudarlos a «cerrar el trato», están empezando a sacar tajada: los servicios de «compinches profesionales» pueden contratarse por todo el mundo, con precios que van desde unos pocos cientos a muchos miles de dólares.

En otras palabras, se puede afirmar sin temor a equivocarse que un número significativo de hombres está amasando enormes cantidades de dinero todos los años enseñando a otros hombres a acosar a las mujeres de manera más frecuente y efectiva.

También hay numerosas webs, blogs y cuentas de redes sociales que obtienen beneficios del arte de la seducción y de promocionarlo. Cuando escribo estas líneas, un canal de YouTube titulado «Honest Signalz», que ofrece «seducción, humor y autodesarrollo para el hombre en evolución», cuenta con casi catorce millones de visualizaciones y cien mil suscriptores. En uno de los vídeos del canal («Cómo mantener relaciones sexuales con chicas»), el gurú anima a los espectadores a buscar formas de introducir contacto físico y conversaciones sexuales en las interacciones, por ejemplo diciéndole a una mujer: «Me parece que a la mayoría de las chicas les gusta que las asfixien en la cama, ¿no? Que las asfixien, que les tiren del pelo…». Conviene recordar que ese tipo de vídeos se han visualizado casi catorce millones de veces, que se dice pronto.

Al margen de eso, están los foros, en los que los hombres se congregan para acoger con entusiasmo la sabiduría de los gurús e intercambiar experiencias. El *subreddit* de la «seducción», que es una de las comunidades del arte de la seducción más numerosas de la página, cuenta con 446.000 suscriptores. Otro foro, en el que los hombres intercambian consejos, técnicas, informes de campo y consejos y organizan encuentros en persona, tiene 183.000 miembros y casi 1 millón de publicaciones. El foro «Roosh V» cuenta con casi 20.000 miembros registrados y casi 2 millones de publicaciones. Una web similar tiene casi

300.000 publicaciones y 20.000 miembros, 2.700 de los cuales están conectados simultáneamente cuando visito la página. Uno de los foros más numerosos del arte de la seducción del Reino Unido tiene 41.500 miembros y más de 75.000 publicaciones.

Es decir, que, como pasa con los *incels*, la comunidad de la seducción es mucho más numerosa de lo que cabría imaginar. No estamos hablando de un diminuto reducto virtual habitado por un puñado de pringados solitarios. Es enorme. Tanto dentro como fuera de Internet. Para algunos hombres, la decisión de aprender sobre el arte de la seducción seguramente esté motivada por la representación mediática de la comunidad, que es en gran medida compasiva e incluso admirativa. Solo hace falta ver al personaje de Barney Stinson en la exitosísima serie de televisión *Cómo conocí a vuestra madre* para darse cuenta de lo mucho que ha calado la imagen del gurú de la seducción como «canalla encantador» o «donjuán descarado». A Stinson, uno de los integrantes del muy querido grupo de amigos, se lo consideraba el personaje más popular, a quien la crítica atribuye gran parte del éxito de la serie. Famoso por su «manual de juego», su «código de los colegas» y sus intentos de camelar, engañar y manipular a las mujeres para que se acuesten con él, Stinson aborda deliberadamente a mujeres que tienen «problemas con sus padres». La serie, cuyos episodios veían decenas de millones de espectadores, recibió treinta nominaciones a los Emmy y tuvo una repercusión cultural enorme: en Internet se publicaron innumerables artículos con títulos como «Los consejos de Barney Stinson para ligar con las chicas» y «Siete jugadas que todos los colegas deberían conocer, por Barney Stinson».

La versión británica de Barney Stinson podría ser Dapper Laughs, un personaje creado por el humorista británico Daniel O'Reilly. Después de que O'Reilly se hiciera famoso en Internet, el canal ITV le encargó una serie titulada *Dapper Laughs: On The Pull*, en la que O'Reilly daba consejos para ligar usando la clásica retórica de la seducción, como por ejemplo: «Enséñale el pene. Si llora, es que se está haciendo la dura». Como muchos artistas de la seducción, su contenido pisaba la línea borrosa que separa la «guasa», el «coqueteo», el acoso y la agresión y en el programa se decían cosas como las siguientes: «Si me mira mientras juega con el pelo, para cuando acabe la noche necesitará silla de ruedas». Pero la retórica de O'Reilly también recurría a argumentos típicos de los *incels* y de la machoesfera en general, como un tuit en el que afirmaba que «solo es acoso sexual si la tía es más atractiva que tú», lo que recuerda a la habitual (y completamente errada) cantinela de los *incels* de que las mujeres solo acusan de violación a los hombres feos.

Esas representaciones del arte de la seducción como una ocupación inofensiva o incluso con grandes aspiraciones que ejercen hombres atractivos y que la gran mayoría de las mujeres disfrutan en secreto han contribuido a crear una imagen pública que no se corresponde con la siniestra realidad.

Pero, tal como les pasa a los *incels*, a los miembros de la comunidad de la seducción les encanta protestar en contra de las representaciones que hacen de ellos las feministas por juzgarlas injustas y llenas de generalizaciones. Y, como en el caso de los *incels*, eso contrasta de manera irónica con la postura ideológica de la comunidad de la seducción con respecto a las mujeres. De hecho, los artistas de la seducción se creen tan a pies juntillas la idea de que todas las mujeres son «iguales» que, según su encantadora jerga, la cura para un hombre que sienta un apego particular hacia alguna mujer (*oneitis* o «unitis») consiste simplemente en follarse a otras diez tías.

Por supuesto, hay ejemplos concretos de hombres de la comunidad de la seducción que se rebelan contra la misoginia y la violencia. «Estar sobrio y aprovecharse de una chica borracha es asqueroso, casi violación, eres un fracasado», escribe un usuario en respuesta a un hilo de un foro de la seducción.

«¿O sea, que violas a las mujeres que te rechazan? Das asco», responde otro participante del foro a un mensaje que parece hacer apología de la violación.

«¿En serio queréis ir por ahí metiendo mano a chicas que os tienen miedo? ¿No preferís que una mujer se sienta atraída por vosotros y quiera arrancaros los pantalones y chuparos la polla?», pregunta enérgicamente otro usuario a sus compañeros.

Pero, aunque es probable que esa comunidad, como la de los *incels*, incluya un amplio espectro de miembros y observadores ocasionales, muchos de los cuales no pasan de ser hombres tristes o tímidos interesados en mejorar sus perspectivas con las mujeres, no puede decirse que esos mensajes sean mayoritarios, ni siquiera normales, y contrastan claramente con el tono más agresivo, misógino y en ocasiones violento que marcan los líderes de la industria. Dado que suponen una minoría, sigue existiendo el riesgo, como en la comunidad *incel*, de que esos miembros moderados acaben radicalizándose, expulsados de la comunidad o cada vez más insensibilizados a las expresiones de misoginia extrema que se normalizan y perpetúan a su alrededor. También es posible, por supuesto, que esos mensajes los redacten observadores indignados del foro que no pertenecen a la comunidad.

Y, a diferencia de los *incels*, los artistas de la seducción no pueden recurrir al argumento de que su ideología se limita al discurso satírico en Internet y que, por tanto, apenas influye en el mundo real. Los artistas de la seducción forman

grupos que se dedican a adiestrar y formar a innumerables hombres sobre cómo perseguir, acosar y, en algunos casos, violar implacablemente a las mujeres en la vida real. Organizan campamentos de adiestramiento en los que sacan a los hombres a la calle para que «practiquen» sus técnicas con mujeres desavisadas. Se meten en el dormitorio y bajo las sábanas de los hombres para recordarles que no acepten un no por respuesta, que insistan hasta vencer las resistencias, que persistan y lisonjeen y hagan lo que haga falta para conseguir por la fuerza una conquista sexual.

Como otros proveedores de misoginia, a los artistas de la seducción se les da de maravilla modificar y reinventar su sexismo para eludir las críticas del público y dar apariencia de transformación. En su forma más simple, eso ha provocado que un gran número de supuestos gurús adopten nuevos títulos eufemísticos como «estratega social», «cambiavidas» o «sanador y pensador transformacional» mientras continúan fomentando las mismas ideas misóginas. Parte de la cortina de humo la crean los dramáticos artículos de las páginas web sobre seducción que declaran que el arte ha sido derrotado, un alarde de prestidigitación que ayuda a desviar las críticas mientras la industria sigue prosperando. Una de esas webs, tristemente célebre por satirizar a las feministas «histéricas», afirma lo siguiente: «La industria de la seducción tal y como la conocemos está MUERTA […]. Esas putas manifestantes gordas, pelirrojas y con aros en la nariz han tomado la industria de la seducción bajo sus flácidas alas peludas y la han descorporizado en cuestión de unos años». A ver quién se está dejando llevar por la histeria ahora.

Entre el primer borrador de este libro y el último, Blanc se ha convertido en el último de una serie de artistas de la seducción en transformar su mala reputación en otro método para amasar fortuna. Blanc abandonó sus campamentos de adiestramiento de la seducción con el foro RSD y lanzó un curso nuevo titulado «Transformation Mastery» (Dominio de la transformación). Al principio, la retórica de la nueva web de Blanc, que vincula abiertamente el curso a la campaña feminista en contra de sus vídeos de agresiones sexuales de 2014, parece fingir humildad, pues asegura que, en la cumbre de su fama como artista de la seducción, «seguía sintiéndose vacío» y describe la reacción negativa del público como una «montaña rusa emocional». Pero concluye, triunfante, que el «escándalo mediático» fue en realidad el momento en el que lo «encontró todo» y afirma que ha sufrido una transformación personal mediante la «meditación, el entrenamiento y una cantidad INGENTE de TRABAJO INTERIOR PROFUNDO» (el énfasis es de Blanc). Confirma de una vez por todas que ni siquiera la oposición internacional perjudica demasiado la carrera de hombres como Blanc al describir

lo siguiente: «Empezaron a surgirme oportunidades nuevas: autores, emprendedores y líderes empresariales empezaron a ponerse en contacto conmigo». ¿Y ahora? Ofrece su experiencia transformadora a otros hombres en un paquete que incluye todos los sellos distintivos de los artistas de la seducción, como las «grabaciones sobre el terreno» y la psicojerga («adéntrate en lo más profundo de tu mente inconsciente», «olvídate del paradigma de la escasez»), junto con cursos virtuales que cuestan cientos de dólares.

En su manifestación más hipócrita, el intento de eludir las críticas ha llevado a algunos de los artistas de la seducción más famosos a intentar reinventar su material como respetuoso y positivo hacia las mujeres, incluso presentándose teatralmente como una «alternativa» evolucionada a los «raritos» (presumiblemente, aquellos a los que enseñaban antes).

Los antiguos vídeos de Owen Cook defendían agarrar físicamente a las mujeres en espacios públicos y arrastrarlas hacia uno (una «jugada chapucera» para «atraerla»). Recomendaba a sus discípulos practicar primero con mujeres feas para superar el bloqueo de «se supone que este comportamiento no es apropiado» (es decir, su sentido básico de la decencia humana). Y, por supuesto, es famoso por describir en un seminario para artistas de la seducción cómo violó a una mujer. Sin embargo, en sus vídeos más recientes, de 2019, alardea de enseñar a los hombres «cómo abordar a las chicas con respeto y sin asustarlas» y tiene la osadía de lamentarse de que «¡muchas veces los hombres MOLESTAN a las mujeres en la calle por no saber leer sus señales!». Resulta increíble la desfachatez de intentar obtener rédito de la era del #MeToo sin preocuparse por cambiar la misoginia de la que se beneficia.

Luego está también Valizadeh, el paladín de la legalización de la violación, cuyo anterior libro, *Game*, prometía enseñar a los hombres todos los aspectos de la seducción, como por ejemplo: «Tácticas que puedes probar si una chica rechaza tus avances sexuales pero tú sientes que en el fondo sí quiere mantener relaciones» y «Cómo romper con una chica reduciendo las probabilidades de que consiga acusarte de violencia de género o violación». Ese mismo Valizadeh, tan consciente de la reacción negativa contra algunas de sus obras como para anunciar con dramatismo la muerte de la seducción, escribió otro libro, *Lady*, con el que prometía ayudar «a las mujeres a encontrar el amor, relaciones duraderas y el matrimonio en un entorno moderno en el que —escribe con desaprobación— la mayoría de los hombres no parecen querer más que sexo esporádico». En 2019, Valizadeh aseguró con dramatismo que había tenido un despertar religioso, tras el cual prohibió que se hablara de «sexo esporádico y folleteo» en su foro epónimo, retiró de la venta algunos de sus libros y afirmó: «Me he dado cuenta

de que la mayoría de mi material publicado y de mis plataformas virtuales abocan a los hombres al pecado o les permiten participar en el pecado». De hecho, al igual que Blanc, Valizadeh sigue ganando mucho dinero gracias a su circuito de conferencias: en 2019 participó en veintitrés actos en ciudades repartidas por todos los Estados Unidos en los que hablaba largo y tendido de «lo que he aprendido sobre la vida» y ofrecía a sus seguidores la posibilidad de cenar con él por el módico precio de doscientos cincuenta dólares.

En el año 2000, con motivo del aniversario del libro, se publicó con enorme éxito una nueva edición de *How to Pick Up Girls!*; la referencia a las violaciones desapareció discretamente y al principio metieron con calzador nueve líneas superficiales sobre el consentimiento. Y en 2016, un año después de que Strauss declarase arrepentido a los periodistas que las técnicas descritas en *El método* eran «cosificantes y espeluznantes», su editorial publicó una nueva edición de bolsillo, que suponemos que seguirá reportándole unos suculentos derechos de autor.

Al parecer, no hay justicia ni ajuste de cuentas para los artistas de la seducción; solo el endeble disfraz de la «reinvención» para poder seguir obteniendo beneficios. Es irónico que las técnicas que usan esos charlatanes para intentar captar a desventurados aspirantes a Romeo sean exactamente las mismas que enseñan a sus discípulos a usar con las mujeres: fingir que se posee algún secreto mágico y transformador para embaucar y manipular a tu objetivo con el fin de que haga justo lo que tú quieres.

Y a los artistas de la seducción se les da de maravilla eso de embaucar y manipular; tanto es así que llevan años siendo el rostro más aceptable de la machoesfera. En esta era posterior al #MeToo, nos gusta pensar que hemos avanzado, que ya no toleramos el acoso a las mujeres. Pero el goteo es lento. En realidad, la actitud que hizo que cincuenta años atrás hubiera millones de lectores varones ansiosos por aprender sobre su «derecho» a abordar a una mujer siempre que quisieran apenas ha cambiado en el medio siglo siguiente, tal y como demuestra la floreciente industria de la seducción. Los artistas de la seducción toman ideas misóginas y las reempaquetan para que el público las consuma suavizadas. Son prueba de lo rápido que las ideas surgidas de los rincones más remotos y recónditos de la machoesfera pueden aparecer en las pantallas de nuestros televisores o asediarnos en la calle.

---

[15] La práctica de salir con el propósito de conocer mujeres se conoce como *sarge*, un término acuñado por Ross Jeffries, un famoso gurú de la seducción, en honor a su gato

Sarge. El propio Jeffries explica el origen del término en su página web, que supuestamente inventó para ayudar a un chico que tenía dificultades para ligar: «Le dije que dejara de usar la palabra "acercarse", como si fuera a salir y acercarse a alguien, y usara la palabra "sargear". "Acercarse" tiene una connotación emocional diferente a la palabra "sargear". Por lo tanto, el "sargeo" evita que entren en juego una connotación y un conjunto de sentimientos diferentes. A veces, la palabra equivocada puede encerrarnos más profundamente, mientras que la palabra correcta puede suponer una liberación». Un artista de la seducción puede «sargear» solo o con un compinche. (*N. de la T.*).

[16] «The Game and Real Social dynamics: Is the seduction community pushing the idea that "no" just means "not yet"?», *The Independent*, 24 de enero de 2013.

[17] «The Secret World of Pickup Artist Julien Blanc», *Daily Beast*, 1 de diciembre de 2014.

[18] «395: the number of women who have contacted *The Times* with allegations of sexual harassment against James Toback», *LA Times*, 7 de enero de 2018.

[19] «This Canadian Pick-Up Artist Bragged About Forcing Sex On a "Slut Whore"», *Vice*, 12 de noviembre de 2014.

[20] «The Pickup Artist Rape Ring», *Daily Beast*, 21 de septiembre de 2016.

[21] «Pickup Artist: I'm Autistic and Didn't Know Rape Was Bad», *Daily Beast*, 6 de octubre de 2017.

[22] «Prominent Pick-Up Artist Drives a "Rape Van" and Harasses Women on OkCupid», *Jezebel*, 1 de febrero de 2013.

03

Los hombres que rehúyen a las mujeres

«Nunca he ocultado mi profundo desagrado
por esa criatura desevolucionada que es la "mujer".

Comentario en un foro de hombres
que siguen su propio camino

«SE HA PRODUCIDO UN DESPERTAR. TRANSFORMANDO A LOS HOMBRES TRANSFORMAMOS EL MUNDO». Estas son las dramáticas palabras que aparecen en la pantalla al entrar en la página de inicio de MGTOW.com, una de las comunidades de «hombres que siguen su propio camino» más numerosas de Internet. Con un aspecto similar al de un tráiler de una película de acción, las palabras van seguidas por otras cinco, de un rojo ardiente, que parecen atravesar la pantalla:

HOMBRES.QUE.SIGUEN.SU.PROPIO.CAMINO.

Aunque los MGTOW (las siglas en inglés de Men Going Their Own Way, «hombres que siguen su propio camino») empiezan con la misma filosofía de «píldora roja» que otros grupos de la machoesfera, la solución que proponen contra la supuesta conspiración ginocrática y el tendencioso mercado sexual es diametralmente distinta de la de otras comunidades. Mientras que los *incels* traman violentas venganzas y los artistas de la seducción hacen uso de predatorias tácticas «de caza», los hombres que siguen su propio camino eligen renunciar a cualquier tipo de relación con las mujeres. Tal cual, siguen su propio camino. Para alejarse lo más posible de las mujeres. De todas.

Eso se manifiesta de varias formas distintas (algunos mantienen relaciones platónicas —aunque no románticas— con mujeres; otros prefieren abstenerse de mantener cualquier tipo de relación sexual, un proceso que se conoce como «hacerse monje»), pero la tónica general del movimiento es el aislacionismo. Para algunos, eso se extiende también a la excomunión social: cierto «manifiesto» MGTOW proclama que, además de luchar por «inculcar masculinidad a los hombres», es su deber «bregar en pro de un gobierno limitado». (En los círculos de hombres que siguen su propio camino, el concepto de «gobierno limitado» parece referirse a que los hombres deberían ser capaces de controlar su vida y sus propiedades sin la interferencia de un Gobierno al que se percibe como feminizado y «ginocéntrico» u obsesionado con las necesidades y preocupaciones de las mujeres).

En algunos aspectos, ese exilio autoimpuesto hace que los hombres que siguen su propio camino sean para las mujeres una amenaza inmediata menor que la que representan los *incels* o los artistas de la seducción. A diferencia de otras comunidades de la machoesfera, sus esfuerzos se centran más hacia dentro que hacia fuera. Están obsesionados con abstenerse de mantener relaciones sexuales o de otro tipo y son más propensos a hacerse daño a sí mismos que a las mujeres que los rodean. Sin embargo, eso no quiere decir que la filosofía MGTOW sea inofensiva, pues respalda la noción general de que las mujeres son de una toxicidad y peligrosidad irreversibles, lo que, como veremos más tarde, tiene consecuencias negativas reales en la vida y la carrera profesional de las mujeres.

A diferencia de los artistas de la seducción, los hombres que siguen su propio camino viven su filosofía de manera individual en el mundo real y no tienden a juntarse en persona, sino que comparten sus técnicas, éxitos y fracasos en una nutrida comunidad virtual. En la machoesfera es habitual ver a sus miembros expresar sentimientos paranoicos hacia los *normies*, pues creen que estos podrían estar ahí para desenmascararlos, lo que a menudo lleva a algunos usuarios de los foros a señalarse con el dedo y acusarse mutuamente de ser topos o espías. No hay espacio donde ese miedo sea más preponderante que en las comunidades MGTOW, donde cualquier sugerencia de verse en la vida real suele recibir una respuesta rauda y desdeñosa.

Una doctrina popular que suele repetirse en las páginas MGTOW afirma que hay cuatro «niveles» esenciales. El primero de ellos es el nivel base 0, que representa tomarse la píldora roja (de los hombres que no se han rendido a la machoesfera se dice que están bajo los efectos de la «píldora azul»). El nivel 1 se resume como un rechazo de las relaciones a largo plazo. El nivel 2 entraña evitar incluso las relaciones a corto plazo. El nivel 3 requiere la desconexión económica

(reducir los impuestos al mínimo imprescindible para evitar pagar por apoyar a otros grupos, desde los «alfas de la élite» a las «madres solteras»). El nivel 4 se describe como «rechazo social». Así lo resume un bloguero de la comunidad MGTOW que se autodenomina «The Observer Watches» (El Observador Vigila):

> El hombre que sigue su propio camino se aleja por completo de la sociedad. Minimiza el contacto con el mundo que se encuentra bajo el efecto de las píldoras azules y trata de impulsar sus propios fines en sus propios términos. A todos los efectos, no existe. Un urbanita quizá viva en un apartamento propio, mientras que alguien más apartado podría simplemente adentrarse en la naturaleza y desaparecer del mapa.

A quienes alcanzan ese aislamiento supremo se los conoce como «fantasmas» y la comunidad los trata como si fueran leyendas. Pero, al parecer, constituyen una minoría; la mayoría de los hombres que siguen su propio camino dan la impresión de estar contentos rondando el nivel 2. En general, los debates virtuales de los MGTOW tienden a centrarse más en las clásicas quejas de la machoesfera, como las diversas maldades de las mujeres y su «misandria» (aversión a los hombres). Sobre todo, hablan de los peligros inherentes a interactuar con las mujeres; peligros, al parecer, tan terribles que la única forma de sobrevivir a ellos es el aislamiento absoluto.

«Hay muchos riesgos —dijo David Sherratt, de dieciocho años, estudiante de la Universidad de Cardiff y miembro comprometido de la comunidad de hombres que siguen su propio camino cuando se le pidió que explicara por qué rehuía la compañía de las mujeres—. No sabemos cuántas denuncias falsas corren por ahí. Podrían ser muchas o pocas».[23] Eso tiene una implicación doble: la única relación significativa con una mujer debe ser sexual y hay tantas mujeres dispuestas a mentir sobre haber sido violadas que mantener cualquier tipo de contacto con ellas es, sencillamente, demasiado peligroso como para asumir el riesgo.

¿Qué hace que un joven, un adolescente, se convenza de que las mujeres son unas víboras mentirosas hasta el punto de decidir sacarlas por completo de su vida? Es un buen indicador de lo poderosas y persuasivas que pueden ser esas comunidades, incluso la de los hombres que siguen su propio camino, que podría concitar las risitas burlonas de personas ajenas. La idea (completamente errada) de las falsas acusaciones de violación que mencionaba Sherratt constituye una de las principales preocupaciones de los hombres que siguen su propio camino, lo que los acerca más a la comunidad de los activistas por los derechos de los

hombres que a la de los *incels* o la de los artistas de la seducción. Tanto los MGTOW como los activistas por los derechos de los hombres imaginan un mundo en el que las mujeres entrañan una amenaza inmediata para los hombres. Los activistas por los derechos de los hombres creen que las mujeres son tan infieles y mentirosas que muchas veces obligan a los hombres a criar a los hijos de otros, es decir, que les «ponen los cuernos» en términos económicos. Los hombres que siguen su propio camino creen que las mujeres tienen una enorme propensión a hacer falsas acusaciones de violencia sexual o de género para perjudicar socialmente a los hombres, robarles el dinero o incluso intentar, por venganza, que los encarcelen. Por supuesto, los hombres que siguen su propio camino celebran rehuir a las mujeres, mientras que los activistas por los derechos de los hombres luchan con denuedo contra ellas; los hombres que siguen su propio camino disfrutan de su abstinencia sexual, mientras que los *incels* y los artistas de la seducción se lamentan de su falta de sexo o lo buscan obsesivamente a toda costa. No obstante, esas comunidades virtuales de la machoesfera siguen compartiendo una gran variedad de ideas y tácticas. Al igual que los *incels* y los artistas de la seducción, los MGTOW lo hacen solamente movidos por la creencia fundamental de que todas las mujeres son iguales.

Sherratt también citó una lista de preocupaciones de la machoesfera que calaría de manera particular en los activistas por los derechos de los hombres, pero que también podría surgir en cualquier comunidad misógina virtual: «Se supone que los hombres han de pagar en las citas y postrarse ante las mujeres […]. Cualquier cosa inferior a la adoración es odio»; «En lo que respecta al matrimonio, el sistema está tan amañado en perjuicio de los hombres que no tiene ningún sentido». A los hombres que siguen su propio camino y a los activistas por los derechos de los hombres les preocupa de manera especial el divorcio, que ven como un proceso profundamente unilateral que permite que las mujeres despojen a hombres inocentes de su dinero, de sus propiedades y, en algunos casos, de sus hijos.

La filosofía de los hombres que siguen su propio camino se expone de forma elaborada y grandilocuente en la página web MGTOW.com, que la resume como «una declaración de autopropiedad, en la que el hombre moderno preserva y protege su soberanía por encima de todo». La web, que recoge fragmentos de citas y recortes de periódicos, afirma que el movimiento de los hombres que siguen su propio camino se remonta a grandes hombres, como Schopenhauer, Beethoven, Galileo e «incluso Jesucristo». (Sugerir que la principal preocupación del hijo de Dios consistía en evitar a mujeres sexualmente pervertidas es una pequeña exageración, sobre todo teniendo en cuenta su íntima amistad con María

Magdalena, pero ese es un argumento para otro día). La lista de las supuestas celebridades MGTOW pasa luego de las figuras clásicas —como Chopin, Flaubert y Proust— a Leonardo DiCaprio, cuyo nombre va seguido de un tímido signo de interrogación, tal vez debido a la sucesión de romances bien documentados del actor con distintas celebridades.

A las mujeres se las representa básicamente como parásitos que se limitan a beneficiarse del éxito de los hombres, que son quienes, a lo largo de la historia, han sido los responsables de los «más importantes milagros de la ciencia, el descubrimiento y el esfuerzo humano». Si se deshacen de ellas —se explica en la web—, los hombres tendrán libertad para perseguir logros cada vez mayores.

¿Crees que tal vez las mujeres se han visto afectadas por la discriminación histórica que les impedía acceder a esos campos? Te equivocas. Según la filosofía de los hombres que siguen su propio camino, lo cierto es que las mujeres, simplemente, nunca han aportado a la sociedad gran cosa de valor y deberían estar agradecidas por cualquier migaja que se dignen arrojarles los hombres superiores en vez de tener la desfachatez de exigir igualdad.

Las páginas MGTOW, por supuesto, tienen mucho interés en subrayar el pedigrí histórico del movimiento para reforzar su respetabilidad. Hasta cierto punto no les falta razón: el movimiento tiene algunos puntos en común, por ejemplo, con el movimiento masculino mitopoético, un conjunto bastante impreciso de actividades de autoayuda encabezado por diversos autores y organizaciones en las décadas de 1980 y 1990, sobre todo en los Estados Unidos.

La filosofía general de ese movimiento —estrechamente relacionado con el poeta Robert Bly, cuyo libro *Iron John: A Book About Men* se publicó en 1990 y estuvo sesenta y dos semanas en la lista de los más vendidos del *New York Times* — consistía en que los hombres habían perdido la conexión los unos con los otros y con lo «profundamente masculino», así que necesitaban apoyo psicológico y espiritual para recuperar la conexión con su masculinidad.

Tenía ciertos elementos comunes con el moderno movimiento de los hombres que siguen su propio camino: sus defensores afirmaban que, de alguna manera, el tiempo que pasaban en casa y manteniendo relaciones íntimas con las mujeres había erosionado su conexión con su masculinidad innata y que las reuniones y los rituales exclusivamente para hombres eran fundamentales para recuperarla. Pero el movimiento no era ni de lejos tan virulento ni de un antifeminismo tan explícito como la moderna comunidad MGTOW.

Entonces, ¿de dónde viene la idea de evitar por completo a las mujeres? Además del miedo a las falsas acusaciones de violación, la comunidad de los hombres que siguen su propio camino gira en torno a otra preocupación: el riesgo

de que su genio masculino se vea comprometido si lo contamina la mediocridad femenina.

Si esto no te convence, seguramente lo hará ese puñado de inventores y empresarios del pasado —todos ellos, grandes triunfadores, ninguno de los cuales se casó nunca— que, como Wilbur Wright, se ofrecen como prueba definitiva de que entablar una relación con una mujer es como encadenarse voluntariamente a una sanguijuela que te roba el dinero y te chupa el cerebro. Como concluye triunfalmente MGTOW.com, «cuando un análisis coste-beneficio revela que no hay beneficio, no hace falta ser un genio para retirarse de la ecuación». En eso tienen razón.

Es evidente que esa filosofía ha sido recibida con los brazos abiertos por hombres ya predispuestos por tendencias misóginas, que parecen querer aprovechar la oportunidad de validar sus prejuicios dentro de un grandilocuente marco ideológico.

En la sección de testimonios, un usuario escribe lo siguiente: «Gracias, hombres que siguen su propio camino, por enseñarme desde joven y ahorrarme las mentiras que traen las mujeres y el matrimonio. Ahora puedo vivir en paz».

«Nunca he ocultado el profundo desagrado que me inspira esa criatura desevolucionada que es la "mujer"», escribe otro. «¡Me encanta! Siento que he descubierto el secreto del universo», asegura uno. Otro escribe que su ciudad se ha vuelto tan «ultrafeminizada» que «aquí las cosas están fatal para los hombres, sobre todo para los que son blancos y heterosexuales».

Por suerte para él, «la comunidad de los hombres que siguen su propio camino me ha hecho sentir que no estoy solo en esta locura de la corrección política».

Los foros de MGTOW.com tienen muchísimo movimiento y rezuman la misma misoginia radical que se ve en las páginas web de los *incels*, aunque aquí el tono suele ser más optimista, pues los hombres se felicitan a sí mismos y entre ellos por escapar de las garras de mujeres codiciosas y peligrosas en vez de compadecerse por fracasar en sus intentos de entablar relaciones sexuales.

Un usuario resume la filosofía general de la manera siguiente:

> Las mujeres están descontroladas y llevan así muchísimo tiempo. Va a hacer falta un acontecimiento grave para conseguir que se comporten como adultos decentes. Los hombres ya no son hombres y se han dejado pisotear por las mujeres, así que los demás no tenemos más remedio que hacer lo que ya estamos haciendo y seguir nuestro propio camino.

La virulencia general dirigida contra el feminismo o cualquier tipo de defensa de la igualdad de género sigue siendo la misma. (Por ejemplo, algunos comentarios a una noticia sobre una mujer que denunciaba haber sido violada decían: «Cómo va a violar nadie a esa p**a fea asquerosa»).

Otra página, mgtowramp.com, se centra en «ayudar» a hombres que quieren divorciarse. El matrimonio moderno, asegura, es una forma de «esclavitud legalizada».

En los foros MGTOW es habitual encontrarse con hombres que hacen descripciones radicales y virulentas de relaciones fallidas con mujeres y a menudo denuncian con amargura a exparejas que les han puesto los cuernos o que han decidido poner fin a un matrimonio o a una relación. A partir de esos ejemplos individuales, el movimiento anima a los hombres a extraer un amplio conjunto de conclusiones estereotipadas sobre las mujeres, enarbolando la experiencia negativa de un hombre como «prueba» de la maldad y la mezquindad de todas las mujeres, una técnica que, como veremos en el capítulo siguiente, también son muy dados a utilizar los activistas por los derechos de los hombres.

Por supuesto, en tal contexto, estos hombres se ven alentados a concluir que las únicas culpables del desmoronamiento de sus relaciones fueron exclusivamente sus maliciosas mujeres, lo que les hace eludir cualquier tipo de introspección o responsabilidad y contribuye a que se perciban como víctimas inocentes. Es fácil entender lo atractivo que resulta ese entorno para un hombre amargado y recientemente separado que se lame las heridas y busca validación. De nuevo, el sentimiento de pertenecer a una comunidad que entiende y apoya a la verdadera víctima frente a la hostilidad del resto de la sociedad intolerante es un cóctel de una tremenda potencia radicalizadora.

No puedo dejar de pensar en Sherratt, el adolescente que con tanta confianza expuso sus creencias en 2015, así que me las ingenio para localizarlo y preguntarle por su experiencia en la comunidad. Sherratt tiene ahora veintidós años, es aprendiz de ingeniero y dice que ha dejado atrás la comunidad de los hombres que siguen su propio camino y otros grupos de la machoesfera. Nos comunicamos por correo electrónico y me explica qué factores lo llevaron a considerarse un hombre «que sigue su propio camino». Al principio, explica, formar parte de las comunidades de la machoesfera era «divertidísimo»:

> Tenía muchos amigos, lo cual era una novedad para mí, un montón de admiradores y refuerzo positivo y, a medida que empezamos a crecer y a avanzar, sentía de verdad que íbamos a cambiar un poco las cosas para bien. No era solamente una comunidad, sino un movimiento nuevo y creciente en el que

me metí «antes de que molase», así que, de alguna forma, sentía que formaba parte de algo progresista.

La descripción de Sherratt permite contemplar a esas comunidades, que desde fuera suelen verse como profundamente oscuras, radicales y violentas, desde la perspectiva de un adolescente que descubre a un grupo de rebeldes alborotadores y provocadores. Nunca se me había ocurrido asociar la palabra «diversión» con la machoesfera. En el relato de Sherratt están presentes claramente otros factores que citan con frecuencia los académicos que estudian la atracción hacia creencias y comunidades radicales: un sentimiento de propósito común y de pertenencia, de amistad, reconocimiento y estímulo, así como de formar parte de algo más grande que sienten como una causa importante o noble.

Normalmente, en la comunidad de los hombres que siguen su propio camino se acepta que el movimiento nació a mediados de los 2000 de la mano de dos hombres que usaban los seudónimos «Solaris» (un australiano) y «Ragnar» (un escandinavo que se describe a sí mismo como «viejo» y expiloto), que habían participado activamente en lo que describían como «el movimiento virtual de los hombres». En una entrevista de YouTube de 2012, en la que se aseguraba que participaban los dos fundadores, Solaris dijo: «El punto de partida de todo esto es la sensación de alienación. Te das cuenta de que, por el simple hecho de ser hombre, te consideran un blanco legítimo de las bromas o un enemigo de clase». Al principio, explican los fundadores, los hombres que se quejaban de esas cuestiones se reunían en torno a un foro llamado Nice Guy, del que Solaris era moderador, pero, más recientemente, otros sitios web, blogs y canales de YouTube han sido testigos del auge de popularidad del concepto de hombre que sigue su propio camino.

La mayor parte de la gente nunca ha oído hablar de los MGTOW (quizás aún menos que de los *incels*) y la creencia habitual cuando se habla de ellos es que son un grupo sumamente marginal. Pero, al igual que otros grupos de la machoesfera, la comunidad es mucho más numerosa y activa de lo que cabría imaginar. El *subreddit* de los hombres que siguen su propio camino cuenta con más de cien mil suscriptores y cuando visito la página están conectados mil quinientos. (En 2016 se informó de que tenía quince mil, lo que da una idea del ritmo de crecimiento y del aumento de popularidad del movimiento). La página MGTOW.com tiene casi 33.000 miembros. En los foros («solo para hombres») hay conversaciones sobre más de 50.000 temas distintos, con más de 750.000 respuestas; los temas van desde consejos para divorciarse de la forma más barata posible hasta escabrosas historias de mujeres que han encontrado formas

especialmente ingeniosas de asesinar a sus maridos. La web también ofrece veinticinco canales de vídeo que producen contenidos de hombres que siguen su propio camino y que cuentan en total con más de 730.000 seguidores y cuyos vídeos se han visualizado un total de 130 millones de veces. Es un buen ejemplo de que el público de cualquier página de la machoesfera puede ser mucho más numeroso de lo que podría indicar su cifra real de miembros. Otro popular foro MGTOW tiene 129.000 mensajes y hasta 4.600 usuarios activos en los periodos más concurridos. Cierto grupo de Facebook de hombres que siguen su propio camino tiene más de 35.000 seguidores.

Y, aunque sea una comunidad aún más desconocida, hay un ámbito en especial en el que la huella virtual de los hombres que siguen su propio camino supera con creces a la de los *incels*. Los miembros de la comunidad de los hombres que siguen su propio camino son unos vlogueros (videoblogueros) especialmente activos. La búsqueda de vídeos de «hombres que siguen su propio camino» en Google arroja casi dos millones de resultados, frente a un cuarto de millón en el caso de «*incels*». En YouTube, uno de los vlogueros de la comunidad de los hombres que siguen su propio camino más conocidos se autodenomina «Turd Flinging Monkey» (Mono Lanzazurullos). Sus vídeos, que tratan sobre temas como la misandria, la soledad y la «invasión de las *femcels*», tienen más de 37 millones de visualizaciones. Estos son algunos de los comentarios típicos que pueden oírse en sus vídeos: «Yo me esfuerzo por no odiar a las mujeres, pero es que cada vez es más difícil» y «Una prueba más de que la sociedad no solo descuida a los hombres, sino que los desprecia abiertamente». Otro importante vloguero de la comunidad de los hombres que siguen su propio camino, que utiliza el pseudónimo «Sandman», tiene más de 67 millones de visualizaciones, mientras que el *youtuber* Howard Dare cuenta con 70.000 suscriptores regulares. Sus vídeos —«Diez clases de mujeres a las que evitar», «Por qué hay hombres buenos que eligen la soltería» y «Cinco mentiras que cuentan las mujeres»— se han visto más de doce millones de veces, pero hay uno que cuenta con más de un cuarto de millón de visualizaciones: «Por qué es importante tratar mal a las mujeres». «Thinking Ape» (Simio Pensante), otro vloguero de la comunidad de los hombres que siguen su propio camino, tiene seis millones de visualizaciones. Esos son solo algunos de los nombres más destacados de una comunidad enorme de *youtubers* que vloguean sobre el tema.

Además, el material de la comunidad no se limita únicamente a la filosofía y a la opinión, sino que también se dan un montón de consejos —a menudo profundamente misóginos—, como este de la sección de preguntas frecuentes de una página web de hombres que siguen su propio camino:

—Mi novia está preñada. ¿Qué hago?

—Sobre todo, NO la invites al *jacuzzi* con champán para «celebrar», porque puede provocarle un aborto espontáneo y podría perder al niño. Repito: bajo ningún concepto deberías hacer eso lo más rápido que puedas.

Como pasa con la comunidad *incel*, es imposible saber qué grado de seriedad o de sarcasmo encierra un comentario como ese. Y lo que es aún más preocupante: aunque el que escribió el mensaje no pretendiera más que escandalizar o entretener, es imposible saber cómo lo interpretaría la persona a la que iba dirigido.

El contenido es radical, pero no estamos hablando de un pequeño y recóndito callejón sin salida de Internet. Es una comunidad próspera y sumamente activa.

Como la mayoría de las webs de *incels*, la comunidad de los hombres que siguen su propio camino difiere de otras áreas de la machoesfera en su decisión de controlar activamente sus espacios virtuales para excluir a las mujeres. «MGTOW.com es una web de interés exclusivo para hombres, solo para hombres», enfatiza la página. Por supuesto, la filosofía de los hombres que siguen su propio camino da a esa comunidad una razón especialmente poderosa para excluir a las mujeres. Así lo expresa de manera representativa cierta página web: «Internet fue creado por los hombres (para otros hombres) y las mujeres tienen permiso para usarlo solo por nuestra divina gracia masculina». Que se lo digan a Ada Lovelace y a Grace Hopper.

De la filosofía de los hombres que siguen su propio camino también han surgido en Internet varios movimientos derivados y relacionados, como el IBMOR (Introspective Black Men of Reform), un movimiento virtual con unos objetivos parecidísimos, pero al que se añade el deseo de derrocar el supremacismo blanco. «INTROSPECTIVE BLACK MEN OF REFORM (IBMOR) —declara la página de la comunidad de Google+ del grupo en dramáticas letras mayúsculas— SOMOS HOMBRES NEGROS QUE SE DEDICAN AL AUTOESTUDIO Y A LA SUPERACIÓN PERSONAL. DESEAMOS LA SUPRESIÓN TANTO DEL SUPREMACISMO BLANCO COMO DEL MATRIARCADO NEGRO EN LA COMUNIDAD NEGRA. CREEMOS EN LA NECESIDAD DE UN PATRIARCADO NEGRO». En la web se enumeran los principios oficiales del movimiento, entre los que se incluyen los siguientes: «Creemos en el liderazgo del HOMBRE negro heterosexual. Entendemos que las únicas funciones de las hembras son la sexual y la reproductiva. Las hembras NUNCA deberían ostentar autoridad social sobre los hombres. Los hombres NUNCA deberían atender a las mujeres de ninguna manera».

Si crees que es posible entablar una conversación sobre una opinión tan

radical como esa, te equivocas de pleno.

> No creemos en discutir con las hembras. Las mujeres «sienten» el mundo, no lo «piensan». Así que no puedes hacer cambiar de opinión a una hembra mediante ruegos o argumentaciones lógicas. La única acción capaz de hacer cambiar de opinión a una hembra es la fuerza. En el actual sistema ginocéntrico de supremacismo caucásico, la forma más efectiva de tratar con las hembras es negarles tu atención.

Al defender los supuestos misóginos de los MGTOW y oponerse simultáneamente al supremacismo blanco, los IBMOR generan una paradoja curiosa y a menudo involuntariamente humorística para los miembros de la machoesfera. Las conversaciones entre los hombres que siguen su propio camino y los IBMOR revelan la confusión que surge cuando los primeros, miembros de una comunidad profundamente sexista pero con frecuencia también racista, intentan conciliar su apoyo a la mitad de la filosofía IBMOR pese a sus reticencias hacia la otra mitad.

«La verdad es que suenas como el típico hombre negro frustrado —escribe un hombre que intenta gestionar ese dilema sin darse cuenta de que sus argumentos en contra de la comunidad IBMOR sobre la cuestión de la raza podrían aplicarse con la misma facilidad al tratamiento del género que hace su propio grupo—. Por eso nadie se toma en serio a las comunidades negras. Todos los discursos se convierten en una mentalidad de "nosotros contra ellos". No digo que tu argumento en contra del feminismo esté mal, pero no me mola esa idea de que "¡es culpa de los putos blancos!"». Está claro que no es capaz de captar la ironía.

En la propia comunidad IBMOR se aprecian contradicciones similares. Si bien reconocen la desigualdad racial y se oponen a ella, sus miembros, al igual que la mayoría del resto de la machoesfera, promueven también de manera explícita otras manifestaciones de fanatismo y prejuicios; por ejemplo, en la página web se afirma lo siguiente: «Creemos que la homosexualidad y el lesbianismo representan la muerte de la gente, porque esas uniones no engendran hijos, y que la bisexualidad provoca inestabilidad social».

Sin embargo —y esto encaja con la creencia de la doctora Sugiura y otros expertos de que la machoesfera es un espacio principalmente blanco—, se trata de un subgrupo mucho más pequeño que el conjunto de la comunidad de los hombres que siguen su propio camino, ya que las páginas o grupos virtuales de la comunidad IBMOR se cuentan por cientos y no por miles. Aunque algunos canales de YouTube de la comunidad IBMOR tienen decenas de miles de seguidores y millones de visualizaciones, siguen siendo muchos menos que los

numerosos seguidores de los vlogueros de la comunidad de los hombres que siguen su propio camino más convencionales.

De nuevo, como ocurre con muchas otras áreas de la machoesfera, es difícil señalar con precisión la ubicación de la mayoría de los usuarios de los foros y comunidades MGTOW: la mayoría se comunican en inglés y algunos hacen referencia a su paradero en sus comentarios o en sus nombres de usuario, que sugieren que las ubicaciones habituales son los Estados Unidos, Canadá o el Reino Unido. Pero no hay datos concretos que nos indiquen el número exacto de miembros activos de la comunidad de los hombres que siguen su propio camino residentes en el Reino Unido. Un participante publica un mensaje titulado «Hola desde el Reino Unido», lo que suscita entusiastas respuestas de «compatriotas británicos» que afirman escribir desde diversas regiones del país, como las Midlands, Sussex y Salford, entre otras. Se regodean tanto en su ideología compartida como en su ubicación común y concuerdan con la salva inicial del participante: «putas mujeres, son todas unas víboras con t***s».

También hay una página web con actualizaciones bastante regulares dedicada específicamente a los «hombres británicos que siguen su propio camino», que despotrica contra lo que describe como el «comportamiento nazi» del Estado británico, que silencia y censura las opiniones políticamente incorrectas y hace la afirmación siguiente:

> Si dices lo que no debes o tus creencias van contra la norma, eres un peligro […]. El Reino Unido está enfermo y necesita sanar. Las leyes piden a gritos una revisión, pero a mi alrededor lo único que veo son hombres dóciles y dispuestos que terminan en el matadero […]. Seguid vuestro propio camino y protegeos.

Pero lo que tiene en común con la mayoría de los otros grupos que componen la machoesfera —y quizá quienes mejor lo ejemplifiquen sean los propios hombres que siguen su propio camino— es la cualidad especial de ser un grupo que en teoría está enfocado en exclusiva a los hombres, pero cuyo único interés son, casi en exclusiva, las mujeres. En el caso de los hombres que siguen su propio camino, esa dicotomía fundamental introduce en el corazón mismo del movimiento una autodestrucción inevitable. Debe de ser muy difícil que un hombre se libere completamente del impacto tóxico y perjudicial de las mujeres y de todo lo que representan, que se libere felizmente para vivir una vida de sencilla y varonil plenitud, si sigue participando en una comunidad obsesionadísima con… las mujeres.

Eso era evidente incluso para el adolescente Sherratt, que me dice: «Yo

entendía el escepticismo sobre el matrimonio y tal, pero, para ser hombres que decían intentar vivir su vida sin centrarse en las mujeres, estaban todo el puñetero rato hablando de ellas». Cuando Sherratt intentó expresar su desacuerdo con diversos elementos de la ideología MGTOW, se encontró con que lo acusaban de estar «bajo el control mental de una chica». Se salió de la comunidad poco después, tras conocer a una chica que, cosa poco sorprendente, estaba de acuerdo con sus críticas. «Pero bueno, peor para ellos, supongo», reflexiona.

Pese a todo lo que tienen en común, muchas otras comunidades de la machoesfera desprecian a los hombres que siguen su propio camino. Matt Forney, un tristemente famoso bloguero de la machoesfera cuyos textos suelen estar a caballo entre los activistas por los derechos de los hombres y los artistas de la seducción, escribe que el de los «hombres que siguen su propio camino» no es «un buen camino que seguir», describiendo en tono burlón a los MGTOW como «una secta para vírgenes solitarios» y afirmando que corren el riesgo de emascular a los hombres al no reconocer la definitoria necesidad masculina de mantener relaciones heterosexuales y sexuales. Forney afirma que los hombres que siguen su propio camino fueron su punto de entrada original «en el pensamiento antifeminista en general», pero que con el tiempo se ha vuelto sumamente crítico con el movimiento, una confesión que demuestra que los hombres pueden verse atraídos a la machoesfera por un canal para luego avanzar rápidamente por sus distintas comunidades, estableciendo su lealtad en otras áreas. O, en muchos casos, terminar encontrando su sitio en la ideología de la derecha alternativa, una trayectoria que refleja lo impregnados que están los blogs y las webs de los nacionalistas blancos y otras comunidades de la derecha alternativa de los términos y acrónimos de la machoesfera.

No solo en la machoesfera se desprecia y ridiculiza a los hombres que deciden seguir su propio camino. Davey expresa su preocupación por el hecho de que los reportajes sensacionalistas y superficiales sobre grupos como el de los hombres que siguen su propio camino puedan impedirnos abordar los problemas reales y graves que subyacen a esas comunidades.

> Diría que hay una falta de comprensión matizada […]. No creo que el periodismo haya sido muy responsable con este tema; en mi experiencia, gran parte del interés de los medios de comunicación se debía a que era algo bastante novedoso e inusual —se ve, sobre todo, como una noticia— y, en realidad, las preguntas que te hacen como investigadora son del tipo: «¿Por qué cree la gente en esa ideología tan rara?».

Resulta especialmente fácil considerar a los hombres que siguen su propio camino como un extraño grupo de bobos, en parte por los estereotipos sociales que hacen que la gente se burle de la idea de que los hombres tengan «miedo» de las mujeres. Pero, al igual que ocurre con otras comunidades de la machoesfera, la habitual suposición de que son un grupito de marginados virtuales sin ningún tipo de repercusión en el mundo real ni en la sociedad es sumamente miope. De hecho, es posible defender que el apoyo y el número de miembros de la filosofía MGTOW ha aumentado en los últimos años más que nunca. En cierto modo, los hombres que siguen su propio camino han conseguido penetrar la cultura dominante en mayor medida que cualquier otra comunidad de la machoesfera, aunque su nombre no haya estado directamente vinculado a gran parte de la cobertura mediática de ese fenómeno.

A raíz del movimiento #MeToo, que hizo que millones de mujeres de todo el mundo relataran sus historias para alzarse contra al acoso y la agresión sexual, se produjo una rápida y fuerte reacción violenta. En primer lugar, surgieron afirmaciones de que los testimonios de las mujeres eran inventados o exagerados, de que quienes denunciaban a personajes públicos eran codiciosas sacacuartos en busca de cinco minutos de fama. Hubo acusaciones de que una turba feminista estaba exagerando muchísimo el problema. Esos argumentos, que estallaron en la esfera pública, encontraron, por supuesto, eco y apoyo a un nivel más profundo en los foros y comunidades de la machoesfera, donde la indignación se dirigió a los medios de comunicación liberales supuestamente «betas» por promover las mentiras del #MeToo y la misandria de la élite feminazi controladora.

La reacción violenta se intensificó rápidamente y las críticas a las mujeres se convirtieron en un rumor más amplio de que el movimiento entero no era más que una turba enfurecida: una «caza de brujas» diseñada para expulsar a los hombres de sus puestos de trabajo y de sus vidas, sin ni siquiera un amago de juicio justo. Algunos comentaristas se conformaron con escribir extensas y virulentas diatribas para acosar a las mujeres que se habían atrevido a compartir sus historias de abusos o menospreciar al movimiento en su conjunto. Pero, gradualmente, fue emergiendo otro tipo de respuesta que aprovechaba deliberadamente la técnica de la machoesfera de convertir al victimario en víctima. Fue una respuesta que se propagó como un reguero de pólvora del mundo virtual al real y que tomó prestada su ideología esencial directamente de los hombres que siguen su propio camino: EVITAR A LAS MUJERES A TODA COSTA.

Todo empezó con rumores: mujeres que declaraban que los hombres de su oficina habían empezado de repente a declinar reunirse con ellas o insistían en

dejar la puerta abierta. Una consultora de recursos humanos contó que los ejecutivos le dijeron que no pensaban volver a meterse en un ascensor a solas con una mujer. De pronto, el asunto empezó a precipitarse: se oía una historia tras otra de hombres de diferentes profesiones que cancelaban abruptamente sus comidas de negocios o evitaban a las mujeres de las que habían sido mentores. Era la técnica de los hombres que siguen su propio camino. Al privarlas de contactos valiosos y de importantes reuniones cara a cara, el impacto en las carreras de las mujeres era potencialmente desastroso. De la misma manera que el movimiento de los hombres que siguen su propio camino le da la vuelta a la opresión estructural de las mujeres al afirmar que los hombres son las verdaderas víctimas de los prejuicios de género, esa avalancha de ejemplos populares trató de presentar a los hombres como las verdaderas víctimas del movimiento #MeToo. Los hombres, decía ese argumento, no tenían más remedio que protegerse de la todopoderosa conspiración de mujeres desbocadas y vengativas que se inventan falsas acusaciones de acoso o abuso. Aunque la solución fuera tan radical como el aislamiento total.

Un cirujano ortopédico de Chicago contó al *New York Times* que ya nunca se quedaba a solas con sus colegas mujeres: «Me ando con mucho ojo porque me va la carrera en ello. Si alguien de tu hospital dice que has tenido un contacto inapropiado con una mujer, te suspenden para investigarte, así que ya puedes despedirte de tu vida. ¿Se borra alguna vez esa marca?». El artículo no cuestionaba su evidente insinuación de que tales acusaciones son aleatorias y no se fundamentan en ningún tipo de delito.[24]

En Austin, Texas, un organizador de eventos que dejó de reunirse regularmente con una consultora de comunicaciones dijo: «Me han informado de que no es apropiado que un hombre casado salga a comer con una mujer soltera». Valoró la posibilidad de reubicar tanto a esa mujer como a otra a puestos distintos para evitar cualquier apariencia de «interacción» inapropiada, pese a que la mujer en cuestión le comunicó sin rodeos que «no estaba interesada en él de forma romántica y que solo quería comer con él para que ejerciera de mentor con ella».[25] Hasta tal punto había llegado el nivel de exasperación.

En la reunión del Foro Económico Mundial de Davos de 2019, los asistentes les dijeron a los periodistas que ya no ejercían de mentores de mujeres como resultado directo de la «era» del #MeToo. Con lo que, por supuesto, querían decir como resultado directo de una malinterpretación misógina y deliberada del movimiento #MeToo. «Ahora me lo pienso dos veces antes de pasar tiempo a solas con una colega que sea mujer y joven», aseguró un ejecutivo de finanzas estadounidense.[26] El asunto, al parecer, era «demasiado delicado».

Al parecer, ninguno de esos hombres consideró que podían haber conseguido el mismo efecto simplemente no acosando ni violando a ninguna mujer.

Si bien esos casos se describieron de manera vergonzosa en los medios de comunicación como precauciones tensas, incluso comprensibles, adoptadas por hombres preocupados en un clima hostil, no tiene sentido sugerir que un hombre que no cometa abusos tenga que evitar a las mujeres en su lugar de trabajo. No hay manera de apoyar una postura semejante que no implique una tremenda epidemia de denuncias falsas. Porque si las mujeres no están interponiendo denuncias falsas, la respuesta evidente a una avalancha de testimonios de violencia sexual es simplemente evitar cometer violencia sexual, no tratar a las mujeres que denuncian esa violencia como si tuvieran algún tipo de enfermedad contagiosa y necrosante.

Resulta sorprendente ver que esa ideología central de la machoesfera, de la que presumen decenas de miles de adeptos virtuales, se ha infiltrado incluso hasta las vertiginosas alturas de la Casa Blanca. El vicepresidente Mike Pence aseguró a los periodistas que nunca volvería a comer a solas con una mujer que no fuera su esposa, una práctica que políticas como la entonces senadora Kamala Harris advirtieron de que podía tener una enorme repercusión negativa en la trayectoria profesional de las mujeres en el acelerado mundo político, en el que es habitual celebrar reuniones durante las comidas.

La postura de Pence es un ejemplo sumamente efectivo de las numerosas formas en que la filosofía de la machoesfera se reviste de una pátina de respetabilidad y debate razonable para introducirse poco a poco en la cultura dominante. No sabemos si esa costumbre de Pence está motivada por la preocupación por las acusaciones de acoso sexual o por una perspectiva especialmente conservadora o religiosa. No es descabellado sugerir que probablemente ambas cuestiones estén entrelazadas, dada la ideología sexual y de género cristiana. (La llamada «regla Pence», como ha llegado a ser conocida, recibe su nombre de la «norma Billy Graham», una postura similar adoptada por el predicador cristiano Billy Graham, que se negaba a comer o a reunirse a solas con ninguna mujer salvo su esposa). El problema es que realmente da lo mismo. Aunque Pence no se hubiera referido explícitamente a la furibunda obsesión de la comunidad de los hombres que siguen su propio camino con las omnipresentes denuncias falsas de violación, eso es precisamente lo que insinúa su negativa a comer a solas con una mujer, que aprovecharon tanto los hombres como los medios de comunicación a raíz del #MeToo, una interpretación que Pence no hizo nada por matizar ni corregir.

No puede infravalorarse la repercusión de que una persona tan notoria

adoptara una norma como esa: la sensación de aceptabilidad que confiere no tardó en apreciarse en los titulares de los medios de comunicación. «Wall Street se marca un Mike Pence para evitar las acusaciones del #MeToo», dice *Vanity Fair*. «La norma de Wall Street para la era del #MeToo: evitar a las mujeres a toda costa», sugiere Bloomberg, que incluye las declaraciones de un asesor patrimonial que afirma que «hoy en día, el mero hecho de contratar a una mujer entraña un "riesgo desconocido". ¿Qué pasa si se toma mal algo que le diga un hombre?». El problema de ese apoyo evidente y la consiguiente cobertura mediática de la ideología de la machoesfera es que legitima un discurso que en realidad constituye misoginia extrema e incluso empatiza con ella.

Antes de que recibiera el pegadizo apodo de «regla Pence», informar sobre esas ideas podría haberse considerado incendiario o tendencioso y habría requerido una cuidadosa y sólida presentación de argumentos contrarios. Pero en cuanto la idea se asocia al vicepresidente de los Estados Unidos, se vuelve intocable: se trata de un material válido y respetable que puede ser objeto de una amplia cobertura. No tardaron en intervenir otros comentaristas y, lejos de cuestionarse como una idea marginal, la «norma» se aceptó como un pilar de la conversación pública y algunas personas la consideraron de simple sentido común. Entró a formar parte del diálogo y, como tal, muchos hombres se apresuraron a utilizarla para seguir fomentando su ideología sexista. «PENSADLO —tuiteó Sebastian Gorka, exasistente adjunto de Trump—: si Weinstein hubiera seguido las normas de @VP Pence a la hora de reunirse con el sexo opuesto, ninguna de esas pobres mujeres habría sido violada». Por supuesto, si Weinstein no hubiera sido un depredador violento, tendríamos el mismo resultado. Así, como idea.

De hecho, lejos de tratarse de ejemplos aislados, el debate generalizado sobre la «regla Pence» como una precaución razonable que deben tomar los hombres en una época de acusaciones de acoso se refleja en la conducta de un porcentaje sorprendentemente alto de hombres en el ámbito laboral. Según cierto estudio elaborado en 2019 por investigadores de la Universidad de Houston, el 27 por ciento de los hombres evita las reuniones a solas con colegas mujeres y el 21 por ciento se muestra reacio a contratar a mujeres para puestos que requieran interacciones interpersonales estrechas con hombres (como trabajos que impliquen viajar). Como subrayó la escritora y activista feminista Soraya Chemaly, eso significa que más de un cuarto de los hombres estadounidenses están incurriendo en discriminación laboral e infringiendo el título VII de la Ley de Derechos Civiles, que prohíbe el trato desigual de las personas en el lugar de trabajo (en este caso, en razón de su sexo). Chemaly señala que casi nunca se

mencionaba esa ilegalidad en las noticias que «debatían» sobre la validez de la «regla Pence» y, además, «la segregación y exclusión sexual no son respuestas legítimas a las exigencias de las mujeres de no seguir tolerando, como sociedad, la discriminación sexual en el lugar de trabajo».

Así pues, la creencia central de los MGTOW, considerados quizá una de las facciones más estrambóticas de la machoesfera, se practica hoy en día por doquier en los lugares de trabajo de los Estados Unidos en detrimento de las mujeres. Un elemento radical y misógino de la ideología de la machoesfera no solo ha pasado a formar parte de la conversación internacional, sino que además, de forma sutil, ha conseguido que nos parezcan aceptables ciertos prejuicios sexistas.

Por si temíamos que la idea no se extendiera, no ha tardado en publicarse un libro para ayudar a que corra la voz. La descripción en Amazon del libro *The Pence Principle*, de Randall Bentwick, afirma con descaro que «todos los hombres estadounidenses tendrían que aprender un par de lecciones de nuestro vicepresidente. Ten cabeza. Compra este manual y aprende a poner en práctica el "principio de Pence". Defiéndete: defiende tu carrera, tu vida y a tu familia de las falsas acusaciones de las mujeres, tanto hoy como en el futuro».

A la comunidad virtual de los hombres que siguen su propio camino no les pasó desapercibido el asunto: se regodearon abiertamente en celebratorios hilos de Reddit («Por qué las feministas tienen miedo de la regla de Mike Pence») y vídeos de YouTube («Nosotros inventamos la regla Pence»). Es una prueba directa de que esas ideas, que tal vez nos parezcan preocupaciones vagas y ridículas de los márgenes radicales de Internet, en realidad nos las están blandiendo ante las narices desde el jardín delantero de la Casa Blanca.

---

[23] «David Sherratt, 18, is a men's rights activist who won't have casual sex in case he is falsely accused of rape», *Wales Online*, 22 de noviembre de 2015.

[24] «Unintended Consequences of Sexual Harassment Scandals», *New York Times*, 9 de octubre de 2017.

[25] «Austin Official Is Reprimanded for Avoiding Meetings With Women», *New York Times*, 15 de septiembre de 2017.

[26] «Another Side of #MeToo: Male Managers Fearful of Mentoring Women», *New York Times*, 27 de enero de 2019.

04

Los hombres que culpan a las mujeres

«Para el Estado, los hombres son prácticamente infrahumanos, y hará lo que sea con tal de destrozarles la vida».

MIKE BUCHANAN, líder del partido político Justice for Men and Boys (and the Women Who Love Them)

Sería más correcto describir a los llamados «activistas por los derechos de los hombres» (MRA, por sus siglas en inglés) como los activistas por las injusticias de las mujeres. El nombre sugiere algo noble e importante: un interés por los numerosos problemas que aquejan a los hombres actuales. La realidad es muy distinta. Los activistas por los derechos de los hombres tienen tanto interés en los derechos de los hombres como los contratistas militares por mantener la paz. Hay una comunidad de organizaciones de hombres centradas en combatir problemas como la salud mental, los estereotipos masculinos y la violencia en las relaciones de pareja. Pero no es la que nos ocupa. Los activistas por los derechos de los hombres tienen un interés rayano en la obsesión por atacar a las mujeres. Y su blanco particular es el feminismo.

El problema no es solo que los activistas por los derechos de los hombres no hagan prácticamente nada por combatir de verdad los problemas que en efecto aquejan a los hombres actuales; lo peor es que, en realidad, sus denuedos entorpecen el progreso de muchos hombres que sufren. Al intentar aferrarse a estereotipos de género anticuados y mantener una cruzada contra las mujeres que intentan combatir esos mismos estereotipos, lo que hacen muchas veces los grupos de activistas por los derechos de los hombres es precisamente agravar los problemas que afirman querer resolver.

Sin embargo, para quienes no están íntimamente familiarizados con el mundo de los activistas por los derechos de los hombres, su causa puede parecer válida y respetable. Combatir los problemas de los hombres —sobre todo, cuando se alude vagamente a cuestiones como los derechos de los padres, el cáncer o las muertes causadas por accidentes laborales— suena como un movimiento positivo e importante. Por ese motivo, a menudo los activistas por los derechos de los hombres consiguen pasar desapercibidos y sus representantes encuentran el terreno abonado en los programas informativos preocupados por la «imparcialidad». La brecha entre los supuestos objetivos de la comunidad y sus actividades reales les permite actuar como una especie de canal por el que, tras un falso escudo de credibilidad, se filtran a la opinión pública algunas de las ideas misóginas del conjunto de la machoesfera. Son grupos de hombres que tienen mucho territorio en común con otros elementos de la machoesfera (las tremendas generalizaciones misóginas sobre las mujeres, la creencia de que una conspiración feminista ha puesto al mundo en contra de los hombres o la idea de que los hombres son las auténticas víctimas de la desigualdad y el maltrato). En un blog de los activistas por los derechos de los hombres puede encontrarse este representativo resumen: «Desde una perspectiva feminista, "igualdad de género" ha llegado a significar dominación femenina y subyugación masculina. Ha provocado que se invierta la discriminación: donde antes se marginaba a las mujeres, los hombres denigrados han tomado su lugar». Sin embargo, a diferencia de otros grupos de la machoesfera, en vez de centrarse en la gratificación sexual individual o evitar por completo interactuar con las mujeres, los activistas por los derechos de los hombres prefieren contraatacar. En palabras de otra web de los activistas por los derechos de los hombres (*Dads Against the Divorce Industry*, o Papás Contra la Industria del Divorcio), luchan contra las «crecientes tendencias que imponen un aterrador número de castigos jurídicos y sociales contra la masculinidad como tal».

En un artículo de 1926 publicado en la revista mensual *Harper's*, el escritor John Macy se quejaba de que «la perversión de la misandria […] distorsiona los más quejumbrosos argumentos feministas modernos». (Curiosamente, Macy se casó con Anne Sullivan, famosa profesora y compañera de Helen Keller, que, además de defender a las personas con discapacidades, era una feminista acérrima). Ese mismo año se fundó la Liga Austriaca por los Derechos de los Hombres con el objetivo de «combatir los excesos de la emancipación de la mujer». Está claro que no es nueva esa idea de que luchar para conceder derechos a las mujeres ha de significar quitarles algo a los hombres.

Pero la triste ironía es que el movimiento por los derechos de los hombres,

tal y como lo conocemos hoy en día, creció a partir de una iniciativa que empezó como una fuerza para el cambio positivo y un esfuerzo complementario a la liberación femenina. A medida que una nueva y poderosa segunda ola de feminismo cobraba impulso a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, esta dio lugar a un «movimiento de liberación de los hombres». La liberación de los hombres apoyaba activamente los principios feministas. Buscaba deconstruir las formas nocivas en las que la masculinidad impuesta por la sociedad perjudicaba a los hombres al tiempo que oprimía a las mujeres.

En el número de 1970 de la revista *Liberation*, de la Nueva Izquierda, un joven psicólogo llamado Jack Sawyer publicó un artículo titulado «Sobre la liberación masculina» en el que escribía apasionadamente lo siguiente:

> La liberación masculina pretende contribuir a destruir los estereotipos sexuales que contemplan «ser hombre» y «ser mujer» como condiciones que deben alcanzarse mediante el comportamiento adecuado […]. La lucha de las mujeres por la libertad no tiene por qué ser una lucha contra los hombres como opresores. La decisión sobre si los hombres son el enemigo está en manos de los propios hombres.

Siguiendo esa línea, empezaron a reunirse grupos de concienciación masculina, sobre todo en los Estados Unidos y en el Reino Unido. Esos grupos brindaban a los hombres la oportunidad de intercambiar experiencias y sentimientos, así como de explorar cómo podían contribuir a aportar soluciones. En una entrevista publicada en 1971 en la revista *Life*, un miembro de uno de esos grupos ofrecía la explicación siguiente: «Nuestro enemigo no son las mujeres, sino el papel que se nos obliga a representar». La verdad es que dan ganas de aplaudir. Y da que pensar lo novedosos que suenan esos conceptos hoy en día.

Empezaron a proliferar los grupos, recursos y centros para hombres; en 1973, el Berkeley Men's Center publicó un manifiesto que recogía los valores del proyecto:

> No queremos seguir forzándonos y compitiendo por vivir a la altura de una imagen masculina opresiva e imposible […]. Queremos ser iguales a las mujeres y terminar con las relaciones competitivas y destructivas entre los hombres […]. Estamos oprimidos por un condicionamiento que nos reduce a ser solo medio humanos […]. Queremos que los hombres compartan su vida y sus experiencias con los demás para que entendamos quiénes somos, cómo hemos llegado a ser así y qué tenemos que hacer para ser libres.

El movimiento cobró fuerza y, a mediados de la década de 1970, diversos libros —como *The Male Machine*, de Marc Feigen Fasteau, y *Men's Liberation*, de Jack Nichols— lo dotaron de un marco más teórico. Así fue como en la década de 1970 se fraguó un movimiento genuino —dirigido por hombres y relativo a ellos — que consiguió encarar los problemas que aquejaban a los hombres sin demonizar ni atacar a las mujeres en el proceso. En otras palabras, era un movimiento feminista masculino.

Pero llegaría un cisma demoledor.

A finales de la década de 1960, un estudiante predoctoral llamado Warren Farrell estaba convirtiéndose rápidamente en una joven promesa del movimiento de liberación masculino. Farrell, cada vez más involucrado en círculos feministas, se unió a la junta de la sección neoyorquina de la National Organization for Women, donde le encomendaron que crease una red nacional de grupos de concienciación masculina. Famoso por sus «talleres de inversión de papeles», Farrell espoleaba a grupos de hombres a desfilar en concursos de belleza masculinos y animaba a las mujeres del público a molestarlos y cosificarlos con el fin de obligar a los hombres a experimentar la sensación de ser tratados como un trozo de carne. En un intento igual de torpe por expresar las presiones que sufren los hombres que llevan el dinero a casa, Farrell ponía a las mujeres en fila en función de su salario y gritaba a las del rango económico más bajo por ser unas «fracasadas». Farrell fue muy elogiado: protagonizó un reportaje de cuatro páginas en la revista *People* que incluía fotografías suyas haciéndole el desayuno a su mujer y en el que cantaba las alabanzas de «aprender a escuchar en vez de a dominar […], ser vulnerable en vez de construir fachadas de infalibilidad». El *Financial Times* lo nombró uno de sus «cien líderes intelectuales». «Para muchas mujeres yo era como un dios», le contó más tarde Farrell a una periodista, una opinión que tal vez tendría que haber hecho sonar alguna alarma.[27] Pero Farrell empezó a preocuparse por la desventaja en la que percibía que se encontraban los hombres sistemáticamente y, a mediados de la década de 1970, cuando la National Organization for Women se posicionó en contra de la presunción de la custodia compartida de los hijos en los casos de divorcio, se separó de la organización. La evolución personal de Farrell fue representativa de un desgarro mucho mayor en el tejido del movimiento de liberación masculina, que para finales de la década de 1970 estaba completamente desgajado en dos. Una parte, representada por grupos como la National Organization for Changing Men (hoy en día, la National Organization for Men Against Sexism), se mantuvo firme en sus intentos profeministas y antisexistas de cuestionar el papel de los hombres en la sociedad patriarcal, un movimiento positivo y constructivo centrado en los

hombres que sigue existiendo discretamente hoy en día. Sin embargo, también había surgido una importante facción separatista de grupos de hombres antifeministas que englobaba a organizaciones como la National Coalition of Free Men y la Men's Rights Association. Así fue como nació el movimiento por los derechos de los hombres, más ruidoso y llamativo.

En 1973, el sociólogo Steven Goldberg escribió *The Inevitability of Patriarchy* (La inevitabilidad del patriarcado), en el que defendía, al igual que los actuales activistas por los derechos de los hombres, que la biología y la naturaleza humana significaban que el proyecto del feminismo era defectuoso y errado, que la dominación masculina era natural y que la liberación femenina abocaría a una peligrosa inestabilidad cultural. La National Coalition for Men (lema: «Liberar a los hombres de la discriminación») se fundó en 1977 y sigue teniendo secciones o enlaces en Australia, Canadá, Kenia, Israel, Suecia y Georgia. La organización ha presentado repetidas demandas contra espacios exclusivos para mujeres —alegando discriminación por parte de equipos deportivos, eventos para hacer contactos y grupos que buscan aumentar la participación de las mujeres en los negocios y la tecnología— y muchas veces ha llegado a acuerdos con los organizadores a cambio de grandes sumas de dinero. También ha presentado demandas judiciales para obligar a que se retire la financiación de los centros de acogida para mujeres víctimas de la violencia de género a menos que admitan a hombres.

Con los años, han surgido otras organizaciones internacionales, como la UK Men's Movement, la Save Indian Family Foundation y un sinfín de organizaciones en Australia. Los académicos feministas han señalado que el auge del movimiento coincidió con un periodo de agitación social, política y económica significativa, pues tras la década de 1960 las plantillas empezaron a tener cada vez más diversidad tanto étnica como de género y el thatcherismo y la *reaganomía* provocaron cambios radicales en los mercados de trabajo y la actividad sindical. Por lo tanto, el movimiento por los derechos de los hombres contemporáneo se ha definido —al menos, en parte— como «una reacción al menguante estatus social de los hombres cis blancos y el surgimiento del activismo feminista y multicultural como fuerza política mayoritaria».

El movimiento empezó oponiéndose a las feministas y a sus esfuerzos con el argumento de que los hombres constituían el género verdaderamente oprimido y centrándose en cuestiones que, según afirmaban, revelaban un sesgo sistémico contra los hombres. En 1993, Farrell publicó *The Myth of Male Power* (El mito del poder masculino), un libro que se ha llegado a conocer como la biblia del movimiento por los derechos de los hombres. En él, aborda cuestiones como la

tasa de suicidio en hombres, el reclutamiento, la esperanza de vida de los hombres, los cánceres que afectan específicamente a los varones y otros temas que terminarían convirtiéndose en pilares del movimiento por los derechos de los hombres. Pero, aunque por supuesto esos son problemas muy reales (en el Reino Unido, la tasa de suicidio es tres veces más alta en hombres que en mujeres, los veteranos combatientes siguen sufriendo pobreza y traumas mentales y los cánceres de hombres son demoledores para los aquejados), el movimiento los distorsionaba y explotaba, instrumentalizándolos en contra de las mujeres y de las causas feministas en vez de trabajar por brindar apoyo a las auténticas víctimas.

En su libro, Farrell intentaba argumentar que en realidad las mujeres tienen un capital económico mayor que los hombres, porque reciben dinero del salario de sus maridos para hacer las compras. Sugería que las mujeres son las únicas culpables de la brecha salarial y que lo único que conseguían las protecciones contra el acoso sexual era que las empresas fueran reacias a contratar a mujeres. Con argumentos que se anticipaban a los de las comunidades de *incels* y de los artistas de la seducción, así como a los grupos de activistas por los derechos de los hombres modernos, Farrell afirmaba que el poder que conferían a las mujeres «la minifalda, el escote y el coqueteo» les hacía disfrutar de unas ventajas sociales mucho mayores que las de los hombres y sugería que las mujeres presentaban denuncias falsas de acoso y agresión sexual, mientras que «nadie ha enseñado a los hombres a denunciar a las mujeres por el trauma sexual de que les digan "sí", luego "no" y luego "sí"». Y describía el «asesinato, la violación y el maltrato conyugal» de las mujeres a manos de los hombres como «un minuto de poder superficial para compensar los años de impotencia subyacente. Son manifestaciones de desesperanza cometidas por los impotentes».

En las entrevistas, Farrell establecía una comparación directa entre el desempleo de los hombres y la violación de las mujeres al sugerir que ambas provocaban humillación y una disminución del «autoconcepto», porque «cuando a un hombre se lo aboca al desempleo, se lo humilla […]. Experimenta una violación, una imposición».[28]

A medida que sus ideas se convertían en los principios fundamentales del naciente movimiento por los derechos de los hombres, una cosecha de nuevas organizaciones hizo suyo el grito de guerra de Farrell y dirigió su furia y energía no contra el patriarcado y su perjudicial versión prescriptiva de la hombría, sino contra las mujeres y el feminismo. El libro de Farrell criticaba duramente la Ley de Violencia contra la Mujer estadounidense (que incrementaba de manera considerable la financiación y la reparación jurídica de los delitos violentos

contra las mujeres): la tachaba de inconstitucional y decía que marginaba a los hombres y los colocaba en una posición de desventaja. Posteriormente, los grupos de activistas por los derechos de los hombres pasaron a hacer campaña para suavizar la ley: reivindicaron que se centrara en las víctimas de denuncias falsas y fuera neutral en cuanto al género.

A medida que las ideas del movimiento por los derechos de los hombres se extendían por Internet, una nueva red de páginas web, grupos y representantes le dieron nueva vida, lo que permitió que llegara a una enorme oleada de nuevos adeptos. Los ejemplos iniciales del discurso de los activistas por los derechos de los hombres en Internet se concentraron en los primeros grupos de noticias de Usenet. Un estudio del uso del lenguaje de la machoesfera encontró pruebas de que el tema de la «misandria» se debatía a menudo en esos tablones de mensajes, ya que los activistas por los derechos de los hombres llevaron a cabo intentos virtuales de «desacreditar el feminismo […], hacer generalizaciones sobre las feministas» y «crear una equivalencia entre la discriminación contra los hombres y la discriminación contra las mujeres, equiparando la validez de ambas». Los autores del estudio señalaron que tanto la base de usuarios original de Usenet como la composición del movimiento por los derechos de los hombres contemporáneo estaba integrada principalmente por hombres «blancos, cultos y duchos en tecnología».[29]

Tanto el uso del término «misandria» como la presencia virtual de los activistas por los derechos de los hombres explotarían a finales de la década de 1990 y principios de la de 2000, cuando surgieron páginas web dedicadas específicamente a la causa. Aunque hoy en día existen cientos de páginas web similares, quizá la más conocida e influyente sea A Voice for Men (AVFM), fundada en 2009 por Paul Elam, un camionero que afirmaba haberse quedado muy afectado por la lectura de *The Myth of Male Power* y que terminó haciéndose amigo de Farrell y convirtiéndose en su protegido. El contenido de la página y la producción personal de Elam son un ejemplo estupendo del movimiento por los derechos de los hombres en general, pues combina la misoginia y una retórica de violencia contra las mujeres y el feminismo con la cobertura de asuntos que afectan genuinamente a los hombres, junto con declaraciones incendiarias y engañosas.

Elam ha hecho la declaración (falsa) siguiente: «Las mujeres están volviéndose cada vez más violentas. Están igualando a los hombres en cuanto a la violencia de género y causando la mayor parte de las lesiones y muertes de niños en el hogar». Es famoso por sugerir que octubre, que es el mes de la concienciación sobre la violencia de género, debería rebautizarse como «el mes

de reventar a zorras violentas» y aconsejaba a los hombres que «molieran a palos» a las mujeres que supuestamente ejercen maltrato físico… «y luego les hicieran limpiarlo todo». Más tarde afirmó que aquello iba en tono de sátira. Sin embargo, aunque el intento original de instaurar «el mes de reventar a zorras violentas» se produjo en 2010, en los años siguientes Elam ha insistido repetidamente en su sugerencia.

El canal de YouTube de Elam, An Ear for Men, le sirve también de plataforma para publicar periódicamente vlogs y grabaciones de audio para más de cien mil suscriptores: muchas de sus conferencias individuales tienen más de medio millón de visualizaciones. En una grabación de 2017, resumía la filosofía del movimiento por los derechos de los hombres de la manera siguiente:

> El único empoderamiento real que conocerán jamás las mujeres es el coño. Si dejamos a un lado todos los castillos en el aire de la ideología feminista, lo que nos queda es el hecho de que son los hombres —y solo ellos, prácticamente— los que obtienen poder del éxito, los que inventan la tecnología, erigen naciones, curan enfermedades, crean imperios y, en general, hacen avanzar la civilización.

En 2010, en una entrada de AVFM sobre la violación, Elam escribió que las mujeres que «se visten y se comportan de manera provocativa» están «pidiendo a gritos» que las violen y añadió que muchas mujeres son «tan imbéciles (y muchas veces tan arrogantes)» que van por ahí con un letrero de neón en la cabeza, «hueca» y «narcisista», que dice figuradamente «POR FAVOR, VIÓLAME».

En otro blog, se jactaba de lo siguiente: «Si me tocara ser jurado en un juicio por violación, juro públicamente votar no culpable, aunque haya pruebas abrumadoras de que los cargos son ciertos». (Una nota editorial de AVFM, donde el texto sigue publicado, afirma que ese mensaje era «deliberadamente incendiario» y pretendía obligar al lector a «enfrentarse a realidades despiadadas»).

Elam tacha a las mujeres de calculadoras, una descripción que recuerda a la de los *incels*, y su obsesión con las falsas acusaciones de violación lo acerca a los MGTOW, pero su postura activista y sus decididos intentos de atacar a las feministas y mermar las protecciones para las mujeres y las supervivientes en el mundo real lo sitúan firmemente en el ala de los activistas por los derechos de los hombres.

Aún hoy en día se aprecia con claridad la profunda brecha entre ambos extremos del movimiento de los hombres. Gracias a las payasadas del

movimiento que acaparan los titulares, una retórica profundamente misógina y a menudo violenta —como la que propugna AVFM— eclipsa por completo el trabajo que desarrollan las auténticas organizaciones de hombres que abordan de verdad los problemas por los que el movimiento por los derechos de los hombres finge preocuparse.

Hay hombres haciendo un trabajo estupendo a favor de los propios hombres, algunos todavía en nombre del movimiento de liberación masculina. En los Estados Unidos, la National Organization for Men Against Sexism sigue organizando conferencias anuales sobre hombres y masculinidades y dirige grupos de trabajo nacionales sobre temas como la paternidad, la custodia de menores, la eliminación del racismo y la salud mental de los hombres. En el Reino Unido, la Good Lad Initiative lleva a colegios y universidades unos innovadores talleres en los que los hombres hacen hablar a los jóvenes sobre los roles de género, exploran el impacto que tienen esos estereotipos en ellos y en su salud mental y les enseñan habilidades y estrategias para ayudarlos a formar parte de una cultura más igualitaria. Sin embargo, esos importantes empeños corren el riesgo de verse desprestigiados o enterrados por los daños imprudentes y violentos que infligen los activistas por los derechos de los hombres en la imagen pública del movimiento de hombres.

Esos daños no son únicamente colaterales. En 2014, Elam y AVFM pusieron en su punto de mira a la Campaña del Lazo Blanco, una organización dirigida por hombres que lucha contra la violencia de género y busca hacer partícipes a los hombres y adolescentes en la lucha contra la violencia machista. Elam creó una página web falsa con el dominio whiteribbon.org que duplicaba el sitio original de la Campaña del Lazo Blanco casi a la perfección, pero sustituía su contenido por propaganda antifeminista y «hechos» falsos o distorsionados. La falsa web pedía donaciones virtuales para la causa, que, a simple vista, los visitantes podían haber confundido fácilmente como donaciones para el auténtico movimiento de la Campaña del Lazo Blanco, muy respetado. Sin embargo, los fondos fueron a parar directamente a AVFM.[30]

Aunque tal vez algunos de esos ejemplos suenen radicales, AVFM dista mucho de ser una organización periférica o marginal. Al contrario: es uno de los mayores puntos de encuentro del movimiento por los derechos de los hombres y se cita a menudo como el sitio web de mayor tamaño e influencia dentro de la comunidad. Su foro, que incluye subforos regionales en África, Europa, Sudamérica e India, tiene más de 13.000 miembros y 250.000 mensajes, aunque la cifra de personas que lo leen y lo siguen seguramente sea mucho más alta.

De hecho, AVFM no es ni de lejos la comunidad de activistas por los derechos

de los hombres más violenta ni misógina. El movimiento general, cuyos contenidos están pulidos y redactados con esmero para que suenen de lo más razonables, engloba ideologías tan violentas como la de los *incels*. Por ejemplo, el tristemente célebre bloguero «Bardamu» (pseudónimo de Matt Forney) dirigía un influyente blog que combinaba elementos del arte de la seducción y el movimiento por los derechos de los hombres. Forney ha asegurado que el sitio recibía cincuenta mil visitantes únicos al mes.[31] La web está ya en desuso, aunque Forney sigue siendo un miembro activo y prolífico de la machoesfera.

Bardamu hablaba de la violencia de género como de una «necesidad» y aseguraba que darle una bofetada a la que por entonces era su novia condujo al «polvo de reconciliación más intenso que he echado jamás». La web de Forney culpabilizaba a las víctimas de violencia de género del maltrato que habían sufrido y afirmaba que «les atraen los hombres que las maltratan porque, a nivel inconsciente, eso es lo que te excita, lo que te pone». Por si acaso, en un claro e irrisorio intento de adelantarse a las acusaciones de incitación a la violencia, ofrece esta breve conclusión: «NO pegues a una mujer a menos que quieras acabar en el trullo. Pero el principio sigue siendo válido: los hombres deberían inspirar terror a sus mujeres, es lo único que les hace comportarse mejor que los chimpancés».

No es ninguna tontería que argumentos como ese sean tan fáciles de encontrar y se difundan con tanto entusiasmo en Internet en un país como el Reino Unido, donde una de cada cuatro mujeres sufre violencia de género, o en un mundo en el que una de cada tres mujeres será víctima de violación o maltrato a lo largo de su vida. Nos encantaría creer que esas ideas tan radicales no dan el salto de la pantalla del ordenador al mundo real, pero sí que lo dan.

Esos ejemplos forman parte de una red extensa e interconectada de grupos de redes sociales, foros y organizaciones que cientos de miles de hombres en todo el mundo visitan, a los que se suscriben y en los que participan. Por ejemplo, el principal grupo de activistas por los derechos de los hombres de Reddit, r/MensRights, tiene ahora casi 250.000 miembros, que suelen mostrarse muy activos y motivados, así como varios cientos —y a veces incluso miles— de comentarios y publicaciones nuevos diariamente. La página se compone principalmente de hombres que destacan las noticias sobre falsas acusaciones de violación y expresan su indignación por las misiones espaciales en las que participan astronautas mujeres (un despilfarro del dinero de los contribuyentes) o historias similares. El movimiento también se dedica al tipo de acoso selectivo que se asocia de forma más general con la machoesfera y, en particular, con los hombres que se describen como *trolls*. Cuando la autora feminista Jaclyn

Friedman criticó la web AVFM, Elam publicó una entrada de blog sobre ella en la que decía: «Como feminista, me pareces un asqueroso y nauseabundo pedazo de basura humana. Me pareces tan perniciosa y repugnante que es pensar en empotrarte y se me pone dura». Otras personas que han criticado el movimiento por los derechos de los hombres han sido víctimas de una técnica de acoso masivo llamada doxeo, que consiste en que tus datos de contacto personales se divulguen y se publiquen en Internet junto con incitaciones a que se te bombardee a insultos y amenazas. Para cierta mujer eso supuso recibir cientos de mensajes violentos de hombres que deseaban que «disfrutes cuando te desfloren el ano». Para otras personas ha supuesto que publicaran detalles sobre el colegio de sus hijos, con el consiguiente riesgo de que los acosaran, o campañas para enviar desinformación a sus lugares de trabajo con el fin de que las despidieran. Un conocido activista por los derechos de los hombres lleva años hostigándome de manera tan intensa y obsesiva que, como escribió una vez una periodista de *The Guardian*, su comportamiento «podría calificarse de acoso perfectamente». Su página web tiene ahora mismo 164 artículos distintos sobre mí, con títulos como «Que alguien le cambie el pañal a Laura Bates», en los que me llama «patética de mierda» e «imbécil». Escribe una y otra vez sobre mi pareja y mi vida personal y dice que «se roería ambos pies sin anestesia» con tal de escapar del «espantoso destino» de casarse conmigo (lo que hace que resulte bastante extraño que le dedique voluntariamente tanto tiempo y energía a estar al día de mis parejas románticas).

El movimiento por los derechos de los hombres también se esfuerza bastante por intentar rehabilitar su imagen de misoginia radical y violenta aprovechándose al máximo, con fines propagandísticos, de un pequeño pero ruidosísimo grupo de mujeres que se enorgullece de su rechazo a las ideas feministas. El grupo más numeroso, autodenominado «Honey Badgers» (Tejones Meleros), es aclamadísimo en Internet por los activistas por los derechos de los hombres; algunas de sus integrantes publican vídeos en YouTube que reciben millones de visitas (como los de la canadiense Karen Straughan) y otras, como Janet Bloomfield, escriben en unos blogs de enorme popularidad en los que desprecian a las mujeres víctimas de violencia sexual y arremeten contra las madres solteras.

En un ejemplo, Bloomfield (que ha afirmado que su blog recibe en torno a un millón de visitas anuales) se refirió a las mujeres menores de edad víctimas de abusos sexuales por parte de la estrella televisiva Jimmy Savile como «grupis» que «querían todos los beneficios de salir con una gran estrella» y «entendían que eso tenía un precio y lo pagaron». Concluyó: «¿Y ahora aseguran que los

HOMBRES abusaron de ELLAS? A mí me parece que fue más bien al revés». Cuando salió a la luz el caso de la violación en el Steubenville High School, en el que dos jóvenes fueron condenados por violar a una menor, Bloomfield escribió que era «una tragedia para los chicos» y describió a la joven como «una puta estúpida, borracha y cazafutbolistas» que no había sido víctima de violación alguna. Y, en una conversación de Ask Me Anything con fans mayoritariamente masculinos en el subreddit r/TheRedPill, Straughan dijo: «Un violador es un hombre destrozado (normalmente, por las mujeres) o uno que, aunque tiene muchas pero que muchas ganas de mantener relaciones sexuales, no consigue convencer a ninguna mujer de que se acueste con él voluntariamente».[32]

Es fácil entender por qué esas opiniones suelen tener más éxito y concitar menos oprobio social cuando son mujeres quienes las expresan. En efecto, el movimiento por los derechos de los hombres es sumamente consciente de lo mucho que beneficia a su imagen utilizar a esa pequeñísima minoría de sus miembros de la manera más visible posible para dar la impresión de que sus opiniones son razonables en vez de profundamente misóginas. ¿Cómo van a ser misóginas si también las mujeres están de acuerdo con ellas? Ya lo dijo Dean Esmay, exeditor jefe de AVFM: «La gente quiere creer que somos un grupo de fracasados tristes y patéticos incapaces de echar un polvo y que estamos amargados porque nos ha dejado la mujer. La presencia de mujeres en el movimiento genera disonancia cognitiva».[33]

Como otras comunidades de la machoesfera, los activistas por los derechos de los hombres respaldan muchos de sus argumentos basándose en fundamentos biológicos cuestionables y aplicados de manera irregular. Pero eso puede abocar a una lógica sumamente enrevesada o autodestructiva. Por ejemplo, para defender los roles de género tradicionales en la sociedad, a menudo se cita, sin humor, que descendemos de cavernícolas cazadores-recolectores. Muchos activistas por los derechos de los hombres creen que las mujeres deberían dejar de reclamar ruidosamente puestos profesionales (sobre todo, en áreas tradicionalmente dominadas por los hombres, como las carreras de CTIM —Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas—, para las que al parecer nuestros cerebros no son muy aptos) y aceptar el imperativo biológico de quedarnos en casa, cuidar del marido y criar a los hijos. Esas ideas se reflejan en el castigo a las mujeres (y, en particular, a las mujeres trabajadoras) por el declive de los valores familiares y morales. O en la nostalgia con la que se recuerdan los días en que el hombre era fuerte y llevaba el dinero a casa, mientras que la mujer se encargaba de brindar cuidados y apoyo.

Pero eso encierra una profunda ironía dado el enfoque paralelo del

movimiento sobre los derechos de los padres y los litigios sobre custodia, que declara airadamente que los tribunales de familia discriminan de manera sistemática a los padres, a quienes se les deniega un acceso equitativo a sus hijos y la posibilidad de ser sus responsables únicos.

Sinceramente, parecen no reconocer que ese fenómeno —pues, ciertamente, es más común que las mujeres obtengan la custodia de los hijos, aunque las razones que lo explican son mucho más complejas de lo que sugieren los activistas por los derechos de los hombres— guarda precisamente una relación directa con los prejuicios y los estereotipos de género obsoletos que propagan los activistas por los derechos de los hombres. Es decir, que la insistencia de la sociedad en que el papel «natural» de la mujer está en la casa —que está biológicamente predispuesta a criar a los niños y no es apta para el mundo del trabajo— es precisamente lo que ha llevado a la distribución desigual del cuidado y la custodia de los hijos. Pero los activistas por los derechos de los hombres no extienden su indignación al impacto negativo de esa distribución desigual en la vida y la carrera de las mujeres: la discriminación por razón de maternidad que las expulsa del entorno laboral al ritmo estimado de 54.000 mujeres al año o la «penalización por maternidad» que arruina sus carreras y merma sus salarios, mientras que los padres que trabajan reciben el correspondiente empujón financiero. Tal vez lo más irónico de todo sea que el grupo de personas que lucha firmemente contra esos estereotipos, por conseguir una mejor baja parental compartida y dividir las responsabilidades relacionadas con los cuidados, es el mismo grupo contra el que luchan incansablemente los activistas por los derechos de los hombres: las feministas.

«Las mujeres son por naturaleza más cariñosas. En general tienen también mejor mano con los niños, las personas mayores y los enfermos», declara la página web de la Men's Rights Agency. En otra página, afirma lo siguiente: «El Gobierno propone reducir las disposiciones sobre paternidad compartida como si los padres no fueran importantes en la vida de sus hijos, aunque sabemos que los niños criados en hogares matriarcales monoparentales corren un riesgo mayor de sufrir daños». El peor enemigo del movimiento es el propio movimiento.

Además de basarse en ideas científicas obsoletas y nociones contradictorias de pseudopsicología («Una mujer tiene que ser más estable a nivel emocional que el 85 por ciento de las mujeres para ser igual de estable a nivel emocional que el hombre medio», aseveró Straughan con rotundidad en su Ask Me Anything), los activistas por los derechos de los hombres tienden a elegir por conveniencia, citar de manera incorrecta o inventarse deliberadamente pruebas estadísticas para respaldar su causa.

En el contexto de un debate sobre las tácticas de elección por conveniencia de los activistas por los derechos de los hombres es significativo el caso de Lorena Bobbit. En 1993, Lorena Bobbit, que llevaba años siendo víctima de maltrato físico, sexual y psicológico por parte de su marido, John, le cercenó el pene con un cuchillo después de que, según dijo, el hombre llegara a casa una noche y la violara. A pesar de que fue declarada inocente en el juicio (por enajenación mental transitoria tras años de violación, abuso y terror y porque tanto los abogados de la acusación como los de la defensa estuvieron de acuerdo en que Bobbit había demostrado haber sufrido abusos), los activistas por los derechos de los hombres se aprovecharon del caso y hoy en día siguen utilizándolo como prueba de la violencia vengativa de las mujeres. Es algo típico del movimiento, que destaca casos individuales, emotivos y a menudo muy inusuales y los distorsiona para intentar insinuar que existe un patrón mucho más amplio o un problema neutral de género, cuando hay abrumadoras pruebas estadísticas de lo contrario.

La estrategia de intentar crear una falsa equivalencia en cuestiones que guardan una profunda relación con el género no solo es deliberadamente manipuladora, sino que también perjudica la causa de los hombres que merecen ayuda, apoyo y compasión y que son las verdaderas víctimas. Si los activistas por los derechos de los hombres se centraran genuinamente en las necesidades y el sufrimiento de los hombres maltratados, sus esfuerzos podrían dirigirse con más éxito a la defensa y recaudación de fondos para refugios especializados o a la concienciación sobre el estigma que rodea a los hombres que denuncian maltrato en lugar de atacar los refugios de mujeres, insultar a las activistas contra la violencia sexual hacia las mujeres e intentar distorsionar las estadísticas de manera deliberada para sugerir que las mujeres son mucho más violentas que los hombres. Sobre el apremiante tema tabú de los hombres que son víctima de violencia sexual por parte de otros hombres guardan un silencio atronador.

En otros casos, los grupos van un paso más allá y simplemente se inventan por completo las estadísticas, como en el caso de la conocida campaña #21fathers, citada con frecuencia y creada por la Australian Brotherhood of Fathers (ABF, por sus siglas en inglés). La campaña, citada a menudo por políticos y periodistas en los principales medios de comunicación, destaca la afirmación de que «veintiún padres australianos se quitan la vida cada semana por las dificultades para ver a sus hijos». Posteriormente, dicha estadística ha sido recogida y repetida hasta la saciedad, a pesar de no tener ningún fundamento probado. La web sobre la campaña en la página de la ABF tiene el subtítulo siguiente: «¡Las estadísticas son muy impactantes!», pero a continuación admite

abiertamente que la cifra «surgió en un principio como una prueba anecdótica […] junto con una serie de otras fuentes». Numerosas comprobaciones de datos por parte de los medios de comunicación y organizaciones especializadas han demostrado que no hay ninguna fuente fiable que respalde la estadística, pero la ABF y el movimiento por los derechos de los hombres en general siguen utilizándola de manera constante y con ánimo emotivo para afirmar que en los tribunales de familia existe un sesgo sistémico y que ese sesgo está destrozándoles la vida a los hombres.

El anterior no es un ejemplo aislado ni seleccionado por conveniencia. Los argumentos fundacionales del movimiento se basan de manera abrumadora en creencias falibles o directamente falsas.

En una investigación estadounidense sobre esa cuestión, el sitio web feminista de comprobación de datos Skepchick analizó en profundidad datos nacionales y metadatos y reveló que más de la mitad de las veces los padres no solicitan ningún tipo de custodia y que solo alrededor del 5 por ciento de todos los casos de custodia se impugnan hasta el punto de acabar decidiéndose en los tribunales. Incluso en esos casos, una investigación de 2013 reveló que «el género del progenitor no es significativo»: los factores más importantes para ganar la custodia son la estabilidad mental, los antecedentes penales y los recursos económicos». Finalmente, el análisis de Skepchick reveló que «cuando [los hombres] luchan por la custodia hasta el punto de llegar a los tribunales tienen muchas probabilidades de conseguirla, sobre todo si la madre ha intentado mantener al padre separado de sus hijos».

En el Reino Unido, los abogados de derecho de familia han explicado que la ley no incluye ningún sesgo hacia las madres y que el interés superior del menor es el único fundamento para las decisiones sobre custodia. Un exhaustivo estudio de la Universidad de Warwick llegó a la conclusión siguiente: «No hay ninguna prueba de que los tribunales de familia de Inglaterra y Gales estén discriminando a los padres a causa de un sesgo de género […]. De hecho, las peticiones de contacto de los padres tuvieron un “éxito arrollador”». Y, pese a que una próspera parte de la comunidad de los activistas por los derechos de los hombres se dedica casi exclusivamente a asegurar que las mujeres interponen con frecuencia falsas denuncias de violencia de género para ganar la custodia de los hijos, los datos sugieren lo contrario. La realidad, según uno de los estudios más rigurosos sobre las falsas denuncias de violencia de género que jamás se hayan elaborado, es que, en las raras ocasiones en que se interponen esas denuncias, quienes suelen hacerlo son los padres que no tienen la custodia (la mayoría de los cuales son hombres), un 43 por ciento del total, seguido de vecinos y familiares en un 19

por ciento. Quienes tienen la custodia (las madres, en su gran mayoría) son las menos tendentes a interponer falsas denuncias, un 14 por ciento.[34] Por supuesto, esas refutaciones de los arraigados prejuicios en contra de los padres en el sistema judicial no invalidan la veracidad de los muchos casos de hombres que han experimentado injusticias reales o percibido que las experimentaban en casos específicos, muchos de los cuales se detallan con todo lujo de detalles en las webs de los activistas por los derechos de los hombres. Pero, aunque existan, esos casos distan mucho de ser el resultado de una conspiración andrófoba de las feministas dentro del sistema —como dirían los activistas por los derechos de los hombres —; lo más probable es que ocurra todo lo contrario. Los hombres son víctimas de los mismos estereotipos que los activistas por los derechos de los hombres contribuyen a sustentar.

Los activistas por los derechos de los hombres se empeñan una y otra vez en culpar de los males que sufren los hombres a aquellas mujeres que suelen estar más interesadas en luchar para solucionarlos, sin importarles demasiado el daño que puedan causar en el proceso a los hombres a quienes dicen apoyar.

Por ejemplo, sabemos que el suicidio y los problemas de salud mental son una preocupación importante entre los hombres y las estadísticas indican que las personas divorciadas y separadas —y, en particular, los hombres de ese grupo— tienen un mayor riesgo de suicidio. Los investigadores que han estudiado ese fenómeno han sugerido que el «resentimiento (hacia la pareja y "el sistema"), la amargura, la ansiedad y la depresión» podrían aumentar potencialmente el riesgo de suicidio. Así que la campaña #21fathers, por ejemplo, representa una flagrante e irresponsable distorsión de los hechos en nombre de un problema genuino y grave. Como señaló la escritora Rebecca Watson, si a los investigadores les preocupa que la amargura contra «el sistema» pueda ser un factor que contribuya al riesgo de suicidio entre los hombres separados, avivar una teoría de la conspiración antifeminista que intenta vehementemente convencer a los hombres de que «el sistema» está sesgado y completamente en su contra es, en el mejor de los casos, de poca ayuda y, en el peor, potencialmente demoledor. Por supuesto, si un hombre hace una búsqueda en Internet porque necesita apoyo urgente para un problema de custodia de los hijos, una crisis de salud mental o una experiencia de violencia sexual y aterriza en una de las numerosas páginas web de la machoesfera con probabilidades de aparecer en los primeros puestos de los *rankings* de búsquedas, corre el riesgo de llevarse la impresión de que no se le ofrece ningún apoyo, cuando, en realidad, hay multitud de grupos y teléfonos de asistencia a los que podría tener acceso. No se trata de negar la afirmación del movimiento por los derechos de los hombres de que tales servicios (al igual que

los destinados a las mujeres y a las adolescentes) suelen estar mal financiados y ser insuficientes, pero caer en la exageración de decir que no existen, hasta el punto de impedir que los hombres accedan a servicios que sí existen, no es la acción de un grupo realmente comprometido con el apoyo a los hombres necesitados.

A pesar de todas esas pruebas en sentido contrario, los esfuerzos del movimiento por los derechos de los hombres de describirse como una fuerza de campaña legítima y moralmente recta le permiten canalizar algunas de las ideas más radicales de la machoesfera y dar una apariencia de respetabilidad y rectitud a gran parte de la misma ideología que abunda en los sitios web de los *incels* o de los artistas de la seducción. De esa forma, si consideramos las distintas comunidades como parte de un espectro, el movimiento por los derechos de los hombres es una puerta crucial por la que argumentos y creencias originados en los espacios radicales pueden acceder a la esfera pública con cierta respetabilidad, apoyados por el aparente andamiaje de quejas y preocupaciones legítimas. «El movimiento por los derechos de los hombres vive en una burbuja pseudoacadémica y de apariencia respetable», afirma el Southern Poverty Law Center, que lo clasifica como parte del movimiento supremacista masculino que «tacha a todas las mujeres de genéticamente inferiores, manipuladoras y estúpidas, reduciéndolas a sus funciones reproductivas o sexuales». Sin embargo, los principales medios de comunicación siguen tendiendo a dar a los activistas por los derechos de los hombres oportunidades para «debatir» con las portavoces de los derechos de las mujeres o reivindicar su causa en las plataformas de publicidad nacionales.

Veamos, por ejemplo, un artículo de la BBC en el que se dedica mucho espacio a las ideas y declaraciones de Elam, con relativamente poca refutación ni análisis, salvo por una breve mención a que «las mujeres siguen afrontando una variedad de problemas graves». «Son los hombres quienes sufren la mayor parte de la discriminación —opina Elam en el texto—. La cuestión es que los hombres están sufriendo». El artículo, publicado el Día Internacional de la Mujer de 2017, fue un solidario impulso publicitario para *The Red Pill*, un documental de la cineasta Cassie Jaye que pretende dar cuenta de su investigación imparcial del movimiento por los derechos de los hombres. En el artículo, el periodista de la BBC describe algunos de los contenidos virtuales de los activistas por los derechos de los hombres como «deplorables» y da ejemplos como «el mes de reventar a zorras violentas», pero inmediatamente después se refiere a la «epifanía» de Jaye, que confiesa que «se ofendía con demasiada facilidad» y sugiere que «algunas feministas usan un lenguaje igual de ofensivo». El efecto de artículos como ese es

crear una falsa equivalencia entre la comunidad de los activistas por los derechos de los hombres, caracterizada por una virulenta misoginia, y el movimiento feminista, al sugerir que los desacuerdos entre ambas partes son una cuestión de debate equilibrado. Más tarde, el autor afirma que puede que haya «algunas similitudes entre los activistas por los derechos de los hombres y las feministas» y recoge, sin ningún sentido crítico, la declaración de Jaye de que «esos movimientos tienen un montón de reflejos opuestos». El artículo termina con un anuncio del documental.[35]

Pero lo que el artículo omite por completo es que la película la financiaron casi por completo los activistas por los derechos de los hombres después de que una campaña de Kickstarter iniciada por Jaye concitara muchísimo apoyo de Elam, AVFM y el provocador antifeminista Milo Yiannopoulos, de la derecha alternativa, que se jactó en Breitbart, un medio de comunicación antifeminista de la derecha alternativa, de que miles de activistas por los derechos de los hombres habían apoyado la película en cuestión de horas después de que se difundiera «miles de veces en las redes sociales» la noticia de que Jaye tenía problemas de financiación. Os destripo el argumento: Jaye se toma la píldora roja, ve la luz y condena sus malvadas prácticas feministas.

Que un importante texto de propaganda de los activistas por los derechos de los hombres, financiado por grupos de odio, pudiera recibir tal empujón por parte de la BBC es un buen ejemplo de que el movimiento por los derechos de los hombres sabe retratarse muy bien como una causa razonable y válida y recibir la consiguiente difusión de los medios tradicionales, que lo legitiman aún más.

En *Weekend Sunrise*, un popular programa matinal de televisión australiano, invitaron a Elam a expresar sus opiniones bajo el titular siguiente: «Es la hora del movimiento de los hombres. ¿Tienen ellos menos opciones vitales que las mujeres?». El programa destacaba el auge de la mujer como sostén de la familia y declaraba compasivamente que la cuestión de «cuál es el papel de los hombres es más relevante que nunca». En la emisión, Elam afirmó que las mujeres tienen libertad para decidir si trabajan a jornada completa, a jornada parcial o se dedican en exclusiva a ser madres y amas de casa, mientras que a los hombres no les queda más remedio que trabajar a jornada completa. Cuando le preguntaron por las cifras cada vez más altas de padres que se dedican al cuidado de los hijos, respondió que a las madres que no trabajan se las describe de forma positiva e hizo la rocambolesca afirmación de que la única palabra para los padres que se quedan en casa es «gigoló». «Vaya —respondió la presentadora—, tienes mucha razón en lo que dices». Cuando le preguntaron por las afirmaciones de AVFM, le dieron tiempo de emisión para desarrollar la idea recogida en su web de que hay

que «acabar con la histeria de las violaciones» y le permitieron afirmar públicamente que las estadísticas sobre violaciones citadas por académicos y políticos «son una patraña». Aunque el presentador varón sí cuestionó a Elam en algunos puntos, como su famosa afirmación de que si a él le tocara ser miembro de algún jurado absolvería a los violadores, eso le dio la oportunidad de divagar sobre «conductas procesales indebidas […], falta de juicios justos» y denuncias falsas, así como de aludir a una conspiración gubernamental y mencionar a hombres declarados culpables que él creía que eran inocentes. «Me ha encantado estar aquí», se despidió Elam al final de la sección, en la que no participó ningún otro invitado que pudiera refutar o rebatir sus afirmaciones.

Como otros elementos de la machoesfera, el movimiento por los derechos de los hombres ocupa unos espacios virtuales de un tamaño sorprendente, pero también en el mundo real goza de un espacio mayor que muchas otras comunidades virtuales misóginas gracias a la presencia de grupos de presión, partidos políticos y organizaciones de campaña, que celebran reuniones, protestas y conferencias y a que sus miembros se relacionan con los principales medios de comunicación y con las estructuras políticas de una forma más directa que otros grupos, como los *incels*.

También la actividad política facilita que el odio virtual se filtre a la vida cotidiana de la sociedad. Un excelente ejemplo de ello es Justice For Men and Boys (and the Women Who Love Them), un partido político británico que se registró en la Comisión Electoral en febrero de 2013. Por su propia naturaleza, la reencarnación de esta comunidad de activistas por los derechos de los hombres en un partido político oficial ha permitido que el grupo, que antes se autodenominaba Anti-Feminism League y ahora es conocido por el acrónimo J4MB, consiga una importantísima cobertura mediática. En medios como *The Telegraph*, *BuzzFeed* o *The Observer*, se han publicado artículos que recogían las declaraciones siguientes de Mike Buchanan, el líder del partido: «Se oye hablar mucho de la misoginia, que en realidad es muy excepcional, mientras que el odio a los hombres está a la orden del día […]. Para el Estado, los hombres son prácticamente infrahumanos y hará lo que sea con tal de destrozarles la vida». En su nueva posición como político, también a Buchanan se le ha dado rienda suelta para expresar sin ambages su opinión, sin que nadie se la discuta, sobre el «mito» del techo de cristal: «Las mujeres quieren hacer otras cosas con su vida […]. Tienen menos ambición y menos que ganar en caso de llegar a lo más alto de su profesión, así que es natural que no pongan el mismo empeño que los hombres». [36] Aunque buena parte de la cobertura fue crítica, el mero hecho de que esas declaraciones aparecieran en la prensa nacional en el contexto de un líder

político que se presentaba como candidato a las elecciones ayudó a dotar de una apariencia de legitimidad y aceptabilidad a la ideología de los activistas por los derechos de los hombres, al tiempo que abría la puerta a adeptos potencialmente susceptibles, que, debido a ello, podrían acceder a algunos de los espacios virtuales más radicales del movimiento. La repercusión puede ser sutil: por ejemplo, un artículo de cierto periódico describía a Buchanan como autor de tres libros, dándole así un aire de credibilidad académica, pero olvidaba mencionar que se los había autopublicado. Uno de ellos era un volumen antifeminista, en cuya cubierta aparecía la imagen de una vampira enseñando los dientes y con los ojos inyectados en sangre, que, cuando escribo estas líneas, figura en el puesto número 602.916 de la clasificación de Amazon.

El canal de YouTube del partido, utilizado para grabar las apariciones en radio y televisión de sus miembros, tiene muchísimos vídeos, entre los que se incluyen entrevistas con BBC Radio Kent, BBC Radio Scotland, LBC, Vanessa Feltz, talkRADIO, BBC Three Counties Radio, BBC Radio Nottingham, BBC Radio Leicester, BBC Radio Bristol, BBC Radio Ulster, *This Morning*, de ITV, *Sunday Morning Live*, de la BBC, Victoria Derbyshire, Sky News, *Daily Politics* (el buque insignia de la BBC) y programas de *Sunday Politics*, e incluso de la televisión turca, entre muchas otras.

Eso supone una enorme cantidad de exposición y tiempo de emisión en los medios de comunicación para un partido cuyos dos candidatos parlamentarios obtendrían conjuntamente un total de doscientos dieciséis votos en las elecciones generales de mayo de 2015. Un partido cuya página web sigue dando publicidad a artículos como «Trece razones por las que las mujeres mienten sobre haber sido violadas» o «Diez razones por las que abundan las denuncias de violación». Un partido cuyo manifiesto electoral abogaba por eliminar muchos de los elementos de la Ley de Igualdad de 2010 y sugería que las mujeres muestran la misma agresividad física que los hombres —o incluso más— en las relaciones íntimas. Muchas secciones del manifiesto se reproducían sin crítica alguna en artículos nacionales; un protagonismo que desde luego no se daba a otros grupos políticos de tamaño similar. Aquí se pone de manifiesto otra parte del problema: los activistas por los derechos de los hombres exprimen la sed de «polémica» de los medios de comunicación.

En 2018, cuando empecé a investigar para este libro y me convertí en una participante silenciosa casi constante en esas plataformas en las que los hombres fantasean con violar brutalmente a las mujeres, debaten sobre las formas más efectivas para engañarlas y obligarlas a mantener relaciones sexuales y despotrican amargamente contra el derecho de las mujeres a votar o a abortar,

me topé con un vídeo que anunciaba una inminente conferencia de los activistas por los derechos de los hombres: «Messages For Men 2018». Me llamó la atención el vídeo; sobre todo, porque entre las imágenes salía yo. A los organizadores les parecía que la mejor forma de promocionar esa conferencia sobre «transmitir mensajes positivos a los hombres» era usar un vídeo con imágenes de feministas conocidas; la mayoría de ellas, burdamente retocadas con Photoshop para ponerles ojos rojos o cuernos diabólicos. Lógico. Me pareció justo asistir, dadas las molestias que se habían tomado para hacerme sentir incluida, así que compré una entrada por Internet. El acto sonaba muy del rollo de Alex, así que adquirí la entrada a su nombre, por si el mío hacía sonar alguna alarma, y recibí de inmediato varios mensajes sobre la supersecreta ubicación de la conferencia, que solo podría revelarse después de la medianoche de la víspera de la conferencia, debido a la preocupación por los posibles trastornos que pudieran ocasionar las feministas airadas…

La mañana de la conferencia llegó el tan esperado correo con los detalles de la ubicación secreta. Yo me esperaba que fuera en alguna universidad o en algún espacio genérico de conferencias o sala de reuniones. Pero la dirección, que comprobé dos veces, correspondía a un *pub* de la cadena O'Neill en el barrio chino de Londres. El correo electrónico lo describía finamente como un «espacio de entretenimiento». Una rápida búsqueda en la web del *pub* reveló que no se dedican especialmente a organizar actos, pero ofrecen amablemente la posibilidad de reservar un espacio en el local para aquellas personas que deseen un lugar en el que tomar «copas después del trabajo». Eso ayudaba a hacerse una idea de la verdadera escala de un acto que en Internet se había descrito, de una forma bastante grandilocuente, como una importantísima conferencia en la que participarían académicos, activistas y escritores y se animaba a la gente a comprar rápidamente las entradas antes de que se agotaran. Aun así, me dirigí a Chinatown.

Al aproximarme al sitio vi una larga fila de personas impacientes que hacían cola con antelación. Una concurrencia impresionante. Pero, cuando me acerqué un poco más, me di cuenta de que la gente esperaba para entrar a una popular confitería china que vendía bollos y pastas. Más allá de la cola, la entrada a O'Neill's estaba tranquila y, ya en su interior, el *pub* operaba con normalidad. Abordé a varios empleados confusos, la mayoría de los cuales no parecían tener ni idea de que fuera a celebrarse ningún tipo de acto, hasta que uno de ellos desapareció para intentar averiguar dónde se celebraba la «conferencia». Al cabo de un rato reapareció y me indicó que subiera dos tramos de escaleras ligeramente pegajosas hasta llegar a una sala bastante lúgubre, de techo bajo y

con las paredes pintadas de gris oscuro, en la que se habían colocado algunas sillas mirando a un escenario improvisado. En una esquina había un árbol de Navidad ligeramente ladeado y decorado con adornos baratos de color rojo y plateado.

Cuando me sumé a la docena aproximada de hombres que aguardaban a que les dejaran entrar, empezó a acelerárseme el corazón. No pude evitar preguntarme qué coincidencias podría haber entre quienes me acompañaban en aquel momento y aquellos que me habían mandado gráficos correos electrónicos sobre erradicarme del mundo como un veneno goteante o esperarme a la entrada de casa para violarme hasta que suplicara clemencia. Me senté discretamente en la parte trasera de la sala, convencida de que en cualquier momento alguien me pondría enfadado la mano en el hombro o se oiría un grito de reconocimiento. Pero mantener la cabeza gacha y dejar que el pelo se me echase hacia delante y me tapase parte de la cara parecía funcionar. Tras esperar unos momentos a que se me estabilizara el ritmo cardiaco, levanté los ojos para mirar a mi alrededor. Una barra de bar ocupaba casi todo el largo de la sala y muchos de los hombres reunidos pedían bebidas y saludaban a sus conocidos.

Habría unos sesenta hombres paseándose por la sala. Conté un puñado de mujeres —la mayoría, más jóvenes que los hombres— y unos siete hombres racializados. No había ni una sola mujer racializada. El grupo demográfico más numeroso parecía consistir en hombres blancos de cincuenta y muchos o sesenta y pocos años, pero también había algunos hombres más jóvenes que parecían rondar los treinta. Uno de ellos se había traído a un niño de unos diez años. La mayoría de los hombres vestía bien y varios de ellos iban elegantemente ataviados con traje y corbata. Vi a un hombre con una camiseta negra que llevaba estampado el mensaje «MALE LIVES MATTER» (las vidas de los hombres importan). Otro llevaba el eslogan siguiente: «Así es un activista por la igualdad de género». Los apócrifos adolescentes llenos de granos que miran la pantalla del ordenador en calzoncillos y con los ojos entrecerrados en el sótano de su madre no estaban entre aquellos asistentes de aspecto respetable. Eran hombres que no te llamarían la atención al cruzártelos en la calle. Como los demás pobladores de la machoesfera, son hombres con los que todos nos cruzamos por la calle.

Uno de ellos se sentó a mi lado y se presentó cordialmente. Charlamos sobre la zona de Londres de la que él había venido, de lo tranquila que es los fines de semana, lo cual le permite relajarse tras el ajetreo de la semana. Me preguntó educadamente por mi barrio y esquivé un par de preguntas sobre qué me había llevado allí aquel día diciendo vagamente que deseaba saber más sobre el movimiento. Lo cual, en sentido estricto, era cierto. Él me contó que ya había

asistido a otros actos, como uno en Birmingham, y que le parecía práctico que «la mayoría de las reuniones de este tipo» en el Reino Unido tuvieran lugar, según parecía, en Londres. Intercambiamos algún otro comentario amable y después nos quedamos en silencio. Más tarde, ese hombre daría un discurso sobre emprender acciones legales contra Alison Saunders, exjefa de la Fiscalía británica, por el delito de defender a las víctimas de la violencia sexual durante su tiempo en el cargo.

Una mujer joven subió al escenario para dar la bienvenida a los asistentes a la conferencia. A continuación se produjo un incongruente desvío hacia la mitología clásica cuando la mujer dirigió nuestra atención hacia los folletos de la conferencia, en los que aparecía un hombre musculoso sin más ropa que un taparrabos haciendo fuego con herramientas metálicas, rodeado de otras figuras masculinas agachadas. Al parecer, la naturaleza homoerótica de aquellas imágenes no era deliberada. La mujer explicó que la imagen representaba el sacrificio de Prometeo al desafiar a los dioses para entregar el fuego al hombre; el fuego, explicó, simboliza muchísimas cualidades masculinas importantes. El comentario de que fue Pandora quien provocó todos los problemas del hombre fue recibido con risitas apreciativas. Así quedó debidamente satisfecho el requisito —al parecer, obligatorio— de hacer una vaga referencia clásica para dar sensación de autenticidad.

A continuación se nos hizo un recorrido relámpago por los principales acontecimientos del año según la percepción de un activista por los derechos de los hombres. Las audiencias de Kavanaugh (después de las cuales se confirmó a Brett Kavanaugh como juez del Tribunal Supremo, pese a las denuncias de agresión sexual) se describieron como la caída del movimiento #MeToo, para agradecimiento de la multitud. Pero la mayor ovación, con diferencia, la concitó el anuncio de que tanto Trump como su esposa, Melania, habían hecho declaraciones de apoyo a «los hombres y la justicia» tras la confirmación de Kavanaugh.

A mi parecer, aquel fue el momento más significativo. Los hombres que me rodeaban vitoreaban y aplaudían en señal de aprobación y se animaban los unos a los otros haciendo gestos de asentimiento con la cabeza. Fue la primera prueba tangible que vi de que las palabras y las acciones de Trump tenían una repercusión directa y evangelizadora en los movimientos que me encontraba estudiando: las afirmaciones de Trump se aprovechan y enarbolan como aprobación directa y aliento para la machoesfera y su ideología.

La conferencia era pequeña y los argumentos de los asistentes, endebles. Pero, al salir del *pub* y encontrarme en aquella bulliciosa calle del centro de

Londres, comprendí que estas comunidades son muy reales, mucho más de lo que podrían sugerir las pestañas de los foros virtuales rebosantes de odio que me llenan la pantalla del portátil y que una puede cerrar sin ningún esfuerzo.

Es fácil ridiculizar a esos grupos, pero la amplitud de sus adeptos, el punto de apoyo que han conseguido en los medios de comunicación y en el panorama político y la puerta que abren para que la ideología de otros grupos de la machoesfera se filtre a la narrativa dominante, engrasada con un viso de respetabilidad, sugieren que no es un movimiento del que debamos reírnos.

Los informes que menosprecian y se burlan del movimiento por los derechos de los hombres tienden a basarse en la idea de que se trata de una regresión moribunda y residual del sexismo de la década de 1970 que acabará desapareciendo gracias a los constantes avances del feminismo. Pero las pruebas no corroboran eso. Si acaso, confirman que el apoyo al movimiento por los derechos de los hombres parece estar creciendo, estimulado por la poderosa reacción negativa al movimiento #MeToo y a la aceptabilidad social engendrada por la franca afirmación pública de Trump (a raíz de las acusaciones de agresión sexual contra Kavanaugh y otros) de que «es una época aterradora para los hombres jóvenes en los Estados Unidos». La revista *Mother Jones* informa de que, en una conferencia de activistas por los derechos de los hombres de 2014, Elam abrazó en el escenario a Farrell y lo describió como a su mentor, tras lo cual un emocionado Farrell declaró que «por fin [veintiún años después]» su libro estaba obteniendo una respuesta positiva. En Australia, en 2018, una manifestación de los activistas por los derechos de los hombres congregó a entre quinientas y mil personas en Melbourne. Durante la manifestación, Adrian Johnson, cofundador del grupo de presión Men's Rights Sydney (que, sin asomo alguno de ironía, utiliza el acrónimo MRS, la abreviatura que se usa en inglés para dirigirse a las mujeres casadas), le dijo con orgullo a un periodista: «La gente lleva toda la vida manteniendo esas conversaciones en torno a los dispensadores de agua, pero ahora están saliendo a la luz».[37] No se trata de un movimiento en decadencia.

En una medida tal vez mucho mayor que cualquier otra comunidad de la machoesfera, los activistas por los derechos de los hombres han identificado una serie de problemas e injusticias muy reales, como la seguridad laboral de los trabajadores manuales, la deficiente prestación de servicios de salud mental o los derechos de los padres. Pero, a la hora de repartir culpas, han apuntado precisamente al blanco equivocado. No son las mujeres —ni tan siquiera las feministas— quienes han limitado, frustrado, mermado, herido o dañado a los hombres, sino la propia masculinidad o, más bien, la restrictiva, tóxica y contraproducente versión de nuestra sociedad de lo que significa actuar como un

hombre. Sin embargo, cada vez que alguien intenta avanzar en la lucha contra esa particular versión de la masculinidad, el movimiento por los derechos de los hombres se alza como una sola voz para condenar y desautorizar el intento.

En enero de 2019, por ejemplo, la American Psychological Association (APA, por sus siglas en inglés) dio el paso sin precedentes de reconocer públicamente que «la masculinidad tradicional es dañina en términos psicológicos y que resulta perjudicial socializar a los niños para que repriman sus emociones». Al destacar las directrices que había publicado el año anterior para los terapeutas que trabajan con hombres y adolescentes, la asociación parecía estar abordando justamente el tipo de cuestiones que los activistas por los derechos de los hombres deberían haber recibido con los brazos abiertos y señalaba que los hombres son «el grupo demográfico con mayor riesgo de ser víctimas de delitos violentos»: «Tienen 3,5 veces más probabilidades que las mujeres de suicidarse y su esperanza de vida es 4,9 años menor que la de las mujeres. Los chicos tienen muchas más probabilidades de que se les diagnostique un trastorno por déficit de atención con hiperactividad que las chicas y reciben castigos más duros en el colegio».

Pero, pese a las incontestables pruebas estadísticas aportadas por la APA y pese a que abordara directamente el tipo de problemas que se plantean a diario en la machoesfera, los activistas por los derechos de los hombres, así como los miembros de otras comunidades de la machoesfera, se indignaron y se desvivieron por desacreditar, deslegitimar y denigrar a la APA.

Un venerado psicólogo y escritor tildó las nuevas directrices de «reprobables, exasperantes y descorazonadoras» y afirmó que la APA estaba dominada por «tipos políticos» y «activistas políticos de extrema izquierda». AVFM lo describió como una «guerra contra la masculinidad» y llamó a la APA «combatientes armados en la guerra de las ideas».

¿Su objeción? Que las directrices reconocían a los hombres como beneficiarios de privilegios en la sociedad patriarcal y sugería que ciertas formas de masculinidad eran perjudiciales. Pero lo que parecían pasar completamente por alto es que ese perjuicio afecta a los hombres y a los chicos adolescentes, no solo a las mujeres y a las chicas jóvenes. La tasa de suicidio en hombres es uno de los motivos genuinos de grave preocupación que más citan los activistas por los derechos de los hombres. Sin embargo, cuando una organización importante con una enorme influencia potencial en el tratamiento de ese problema aporta investigaciones que sugieren que tal vez se podrían tratar algunas de las raíces del problema, se cabrean y las desprecian. La APA señala que a los hombres se los socializa para que sean estoicos, competitivos, dominantes y agresivos y que

se ha demostrado que son menos propensos a mostrar comportamientos saludables, como recibir atención sanitaria preventiva o cuidarse, una tendencia que se extiende a la búsqueda de ayuda psicológica. Sin embargo, incluso ante las sólidas pruebas de que «los hombres que aceptan las nociones tradicionales de masculinidad son más reacios a recurrir a los servicios de salud mental que los que tienen actitudes de género más flexibles», los activistas por los derechos de los hombres prefieren morir defendiendo esas mismas «nociones tradicionales de masculinidad» a reconocer que eso podría representar un enorme paso a la hora de combatir uno de los mayores problemas reales que sufren los hombres hoy en día. Son, en otras palabras, los más acérrimos defensores de los mismos problemas que afirman querer erradicar.

En 1981, el libro *The Myth of Masculinity*, del psicólogo Joseph Pleck, que podría describirse como una de las últimas grandes obras del movimiento de liberación masculina, incluía la frase siguiente: «Que la gente siga creyendo tan fervientemente en valores y normas que solo les conducen al fracaso es un fenómeno asombroso». Cuarenta años después, su observación continúa resumiendo a la perfección el movimiento por los derechos de los hombres y sigue siendo igual de trágica (y atinada).

---

[27] «Champions of the downtrodden male», *The Independent*, 28 de enero de 1994.

[28] *Ibid.*

[29] «Drinking male tears: language, the manosphere, and networked harassment», *Feminist Media Studies*, vol. 18, n.º 4 (2018).

[30] «Why Is an Anti-Feminist Website Impersonating a Domestic Violence Organization?», *Cosmopolitan*, 24 de octubre de 2014.

[31] «Interview With Matt Forney», *Amerika*, 3 de noviembre de 2017.

[32] «A Fond Salute to "Honey Badgers," the Ladies' Auxiliary of Online Anti-Feminism», *Slate*, 23 de septiembre de 2015.

[33] «The Men's Rights Movement and the Women Who Love It», *Mother Jones*, agosto de 2014.

[34] Nico Trocmé y Nicholas Balab, «False allegations of abuse and neglect when parents separate», *International Journal of Child Abuse & Neglect*, vol. 29, n.º 12 (2005).

[35] «How this feminist found herself sympathising with the men's rights movement», página web de la BBC, 8 de marzo de 2017.

[36] «An Anti-Feminist Party Is Standing In The General Election», *BuzzFeed*, 14 de enero de 2015.

[37] «"There's going to be civil war": Inside men's rights meeting», news.com.au, 31 de agosto de 2018.

05

Los hombres que acosan a las mujeres

«Ojalá te revienten o te salga un cáncer,
*p**a guarra odiahombres».*

Correo electrónico anónimo, recibido
el domingo 4 de agosto de 2019 a las 15:42

«Cállate la puta boca, zorra».
Ignóralo y ya está.

«Las mujeres deberían saber cuál es su sitio, las muy putas».
No montes un drama.

«El único motivo por el que te han puesto en este planeta es que podamos follarte. Haz el favor de morirte».
No te lo tomes tan en serio.

«SUICÍDATE».
Si no puedes soportarlo, apaga el ordenador.

«Laura Bates será violada mañana a las 21:00 […]. Lo digo en serio».
No es nada personal.

Es fácil decirle a la gente que no monte un drama cuando no eres la persona perjudicada. Todos esos mensajes me llegaron en el lapso aproximado de media hora. Una sola fracción de un solo día. Si multiplicas el número por 48 y luego por 365, empezarás a hacerte una idea de lo que se siente. Recibir esos mensajes

un día sí y otro también es como ahogarse a cámara lenta sin que nadie más vea el agua. Y, por mucho que intentes explicárselo a la gente, no lo entienden. *Troll*. Es una palabrita de nada. Hace que suene como un problemita insignificante. Un ridículo muñeco de la década de 1990, barrigudo y con el pelo de algún color chillón. O un patán torpe, tonto, verde y lleno de babas agazapado bajo un puente. Ninguna de las dos cosas se acerca remotamente a la verdad. Pero esos dos estereotipos son reveladores porque retratan a la perfección cómo suele percibir nuestra sociedad a los *trolls*. Se los ve como figuras divertidas, inofensivas y cómicas o como seres desagradables y malvados —pero, en última instancia, poco inteligentes— que viven en las profundidades, que rehúyen la luz del sol y son demasiado tontos como para hacer mucho daño, al margen de asustar a la gente de vez en cuando. La propia palabra «*troll*» —al igual que «machoesfera»— es el eufemismo completamente benévolo de una realidad mucho más oscura.

Los *trolls* se diferencian de otros grupos de la machoesfera en que puede resultar útil pensar en el término «trolear» más como una acción que como una identidad, como un verbo más que como un sustantivo. Así pues, un miembro de cualquier grupo de la machoesfera podría dedicarse a trolear sin perder su identidad de *incel* o activista por los derechos de los hombres. A veces, los miembros de las comunidades de la machoesfera utilizan tácticas de troleo entre sí; sobre todo, en foros muy jerárquicos donde los miembros más experimentados y respetados insultan y hostigan a los nuevos adeptos. En otras ocasiones, comunidades enteras de la machoesfera adoptan en masa tácticas de troleo para atacar o perturbar a un blanco específico, tal y como vemos cuando los miembros de la comunidad de AVFM dirigen su cólera contra alguna activista feminista. Pero también hay numerosos grupos virtuales que se ven a sí mismos únicamente como *trolls*, distintos de otras comunidades. Esos grupos no se limitan a la machoesfera. Ni siquiera a los hombres. Allí donde haya rayas que traspasar y límites de la decencia humana que poner a prueba, aparecerán los *trolls*. Pero, gracias a diversos estudios, sabemos que los hombres son más propensos que las mujeres a trolear o exhibir comportamientos intimidatorios en Internet.

Y, aunque cualquier persona puede ser víctima de los *trolls* —ya se trate de famosos, políticos o familias dolientes—, gran parte de sus actividades tienen un elemento misógino particularmente concentrado que circunscribe a la mayoría de quienes trolean directamente dentro de los límites de la machoesfera. Al observar de cerca a los *trolls* también se ve la verdadera profundidad y complejidad de las coincidencias entre la machoesfera y la derecha alternativa. No solo porque aparecen en ambas esferas, sino porque aquellos que iniciaron y pulieron las

técnicas del troleo en la machoesfera trasladaron sus nuevas habilidades y su notoriedad a la ultraderecha.

Según la terminología clásica de Internet, la palabra «trolear» surgió a finales de la década de 1980 o principios de la de 1990 y probablemente se acuñó en referencia a la práctica pesquera del curricán (o arrastre),[38] que consiste en arrastrar un anzuelo cebado para atrapar presas desavisadas. En su primera versión, el término hacía referencia a la práctica por la que los usuarios habituales y experimentados de un foro o grupo de Usenet hacían de manera deliberada una pregunta muy sencilla fingiendo ser extremadamente estúpidos o estar confundidos. Muchas veces, la consulta tenía que ver con un tema que ya se había comentado hasta la extenuación en el foro, de manera que tenía el efecto inmediato de hacer hablar a los recién llegados al grupo, que eran los únicos que respondían con sinceridad a la conversación y se convertían en objeto de burla.

El término se propagó con la expansión de Internet y empezó a incluir cualquier actividad que implicara provocar a otros usuarios de Internet para que respondieran de forma cada vez más emocional, airada o defensiva. Normalmente, eso se conseguía publicando mensajes incendiarios o sin relación con el tema en cuestión en un foro específico. Cuanto más franco y serio fuera el objetivo, mejor. Cuanto más apasionadas e indignadas fueran sus respuestas, más éxito tenía el *troll*.

Al evolucionar, esa forma concreta de troleo —desbaratar conversaciones virtuales con grandes dosis de información de mala calidad, irrelevante o irónica — ha pasado a conocerse más específicamente, en la jerga de Internet, como *shitposting* (literalmente, «publicar mierda»). El objetivo es engañar a quienes responden para que se tomen en serio a los *trolls* y arrastrarlos a una espiral de discusiones inútiles y emociones cada vez más exaltadas.

Algunos dirigirían esa acusación contra el conjunto de la machoesfera, pero las comunidades que la integran son mucho más egocéntricas que eso. Sí, claro que algunos de sus miembros lo hacen para conseguir atención, pero son muchos más los que están genuinamente volcados en su supuesta condición de víctimas y en su misoginia radical. La gente que intenta despertar indignación con provocaciones falsas no va por ahí matando a gente en la vida real. Los *incels* sí.

La práctica del troleo está lo suficientemente extendida y establecida como para adoptar distintas variantes en función del país y el idioma. Mi ejemplo favorito es la expresión portuguesa *pombos enxadristas* (que se traduce literalmente como «palomas ajedrecistas»), que hace referencia a un proverbio portugués que compara una discusión inútil con jugar al ajedrez con una paloma: «Hace caca en la mesa, derriba las piezas, se marcha volando y se declara

ganadora». La comparación es sumamente acertada: refleja la desigualdad de condiciones que se crea cuando una de las partes está dispuesta a entablar un debate auténtico de buena fe y la otra solamente está interesada en crear el mayor caos posible. Pero también apunta a otro aspecto del troleo que se volvió cada vez más relevante a medida que el término evolucionaba y adquiría un significado más siniestro: la importancia que tiene para los *trolls* de Internet cantar «victoria» y que los vean cantarla.

Aunque nuestra terminología actual emplea eufemismos y desprecia el trabajo de los *trolls* de Internet, el término «abusones virtuales» o «acosadores» podría ser más acertado, teniendo en cuenta cómo ha evolucionado y mutado el troleo. Incluso ahora, en los medios de comunicación y en el discurso público, el término «troleo» se utiliza para describir cualquier cosa, desde desacuerdos bastante suaves hasta el envío de amenazas de violación y muerte, pasando por la vandalización deliberada de páginas web creadas por los seres queridos de personas fallecidas para recordarlas.

Resulta significativo que, de todas las etiquetas e identidades de la machoesfera, «*troll*» sea el término que más ha calado en el discurso público. Aunque los *trolls* nunca se han limitado exclusivamente a la machoesfera, para muchos legos en la materia la palabra podría englobar a cualquiera de los grupos e individuos a los que se hace referencia en este libro. Nuestra sociedad ha reducido la amenaza que entraña el extremismo misógino en Internet a la percepción de un pequeño grupo de adolescentes inmaduros, molestos y a veces graciosos que están de guasa y hacen trucos tecnológicos. Lo más importante de esa caricatura es que consigue, por encima de todo, que ese movimiento se perciba como inofensivo o, por lo menos, no perjudicial de verdad.

La realidad es muy distinta: en parte, porque las tácticas de los *trolls* se han vuelto con el tiempo mucho más organizadas y sofisticadas de lo que sugiere la etiqueta; en parte, porque las consecuencias psicológicas del troleo son muy reales y se subestiman una barbaridad, y en parte por la forma en que el ciberacoso ha pasado a tener consecuencias letales en el mundo real.

Es imposible entender a los *trolls* en su manifestación más moderna, caracterizada por el acoso táctico, la participación masiva y una fuerte competitividad, sin comprender el Gamergate. Mediante esa campaña de acoso masivo se perfeccionaron y desarrollaron muchas de las tácticas y técnicas modernas, empleadas con gran precisión e impacto por una ingente cantidad de *trolls*.

En agosto de 2014, un programador llamado Eron Gjoni escribió una vengativa entrada de blog sobre su exnovia Zoë Quinn. Gjoni alegaba que Quinn,

una desarrolladora de videojuegos independiente, lo había engañado con Nathan Grayson, un crítico de videojuegos para la web Kotaku. La insinuación que captaron los lectores —sobre todo, hombres que pertenecían a la comunidad de los videojuegos *online*— era que Quinn había entablado la relación para que Grayson publicara reseñas favorables de su videojuego, *Depression Quest*, lanzado en 2013, que había obtenido respuestas positivas de los medios de videojuegos *online*, pero respuestas negativas de los jugadores, que opinaban que trataba demasiado sobre política y justicia social (el juego estaba basado principalmente en textos y animaba a los jugadores a explorar la experiencia de la depresión). El episodio no debería haber pasado de ser un insignificante incidente virtual protagonizado por una comunidad marginal. Kotaku investigó sin encontrar prueba alguna de irregularidad; de hecho, se reveló que Grayson ni siquiera había reseñado el juego. Pero algunas plataformas donde se congregaban los *trolls* (como 4chat, Reddit y páginas web similares) se hicieron eco de la historia. De repente, Quinn empezó a recibir un torrente de amenazas y se difundieron desnudos fotográficos suyos robados. Sus amigos y familiares fueron objeto de violentos insultos; a ella la acosaron y la animaron a suicidarse; le hackearon sus cuentas de Internet y, al final, después de que amenazaran con mutilarla, desfigurarla, violarla y asesinarla, se marchó de casa temiendo por su integridad física.

El fenómeno no tardó en extenderse. Poco después de que se iniciara el acoso contra Quinn, Anita Sarkeesian, una destacada crítica y bloguera feminista, empezó a recibir una oleada similar de amenazas. Sarkeesian estaba ya muy familiarizada con el ciberacoso: después de publicar en 2012 una serie de vídeos que analizaban la representación —a menudo sexista— de las mujeres en los videojuegos, sufrió un intenso ciberacoso por parte de los jugadores, que interpretaron su crítica como un ataque a la industria y un desagradable intento de suavizarla o «feminizarla». Entre las formas de acoso hubo hackeo, amenazas de violación y asesinato y hombres que le enviaron ilustraciones en las que se representaba a Sarkeesian siendo violada por diversos personajes de videojuegos. El acoso culminó con la creación de un «juego» virtual en el que los jugadores podían «apalear» a Sarkeesian haciendo clic en una imagen de su rostro y contemplar la aparición progresiva de ronchas, moratones y heridas. Una de las características fundamentales del troleo, ilustrada por el rápido recrudecimiento del acoso que experimentó Sarkeesian, es la necesidad de representar el papel de *troll* ante otros *trolls* e impresionarlos: el propio acto de trolear no es más importante que el proceso de documentarlo y compartirlo en foros y tablones de mensajes anónimos, concitar elogios y recibir consejos de otros *trolls*, así como

competir para superarse unos a otros en la violencia y obscenidad del acoso.

Cuando Sarkeesian publicó un nuevo vídeo de su serie *Tropes vs Women*, la turba, que ya estaba atacando a Quinn, conectó a ambas mujeres como parte de la misma «amenaza» y los *trolls* empezaron a acosar también a Sarkeesian. Cuando alguien encontró su dirección y la publicó en Internet, Sarkeesian, al igual que Quinn, se vio obligada a huir de su casa tras recibir montones de nuevas amenazas de muerte y violación. En octubre de 2014, en pleno recrudecimiento del acoso, Sarkeesian viajó a Utah para dar un discurso en la Universidad Estatal de Utah. Pero la universidad recibió una amenaza anónima que afirmaba que si no se cancelaba la charla de Sarkeesian, atacarían tanto a los asistentes como a los estudiantes y empleados del cercano Centro de Mujeres. La nota añadía la información siguiente:

> Tengo a mi disposición un fusil semiautomático, múltiples revólveres y una colección de bombas caseras […]. Tenéis veinticuatro horas para cancelar la charla de Sarkeesian […]. Anita Sarkeesian encarna todo lo malo de la mujer feminista y va a morir chillando como la putita cobarde que es si permitís que venga a la Universidad Estatal de Utah. Escribiré mi manifiesto con su sangre derramada y todos vosotros seréis testigos de lo que las mentiras y el veneno del feminismo han hecho con los hombres estadounidenses.[39]

Sarkeesian se vio obligada a cancelar la charla después de que la policía se negara a hacer registros en busca de armas de fuego antes del acto debido a las leyes de portación a la vista de Utah.

A medida que se fue conociendo la polémica, el Gamergate continuó descontrolándose, acumulando miles de mensajes en Internet y en las redes sociales y arrastrando a un número significativo de mujeres a su torbellino de acoso. Las escritoras feministas que se atrevieron a pronunciarse en contra del acoso que sufrían otras se encontraron de pronto recibiendo amenazas similares, y otras desarrolladoras de videojuegos se vieron obligadas a abandonar sus casas tras ser objeto de amenazas que describían sus cadáveres mutilados y el asesinato de sus hijos.

El acoso se prolongó durante meses y, a medida que avanzaba la campaña, los *trolls* empezaron a desarrollar y perfeccionar tácticas cada vez más diestras para maximizar y concentrar sus ataques.

Una de las tácticas era ideológica: los acosadores se dieron cuenta enseguida de que podían defender e incluso fomentar el «movimiento» Gamergate si lo presentaban como una postura noble y ética y usaban eso como una cortina de

humo para el troleo. Los defensores empezaron a contar la milonga de que aquello no tenía nada que ver con Sarkeesian ni con Quinn, sino que era una batalla ideológica sobre la «ética» del mundo de los videojuegos.

Se centraron en la supuesta (aunque desmentida) relación entre Quinn y Grayson y afirmaron estar profundamente preocupados por la corrupción en la industria y la cercanía personal entre algunos desarrolladores de videojuegos y los críticos. Otros sugerían que la pureza y la esencia misma de los videojuegos y de la comunidad de jugadores estaban amenazadas y corrían riesgo de erosión por parte de Sarkeesian y otras críticas como ella (principalmente, feministas), que querían destruir la cultura de los videojuegos volviéndola por la fuerza «políticamente correcta» hasta niveles asfixiantes a expensas de la calidad del juego.

A continuación, recurrieron a la clásica estrategia de la machoesfera de presentarse como las verdaderas víctimas, aun cuando estaban participando en una campaña masiva y coordinada de acoso sexual. Para conseguirlo, tenían que presentar a las auténticas víctimas como opresoras. Los *trolls* publicaron en las redes sociales y en las webs de videojuegos historias que sugerían que las mujeres se inventaban y exageraban el acoso que habían sufrido con el fin de llamar la atención y hacer quedar mal a los jugadores varones (que lo único que intentaban era proteger su cultura). Otros afirmaban que eran las propias feministas quienes se habían mandado las amenazas de muerte y de bomba para recrudecer la historia. Se empezó a describir a los miembros de la izquierda progresista como «copos de nieve», «guerreros de la justicia social», «feminazis», «víctimas profesionales» y «ofendiditos», etiquetas y afirmaciones que tanto la machoesfera como la derecha alternativa utilizarían cada vez más a lo largo de los años siguientes, especialmente al intentar justificar el acoso a los ojos del público general. Así pues, el acoso coordinado se erigió en una forma de autodefensa moral justificada. Como concluyó un trabajo de investigación sobre la materia: «No resulta sorprendente que el movimiento por los derechos de los hombres fuera pionero en el acoso instrumentalizado y continúe practicándolo, dada la importancia en su ideología de su discurso victimista».[40]

Después surgió la táctica de los ataques coordinados, en la que los *trolls* usaron los tablones de mensajes de Internet para señalar como objetivo a mujeres concretas en momentos determinados, bombardeándolas con campañas masivas de acoso en un intento de aterrorizarlas y abrumarlas para que se callaran o se retiraran, así como de dificultarles denunciar o tomar medidas contra el acoso en las redes sociales debido a su altísimo volumen. Esa técnica se perfeccionó hasta tal punto que adoptó un nombre específico: *brigading* o «brigadeo» (literalmente,

«armar una brigada»). Solo en los dos primeros meses de la polémica se publicaron dos millones de tuits con la etiqueta #gamergate y un análisis reveló que su contenido sugería que la campaña estaba muchísimo más centrada en el acoso que en cualquier debate sobre la ética en el sector de los videojuegos. Durante ese mismo periodo, por ejemplo, se publicaron con esa etiqueta 35.188 tuits dirigidos a Sarkeesian, 38.952 a Wu y 10.400 a Quinn, que contrastan con los escasos 732 enviados a Grayson, en cuya presunta (y falsa) falta de ética informativa se centraba en teoría todo el episodio.

El truco retórico de presentar una campaña como una noble lucha contra exactamente los intereses que ellas mismas personifican se convertiría en un elemento fundamental de las futuras campañas de la derecha alternativa y la machoesfera. Los defensores del Gamergate acosaron, insultaron y, de manera deliberada, ocultaron sus auténticos objetivos mientras aseguraban actuar en nombre de la ética, la transparencia y la pureza. De la misma forma, la machoesfera reivindica la igualdad de género mientras practica una misoginia radical, exige estadísticas transparentes mientras difunde datos falsos y se erige en defensora de las víctimas oprimidas mientras apoya la creación de mayores beneficios y protecciones para el grupo más privilegiado de nuestra sociedad. De manera similar, la derecha alternativa afirma defender la noble causa de abrir los ojos de la gente a las injusticias y la desigualdad mientras intenta reavivar algunas de las campañas de odio más perjudiciales de la historia reciente.

Así fue como el Gamergate introdujo en la conciencia general la idea de los ejércitos de *trolls*. De pronto, lo que hasta entonces había sido una ocupación solitaria podía aprovecharse como una actividad masiva para obtener grandes beneficios. Y eso fue explotado más tarde por los líderes ideológicos, que construyeron enormes ejércitos de «perros de ataque» que esperaban a que los soltaran sobre objetivos desavisados.

En 2016, por ejemplo, Yiannopoulos fue expulsado por fin de Twitter (tras años de tuits incendiarios e intolerantes) por utilizar la misoginia, el racismo y la transfobia para incitar un torrente masivo de insultos contra la actriz Leslie Jones por el delito de participar en la nueva versión íntegramente femenina de *Los cazafantasmas*. (Jones tuiteó que había recibido imágenes de genitales de simios y una foto de su cara cubierta de semen, entre otros miles de mensajes). La web supremacista blanca Daily Stormer ha seguido utilizando de manera similar el brigadeo con consecuencias espeluznantes al convocar de forma activa y deliberada campañas masivas para usar el acoso con el fin de aterrorizar a objetivos específicos (normalmente, mujeres). Su campaña «Perra judía asquerosa» provocó que bombardearan a la política Luciana Berger con 2.500

tuits y también hubo blogs que dijeron que era una «malvada usurera» con un «profundo odio por los hombres», al tiempo que superponían su rostro a imágenes de ratas.[41] Más tarde, la web hizo que sus *trolls* se echaran encima de la abogada musulmana australiana Mariam Veiszadeh, fundadora del Islamophobia Register (Registro de Islamofobia), que rastrea casos de acoso contra musulmanes. The Stormer convocó a su «ejército de *trolls*» para bombardearla a insultos y les pidió que fueran «lo más desagradables, hirientes, odiosos, ofensivos, insultantes y "denigrantes" posible». Un seguidor, que no tardó en obedecer, le dijo a Veiszadeh: «Déjalo ahora, antes de que decapitemos a tu madre y os enterremos con los cerdos».

Como ocurre con muchos elementos de la machoesfera, es perfectamente posible argumentar que tal vez haya habido una serie de personas involucradas en el furor del Gamergate que tuvieran preocupaciones genuinas, que realmente quisieran debatir sobre la ética del sector de los videojuegos o que de verdad no participaran en el acoso y en los insultos a mujeres y minorías. Pero, de nuevo, al igual que ocurre en la machoesfera, el enfoque enormemente desproporcionado de los partidarios del Gamergate y la enorme cantidad de contenido virulento asociado con el movimiento desmintieron la tesis de que los factores misóginos eran inexistentes o constituían una preocupación minoritaria. Y, más aún, podría decirse que el hecho de que quienes afirmaban estar por encima de tales comportamientos trataran de restar importancia o despreciar su existencia para defender al movimiento demostraba connivencia con el acoso del que intentaban distanciarse.

Los registros de chat que se filtraron revelaron otra táctica que definiría en los años venideros las campañas de acoso tanto de la derecha alternativa como de la machoesfera. Pusieron de manifiesto que los *trolls* usaban «cuentas de usuario títere», identidades virtuales fraudulentas que se valían de nombres y fotografías falsas, muchas veces creadas de forma masiva y luego empleadas para dar la impresión de que un movimiento o una campaña que en el fondo quizá estaba coordinada por una cifra insignificante de titiriteros gozaba de un amplio apoyo de base. (Con esto no pretendo sugerir que el número de *trolls* sea muy pequeño, sino que unos pocos pueden causar estragos dando la impresión de que sus campañas de bombardeo gozan de un apoyo mucho mayor). Posteriormente, esa técnica se ha hecho conocida como *astroturfing* y consiste en difundir un mensaje político, ideológico o publicitario específico de manera que parezca que procede de comentarios y apoyo espontáneos de miembros del público general, cuando en realidad es algo perfectamente orquestado. El uso de esa técnica por parte de los *trolls* se confirmó gracias a un análisis posterior de tuits publicados con la

etiqueta #gamergate que concluyó que una cuarta parte de los mensajes se había lanzado desde cuentas nuevas en Twitter, la mayoría de las cuales apoyaba a los acosadores.

Encontrar medios de comunicación afines se convirtió en otro ángulo de ataque; la alianza más famosa fue la nefasta unión entre los Gamergaters, ávidos de cobertura mediática para recrudecer y validar su campaña de acoso, y Yiannopoulos, que por aquel entonces era un prometedor periodista que trataba de consolidar su reputación como «fabuloso supervillano de Internet». Yiannopoulos creyó que podía aprovechar esa polémica para afianzarse en el resbaladizo mundo de los *trolls* de Internet, los simpatizantes de la derecha alternativa y los seguidores de la machoesfera, haciendo que lo catapultaran a la fama y el éxito. Por desgracia, no se equivocaba.

Yiannopoulos azuzó el Gamergate publicando un artículo deliberadamente incendiario en la influyente y muy leída web Breitbart en el que describía a las víctimas del acoso del Gamergate como un «ejército de programadoras y activistas feministas antisociales que están aterrorizando a toda la comunidad mediante la mentira, el acoso y la manipulación en Internet para sacar provecho y llamar la atención». Tras reavivar las calumnias (ya ampliamente desacreditadas) sobre la vida sexual de Quinn y publicar más acusaciones infundadas contra ella, Yiannopoulos pasó a imitar muchas de las tácticas que ya había consolidado la campaña en su conjunto. «Seamos sinceros —escribió—: todos tenemos la sospecha constante de que las "amenazas de muerte" que reciben las activistas no son para tanto».

Yiannopoulos no fue el único personaje que aprovechó el Gamergate como trampolín de autopromoción. De hecho, el batiburrillo de líderes de la machoesfera, la derecha alternativa y el supremacismo blanco que surgieron de la polémica como leyendas de Internet la convierte en uno de los microcosmos que más a las claras demuestran la estrecha interrelación de esas comunidades. No es ninguna coincidencia que provocaciones como «gamERs rise up» (gamERs, alzaos), que combinan las claves y la jerga de los *incels* con un guiño a la turba del Gamergate, puedan verse con frecuencia en los foros de la machoesfera. O que los usuarios de los foros utilicen con frecuencia el término *altrightcels* para describir a quienes profesan lealtad tanto al movimiento de la derecha alternativa como al de los *incels*.

Mike Cernovich, identificado por el Southern Poverty Law Center como «supremacista masculino» y «uno de los provocadores derechistas más prominentes de los Estados Unidos», saltó a la fama por su papel en el Gamergate, que consistió en aprovechar su blog y sus redes sociales para agravar

la polémica y espolear a los acosadores. Cernovich describió la controversia como «la batalla más importante de la guerra cultural de este siglo» y ofreció a Gjoni asesoramiento jurídico gratuito. Además, supuestamente consiguió hacerse con la demanda de Quinn contra Gjoni y se la hizo llegar nada más y nada menos que a Valizadeh, el gurú de la seducción, que se basó en ella para publicar en su web un texto insultándola.

Más tarde, la revista *New Yorker* describiría a Cernovich como «el genio de los memes de la derecha alternativa». Aunque ahora igual es más conocido por su asociación con el nacionalismo blanco, pese a unos intentos muy poco convincentes por distanciarse de la etiqueta, el periplo de Cernovich hasta alcanzar esa mala fama lo llevó por el laberinto de la misoginia de la machoesfera. Ha asegurado que «las violaciones en citas no existen ni por asomo», ha aconsejado a los hombres hacer exhibicionismo y empezar a masturbarse delante de las mujeres para acosarlas hasta que accedan a mantener relaciones sexuales con ellos y ha publicado en su blog entradas con títulos del tipo «Cómo asfixiar a una mujer». A medida que se descontrolaba la debacle del Gamergate, el acoso en la vida real empezó a sumarse al virtual. Los acosadores usaban mucho el doxeo (la divulgación de los datos de contacto personales) con el objetivo expreso de hacer temer a las víctimas por su seguridad. En manos de las turbas de Internet, la información personal divulgada mediante el doxeo se ha utilizado en el mundo real de un sinfín de maneras, como mandar miles de *pizzas* a la casa de las víctimas, fotografiarlas disimuladamente y publicar las imágenes en Internet, romperles las ventanas a ladrillazos o llamarlas constantemente por teléfono para amenazarlas e insultarlas. En el Gamergate incluso se utilizó contra varias víctimas una táctica conocida como *swatting*, una forma de acoso que consiste en mandar falsas amenazas de bomba a los servicios de emergencia para desencadenar la respuesta de un equipo SWAT (Special Weapons And Tactics, o Armas y Tácticas Especiales) en la casa de la víctima, lo que en ocasiones las pone en auténtico peligro físico.

De nuevo, es fácil pensar que esos hombres constituyen una minoría insignificante: un puñado de individuos tristes e ilusos que se aferran a desconocidos grupos marginales de Internet para experimentar una sensación de pertenencia. Pero la realidad, como ocurre con todos los grupos de la machoesfera que he investigado, es que son comunidades y espacios virtuales enormes, poblados por cientos de miles de personas. Cuando se visita el tablón /b/ de 4chan, por ejemplo, ampliamente reconocida como una de las plataformas de troleo más tristemente célebres de Internet, los mensajes llegan tan rápido que no da tiempo a leerlos. Cuando lo visito un lunes cualquiera a las nueve y media

de la mañana, en cuestión de horas se añaden cientos de páginas con mensajes, fotografías y enlaces nuevos, y una cantidad significativa de ellos son de una misoginia radical. Según una entrevista con su fundador, /b/ es el tablón más popular y visitado de 4chan y recibe el 30 por ciento del tráfico total de la web, lo que da una idea del tamaño de la comunidad. El sitio afirma tener casi veintiocho millones de visitantes únicos al mes y en torno a un millón de mensajes nuevos todos los días. Su base de usuarios —qué sorpresa— está compuesta mayoritariamente por hombres y el perfil demográfico más común es el de hombre con estudios universitarios de entre dieciocho y treinta y cuatro años, probablemente radicado en los Estados Unidos, el Reino Unido, Canadá, Australia o países europeos, lo que concuerda con lo que sabemos sobre el conjunto de la machoesfera.

Se difunden fotografías íntimas de mujeres sin el consentimiento de sus protagonistas, se intercambian fantasías de violación y se debate con avidez sobre si «merece la pena» trolear a determinadas víctimas. Se habla de las mujeres en términos peyorativos y deshumanizantes y también se hacen bromas profundamente antisemitas y se escriben mensajes sobre el Holocausto. Un usuario publica una foto de una actriz y anima a los demás a comentar cómo «mataría a polvos a la Capitana Marvel». Una hora más tarde, he leído mensajes de hombres que se identifican como *incels* y como hombres que siguen su propio camino («Ojalá no tuviera que morir virgen y sin abrazos», escribe uno), aunque la mayoría de los contribuyentes tiene un interés más general en trolear. El comportamiento salta al mundo real: un usuario publica fotos de un par de braguitas de encaje que asegura haberle robado a la hermana pequeña de su mejor amigo y otros lo incitan a robar más. Algunos comparten fotografías íntimas que han tomado sin el conocimiento de las mujeres mediante «cámaras espía» o imágenes que les han enviado sus novias. Los usuarios regatean entre ellos y exigen cantidades de dinero para revelar imágenes cada vez más íntimas.

La incómoda verdad es que las comunidades de *trolls* de Internet son mucho más numerosas y están mucho mejor conectadas de lo que da a entender la percepción pública. De hecho, todo lo que sabemos sobre la gente que ha sido procesada por troleo sugiere que se trata de miembros de nuestras comunidades: colegas respetados, padres, parejas y miembros activos de la sociedad.

Por ejemplo, Steven King, un hombre de cuarenta y cinco años, fue declarado culpable en 2016 de enviar un mensaje a la diputada laborista Angela Eagle al día siguiente de que esta anunciara su candidatura a liderar el partido. El mensaje decía: «Vas a morir, zorra, vas a tener que andarte con mucho ojo…, bruja malvada…, la próxima vez que me veas estaré con una pistola o un cuchillo

de verdad en la mano acabando con tu vida… Vete del Reino Unido… o muere». Lejos de ser un ermitaño desempleado, pronto se supo que King, que fue sentenciado a una pena de prisión de ocho semanas suspendida durante doce meses, había mandado el mensaje desde el móvil como quien no quiere la cosa mientras se preparaba para ir al trabajo.[42]

Robert Ambridge, que en 2013 se descubrió que era el responsable de una tristemente famosa cuenta de *trolls* que había publicado tuits misóginos, islamófobos y ofensivos sobre niños muertos y matanzas masivas, era un hombre de mediana edad que tenía seis hijos y trabajaba como consultor de contratación.[43]

En 2018, el *Sun* reveló que otro *troll*, que había mandado más de tres mil mensajes sexistas, racistas y homófobos (como uno en el que le decía a la actriz Sarah Silverman, que es judía, que tuviera cuidado con las cámaras de gas y otro en el que le preguntaba a la modelo Katie Price: «¿Tienes la cabeza tan jodida como el c**o, cedido y rancio?»), era entrenador de fútbol juvenil, tenía dos hijos y trabajaba como diseñador. No se le imputaron cargos.[44]

El caso de la Ligue du LOL de Francia también reveló el alcance con el que las ideas de los *trolls* pueden permear profesiones respetadas y la tremenda repercusión que pueden tener en las carreras de las mujeres de esos sectores. La Ligue du LOL era el nombre de un grupo privado de Facebook entre cuyos miembros se contaban unos treinta jóvenes periodistas y profesionales de los medios de comunicación, todos de enorme éxito e influencia. Se dice que entre 2009 y 2012 utilizaron el grupo para organizar campañas de insultos y ciberacoso contra otros usuarios de la red social (sobre todo, periodistas mujeres, pero también activistas feministas y LGTB, así como personas racializadas). Por aquel entonces, múltiples víctimas intentaron denunciar la existencia del grupo y la gravedad del acoso, tanto a los medios de comunicación como a los jefes de los implicados, sin ningún éxito. En 2019, después de que un periódico publicara un artículo sobre el grupo, empezaron a filtrarse historias sobre grupos privados de contacto similares, en servicios como WhatsApp, que se utilizaban para difundir mensajes sexistas y homófobos. El caso mostró hasta qué punto los jóvenes profesionales duchos en Internet pueden adoptar las tácticas de los *trolls* en situaciones muy distintas de lo que podríamos considerar su territorio típico.

Mientras tanto, la complejidad del anonimato de Internet, la importancia de la libertad de expresión, la naturaleza internacional de la población de *trolls* y sus habilidades técnicas para enmascarar su ubicación y su identidad han contribuido a que el problema se considere prácticamente irresoluble. Eso es muy conveniente para las empresas tecnológicas y las plataformas de Internet, muchas

de las cuales simplemente han admitido la derrota o adoptado la actitud de encogerse de hombros, como diciendo: «No podemos hacer nada».

Los *trolls* y quienes usan sus tácticas pueden ir a por cualquiera que perciban que representa todo lo que odian, así como a por cualquiera que exprese opiniones de las que difieren. Pero quizá para quienes reservan su rabia más violenta es para aquellos que se atreven a mirar debajo de la alfombra.

En 2014, una web de noticias y entretenimiento pidió a la escritora australiana Brydie Lee-Kennedy que escribiera un texto sobre los *incels* y los activistas por los derechos de los hombres, «con sinceridad pero con ligereza».

Lee-Kennedy pasó varios días investigando a los activistas por los derechos de los hombres y las webs en las que Rodger había pasado mucho tiempo aprendiendo sobre la píldora roja; rastreó *subreddits* y siguió enlaces a algunas de las comunidades de la machoesfera antes de escribir un artículo que ella resume así: «Este asunto es ridículo, pero nos lo tenemos que tomar en serio».

Sin que Lee-Kennedy lo supiera, alguien situado en un puesto superior de la cadena editorial tomó la decisión de darle al texto el titular siguiente: «Vamos a echarnos todos unas risas con el movimiento por los derechos de los hombres».

Horas después de la publicación, su cuenta de Twitter se llenó de mensajes de miembros airados de la machoesfera que la insultaban. La situación no tardó en recrudecerse. Las críticas migraron a varios *subreddits* de la machoesfera, donde los usuarios habían conseguido desenterrar fotos antiguas de Lee-Kennedy.

> Encontraron fotos mías de cuerpo entero y comentaron lo gorda que estaba; después encontraron columnas antiguas en las que hablaba sobre acostarme con mujeres, porque soy bisexual, y ellos en plan «Ah, ahora todo me encaja, porque es una [insertar aquí término despectivo para decir "lesbiana"]». Lo que más me asustó fue que investigaron todo lo que pudieron encontrar sobre mí en Internet y lo utilizaron, fuera cierto o no.

Los activistas por los derechos de los hombres se organizaron rápidamente y empezaron a bombardear al jefe de Lee-Kennedy con críticas y quejas para intentar que la mujer tuviera problemas en el trabajo o incluso que la despidieran. Cuando la historia apareció en AVFM, comenzó el acoso en Facebook. Lee-Kennedy experimentó en sus propias carnes la ira de la machoesfera y sus estrategias de troleo masivo.

> Siempre me había resistido a tener una conciencia tan clara sobre los activistas por los derechos de los hombres: creo que pensaba que esos tipos eran los padres que creen que no han conseguido un acuerdo de custodia justo, pero

aprendí un montón de cosas más y vi lo rápido que son capaces de movilizarse.

Aquel mismo año, más tarde, Lee-Kennedy accedió a escribir un artículo para otra revista virtual: un «repaso anual» del sexismo. Aceptó el encargo con la condición de que le permitieran convertirlo en un texto gracioso y escribió un repaso desenfadado del año. Pero el director reformuló el artículo y le dio un nuevo titular: en lugar de «Un repaso anual del sexismo», de repente se convirtió en «Cinco cosas por las que los hombres me arruinaron por completo el año 2014». «Lógicamente —suspira Lee-Kennedy—, aquello suscitó mucha atención».

Cuando la máquina de ciberacoso volvió a ponerse en marcha y el artículo se hizo viral, Lee-Kennedy recuerda vívidamente a su jefe decir entusiasmado: «¡Qué maravilla! ¡Estamos recibiendo un montón de comentarios! Pues sí que te odia la gente, ¿eh?». Lee-Kennedy vio cómo la revista promocionaba el artículo de forma destacada en sus redes sociales y lo fijaba en la parte superior de su página de Facebook, dándole mucha más cobertura que a cualquiera de los otros artículos de «repaso del año».

Finalmente, el acoso terminó remitiendo. Pero cuatro años más tarde Lee-Kennedy iba camino del trabajo en un concurrido autobús londinense y, a pesar de que estaba embarazadísima, un hombre se negó a apartar su bolsa de un asiento libre para que ella se sentara. Sin pensarlo mucho, publicó un tuit rápido sobre el incidente. «Ya está, ya ha pasado: embarazada de ocho meses, acabo de sentarme encima de la mano y de la bolsa de un hombre que se ha negado a quitarlas del único asiento libre que quedaba en el autobús. Ahora vamos juntos en silencio». Al llegar al trabajo, guardó el móvil.

Unas horas más tarde, cuando lo miró, se dio cuenta de que su tuit se había hecho viral: casi veinte mil personas le habían dado a me gusta o lo habían retuiteado. Las webs de los periódicos *Daily Mail* y el *Sun* habían recogido la «noticia», pese a que Lee-Kennedy no había autorizado que usaran su contenido. Con el corazón encogido, se dio cuenta de que el acoso empezaba de nuevo; en aquella ocasión, con el impulso de la atención de la prensa nacional.

El artículo del *Daily Mail* suscitó casi tres mil comentarios, muchos de los cuales criticaban la apariencia de Lee-Kennedy o arremetían contra su carácter, mientras que otros la acusaban de orquestar el incidente o directamente inventárselo para llamar la atención, pero la mayoría extrapolaba la queja específica de Lee-Kennedy sobre un hombre que se había negado a mover su bolsa a cuestiones más generales sobre el feminismo y la igualdad que apestaban a la retórica de los activistas por los derechos de los hombres. Parecía que en algún lugar de la machoesfera se hubiera orquestado un ataque masivo de *trolls*.

Los comentarios siguientes continúan siendo perfectamente visibles para cualquiera que busque el nombre de Lee-Kennedy en Google hoy en día, pues el *Daily Mail* no eliminó ninguno:

> «Que alguien la dejara preñada es todo un logro».
>
> «Hoy en día las mujeres quieren igualdad y con razón, pero son las primeras en quejarse cuando se las trata como a los hombres. No se puede tener lo mejor de ambos mundos».
>
> «Las mujeres se lo han guisado y ahora se lo están comiendo. Que les den».
>
> «A los hombres nos caen broncas hagamos lo que hagamos».
>
> «¿No querían la emancipación? Pues eso es lo que significa».
>
> «Seguid diciéndonos que somos todos unos misóginos y la personificación de la tiranía patriarcal e igual empezamos a creeros».

Los medios de comunicación y el ejército de acosadores de Lee-Kennedy no se enteraron, pero aquel fue un momento de suma tensión para ella y su marido. Los médicos temían que el feto no estuviera desarrollándose como debía y que tuvieran que inducirle un parto prematuro.

> Luego empecé a recibir mensajes por Facebook. Uno de ellos decía: «Como te vea en la calle, te doy un puñetazo, te pego una paliza». Es una cosa espantosa de oír en cualquier caso, pero cuando estás embarazada creo que sientes una vulnerabilidad física añadida, porque es como si estuvieras intentando proteger a dos personas. Me dijo: «Voy a encontrarte». Estaban hurgando otra vez.

Cuando Lee-Kennedy pensaba que las cosas no podían ir a peor, los *trolls* empezaron a centrarse en su hijo no nacido, sugiriendo que no sería buena madre de un niño varón. Aunque Lee-Kennedy bloqueó las cuentas de Twitter que la acosaban y revisó la configuración de privacidad de su cuenta de Facebook, los *trolls* se las ingeniaban para encontrarla y contactar con ella. De pronto, estando en la sala de espera del hospital, recibió en su cuenta de Instagram el mensaje siguiente: «Tendrías que haber abortado a la criatura, habría sido lo más decente, las feministas no deberían tener hijos».

Para Lee-Kennedy, aquello fue la gota que colmó el vaso: decidió abandonar

el periodismo.

Por desgracia, la persistente idea pública de que los *trolls* son bromistas aislados que lanzan insultos está lo bastante extendida como para influir en la opinión de la sociedad sobre cómo deben reaccionar las víctimas. «Solo intentan amedrentarte», me han dicho montones de personas después del enésimo correo detallando los horripilantes y sanguinarios métodos con los que un hombre fantasea con descuartizar mi cuerpo y abusar de mi cadáver.

«Sabes que en el fondo no corres ningún peligro, ¿verdad?».

«¿Has pensado en tomarte un descanso de Internet?».

Pero el caso de Lee-Kennedy, que no es más que una entre miles de historias similares, demuestra que esas campañas masivas y coordinadas pueden tener la influencia suficiente para acabar con la carrera de una víctima o repercutir gravemente en ella. Para una creadora, una escritora, una artista o una productora —entre cientos de otros sectores—, el acceso a las redes sociales puede suponer la vida o la muerte de una carrera: así de importante es el papel que desempeñan en la promoción y visibilidad profesionales.

Así que cuando a las mujeres les decimos que simplemente desconecten, o que pasen menos tiempo en Internet, o que dejen de visitar ciertas páginas web, lo que estamos diciendo en el fondo es que son ellas, y no sus acosadores, quienes deberían sufrir las consecuencias negativas del troleo. Son ellas, no los *trolls*, quienes deberían verse excluidas de espacios hostiles. Estamos sugiriendo que el precio que las mujeres deben pagar para escapar del ciberacoso es sacrificar su carrera, que es justo lo que Lee-Kennedy se vio obligada a hacer.

También hay un auténtico desconocimiento público del impacto psicológico que, por mucho que no exista daño físico, puede tener ese acoso.

Lee-Kennedy recuerda que, durante el bombardeo de insultos y mensajes que la animaban a abortar, la gente le decía: «Tú, ni caso […]. Tienes muchas otras cosas en las que pensar». Ella respondía: «Ya, pero no estoy pensando en esas cosas, sino en esto». El consejo de «no alimentar al *troll*» sugiere que el problema es sencillamente inevitable: que los hombres siempre acosarán, insultarán y degradarán a las mujeres, así que es inevitable que demos pasos para proteger a las mujeres en vez de intentar combatir el problema desde la raíz. Lo que se desprende de eso es que si se trata de una cuestión arraigada e inevitable, las personas a quienes, por su propia seguridad, hay que meter en masa en un corral, reduciendo su libertad y restringiendo sus opciones, son las víctimas (presentes y potenciales). Sin embargo, la sugerencia de tratar a los hombres en masa e implementar soluciones preventivas que tendrían una repercusión similar en su libertad de movimientos provoca inevitablemente una reacción negativa

inmediata y airada.

La escalofriante repercusión del ciberacoso en el discurso y la participación en Internet de las mujeres no es anecdótica: una investigación llevada a cabo con cuatro mil mujeres de ocho países diferentes concluyó que casi una cuarta parte de las mujeres de entre dieciocho y cincuenta y cinco años han sido víctimas de insultos o ciberacoso; en los Estados Unidos, la cifra supone el 33 por ciento de las mujeres. Más de una cuarta parte de las que han experimentado esa clase de acoso ha recibido amenazas de agresión física o sexual, y una de cada seis ha sido doxeada (una cifra que asciende a casi una de cada tres mujeres en el caso de víctimas de ciberacoso en los Estados Unidos). Las encuestadas refirieron unas consecuencias psicológicas tremendas —por ejemplo, estrés, ansiedad y ataques de pánico— como resultado de esa forma de censura efectivamente sexista. Más de tres cuartas partes de las mujeres que han sido víctimas de acoso o insultos en las redes sociales cambiaron la forma en que usaban esas plataformas y un tercio dejó de expresar su opinión sobre ciertas cuestiones.[45]

Si aceptamos que el ciberacoso no es más que una parte fundamental del espacio público, corremos el riesgo de expulsar a una generación entera de mujeres jóvenes de los mismos espacios que necesitan ocupar para convertirse en ciudadanas integrales del mañana. Las estamos excluyendo de los espacios virtuales que usan las personas jóvenes para organizarse a nivel político y participar en los debates. Es una silenciosa bomba retardada cuyos efectos no veremos hasta que sea demasiado tarde.

No hace falta esperar al futuro para ver el demoledor potencial de las consecuencias que eso podría tener: ya tenemos pruebas que revelan cómo afecta en el ámbito político, pues las mujeres, las personas racializadas y las personas LGTBQ que asumen puestos de cara al público experimentan una avalancha de insultos y ciberacoso. Un artículo de 2017 sobre el tema de la violencia contra las mujeres en la política llegaba a la siguiente conclusión: «Los insultos, la intimidación y el acoso en Internet hacen que las mujeres se autocensuren y se aparten del discurso y la correspondencia públicos, lo que representa una barrera directa para la libre expresión de las mujeres y debilita todos los elementos clave de la democracia».[46] Una encuesta del mismo año concluyó que la abrumadora mayoría de las diputadas británicas habían sido víctimas de ciberacoso y acoso verbal y, lo más importante, que eso había hecho que un tercio de ellas se planteara dimitir.[47] Y otra investigación de Amnistía Internacional expuso con crudeza la naturaleza interseccional de dicho acoso al revelar que Diane Abbott[48] había recibido casi la mitad de todos los tuits con insultos enviados a diputadas británicas en vísperas de las elecciones generales de 2017. Aun

excluyendo a Abbott del total, la investigación seguía demostrando que la cantidad de tuits con insultos que recibían las diputadas negras y asiáticas superaba en un 35 por ciento a sus homólogas blancas, lo que sugiere que esas voces, que ya están muy infrarrepresentadas en el debate público y en la política, son también las que corren un riesgo mayor de ser silenciadas por el ciberacoso. [49]

Así pues, al margen del perjuicio psicológico, el trastorno profesional y el daño político, el ciberacoso también tiene una repercusión real en el mundo real.

En 2013, un grupo de activistas por los derechos de los hombres subió a Internet fotos y detalles identificativos de una universitaria que aseguraban que había presentado una denuncia falsa de violación. Aunque lo que era completamente falso era aquella afirmación, los *trolls* no tardaron en difundir por las redes sociales detalles de su familia, sus amigos y su vida social. La joven empezó a recibir en sus redes sociales un aluvión de insultos que la dejó aterrorizada y destrozó a sus padres. Terminó renunciando a su dirección de correo electrónico universitario, borró todas sus cuentas en las redes sociales y dejó de ir a clase.

Cuando las direcciones de las mujeres se filtran a turbas violentas y las amenazas de bomba las obligan a cancelar actos, el ciberacoso se funde con los perjuicios en el mundo real. Cuando sus estudios se ven afectados o paralizados por completo por culpa de campañas deliberadas de acoso y desinformación masivas, la repercusión va mucho más allá de Internet. Cuando equipos policiales armados hasta las cejas se dirigen a los domicilios de las víctimas creyendo que se enfrentan a una amenaza terrorista, y cuando el uso del *swatting* ha provocado muertes en la vida real, ya no son solo palabras.

En el Reino Unido, la inmensa mayoría de las diputadas han sido víctimas de ciberacoso y acoso verbal, y es habitual ver cómo la turba execra y acosa hasta hacer callar a las mujeres que se atreven a expresar sus opiniones en Internet. Esas costumbres del ciberespacio sientan un poderoso precedente: sugieren que la mera impertinencia de que una mujer se atreva a sostener una opinión política es insoportable y que la mejor manera de tratar a quienes tienen ideas por encima de su posición es silenciarlas. Y silenciarlas con violencia. Cuando vemos tantísimas amenazas de violación y muerte en las redes sociales, cuando observamos y registramos cómo las empresas de redes sociales se niegan activamente a suspender las cuentas de quienes envían las amenazas, el mensaje que nos llega es que ese comportamiento, ese discurso, es aceptable. Posteriormente, una gran cantidad de diputadas británicas han empezado a sufrir acoso en la vida real, como que les griten en la calle o les rompan las ventanas.

Durante la campaña electoral de 2017, mientras una diputada estaba fuera haciendo campaña, un hombre entró en la oficina de su circunscripción y les dijo a los empleados que había ido allí para matarla. En la víspera de las elecciones generales británicas de diciembre de 2019, diecinueve diputadas anunciaron que dejaban la política, una cifra superior a la esperada. Muchas de ellas —Nicky Morgan, Heidi Allen, Teresa Pearce y Caroline Spelman— apuntaron de manera específica al acoso como una de las razones para dimitir.

La diputada laborista Jo Cox era una apasionada feminista y filántropa que denunciaba en el Parlamento la crisis de los refugiados sirios, la situación de las personas migrantes y los problemas de las mujeres, y que ejercía de secretaria de la Labour Women's Network (Red de Mujeres Laboristas). En el periodo previo a su muerte, Cox había sido víctima de acoso y había recibido un aluvión de mensajes insultantes, debido a lo cual la policía contempló la posibilidad de reforzar la seguridad en su domicilio y en su oficina y amonestó a un hombre por enviarle «comunicaciones malintencionadas». En otras palabras, Cox llevaba meses siendo víctima de los *trolls* antes de que la asesinaran a tiros y puñaladas cuando salía de una sesión de atención de reclamaciones en su circunscripción. Thomas Mair, el hombre blanco de cincuenta y tres años que la mató, no era el mismo al que había amonestado la policía por enviarle con anterioridad insultos por Internet a Cox, pero sí era un ferviente seguidor de organizaciones de extrema derecha, admiraba al asesino en masa noruego Anders Breivik —que era supremacista blanco— y estaba obsesionado con la ideología neonazi. Su historial de Internet reveló su obsesión por el supremacismo blanco y sus búsquedas de la palabra «matricidio». También se supo que Mair «había establecido contacto directo con los movimientos racistas de la llamada "derecha alternativa" estadounidense». Al sentenciarlo, el juez dijo: «No cabe duda alguna de que ese asesinato se hizo con el propósito de promover una causa política, racial e ideológica; específicamente, la del violento supremacismo blanco y el nacionalismo excluyente relacionado con el nazismo y sus manifestaciones modernas».[50] Pero, más allá de los artículos de un reducido número de escritoras feministas, fue raro ver que la cobertura periodística de la muerte de Cox estableciera algún vínculo con la cultura del terror, la intimidación y la violencia que se ejerce contra las mujeres y sobre todo las mujeres racializadas en el Parlamento y de forma generalizada en Internet. Como muchos otros crímenes cometidos por hombres blancos, el incidente se describió como una conmoción aterradora surgida de la nada, obra de un solitario trastornado.

Pero, pese a todo ello, pese a toda la repercusión en la vida real y el muy tangible efecto silenciador y perjudicial para las víctimas, uno de los argumentos

más generalizados en defensa de los *trolls* es también el más irónico: ¡la noble exigencia de la LIBERTAD DE EXPRESIÓN!

¿Quizá el problema sea que en la machoesfera, y fuera de ella, muchos parecen confundir la libertad de expresión con el derecho a que te escuchen, a tener un público, a que nadie exprese nunca desacuerdo contigo o a que no te llamen intolerante, violento, misógino y racista? Por ejemplo, una importante comunidad de la machoesfera de Reddit señala la aceptación total de la ideología de la «píldora roja» como su primera regla de participación: «No nos interesa debatir ni defender nuestras vivencias ante aquellos que no concuerden con la píldora roja ni queremos obstruir nuestros hilos defendiendo la moralidad de nuestras preferencias».

En muchos sentidos, la libertad de expresión es una maniobra de distracción en lo que respecta a lidiar con el acoso y el troleo en Internet, dado que no se aplica a plataformas privadas como Twitter y Facebook, que ya tienen el derecho a tomar decisiones sobre qué contenido y comportamiento permiten en sus páginas y tienen códigos de conducta o normas comunitarias que prohíben actitudes como el racismo, el antisemitismo y otro tipo de discursos de odio (aunque no siempre se hacen cumplir efectiva o completamente). Parte del problema radica en que cuando hablamos de discursos de odio, las percepciones sociales de los diversos daños que causan los distintos tipos de prejuicios influyen de manera inevitable en nuestras definiciones (y, por lo tanto, en las decisiones que toman esas empresas). Y el sexismo es un prejuicio que goza de una particular aceptación social. La doctora Sugiura afirma que gran parte de la retórica de la machoesfera constituye «sin duda alguna» un tipo de discurso de odio, pero que, sencillamente, las empresas de redes sociales no se lo toman en serio; en gran medida, porque «en general me parece que nadie se toma en serio la misoginia».

Ellen Pao, cuyo paso por Reddit le dio una visión sin precedentes de la dificultad de equilibrar la libertad de expresión con la posible incubación e incitación de movimientos radicales en Internet, ha escrito lo siguiente:

> Muchas de las grandes empresas tecnológicas han alentado sin querer a esos grupos en aras del debate sin restricciones y de la «libre expresión». Algunos defensores han citado al difunto juez Louis Brandeis, miembro del Tribunal Supremo de los Estados Unidos —«La luz del sol es el mejor desinfectante»—, para defender con desatino que las plataformas abiertas exponen y muestran la inmoralidad del odio y el terrorismo. Más bien, lo que hemos aprendido sobre las plataformas —desde Reddit hasta Twitter, pasando por GoDaddy y Cloudflare— es que la exposición pública normaliza, alienta y amplifica

sistemáticamente esas creencias.

Sin embargo, algunas de las plataformas de redes sociales más grandes del mundo se lavan las manos una y otra vez, sugieren que el problema es demasiado difícil de resolver y afirman que están tomando muchísimas medidas en contra del acoso, pero, al mismo tiempo, se niegan a divulgar informes detallados sobre sus registros o sus procedimientos para abordarlo. Publican pulidas perogrulladas de relaciones públicas sobre lo mucho que están esforzándose por conseguir que todo el mundo esté seguro en Internet, mientras que las mujeres que denuncian recibir amenazas de violación y muerte o imágenes gráficas de violencia sexual están recibiendo respuestas automáticas que les dicen que el contenido «no infringe nuestras normas comunitarias». Se trata de empresas cuyos ingresos equivalen a los de algunos países pequeños. Es ridícula la idea de que no podrían combatir el problema con firmeza si quisieran o, desde luego, implementar rápidamente mejoras descomunales. Para contrarrestar los algoritmos irregulares y falibles, podrían contratar a miles de moderadores humanos e invertir en formarlos adecuadamente, con aportaciones de organizaciones especializadas, para transformar la experiencia virtual de sus usuarios más vulnerables.

Las víctimas han sugerido una y otra vez métodos de sentido común para mejorar las respuestas en línea a los *trolls*. En Twitter, por ejemplo, se ha sugerido que la plataforma podría tomar medidas cuando se denuncia una campaña de acoso masivo comprobando todos los tuits en los que se mencione la cuenta de la víctima y suspendiendo aquellas cuentas que infrinjan sus términos para que las víctimas no tengan que pasar por miles de mensajes insultantes para poder denunciar el acoso. Eso sería especialmente pertinente para responder a la táctica trolista del brigadeo. Sin embargo, aun cuando se hacen sugerencias prácticas como esas, las plataformas de redes sociales siguen mostrándose reticentes y recalcitrantes: muchas veces se niegan a implementar cambio alguno o introducen medidas débiles e ineficaces que parecen diseñadas para tratar de obtener la máxima publicidad positiva provocando el menor trastorno a los usuarios acosadores. La vulnerabilidad especial de ciertos grupos se ve exacerbada por la respuesta de las plataformas de redes sociales al troleo virtual, que en el mejor de los casos puede describirse como irregular, en la mayoría de los casos como deplorable y, en el peor, como deliberada y engañosamente espantosa. Los estudios revelan una y otra vez que, en particular, las mujeres, las personas racializadas, las personas discapacitadas y las personas LGTBQ sufren unos altísimos niveles de acoso e insultos en Internet. Cuando una mujer mediática (sobre todo, una mujer privilegiada, blanca y de clase media que ya

cuenta con muchos seguidores) sufre ciberacoso, es sumamente probable que los medios de comunicación se hagan eco de su caso y, muchas veces, aprovechen al máximo la oportunidad para salpicar la noticia de fotografías de la mujer y describir su «calvario» en términos excitantes o sexualizados. Como a las redes sociales se les da tan mal gestionar el acoso, seguramente la mujer en cuestión haya recibido muy poco apoyo hasta recibir las llamadas de los periodistas pidiéndole declaraciones, momento en el cual se pone en marcha la maquinaria de las relaciones públicas. De pronto, como por arte de magia, se toman medidas contundentes para prohibir las cuentas que han estado bombardeando a insultos a la víctima con aparente impunidad. Esas mujeres —entre las que me incluyo— suelen recibir una avalancha de apoyo y solidaridad públicos y, una vez que se ha detenido el acoso (al menos, temporalmente), pueden volver a la plataforma. Lo que eso significa es que la mediocre y desigual respuesta de las empresas de redes sociales, junto con el particular interés de los medios de comunicación en víctimas «ideales» o fotogénicas, se traduce directamente en que cuando el ciberacoso se dirige contra personas más privilegiadas, el apoyo y las medidas son más contundentes. Mientras tanto, las personas menos privilegiadas, que sufren un acoso interseccional aún peor, tienen también, en consecuencia, menos probabilidades de que se tomen medidas o de recibir mucha atención o apoyo. Así pues, las voces que necesitamos oír con mayor urgencia —las personas cuya participación en esas plataformas más se necesita para combatir el aluvión de acoso e intolerancia— son también las que más a menudo se ven expulsadas de Internet por culpa de un acoso intolerable y desenfrenado.

Cuando Seyi Akiwowo tenía veintidós años, decidió presentarse como candidata a las elecciones municipales en un intento por «obrar cambios positivos». Para ella era importante dar la cara tras el asesinato de un compañero de clase en una fiesta cuando Akiwowo tenía solo catorce años. «Me di cuenta enseguida de que se tomaban un montón de decisiones sobre mi comunidad, sobre los jóvenes, sin que [nosotros] participáramos en el proceso», me explica cuando hablo con ella. Apenas cumplidos los veintitrés años, Akiwowo fue elegida como la concejala londinense negra más joven y, poco después, recibió una invitación del Parlamento Europeo para hablar sobre la participación política de la juventud.

En el acto, espoleada al ver cómo abucheaban a un refugiado sirio y oír a otros delegados gritando que los inmigrantes y los refugiados deberían volverse a su país, Akiwowo intentó restaurar el equilibrio. Pronunció un apasionado discurso improvisado en el que exigía reparaciones. Durante meses no pasó nada. Hasta que un buen día de febrero de 2017, estando en el gimnasio, a Akiwowo se

le empezó a entrecortar constantemente la lista de reproducción de Spotify. Detuvo la cinta de correr, miró el móvil y se dio cuenta de que la música se interrumpía todo el rato porque estaba recibiendo cientos de mensajes y notificaciones. Akiwowo, completamente desprevenida, se encontró de pronto recibiendo insultos y oprobios racistas, referencias a linchamientos y ahorcamientos, insultos de «mona» o «simia», deseos de que se muriera de una enfermedad de transmisión sexual y amenazas de «exterminar a los negros». Alguien había publicado en una web neonazi el vídeo de su discurso en el Parlamento Europeo. En los días y semanas siguientes, Akiwowo se enfrentó a una oleada de insultos racistas y misóginos en las redes sociales. Pasó horas rastreando angustiada YouTube y Twitter en busca de amenazas para denunciarlas, pero asegura que no obtuvo «reacción ni contestación». Las plataformas de redes sociales no empezaron a reaccionar y tomar medidas hasta que la prensa local no se hizo eco de la historia tiempo después. «Si no me hubiera puesto en plan peleón, si no hubiera salido en los medios de comunicación y recabado el apoyo del público, dudo muchísimo que Twitter hubiera tomado alguna medida».

Es decir, que el hecho de que las redes sociales no combatan el ciberacoso solo sirve para radicalizar y homogeneizar aún más las cámaras de resonancia virtuales que lo producen.

Esa no es la única forma en que los organismos convencionales ayudan e incitan —ya sea de manera deliberada o involuntaria— a los *trolls* virtuales. De hecho, la relación entre estos y los medios de comunicación es profundamente problemática y parasitaria en ambas direcciones. A los *trolls* les encanta inventarse historias y hacer morder el anzuelo a los medios de comunicación para que se hagan eco de ellas, lo que o bien beneficia a su causa al darle publicidad y respetabilidad, o bien simplemente les proporciona las «risas» que buscaban al ver que la prensa nacional se toma en serio sus caóticas falsedades. Mientras tanto, en un panorama mediático cada vez más competitivo y con más contenidos virtuales, en el que los medios de comunicación se disputan desesperadamente los clics, el público y los ingresos por publicidad, se pueden obtener enormes beneficios dando cobertura a los contenidos más indignantes y ofensivos que los *trolls* sean capaces de producir. El botín de la polémica y los ciberanzuelos puede más que el riesgo del daño a la reputación que entraña difundir contenidos cuestionables a nivel moral o, incluso, directamente falsos.

La práctica de los principales medios de comunicación de presentar el feminismo en términos deliberadamente despreciativos no hace sino exacerbar el problema al centrarse en los temas de debate más «insignificantes» y

«controvertidos». Los directores y programadores son muy conscientes de que esos contenidos son los que más probabilidades tienen de suscitar indignación en Internet, atraer a los *trolls* y recibir amplia difusión. Esa práctica queda clara en las peticiones que recibo a diario de los medios de comunicación: cuando salta a los titulares algún caso aislado y sumamente extraordinario de falsa denuncia de violación, no para de sonarme el teléfono; sin embargo, este se empeña en permanecer mudo cuando los servicios básicos contra la violencia sexual vuelven a sufrir recortes. Siempre intento hasta la saciedad convencer a los periodistas de que escriban sobre temas como la pobreza menstrual o la detención de mujeres refugiadas. Sin embargo, el correo electrónico se me llena de peticiones con ejemplos reales como los siguientes:

> «Hola, Laura. ¿Te apetecería participar mañana en el programa para debatir sobre los silbidos callejeros?».
>
> «Queremos organizar un debate sobre si el movimiento #MeToo se ha "pasado de la raya"».
>
> «¿Crees que un cartel que diga "HOMBRE TRABAJANDO" es sexista? En caso afirmativo, ¿te interesaría defender esa opinión en el debate?».
>
> «Me gustaría saber qué opinas […] sobre el hecho de que Kleenex haya quitado la etiqueta "tamaño hombre" de sus cajas […], sobre por qué la etiqueta era sexista».
>
> «Debatiremos sobre si las mujeres están destruyendo el feminismo».
>
> «¿Se ha pasado de la raya el feminismo? Entrevista televisiva».
>
> «¿Podemos convencerte para que hables sobre si la gripe masculina es una realidad o un mito?».

Todo esto puede parecer inofensivo y, por supuesto, no se le puede impedir a ningún medio de comunicación que hable del tema que le dé la gana, pero resulta sumamente frustrante que la balanza de la cobertura se incline tantísimo a favor de temas como esos en detrimento de la infinidad de temas mucho más apremiantes y urgentes que las feministas se centran en combatir. En realidad, esa tendencia utiliza las tácticas de la machoesfera de malinterpretar deliberadamente las cosas, crear argumentos feministas de paja e insinuar que

existe una especie de histeria feminista gimoteadora y privilegiada sobre cuestiones triviales. Además, los directores de los medios de comunicación prestan escasa atención al hecho de que esos son los temas más propensos a provocar que despiadados ejércitos de *trolls* acosen a las mujeres que, como descubrió Lee-Kennedy, tienen la mala suerte o la valentía suficientes como para sentirse interpeladas y debatirlos. En efecto, en muchos casos, el tráfico adicional que generan los *trolls* parece ser una recompensa cuyo precio los medios de comunicación están encantados de dejar que paguen sus redactoras. Como señaló en una ocasión la escritora feminista Jessica Valenti, ningún jefe esperaría que sus empleados soportaran que un aluvión de gente enfadada los insulte a gritos mientras intentan hacer su trabajo. Sin embargo, esa es precisamente la situación en la que se encuentran muchas redactoras actuales (sobre todo, mujeres y personas racializadas). La única diferencia es que los acosadores están en Internet.

«En ningún momento me sentí protegida por mi empresa», señala Lee-Kennedy. Cuando empezaron las oleadas de insultos tras su artículo de repaso anual del sexismo, «les dio absolutamente igual, lo explotaron todo lo que pudieron». De hecho, Lee-Kennedy recuerda que su jefe, después de jactarse de lo mucho que la odiaba la gente y del tráfico que ese odio estaba dirigiendo hacia el artículo, llegó a decirle entusiasmado: «Si algún día quieres escribir otro artículo como este, estaremos encantados de publicarlo». Ella se limitó a responder: «No quiero».

Aunque en un sentido distinto, también el frenesí de los medios sensacionalistas en torno a su historia contribuyó en gran medida al troleo: «El *Sun* y el *Daily Mail* sabían perfectamente lo que hacían y la clase de gente que iban a sacar a la luz». Por primera vez, Lee-Kennedy relacionó la «economía del clic» con la gente «espantosa» que había detrás al constatar que si un contenido consigue clics a los medios les da bastante igual de dónde venga.

La idea de que el ciberacoso es algo inofensivo que ocurre en una burbuja aislada que no puede entrar en contacto con la vida real solo puede suscribirla quien no haya vivido ese acoso en sus propias carnes. Por desgracia, eso significa que la idea tiene sentido para la gran mayoría de los profesionales del periodismo —hombres heterosexuales, blancos y de clase media— que informan sobre el problema, los machitos del sector tecnológico responsables de construir y supervisar las plataformas donde se produce y los políticos y legisladores que promulgan (o no promulgan) leyes para combatir el ciberacoso. Una parte fundamental del problema es que aquellas personas cuyas vidas se ven profunda e infinitamente afectadas por el ciberacoso no son ni de lejos aquellas con poder

para frenarlo. Y, en algunos casos, quienes tienen el poder de frenarlo son las mismas personas que lo perpetúan. Aunque sea sumamente preocupante que la inmensa mayoría de las diputadas británicas hayan sido insultadas en Internet y en la calle, es igual de alarmante que casi dos tercios de las personas que respondieron a la encuesta de la BBC también hayan recibido comentarios sexistas de compañeros de trabajo o de diputados varones. ¿Cómo podemos confiar en que esos hombres tomen medidas serias para combatir el problema?

El tiempo que llevo investigando a los *trolls* de Internet ha empezado a dotar de sentido a ciertos mensajes de acoso que en un primer momento me parecieron incomprensibles. Rastrear los complejos vínculos entre la machoesfera y el supremacismo blanco permite ver que las amenazas están generosamente salpicadas con epítetos racistas. Los extraños mensajes en los que se me decía una y otra y otra vez «tú puedes decidir si quieres sexo, yo puedo decidir si quiero violarte» tienen más sentido en el contexto de las falsas equivalencias en torno a la violencia sexual que tanto gustan en los foros de la machoesfera. No se trata solo de amenazas de violación: esas amenazas son una consecuencia directa de atreverse a reivindicar la autonomía sexual de las mujeres. Ambas cuestiones están ligadas.

Si pienso ahora en el primer ataque de «brigadeo» que experimenté, cuando recibí cientos de mensajes en cuestión de horas, entiendo las referencias oblicuas al «territorio» 4chan y 9gag, las alusiones a ejércitos de *trolls* y los recuentos de puntos. Comprendo que mi experiencia, mi terror, era el juego de mesa entre dos grupos opuestos de ciberacosadores, cada cual leal a un foro distinto y glorificándose en las fantasías cada vez más crudas sobre la destrucción de mi cuerpo que representaban las fichas de su juego. El objetivo final consistía en destruirme, obligándome a dejar Internet y mi trabajo, y la victoria se buscaba a toda costa, por honor y por humor.

Por encima de todo, tenemos que distinguir esos patrones. No podemos frenar ese tipo de delitos si no somos capaces de nombrar y enfrentarnos a las ideologías de base y a la incitación virtual que los fomenta. Y no podemos combatir a los *trolls* de manera efectiva si ni siquiera entendemos lo que están haciendo.

Pero la cuestión no es entender las pequeñeces de los memes, el *shitposting* y los «símbolos secretos» de los *trolls* actuales. Se trata de reconocerlos para no dejarnos engañar por ellos y ser capaces de ver el problema de fondo. No se trata de que sean personas enganchadas a Internet. Lo importante, precisamente, es lo que pasa fuera de Internet.

El 15 de marzo de 2019, un supremacista blanco australiano de veintiocho

años accedió a la mezquita Al Noor de Christchurch, Nueva Zelanda, y abrió fuego. Quince minutos después, continuó con la masacre en el Centro Islámico de Linwood. En total, murieron asesinadas cincuenta y una personas y cuarenta y nueve resultaron heridas; la mayoría eran fieles de entre tres y setenta y siete años.

Brenton Tarrant, el responsable de la masacre, era un radical de extrema derecha, supremacista blanco, misógino e islamófobo. No es ninguna exageración afirmar que tenía vínculos con la cultura *troll* de los *chans*, la derecha alternativa y la machoesfera. Todo su atentado de odio se planificó, fraguó y ejecutó en el marco de ese mundo. Para Tarrant, la masacre tuvo lugar en Internet además de en la vida real. Estaba cometiendo una matanza masiva, pero también troleando. Dos días antes de la masacre, publicó en Twitter imágenes de las armas del crimen. Poco antes del tiroteo, anunció sus intenciones en el tablón de mensajes de 8chan /pol e incluyó un enlace a su cuenta de Facebook. Desde ahí retransmitió la masacre en directo en un escalofriante vídeo de diecisiete minutos. Tarrant, que llevaba una cámara en la cabeza, creó una perspectiva en primera persona de los asesinatos para disfrute de sus seguidores y, básicamente, les regaló un videojuego de tiros con víctimas reales.

Al principio de la retransmisión, antes de empezar con la matanza, Tarrant dijo a sus seguidores: «Acordaos, chavales: ¡a suscribirse a PewDiePie!». Era una referencia a la reciente campaña de la estrella de YouTube PewDiePie buscando más seguidores, la manera de Tarrant de alertar a ciertas personas de que aquel vídeo era para ellos al hacer referencia a un misterioso meme de Internet. Se trataba de una broma privada, de una referencia que solo captarían quienes estuvieran metidísimos en las insignificancias de los sucesos de Internet y dominaran la retórica de los chats: personas enganchadas a Internet. Pero también era una técnica de troleo por derecho propio: tras el ataque, tal y como Tarrant sabía que ocurriría, los principales medios de comunicación se desvivieron por difundir la noticia; algunos creyeron que Tarrant había sido fan de verdad del *youtuber* y ofrecieron largas e irrelevantes explicaciones sobre sus contenidos. El *Daily Mail* publicó en su web fragmentos del vídeo de la masacre y subió el manifiesto completo en formato descargable, lo que supuso elevarlo a una de las plataformas mediáticas más grandes del mundo y le dio un alcance mucho mayor de lo que Tarrant podría haber soñado jamás. (El *Mail* quitó el manifiesto y los vídeos pasados tres días, tras recibir críticas generalizadas).[51]

Los colegas radicales de Tarrant en Internet reaccionaron rápidamente y de la manera en que cabía esperar. La primera respuesta de otro usuario «anónimo» de 8chan cuando Tarrant contó lo que estaba a punto de hacer lo animaba e instaba

a «conseguir la máxima puntuación», un lenguaje espantoso pero muy apropiado para el montaje estilo videojuego que estaba a punto de desarrollarse. En su último mensaje en 8chan, Tarrant pedía a los «chavales» y a los «tíos guais» que «cumpláis con vuestra parte difundiendo mi mensaje, haciendo memes y *shitposting* como soléis hacer». Después de la masacre, sus colegas extremistas, *trolls* y radicales del troleo hicieron viral el vídeo de Tarrant en Facebook, YouTube y otras plataformas, frustrando durante días los intentos de las empresas de redes sociales de eliminarlo. (Sigue siendo fácil de encontrar en muchas webs radicales). En el tablón /pol, los colegas de Tarrant se apresuraron a traducir su manifiesto al máximo número posible de idiomas para que su mensaje llegara aún más lejos. Ahora se refieren constantemente a él como «san Tarrant» en publicaciones que incluyen alabanzas como: «Combatió a los invasores. ¡/pol honra a sus héroes!».

El propio manifiesto era una forma de troleo en sí mismo, pues combinaba las genuinas y aberrantes creencias de Tarrant, de una violencia radical, con ejemplos típicos de *shitposting*, como maravillosas referencias a comentaristas conservadores y menciones a videojuegos infantiles, tendencias de baile virales como el *flossing* y los memes de 4chan. Todo aquello amplificaba su intención de fundir su atentado terrorista y su mundo virtual con tanta sutileza que los de fuera no pudieran distinguirlos, mientras que los de dentro se deleitarían con cada palabra.

Por supuesto, los medios de comunicación tenían toda la razón del mundo al describir el manifiesto de Tarrant como supremacista blanco, racista e islamófobo. La masacre fue un demoledor delito de odio centrado en personas inocentes a las que se atacó a causa de su religión y su color de piel. Las noticias apenas hacían referencia a la misoginia. Sophie Walker, exlideresa del Partido por la Igualdad de las Mujeres británico, tuiteó sobre el ataque, que describió como terrorismo islamófobo, pero también recalcó la necesidad de reconocer la amenaza de la violencia masculina. Walker recibió un aluvión de insultos y muestras de enfado y fue acusada de aprovecharse oportunistamente de un acontecimiento sin relación alguna para impulsar su agenda feminista radical.

Pero Walker tenía razón. El Congreso de los Estados Unidos define los tiroteos masivos como incidentes aislados en los que mueren asesinadas tres personas o más. Según esa definición, de los ciento catorce tiroteos masivos que se han producido en los Estados Unidos entre 1982 y mayo de 2019, ciento diez fueron cometidos por hombres. ¿De verdad deberíamos seguir haciendo la vista gorda ante esa estadística tan clara porque los hombres se ofenden cuando la mencionamos? ¿Incluso si supone desaprovechar una oportunidad crucial para

entender el problema?

Además, las matanzas masivas no siempre pueden dividirse fácilmente en categorías separadas de delitos de odio inspirados por la misoginia o por el supremacismo blanco. Los manifiestos de los asesinos que afirman inspirarse sobre todo en la ideología *incel* o en la machoesfera contienen siempre una retórica profundamente racista y homófoba. Los delitos vinculados al supremacismo blanco están motivados por un odio y un miedo que incluyen nociones misóginas arraigadas sobre los inmigrantes que «roban» a las mujeres blancas o el anhelo de volver a una época de pureza blanca y esclavitud sexual. No se trata de problemas independientes. Están indeleblemente entretejidos en el entramado del radicalismo de extrema derecha en Internet. Reconocer esa complejidad no supone reducir el espanto de ninguna de esas discriminaciones.

Las primeras tres frases del manifiesto de Tarrant eran estas: «Tasa de natalidad. Tasa de natalidad. Tasa de natalidad». La idea central del extenso documento era una obsesión con la «teoría del reemplazo», un elemento básico de las webs de los supremacistas blancos que hace referencia a la idea de que la inmigración amenaza con contaminar los linajes blancos supremos debido a la disminución de la tasa de natalidad en algunos países, donde los «invasores» suplantan el legítimo lugar de los hombres blancos al dejar embarazadas a las mujeres blancas, lo que en última instancia conduce a lo que se conoce absurdamente como el genocidio de los hombres blancos. No se trata solo de una teoría espantosamente racista y xenófoba: se fundamenta en los niveles más profundos y deshumanizantes de la misoginia. El manifiesto incluye un montón de elementos de la ideología de los *incels* y de la machoesfera, además de estar impregnado de la «lógica» de los supremacistas blancos enganchados a Internet. «A los hombres fuertes no los reemplaza ninguna etnia —despotrica Tarrant—, los hombres fuertes no permiten que se degrade su cultura, los hombres fuertes no permiten que mueran los suyos. Son los hombres débiles quienes han creado esta situación y para arreglarla hacen falta hombres fuertes».

No es ninguna coincidencia que Tarrant señalara al asesino en masa noruego Anders Behring Breivik como una de sus principales inspiraciones. Breivik, también ampliamente reconocido como supremacista blanco, masacró a setenta y siete personas —la mayoría, adolescentes— en lo que describió como un golpe contra los liberales «políticamente correctos» que permiten la inmigración musulmana. Pero en su manifiesto también mezclaba los derechos de los padres con la islamofobia, despotricaba contra la corrección política, la ideología feminista y la «mezcolanza racial» y se apoyaba de principio a fin en creencias misóginas profundamente arraigadas. Se hizo eco de la paranoia de los *incels* y de

los activistas por los derechos de los hombres sobre que las omnipotentes feminazis están «transformando el patriarcado en un matriarcado». Expresó la clásica creencia de los hombres que siguen su propio camino de que nuestra cultura políticamente correcta está obsesionada con denigrar «el valor intrínseco de los varones heterosexuales europeos nativos cristianos» emasculándolos en el proceso. Se burló de la supuesta promiscuidad de las mujeres y citó la creencia de los artistas de la seducción de que las mujeres tienen un «capital erótico» mayor que pueden usar para aprovecharse de los hombres. La introducción de Breivik concluye con el siguiente aviso apremiante: «El destino de la civilización europea depende de que los hombres europeos se resistan categóricamente al feminismo políticamente correcto». Sin embargo, en ninguna parte se mencionan ni se comentan esos aspectos misóginos fundamentales de la motivación ni la identidad radical de Breivik. Se lo describe únicamente como supremacista blanco, cosa que, por supuesto, también es cierta.

Los *trolls* son un poco como los virus. Actúan de manera coordinada, pero se componen de un sinfín de partículas. Generan caos infectando a sus huéspedes. Lo más preocupante de todo es que se replican y multiplican a una velocidad vertiginosa. El 27 de abril de 2019, casi un mes después del tiroteo de la mezquita de Christchurch, el último día del Pésaj o Pascua judía, John T. Earnest, de diecinueve años, entró en la sinagoga Chabad of Poway, abrió fuego con un fusil AR-15 y mató a una mujer, además de herir a tres personas más (entre ellas, el rabino de la sinagoga).

Antes de cometer el atentado terrorista, Earnest dejó un mensaje de despedida en el mismo foro de 8chan que Tarrant, con un enlace a una retransmisión en directo en Facebook y un manifiesto de 4.300 palabras.

No era ninguna coincidencia.

El manifiesto de Earnest elogiaba al tirador de Christchurch y decía que esa masacre había sido el «catalizador» que lo había animado a cometer la suya. Imitaba mucho la retórica de Tarrant y mezclaba de manera parecida memes de personas enganchadas a Internet y contenidos que delataban una obsesión con la disminución de la tasa de natalidad. Él también hizo referencia a PewDiePie y aseguró falsamente que el *youtuber* le había financiado la «operación». En otras palabras, ambos asesinos eran también *trolls*. Y una parte nada desdeñable de su motivación criminal era actuar para sus colegas.

Al igual que en el caso de Tarrant, los titulares tildaron a Earnest de «antisemita» y supremacista blanco. Claramente, esas eran las causas que motivaron sus crímenes. Pero en las noticias apenas se mencionaba la misoginia, pese a que en el mensaje en 8chan en el que anunciaba sus intenciones hacía

referencia al movimiento de la «píldora roja» de los supremacistas masculinos.

Casey Quinlan, periodista que ha investigado las intersecciones entre el género, la sexualidad y la ultraderecha, pareció ser la única persona capaz de detectar la conexión: «No es ninguna coincidencia que el tirador de la sinagoga escribiera en Internet sobre el movimiento de la "píldora roja"». Keegan Hankes, analista de investigación del Southern Poverty Law Center, aseguró a Quinlan que el movimiento por los derechos de los hombres «no recibe toda la atención que se merece en el papel que desempeña en el avance del extremismo».

Estamos hablando de ataques terroristas homicidas que se visualizaban como videojuegos, repletos de normas, motivos, historias y léxico impenetrables para las personas ajenas a esas comunidades, lo que reforzaba la sensación de identidad, pertenencia y autoimportancia. Precisamente, las características que durante tanto tiempo nos han animado a despreciar y subestimar a esas comunidades virtuales están reproduciéndose ahora en el mundo real.

Lo más aterrador de todo es lo que significa eso en una comunidad en la que lo único que importa es ganar y solo hay una forma de hacerlo: aumentar la intensidad.

Yo una vez contesté. Contesté a un hombre que me había llamado «zorrita quejica» y que sugería que me metieran elementos de mobiliario en el cuerpo a la fuerza, y le pregunté: «¿Puedes decirme qué te ha llevado a ser tan infeliz?». Ya sé, ya sé: no hay que alimentar a los *trolls*. Pero aquella vez yo tenía un buen día, me sentía fuerte y me picaba la curiosidad. Quería intentar entender qué había llevado a alguien a mandar un mensaje como aquel a una mujer a la que no conocía de nada. Y cuando respondió, empecé a entender quién era aquel hombre. El tipo era exmilitar, soldado de infantería aérea. Lo enfurecía que se hubiera permitido a las mujeres servir en el ejército o, como lo expresó él, que hubieran «metido el coñito en mi unidad». Era un hombre religioso. Creía que había «unos papeles para los hombres tradicionales y otros para las mujeres. Así es como nos creó Dios». Pero su definición de esos papeles se sustentaba sobre un tremendo desequilibrio de poder. «Los hombres son más fuertes tanto a nivel físico como mental. Las mujeres soportan el estrés mucho peor que los hombres», escribió. De alguna forma, en algún momento, esas ideas se habían transformado en una virulenta obsesión con el movimiento feminista. Afirmó que el movimiento estaba «haciendo un daño ENORME a las sociedades de todo el mundo occidental». Aunque su correo original se centraba más en los musulmanes que en las mujeres, una vez que empezamos a hablar resultó que el hombre estaba obsesionadísimo con la misoginia. Estaba furioso con las feministas por «feminizar a los chicos jóvenes» y advertía de que estaban creando

una «carnicería masiva».

Todo lo que dijo estaba sacado directamente de la machoesfera: las conspiraciones sobre que el Departamento de Defensa estaba rebajando los niveles de exigencia al admitir a mujeres para arrastrarse ante los guerreros liberales de la corrección política, la furia contra los «hombres blandengues» incapaces de proteger la sociedad tradicional…

Pero, sobre todo, era un hombre de familia. «Dios creó al hombre para cuidar y atender a su mujer», me explicó.

> Las mujeres paren hijos y los cuidan. Constituyen una unidad familiar que vive en amor y armonía. Esa unidad es prácticamente inexistente en la sociedad actual. En mi opinión, hay que aplastar y destruir el movimiento feminista al completo. Erradicarlo de la sociedad para poder reconstruir la familia nuclear.

Puede que los *trolls* sean los ejércitos cruzados de la machoesfera, virulentos pistoleros contratados para acabar con todas aquellas personas consideradas como una amenaza. Pero también son su flanco más débil, porque ponen en evidencia la absoluta hipocresía del movimiento.

Mi amiguito por correspondencia parecía creer fervientemente que había que proteger a toda costa a las mujeres. Pero no a las mujeres como yo. Así que volví a escribirle y, ya que la familia era tan importante para él, le pregunté por la suya. Le pregunté cómo se sentiría si un completo desconocido escribiera un correo electrónico a su hija llamándola zorra y puta. Después de eso, no volvió a contestar.

---

[38] En inglés, *trawling* o *trolling*. (*N. de la T.*).

[39] «Feminist games critic cancels talk after terror threat», *The Guardian*, 15 de octubre de 2014.

[40] *Feminist Media Studies*, *op. cit.*

[41] «Man who harassed MP Luciana Berger online is jailed for two years», *The Guardian*, 8 de diciembre de 2016.

[42] «Man admits sending sickening death threats to MP Angela Eagle», *Liverpool Echo*, 19 de octubre de 2016.

[43] «Britain's vilest troll: "I'm here to expose hypocrisy"» *Daily Telegraph*, 5 de febrero de 2015.

[44] «Britain's worst troll: We expose dad-of-two youth football coach living double life as UK's sickest troll – targeting celebs including Katie Price with barrage of vile racist tweets», *The Sun*, 21 de febrero de 2018.

[45] «Online abuse and harassment», Ipsos MORI, 20 de noviembre de 2017.

[46] «Review of the Committee on Standards in Public Life into the Intimidation of Parliamentary Candidates», Instituto Nacional Demócrata para los Asuntos Internacionales, 8 de septiembre de 2017.

[47] «Mistreatment of women MPs revealed», página web de la BBC, 25 de enero de 2017.

[48] Diane Julie Abbott es una política británica, miembro del Partido Laborista y diputada por Hackney North y Stoke Newington desde 1987. Abbott fue la primera mujer negra elegida para el Parlamento británico y es la diputada negra que más tiempo lleva en la Cámara de los Comunes. (*N. de la T.*).

[49] «Diane Abbott more abused than any other female MP during election», *The Guardian*, 5 de septiembre de 2017.

[50] «Jo Cox murder: Judge's sentencing remarks to Thomas Mair», página web de la BBC, 23 de noviembre de 2016.

[51] «The Media Still Haven't Figured Out How to Cover Acts of Violence», *The Atlantic*, 15 de marzo de 2019.

06

Los hombres que maltratan a las mujeres

«Es más débil que tú, es inferior a ti, así que
como vuelva a cabrearte, la mandas al hospital».

MATT FORNEY, bloguero de la machoesfera, en una publicación titulada «La necesidad de la violencia de género»

Quizá consideremos a los *incels*, los artistas de la seducción, los hombres que siguen su propio camino, los *trolls* y los activistas por los derechos de los hombres como comunidades pura y específicamente de Internet. Quizá nos parezcan independientes de los hombres normales y corrientes del mundo real que insultan, aterrorizan, acechan, acosan y asesinan a mujeres que son, casi siempre, sus mujeres, novias y familiares. Quizá percibamos a esos hombres, de nuevo, como completamente distintos de aquellos que toman las armas para cometer actos masivos de violencia y asesinato. Error. Se trata de problemas que se retroalimentan y cuyas causas están inextricablemente entrelazadas.

Los hombres hacen daño a las mujeres. Es un hecho. Es una epidemia. Es una catástrofe de salud pública. Es normal.

Más de un tercio de todas las mujeres del mundo ha sufrido violencia física o sexual (sin incluir el acoso sexual) en algún momento de su vida. Ciento treinta y siete mujeres mueren a diario en todo el mundo asesinadas por algún familiar. No podemos hablar sobre el extremismo misógino violento y el supremacismo masculino sin contextualizarlo en un mundo en el que la violencia contra las mujeres alcanza niveles estratosféricos. La machoesfera es tanto un síntoma de esa desigualdad como una violenta reacción contra los intentos por reducirla.

Todo lo que hemos visto hasta ahora de la retórica de los *incels*, los artistas

de la seducción y los activistas por los derechos de los hombres sugiere que el objetivo principal de esos grupos reaccionarios —como el de muchos de los grupos de la derecha alternativa y otros grupos supremacistas de Internet— es retroceder a un estado idealizado de control y poder masculino blanco y heteronormativo. Quieren ver a las mujeres sometidas como vasallas, como objetos usados fundamentalmente para el placer sexual masculino y la reproducción: dóciles, obedientes y serviles. El fin de alcanzar esa utopía radical y patriarcal se considera muchísimo más importante que los medios, entre los que se encuentran el engaño, el acoso, la violación y la violencia masiva.

En realidad, esa ideología central de la machoesfera no dista mucho de la definición de la violencia de género que ejercen los hombres heterosexuales ni de la violación, que son métodos de instaurar el poder y el control masculino heteronormativo sobre las mujeres por medios violentos o abusivos. Women's Aid, la organización benéfica nacional británica en contra de la violencia de género, describe el fenómeno como un «delito machista, profundamente arraigado en la desigualdad social entre mujeres y hombres» y afirma que «la violencia de género está estrechamente ligada a cuestiones como el poder, el control y la desigualdad». Según explican, quienes perpetran la violencia de género «lo hacen para conseguir lo que quieren y para asumir el control». Todos esos son calificativos precisos que también podrían utilizarse para contextualizar los crímenes de hombres como Rodger, obsesionado con el poder y la desigualdad y que empleó la violencia para obtener el control sobre las mujeres que consideraba que le habían hecho daño.

Respect, una organización benéfica británica que combate la violencia de género y se centra en trabajar con los perpetradores, ofrece un teléfono de asistencia y un chat en línea, ambos confidenciales y anónimos, para personas preocupadas por sus propias actitudes violentas o abusivas hacia sus parejas. Les informa de lo siguiente: «El maltrato no ocurre sin más. En vez de tener que ver con perder el control, como piensa mucha gente, la mayoría de las veces tiene que ver con intentar mantener el control».

Si el terrorismo es una forma de intentar ejercer el control y el poder inspirando terror, a un nivel pequeño o individual describe con precisión la violencia de género.

El canadiense Michael Kaufman, escritor, educador, teórico y cofundador de la Campaña del Lazo Blanco, me explica que es importante entender la violencia de género como un «arma para instaurar y conservar el poder, pero también un mecanismo para hacer frente al miedo que tiene el perpetrador a no ser un hombre de verdad, lo cual no es para nada una excusa». Kaufman entiende el

vínculo entre la violencia de género y el terrorismo público mejor que la mayoría de la gente. La campaña nació en 1991 como respuesta directa a un ataque terrorista antifeminista y diversos estudios académicos respaldan su sugerencia de que la violencia machista y los estereotipos de género están relacionados. Por ejemplo, una investigación de 2018 señala que «las ideas tradicionales sobre el matrimonio, la familia y los roles de género sustentan la dominación masculina» y que «los hombres que creen en esos estereotipos patriarcales tienden a culpar a las mujeres y adolescentes por no atenerse a los comportamientos obedientes y sumisos que se espera de ellas, lo que los lleva a validar la violencia como una forma legítima de control social».[52]

Posicionar la violencia de género como una forma de ejercer el control patriarcal y la posesión es una teoría que ilustran claramente casos como el de Kayla Hayes, una estudiante de diecinueve años cuyo exnovio Seth Fleury, «controlador y manipulador», le mordió la cara y le arrancó medio labio inferior cuando ella rompió con él, porque, según dice Hayes, «quería dejarme su marca para mi próximo novio». También encaja muy bien con el importante número de casos en los que los hombres asesinan a sus propios hijos, lo que, en multitud de ocasiones, los perpetradores explican como un intento de recuperar el control sobre la familia cuando la mujer de la pareja amenaza con romper —o incluso rompe— la relación.

Los miembros de la machoesfera defienden de manera explícita la violencia física y psicológica contra la mujer en la pareja para instaurar el orden y la disciplina en la esfera doméstica.

Por ejemplo, en una entrada de blog titulada «La necesidad de la violencia de género», Forney (Bardamu) afirma lo siguiente:

> Al darle un bofetón a una chica no se pretende solo hacerle daño, sino que es una especie de *negging*. Es como decirle: «Puedo aplastarte como a un insecto, pero no mereces el esfuerzo». Es una aceptación tácita de que ella es más débil que tú, es inferior a ti, así que como vuelva a cabrearte, la mandas al hospital. La tratas como si fuera una niña con una rabieta, no como a una igual.

Así pues, los maltratadores exhiben la misma obsesión por el control y el poder masculinos al que hacen referencia los miembros de la machoesfera, tanto directa como indirectamente, cuando ansían una sociedad en la que las mujeres sepan cuál es su sitio y se restituya el orden supremacista masculino por medios violentos. En esencia, están usando la violencia y el miedo para intentar imponer en sus relaciones roles de género tradicionales y estereotípicos, del mismo modo

que los supremacistas masculinos desean imponer esos roles a gran escala. En otras palabras, la violencia de género es una forma de terrorismo, solo que es un terrorismo discreto, inadvertido y cotidiano.

Pero el paralelismo funciona también en la otra dirección hasta un punto impresionante. Llama la atención el hecho —que durante mucho tiempo no se ha reconocido, pero que por fin y tardíamente empieza a debatirse en el discurso dominante— de que un porcentaje significativo de terroristas y asesinos en masa tengan antecedentes de violencia de género o malos tratos.

Rachid Redouane, uno de los atacantes del atentado terrorista cometido en 2017 en el puente de Londres, tenía denuncias por maltratar física y emocionalmente a su mujer.

Khalid Masood, el hombre que en 2017 embistió con un coche a los peatones a la salida del palacio de Westminster y después mató a puñaladas al policía Keith Palmer, había asestado un puñetazo en la cara a una mujer y una exnovia lo había acusado de un delito de lesiones.

Mohamed Lahouaiej-Bouhlel, autor del atentado terrorista de Niza de 2016, era conocido por las autoridades por agredir y maltratar a su mujer.

Omar Mateen, el terrorista que en 2016 mató a cuarenta y nueve personas e hirió a cincuenta y tres en la discoteca gay Pulse de Orlando, había propinado numerosas palizas a su mujer, a la que, además de controlarle el dinero, mantenía aislada de su familia.

En 2014, en Sídney, Man Monis retuvo a dieciocho personas como rehenes, de las cuales dos murieron y otras cuatro resultaron heridas durante la redada policial. Monis acumulaba cuarenta y tres cargos por agresión sexual y antecedentes de violencia de género y acoso. Devin Patrick Kelley, que en 2017 mató a veintiséis personas e hirió a veinte en un tiroteo masivo en la Primera Iglesia Bautista de Sutherland Springs, Texas, había sido condenado por violencia de género tras pegar, patear y asfixiar a su mujer. Esteban Santiago Ruiz había sido arrestado y acusado de agresión en 2016 después de echar abajo la puerta de su novia y agarrar a esta por el cuello; un año después llevó a cabo el tiroteo masivo del Aeropuerto Internacional de Fort Lauderdale-Hollywood, en Florida, durante el cual mató a cinco personas e hirió a seis más.

No se trata en absoluto de una lista exhaustiva —no incluye a ninguno de los asesinos en masa mencionados en el capítulo sobre los *incels*, muchos de los cuales también tenían antecedentes de violencia contra las mujeres—, pero revela que ese tipo de antecedentes son sorprendentemente comunes entre los asesinos en masa y los terroristas, por mucho que no se explicite en la cobertura mediática del atentado o en su motivación. Y no se trata de ejemplos aislados. Una

investigación de 2019 reveló que, en al menos veintidós tiroteos masivos desde 2011, los perpetradores tenían antecedentes de violencia de género, centraban sus ataques específicamente en mujeres o habían acechado y acosado a mujeres. Esos veintidós tiroteos suponían más de un tercio de los tiroteos masivos públicos que se habían producido durante aquel lapso de ocho años.[53]

Y cuando el grupo Everytown for Gun Safety analizó los datos del FBI sobre tiroteos masivos en los Estados Unidos entre 2009 y 2015, descubrió que en al menos el 54 por ciento de ellos entre las víctimas había una pareja íntima o un familiar del perpetrador.

Las académicas y activistas feministas llevan tiempo advirtiendo de la conexión entre los atentados terroristas y la violencia de género, un patrón que se ha señalado una y otra vez. Rachel Pain, profesora de Geografía Humana en la Universidad de Newcastle, escribe: «El terrorismo cotidiano (la violencia de género) y el terrorismo global son intentos relacionados de ejercer el control político mediante el miedo».

Durante años, en la febril especulación sobre las posibles causas y motivaciones de los terroristas, se han ignorado los factores de conexión más evidentes (en particular, el hecho de que más del 96 por ciento de los terroristas son hombres, según los datos del FBI). Hasta mediados o finales de la década de 2010, los principales medios de comunicación no empezaron a hacer referencia a la conexión entre los asesinos en masa y sus antecedentes de violencia de género. E incluso ahora, demasiado a menudo, los crímenes violentos de los hombres blancos se excusan, subestiman y aíslan con las inevitables narrativas del «lobo solitario» y la salud mental, y muchas veces los medios de comunicación se desviven por encontrar «razones» o excusas plausibles para justificar y explicar esos actos, mientras que otro tipo de perpetradores (sobre todo, los musulmanes) reciben el tratamiento opuesto.

Esto se aprecia en un primer momento en la decisión de dar cobertura a unos ataques y no a otros. Un estudio de 2017, que analizaba los datos y la cobertura informativa de todos los atentados terroristas llevados a cabo en los Estados Unidos entre 2006 y 2015, reveló que, controlando el tipo de objetivo, las víctimas mortales y las detenciones, los ataques de perpetradores musulmanes reciben, de media, un 357 por ciento más de cobertura que los de atacantes no musulmanes.[54] Otro estudio de 2015 analizó 146 programas de noticias de la televisión estadounidense y de la televisión por cable emitidos entre 2008 y 2012 y descubrió que el 81 por ciento de los sospechosos de terrorismo sobre los que se informaba eran musulmanes, un porcentaje muy superior al de los atentados terroristas cometidos por musulmanes en los Estados Unidos durante ese periodo.

[55]

Luego está la naturaleza de la cobertura. Un estudio de 2011 sobre los medios de comunicación estadounidenses reveló «un patrón temático de la cobertura del terrorismo en el que domina el miedo al terrorismo internacional, sobre todo el de musulmanes/árabes/islamistas que trabajan juntos en células terroristas organizadas contra unos "Estados Unidos cristianos", mientras que el terrorismo nacional se presenta como una amenaza menor que se produce en incidentes aislados protagonizados por individuos problemáticos».[56] Una comparación entre la cobertura mediática de la masacre cometida en 2015 por Dylann Roof en una iglesia afroamericana de Charleston, Carolina del Sur, y la de la masacre de Omar Mateen en la discoteca Pulse de Orlando, Florida, reveló que se habló tres veces y media más de salud mental en la cobertura de la primera, mientras que los términos «terrorista» o «terrorismo» se mencionaron aproximadamente tres veces más en la cobertura de la segunda.

Así pues, hay sólidas pruebas que sugieren que los medios informativos tienen predisposición a presentar a ciertos tipos de atacantes de maneras muy distintas y son reacios a aplicar el término «terrorista» a los hombres blancos con la misma rapidez que a los atacantes musulmanes. Todo ello, sin mencionar el hecho de que los crímenes basados en el extremismo misógino tienen una probabilidad muchísimo menor de que nos los tomemos en serio como incidentes «terroristas», incluso en comparación con aquellos cometidos en nombre del supremacismo blanco o de las ideologías de la extrema derecha.

Esa cobertura se refleja en cómo trata el sistema judicial a los atacantes radicales violentos. Fields Jr., que embistió con el coche a un grupo de manifestantes, no fue acusado de terrorismo, sino que le imputaron cargos federales por delitos de odio.[57] Un análisis de 2019 de las acusaciones federales en los Estados Unidos desde el 11-S concluyó que «el Departamento de Justicia ha rechazado sistemáticamente presentar cargos de terrorismo contra los radicales derechistas, aun cuando sus presuntos crímenes encajaran con la definición jurídica de terrorismo nacional: actos de motivación ideológica perjudiciales para la vida humana y dirigidos a intimidar a la ciudadanía, influir en las políticas o cambiar la conducta gubernamental».[58] Los críticos han señalado que esa flagrante omisión se deriva de la falta de leyes estadounidenses sobre terrorismo nacional.

La cobertura mediática de la violencia masiva es igual de problemática. Después de que en marzo de 2019 Brenton Tarrant matara a cincuenta personas en los tiroteos masivos de dos mezquitas en Christchurch, Nueva Zelanda, el *Daily Mirror* publicó en primera plana una fotografía suya de cuando era un preescolar

de mejillas sonrosadas, junto con el titular «Niño angelical que al crecer se convirtió en un malvado asesino de extrema derecha», seguido de un artículo en el que se lo describía como un «simpático y entregado entrenador personal que dirigía programas de atletismo infantil gratuitos». El artículo también reproducía fragmentos del manifiesto de Tarrant, como la descripción que hacía de sí mismo: «No soy más que un hombre blanco normal, de una familia normal, que ha decidido posicionarse para garantizar el futuro de mi gente».

«La abuela del terrorista de Christchurch dice que era "un niño muy bueno"», contaba un artículo del *Daily Mail*.

Los titulares no se parecían en nada a la información de los tabloides británicos sobre atentados terroristas perpetrados por musulmanes, como el de la explosión en el Manchester Arena, tras el cual el *Daily Express* publicó el titular siguiente: «Una maldad inconcebible. ¿Cómo ha podido un bárbaro yihadista asesinar a nuestros preciosos hijos inocentes?». Y el del *Sun* rezaba así: «Pura maldad».

Comparemos eso con las primeras planas que se publicaron tras el atentado terrorista cometido en 2017 por Darren Osborne contra los devotos que estaban a la entrada de la mezquita de Finsbury Park, en el que una persona murió asesinada y al menos nueve resultaron heridas. «Detenido un "lobo solitario" desempleado por el ataque a una mezquita», rezaba el titular del *Times*. «"Ataque" a una mezquita», decía el *Sun*, como dando a entender que no estaban seguros siquiera de que el ataque se hubiera producido. Un titular del *Daily Mail* intentaba vincular la mezquita al extremismo islámico al informar sobre el atentado terrorista: «Un conductor blanco hiere al menos a diez personas tras embestir con su furgoneta a las personas que estaban a la entrada de la mezquita londinense de Finsbury Park, donde predicó una vez el imán radical Abu Hamza cuando los musulmanes terminaban sus rezos vespertinos».

Y, sobre todo en el caso de los hombres que matan en nombre del extremismo misógino, la motivación tiende a recibir muy poca atención y rara vez se menciona en los titulares. «Nosotros, desde luego, no usamos la palabra "terrorismo" para describir sus acciones cuando dan paso a la violencia», afirma Kaufman.

Pensemos, por ejemplo, en la cobertura mediática de Rodger, que seguramente sea el asesino en masa más conocido de quienes han actuado en nombre de la ideología *incel* y del supremacismo blanco. En torno a una semana después de su masacre misógina, el *New York Times* publicó una minuciosa semblanza de Rodger, escrita por cuatro hombres, que llevaba por título «Antes de la breve y mortal matanza, problemas desde los ocho años» e iba ilustrada con

una fotografía en sepia de Rodger a los diez años con aspecto angelical. En una serie de declaraciones de personas que lo conocieron, Rodger es descrito como «solitario», «introvertido», «con problemas emocionales», «inteligente», «apreciado», «muy inocente, de voz muy dulce». «Ni siquiera levantaba nunca la voz», afirmó su antiguo director. Se cita repetidamente a profesores que se refieren a él cariñosamente como «nuestro Elliot», frase que se repite tres veces en el artículo. El texto se centra ampliamente en el acoso escolar que sufrió y presenta a Rodger como a una víctima. Recoge las preocupaciones de sus padres sobre si «era fácil que se aprovecharan de él» o si podía ser «un blanco fácil para algún tipo de estafa» y reproduce fragmentos del manifiesto de Rodger en los que este cuenta que en el instituto le tiraban comida y pregunta: «¿Qué clase de gente horrible y depravada se metería con un chaval más joven que ellos que acaba de llegar al instituto?».

Pese a citar muchísimos fragmentos del manifiesto de Rodger —sobre todo, los que describen el acoso que afirmaba experimentar en el instituto—, son muy limitadas las referencias a su contenido misógino, tan lleno de detalles que resulta abrumador; no se citan las partes en las que describía a las mujeres como «monstruos», «retorcidas y malas» o como «el mal supremo», ni su declaración de que a las mujeres habría que quitarles todos los derechos y que tendrían que ser los hombres quienes decidieran con quiénes «aparearse o procrear». No se hace eco de su creencia de que «no hay criatura más maléfica y depravada que la hembra humana».

El artículo sí recoge los vínculos de Rodger con diversas páginas de la machoesfera, aunque describe de manera eufemística ese periodo de radicalización misógina como buscar «refugio en Internet» y califica las webs radicales que visitaba como focos de «jóvenes sexualmente frustrados». Reproduce algunas de sus publicaciones en Internet, pero no dice nada del vídeo en el que se dirige a las mujeres de manera directa y explícita, declara su intención de «masacrar a todas y cada una de las putas rubias malcriadas y estiradas con las que me encuentre» y afirma que «disfruto masacrándoos a todas».

Al no mencionar jamás las palabras «terrorismo», «extremismo», «misoginia» ni «sexismo», el artículo hace un retrato muy específico del asesino en masa que terminaría convirtiéndose en un héroe y punto de confluencia para futuros asesinos de la machoesfera.

Un artículo del *New York Times* sobre el asesino George Sodini lleva el eufemístico título «Un blog detalla la frustración del tirador» y empieza describiéndolo como una persona «torturada por la soledad». Aunque no se da

ningún detalle sobre las mujeres muertas mencionadas en el artículo, el periodista —hombre— refiere que una vecina afirmó que Sodini era «simpático […] y nada feo».

Resulta instructivo comparar esos y otros innumerables artículos de los medios de comunicación que informan sobre asesinos de la comunidad de los *incels* y de los supremacistas masculinos sin llamarlos nunca extremistas ni terroristas con las definiciones de terrorismo de los países en los que llevaron a cabo sus atentados.

En los Estados Unidos, el término «terrorismo» se define en el título 22, capítulo 38 del Código de los Estados Unidos, § 2656f, como «violencia premeditada y de motivación política perpetrada contra objetivos no combatientes por grupos subnacionales o agentes clandestinos».

En el Reino Unido, la definición legal de terrorismo se recoge en la sección 1 de la Ley Antiterrorista del año 2000, que especifica que el terrorismo es el uso o la amenaza de atentados diseñados para influir en el Gobierno o en una organización gubernamental internacional o para intimidar al público o a una parte del público y que se comete con el objetivo de promover una causa política, religiosa o ideológica. El atentado que se comete o con el que se amenaza ha de implicar violencia grave contra una persona, graves daños a la propiedad, poner en peligro la vida de una persona, entrañar un riesgo grave para la salud o la seguridad públicas o tener la intención de interferir en algún sistema electrónico o alterarlo gravemente.

En Canadá, la definición de «actividad terrorista» incluye atentados u omisiones cometidos con dos elementos intencionales fundamentales. En primer lugar, el acusado debe haber actuado movido por un «propósito, objetivo o causa política, religiosa o ideológica». En segundo lugar, deben haber pretendido intimidar al «público, o a un sector del público, en relación con su seguridad» u obligar a un Gobierno u organización a «celebrar o abstenerse de celebrar algún acto». La actividad en cuestión también tiene que haber provocado muertos o heridos de manera violenta, haber puesto en peligro la vida o entrañado un grave riesgo para la seguridad pública (incluido un sector del público).

Aunque convendría mantener un debate complejo y lleno de matices sobre la etiqueta de terrorismo y sus ventajas y restricciones, está claro que, según estas definiciones, muchos de los autores y actos descritos en este libro cumplen los requisitos para ser calificados de terroristas y de terrorismo. El hecho de que eso no ocurra repetidamente es una prueba innegable de tres cosas: la escasa gravedad que nuestra sociedad atribuye al extremismo violento motivado por la misoginia, la insensibilización generalizada ante la violencia contra las mujeres y

la falta de conciencia de la magnitud de la comunidad supremacista masculina en Internet.

Aun cuando algunos puedan argumentar que los actos de supremacismo masculino no han alcanzado el nivel suficiente para encajar en la categoría de terrorismo, merece la pena considerar la categoría independiente pero estrechamente relacionada del extremismo violento, que suele definirse como la comisión de actos violentos (o su apoyo) para alcanzar objetivos políticos, ideológicos, religiosos o sociales. Este término casi nunca se aplica a los hombres que actúan en nombre del extremismo misógino, a pesar de que abarca muchos de sus actos.

La forma en que los medios de comunicación describen esos incidentes es de suma importancia. Hay numerosas pruebas que sugieren que describir un ataque como terrorismo tiene un efecto en la opinión pública e influye en las posturas políticas de las personas en temas como la financiación de las actividades antiterroristas y el apoyo a diversos actos y políticas gubernamentales. Esa influencia en la opinión pública puede tener consecuencias en las prioridades y acciones de los políticos o afectar a la percepción de grupos particulares. Así que si los medios informativos minimizan y suavizan su descripción de los hombres blancos que cometen atentados terroristas, si nunca definen como tal de manera explícita los ataques de misoginia radical y nunca mencionan la misoginia violenta como una forma de terrorismo, contribuyen a la normalización social de esas ideologías y de esa violencia, reforzando la debilidad de nuestro Gobierno y de las respuestas políticas al problema.

Lo que vemos cuando presenciamos la forma tan dispar en que los medios informan de los asesinatos en masa de los *incels* en comparación con otros crímenes similares nace de la superposición de dos importantes puntos ciegos de los medios de comunicación: el primero es la reticencia a clasificar a los asesinos blancos como terroristas con el mismo entusiasmo que a los perpetradores musulmanes o no blancos; el segundo es la tendencia a minimizar, excusar y humanizar a los hombres que cometen actos violentos contra las mujeres en general, pero sobre todo en la esfera doméstica.

Ese efecto se consigue muchas veces mediante noticias que sugieren motivaciones que parecen excusar los actos de los maltratadores: a menudo se culpa implícitamente a las víctimas al sugerir que de alguna forma han causado o provocado los ataques sufridos.

He aquí un titular típico: «Un padre con afición a las barbacoas mata a seis personas por la aventura de su mujer». Eso humaniza inmediatamente al «padre con afición a las barbacoas» y vincula de manera directa el asesinato masivo a la

supuesta infidelidad de su mujer. Otro dice así: «Las burlas de la esposa sobre el tamaño del pene y una relación lésbica "abocaron al marido al asesinato"». Y un tercero: «Cadena perpetua para un marido que cometió un doble asesinato movido por los celos». Después de un tiroteo masivo en Santa Fe, Texas, se publicó el titular siguiente: «El rechazo a sus insinuaciones provocó el tiroteo en el instituto de Texas, dice la madre de la víctima». (De hecho, ya solo eso habría hecho las delicias de un lector *incel*). Y, mientras escribo este capítulo, me salta la noticia siguiente en el muro de Twitter: «Marido calzonazos mata a su mujer por llamarlo "flácido e inútil" a causa de la disfunción eréctil que sufría». Un artículo sobre un hombre que mató a sus dos hijos a puñaladas lo describía como un «padre despechado», «destrozado» y «con el corazón roto» después de que lo dejara su mujer, es decir, el tipo de titular por el que babean los blogs de los activistas por los derechos de los hombres.

Un artículo de 2019 sobre un hombre galés que apalizó y apuñaló hasta la muerte a su mujer y a sus dos hijos recoge declaraciones de la hermana de la víctima, que afirmaba que «no fue violento hasta que vio mensajes de texto de otros hombres en el móvil de su mujer». En realidad, en el artículo se admite que en 2013 el hombre había cumplido pena de cárcel por un delito continuado de agresión a su mujer. Se recogían declaraciones del forense, que aseguraba que el asesino tenía «demonios en la cabeza» (no se mencionaba enfermedad mental alguna) y que, a pesar de haber sido encarcelado previamente por violencia de género, «nadie previó lo que iba a ocurrir»: «No se había producido ninguna amenaza explícita que hubiera permitido a alguien intervenir para evitar esta tragedia».

En julio de 2016, un hombre llamado Lance Hart asesinó a su mujer, Claire, y a su hija de diecinueve años, Charlotte, en Spalding, Lincolnshire. Un artículo sobre el suceso, escrito por un redactor que no tenía ningún conocimiento personal del caso al margen de lo publicado en los medios de comunicación, decía así:

> Por supuesto, estos hombres actúan muchas veces movidos por la ira y el deseo de castigar a su cónyuge. Pero aunque sea comprensible que alguien mate a su pareja como venganza, es muy distinto que un hombre mate a sus hijos (que son testigos inocentes de una desintegración conyugal). Creo que a menudo se trata de un retorcido acto de amor, ya que el hombre cree estúpidamente que la crisis de sus vidas es tan grande que los niños estarían mejor muertos.

El uso de la palabra «comprensible» para describir el asesinato de una mujer a

manos de su marido y de «acto de amor» para describir la masacre de sus hijos es sintomático de hasta qué punto ha llegado la culpabilización que se hace de las víctimas en nuestra cobertura informativa de los asesinatos por violencia de género. Además, la afirmación de que matar a niños «inocentes» «es muy distinto» de asesinar a tu pareja adjudicaba inmediatamente a Claire parte de la culpa y colocaba su asesinato en una zona gris. Otros periódicos británicos describían a Hart en tono compasivo y se centraban en sus «problemas» para aceptar la desintegración de su matrimonio. El *Daily Mail* recogía declaraciones de conocidos que aseguraban que Hart «era siempre cariñoso» y el *Telegraph* incluía declaraciones de vecinos que lo describían como «un tipo simpatiquísimo» y aportaban detalles irrelevantes sobre lo bien que se le daba el bricolaje. Las noticias especulaban sobre qué lo habría abocado a asesinar a su mujer y a su hija.

Los hermanos de Charlotte, Luke y Ryan Hart —que estaban en el extranjero cuando se produjo el ataque—, han descrito a su hermana y a su madre en entrevistas posteriores como apasionadas de los animales, «abnegadas y cariñosas», «obsesionadas con los perros». Charlotte era deportista, le encantaba montar a caballo y hacía un voluntariado con personas mayores. Claire adoraba a sus hijos y le gustaba cultivar verduras. No se mencionaba ninguno de esos detalles en los artículos informativos de los medios convencionales, que sí alababan la maña para el bricolaje y la campechanía de Lance Hart.

Tras la muerte de su madre y de su hermana, Luke y Ryan Hart establecieron una conexión fundamental. Escandalizados por la despreocupada compasión que la prensa mostraba hacia su padre, empezaron a darse cuenta poco a poco de que la imagen que daban los medios sobre la violencia de género era precisamente lo que había permitido que su padre se saliera con la suya durante tanto tiempo. «Las imágenes falsas que ofrecen los medios de comunicación sobre la violencia de género hicieron que no fuéramos capaces de identificarla», me contaron Luke y Ryan por correo electrónico. Desanimados por la normalización del comportamiento de su padre, los chicos nunca se habían sentido capaces de calificarlo de violencia de género, lo que les había hecho sentirse aislados e indefensos.

El relato de su infancia y de la relación con su padre también revela crudamente el solapamiento entre la violencia de género y la ideología de supremacismo masculino de la machoesfera:

> Nuestro padre creía firmemente en estereotipos rígidos. Esperaba que todos nos sometiéramos a él y lo atendiéramos. Estaba convencido de que el hombre tiene

> derecho a llevar las riendas de la unidad familiar; que todo lo que posee la familia le pertenece, y que teníamos que estarle agradecidos por la generosidad que mostraba al permitirnos vivir ahí.

Los hermanos, que muestran una comprensión profunda y pertinente del sistema de creencias patriarcal de su padre, describen la furia y el desconcierto de este por el hecho de que Ryan prefiriese pasar los sábados por la noche en casa con su madre y su hermana, en vez de en el bar con otros hombres. Cuentan que Charlotte le hacía sentirse «incómodo», pues era fuerte, segura y obstinada, y afirman que se mostraba confundido por «no entender» la amorosa relación que mantenía su hija con un novio respetuoso a quien no rendía pleitesía. Cuando su mujer o sus hijos no lo obedecían, parecía sentirse «humillado, emasculado o incluso castrado»: su autoestima estaba inextricable y peligrosamente ligada a su capacidad de dominar a su familia.

Luke y Ryan critican dolorosamente los perjudiciales tópicos que utilizan los medios de comunicación, como cuando insinúan que los autores de ese tipo de crímenes debían de tener alguna enfermedad mental o estar fuera de control (señalan que su padre compró un tique de aparcamiento veinte minutos antes de los asesinatos y que había empezado a escribir semanas antes la nota que iba a dejar), así como la engañosa práctica de reunir declaraciones compasivas de figuras periféricas:

> Nuestro padre no perdió el control de sus actos: había perdido el control total sobre nosotros cuando escapamos de él. Para recuperar el control, tenía que matarnos. El hecho de que los vecinos y las personas ajenas considerasen «buen hombre» a nuestro padre era sintomático del nivel de control que ejercía sobre aquellos a los que maltrataba. Controlarnos era un elemento fundamental de su visión del mundo.

Como revelan las declaraciones de los forenses en algunos de esos ejemplos, tampoco se trata de un problema exclusivo de los medios de comunicación. La idea de que los maltratadores tenían justificación o se sentían «torturados» es recurrente en el sistema de justicia penal y en otros ámbitos. En 2019, Alexander Heavens, de veinticuatro años, que había dado un puñetazo en la cara a su novia, la había mordido y le había doblado los dedos hacia atrás, eludió la cárcel tras confesar que mostraba conductas controladoras y coercitivas en las relaciones íntimas. El juez le dijo a Heavens que «todo el mundo merece una segunda oportunidad» y le dio el consejo siguiente: «Olvídala, que hay muchos más peces

en el mar».[59] Dada la altísima proporción de maltratadores reincidentes, quizá habría sido preferible que Heavens no pescara ningún otro «pez».

Así pues, la imagen que dan los medios de comunicación de la violencia de género y las ideas erróneas que la sociedad tiene de ella pueden tener un impacto demoledor. Cuando mostramos compasión por los hombres que cometen violencia de género, la normalizamos y la justificamos y, en el proceso, avivamos el fuego de las comunidades extremistas que hay en Internet. Y mientras nos empeñemos en desentendernos del vínculo entre los atentados terroristas masivos y las condenas previas por violencia de género, seguiremos desoyendo una señal de alarma fundamental.

Aun cuando los asesinos matan explícitamente en nombre de la misoginia, aun cuando nos lo detallan en sus manifiestos o se lo gritan a sus víctimas, seguimos buscando las explicaciones en otro sitio (en cualquier otro sitio). Después de la masacre cometida en 1991 por George Hennard, exmarino mercante, en la revista *People* se publicó un artículo extraordinario, cuyo segundo párrafo decía así:

> Con una eficiencia despiadada, acechó el restaurante y eligió a las personas que iban a morir (la mayoría, mujeres). «¡Todas las mujeres de Killeen y Belton son unas víboras! ¡Mirad lo que nos habéis hecho a mi familia y a mí!», chillaba Hennard mientras llevaba a cabo sus ejecuciones, muchas veces con un solo disparo a bocajarro en la cabeza.

Más tarde, un artículo señaló que Hennard era «conocido por su odio a las mujeres» y contaba que «había hablado» con un compañero de trabajo sobre perpetrar los asesinatos: «Empezó a hablar sobre no sé qué gente de Belton y sobre algunas mujeres que le habían causado problemas —cuenta Bubba Hawkins, compañero de trabajo de Hennard—. Y decía una y otra vez: "Espera y verás, espera y verás"».

El artículo habla de dos jóvenes a las que había acechado, a una de las cuales había mandado una carta que decía: «Por favor, dame la satisfacción de reírme algún día en la cara de todas esas víboras tremendamente femeninas y en su mayoría blancas». Recoge las declaraciones de su excompañero de piso, que afirma lo siguiente: «Decía que las mujeres eran unas víboras […]. Siempre hacía comentarios despectivos sobre las mujeres, sobre todo cuando había discutido con su madre». Describe la última cena de Hennard en un restaurante la noche anterior al tiroteo, durante la cual, según cuenta un testigo, cuando salió en la televisión una entrevista a Anita Hill, «empezó a chillar: "¡Zorra imbécil!

¡Vosotras les habéis abierto la puerta a todas las mujeres, putas!"».

El artículo ofrece la conclusión siguiente: «Aun así, persiste el misterio de George Hennard Jr.». Termina con la declaración de una de las personas supervivientes: «Nadie sabe por qué ocurrió y nunca van a averiguar las respuestas».[60]

Imaginemos que nos tomáramos en serio la violencia de género. Imaginemos que nos esforzáramos por procesar a esos hombres, por sacarlos de la calle o, como mínimo, por tomar mejores medidas legislativas en ciertos países para impedirles el acceso a las armas de fuego. Las mujeres siempre han sido los canarios que trinan discretamente en las minas de carbón. Pero nos hemos acostumbrado tanto a verlas morir a manos de los hombres, a justificarlo y excusarlo como algo normal o «comprensible», que no se nos ocurriría considerarlo una aberración suficiente como para dar la voz de alarma. Así, las mujeres siguen sufriendo y muriendo en silencio. Y a veces, algunos días, semanas o meses más tarde, también mueren los hombres (o, más bien, «las personas», que es como se los ve). Y entonces sí que gritamos y reaccionamos.

---

[52] Bianca Dekel, Naeemah Abrahams y Michelle Andipatin, «Exploring the Intersection Between Violence Against Women and Children from the Perspective of Parents Convicted of Child Homicide», *Journal of Family Violence*, vol. 34, n.º 1 (2018).

[53] «Armed and Misogynist: How Toxic Masculinity Fuels Mass Shootings», *Mother Jones*, junio de 2019.

[54] Erin M. Kearns, Allison E. Betus y Anthony F. Lemieux, «Why Do Some Terrorist Attacks Receive More Media Attention Than Others?», *Justice Quarterly*, vol. 35, n.º 6 (2019).

[55] Travis L. Dixon y Charlotte L. Williams, «The Changing Misrepresentation of Race and Crime on Network and Cable News», *Journal of Communication*, vol. 65, n.º 1 (2015).

[56] Kimberly A. Powell, «Framing Islam: An Analysis of U.S. Media Coverage of Terrorism Since 9/11», *Communication Studies*, vol. 62, n.º 1 (2011).

[57] «Charlottesville Attack Driver James Fields Sentenced to Life in Prison», *Wall Street Journal*, 28 de junio de 2019.

[58] «Terrorism's Double Standard», *The Intercept*, 23 de marzo de 2019.

[59] «UK judge tells convicted abuser that there are "lots more fishes in the sea"», *Stylist*, 8 de mayo de 2019.

[60] «A Texas Massacre», *People*, 4 de noviembre de 1991.

07

Los hombres que se aprovechan de otros hombres

«Qué putada […]. Vete a molestar a otro con tus putos problemas».

PAUL ELAM, activista por los derechos de los hombres, en una publicación titulada «Respuesta abierta a los hombres con problemas»

Si nos interesa descubrir cómo esas oscuras comunidades que habitan el ciberespacio han conseguido penetrar en la cultura general, tenemos que prestar atención a las figuras individuales que consiguen salvar las distancias entre Internet y la realidad; esas personas que tienen un pie en la penumbra de los foros, los *subreddits* y los *chans* y el otro, plantado con firmeza en el sólido terreno de los principales medios de comunicación, la influencia política y el horario de máxima audiencia de la televisión.

Davey, del Institute for Strategic Dialogue, me dice lo siguiente:

> Ese componente mayoritario es algo que hemos visto con la extrema derecha: al tener más figuras importantes, que pueden presentar una versión algo más suavizada de la ideología de forma que resulte de fácil consumo y parezca un poco más aceptable, se abre la puerta a que más miembros marginales promuevan [esa] ideología.

Pero para que consigan meternos de contrabando su cargamento de división, miedo e ideología del odio, es necesario un delicado acto de equilibrio. Los

hombres que ayudan a llevar las tendencias de los márgenes del extremismo virtual a las ondas de nuestras radios y a nuestras salas de estar tienen que seguir atrayendo, al mismo tiempo, a los moradores de las comunidades virtuales, dando en el clavo ideológico de los *trolls* y los miembros de la machoesfera y, al mismo tiempo, dotando a su mensaje de una apariencia de debate «razonable» y opinión respetable (aunque impopular) para el consumo público. En resumen, se requiere retórica de silbato de perro,[61] lenguaje codificado y, a veces, contradecirse de manera flagrante.

Algunos de estos hombres están sacando tajada de modas impulsadas por las comunidades de la machoesfera, quizá sin ni siquiera darse cuenta de a quiénes atraen. Para otros, la decisión de dirigirse a ciertos grupos parece más deliberada. Figuras políticas como Trump y sus asesores (como Steve Bannon, su exjefe de estrategia) obtienen beneficios de utilizar la política del silbato de perro con las comunidades de la derecha alternativa y la machoesfera. Un ejemplo de ello fue el consejo burlón que Trump les dio a cuatro ciudadanas y congresistas estadounidenses demócratas racializadas de que «se volvieran» a sus países de origen.[62] Las masas que frecuentan las webs radicales reciben esa retórica con ovaciones cerradas. Sin embargo, para evitar ahuyentar a una base más convencional también es importante un amortiguador de negación plausible, una hazaña que consiguen renegando públicamente del racismo y el supremacismo blanco sin dejar de promoverlo.

Para muchas de las caras públicas que los soldados rasos de la machoesfera idolatran, citan y apoyan, también es sumamente rentable mantener la simpatía y la lealtad de esas comunidades y, al mismo tiempo, despreciarlas (ya sea de manera sincera o fingida).

Ahí tenemos a Daryush Valizadeh, que afirmó que «ahora mismo no me identifico como artista de la seducción», y en 2019, se embarcó en una gira de conferencias sobre su despertar religioso mientras ganaba dinero a espuertas con sus libros *Day Bang* (Polvos diurnos), *Game: How to Meet, Attract and Date Attractive Women* (Caza. Cómo conocer y atraer a mujeres atractivas y salir con ellas) y *The Best of Roosh* (Lo mejor de Roosh; «con todas las lecciones que aprendí de mi búsqueda intensiva de sexo casual»). Y a Yiannopoulos, el predilecto de la derecha alternativa, cuyos correos electrónicos filtrados demostraron que había pedido ideas y opiniones sobre su trabajo en Breitbart a figuras neonazis y supremacistas blancas de la derecha alternativa en repetidas ocasiones, pero que también afirma: «Con la derecha alternativa, tal y como se usa la palabra hoy en día […], no tengo nada que ver; no siento ningún cariño por ella ni tengo ningún interés de que me asocien a ella». Luego está Ross

Jeffries, uno de los próceres del arte de la seducción, cuya página web está encabezada por la frase «Conoce a más mujeres sexis y atractivas y acuéstate con ellas», aun cuando a los periodistas les asegura muy serio: «He subido de nivel como ser humano, como hombre. He superado mi propio *marketing* […]. Hace tiempo que ese tipo de mensaje no concuerda con la clase de ser humano que soy».

Su rechazo es tan creíble como la afirmación de Yiannopoulos de que mientras cantaba *America the Beautiful* a voz en cuello en un karaoke de Dallas una noche de 2016, no vio al famoso nacionalista blanco Richard B. Spencer y a otros haciendo el saludo nazi a pocos metros de distancia debido a su «grave miopía».[63]

Muchos de los hombres que llegan a las comunidades de la machoesfera y a los foros se encuentran vulnerables y buscan apoyo en circunstancias a menudo difíciles. Los líderes de las comunidades, esos «ídolos», les prometen un nivel de redención, éxito y victoria de ensueño. Pero la realidad es que están mucho más preocupados por su reputación y sus beneficios que por las verdaderas necesidades de sus seguidores o incluso el éxito de sus causas.

Pensemos, por ejemplo, en Elam, fundador de AVFM. En sus artículos, Elam reprende y vilipendia a sus lectores por no haber contribuido de manera suficiente a lo que él califica como «la causa a la que deberían adscribirse millones de personas». Una táctica para avergonzar y obligar a los visitantes de una página web a desembolsar dinero es presumir de la devoción de los seguidores que han donado a la noble causa cien dólares de sus exiguas prestaciones por desempleo. Qué raro, entonces, que después de haber sugerido que el dinero que sus fieles seguidores donaban a AVFM se gastaba en plataformas técnicas, servidores y derechos de licencia, Elam se viera obligado a admitir que una parte no especificada de los ingresos anuales de la web, estimados en 120.000 dólares, iba a parar directamente a su propio bolsillo. Sin ningún tipo de transparencia («AVFM no es una institución benéfica y los registros contables no son una cuestión de dominio público ni lo serán», escribió Elam en una entrada de blog), los simpatizantes debían quedarse tranquilos con la dudosa insistencia de Elam de que «por supuesto, mi beneficio económico personal nunca ha sido el objetivo de esto».

Esa es la clase de hombre que se llena los bolsillos con el dinero de sus seguidores más vulnerables sin dejar de predicar que son otras personas las verdaderas opresoras de los hombres pobres y desempleados.

Por otra parte, el hecho de que hombres como Elam estén encantados de ganar dinero a costa de sus partidarios incondicionales mientras les reprochan

que no se sacrifican lo suficiente resulta menos sorprendente al ver la forma en que está dispuesto a hablar con ellos y de ellos. En 2015, Elam publicó en YouTube un vídeo en el que parecía estar borracho y en el que se veía a un grupo de quince hombres bebiendo cerveza y hablando de feministas mediáticas en unos términos profundamente misóginos y violentos. Pero se conoce que cuando varios activistas por los derechos de los hombres —seguidores suyos— expresaron preocupación por que los detractores del movimiento pudieran usar el vídeo como munición, Elam usó YouTube para denunciarlos y ridiculizarlos, los acusó de mojigatos y describió a quienes lo criticaban como «un tipo de activista de pacotilla especialmente inútil, pesado y cansino». A los activistas por los derechos de los hombres que se oponen a él les dice que no tienen «ni fuerza de voluntad ni inteligencia» y los invita a coger su explicación y «metérsela por el culo». El episodio sirvió para ejemplificar hasta qué punto el fanfarroneo misógino y pomposo de Elam prevalece sobre la reputación del movimiento que tanto afirma importarle.

Otra pista bastante poco sutil sobre la actitud de Elam hacia los hombres sobre cuyas espaldas ha construido su prestigio personal aparece en una entrada de blog titulada «Una respuesta abierta a los hombres con problemas», en la que se dirige a los «cientos» de hombres que afirma que contactan de manera habitual con él después de que una sociedad antimasculina «sumamente corrupta» les haya «jodido», «desprestigiado» o «destrozado la vida» de alguna forma. ¿Cuál es la respuesta de Elam a esos hombres, aquejados precisamente de los males que afirma odiar y que representan a la perfección a las «víctimas» a cuya ayuda afirma dedicar su vida? «Que te jodan […]. Qué putada […]. Vete a molestar a otro con tus putos problemas». Mientras no estén dispuestos a «apoquinar cinco putos dólares para ayudarnos», escribe Elam, que no esperen que los ayude. A continuación añade que la situación de esos hombres es desesperada, que «están jodidos y no hay ayuda que valga», un mensaje que choca inmediatamente con su afirmación de que deberían unirse a él en la noble labor guerrera de arreglar el problema.

Sin embargo, la respuesta cobra un sentido mayor en el contexto de los beneficios que obtienen Elam y los hombres como él si consiguen ofrecer una imagen vívida de un mundo duro y terrible, injusto para los hombres, convenciendo a sus seguidores de que están condenados y presentándose a sí mismos como la única esperanza de redención. Si esos hombres son incapaces de escapar de sus problemas o de encontrar formas constructivas de avanzar, se ven reducidos a permanecer en las resentidas tropas de la machoesfera, a consumir cada vez más contenidos de Elam y a seguir reforzando su imagen mediante clics,

me gusta y donaciones. Los hombres como Elam no tienen ningún incentivo para ayudar a sus seguidores a pasar página o resolver sus problemas, porque esas figuras destacadas dependen del apoyo servil de hombres que creen que son víctimas de una discriminación sistemática real e irremediable.

Si los artistas de la seducción les dijeran a los tímidos adolescentes que se topan con sus páginas web que su falta de experiencia romántica no se debe a su desconocimiento de no sé qué compleja técnica psicológica, sino a un rito de iniciación normal que seguramente superen al cumplir años y ganar madurez, ya no podrían embolsarse miles de dólares revelando los «secretos» de cómo engañar a las mujeres para que se acuesten con ellos. Si los hombres como Mike Buchanan, del partido J4MB, y otros héroes de la machoesfera reconocieran que el auténtico problema en la raíz de muchos otros problemas contra los que despotrican son los estrictos estereotipos sociales de la masculinidad, estarían atascados. Existiría el riesgo de que sus fervientes seguidores quedasen liberados y fueran capaces de abordar de manera constructiva los problemas que los silenciaron o de buscar ayuda de verdad. Peor aún, los ídolos de los foros y los falsos profetas quizá podrían verse obligados a esforzarse un poco por desmontar los estereotipos de género. Pero lo que hacen es obcecarse en el problema que más daño causa a sus seguidores. Los animan a aferrarse aún con más fuerza a tópicos anticuados sobre la masculinidad y sugieren que la adhesión a esos estereotipos manidos y rígidos es un bote salvavidas, cuando en realidad es precisamente la corriente que arrastra bajo la superficie a muchos de sus simpatizantes.

Los mismos hombres vulnerables a las falsas promesas de los artistas de la seducción, que consideran el sexo como una mercancía y a las mujeres como objetos, son blancos igual de fáciles para la palabrería semiespiritual sobre la transformación personal. En ese contexto, es fácil de entender que artistas de la seducción como Valizadeh y Blanc hayan pasado de campamentos de adiestramiento para ligar a seminarios de «autoayuda». Les permite seguir explotando al mismo público, solo que de una forma nueva.

A los activistas por los derechos de los hombres les beneficia rememorar una y otra vez una imaginaria época utópica de roles de género desfasados, porque son precisamente esos valores y esos roles los que han hecho que los hombres recurran en manada a las webs y seminarios de esas figuras insignes. Al animar a más y más hombres a intentar estar a la altura de los ideales tóxicos de la masculinidad performativa —un empeño, en última instancia, condenado al fracaso—, están promoviendo el círculo vicioso, empujando directamente a las redes de la misoginia, la culpa y la amargura a otra hornada de hombres

insatisfechos, destrozados y avergonzados. Es un proceso tan ingenioso como egoísta.

Los hombres que se benefician de una versión más suavizada de las mismas ideas que borbotean en el odio de la machoesfera tienen muchísimo cuidado y astucia con lo que dicen. Quizá comulguen con una ideología que apela directamente a los misóginos radicales, pero se cuidan mucho de no apartarse del discurso aceptable, formulando sus teorías como advertencias y actos de defensa preventiva, siempre dispuestos a defender que sus palabras han sido malinterpretadas o sacadas de contexto.

También se les da de maravilla usar la ironía y una presunta «sátira» para enmascarar y legitimar lo que podría constituir su auténtica ideología. Eso tiene un efecto poderosísimo. Neutraliza a sus detractores gracias al pretexto de la libertad de expresión. Los posiciona como combatientes modernos y valientes contra los progres con cara de póker incapaces de reconocer el humor. Apela a los adeptos de la derecha más extrema que se lo toman al pie de la letra. Y funciona como puerta de entrada para quienes aún no han avanzado tanto en el proceso de radicalización, para quienes lo que empieza como una jocosa «ironía» puede convertirse poco a poco en auténtica creencia.

Como lo expresa la doctora Sugiura:

> Son listísimos. Se presentan como provocadores, como guais, con ese atractivo de la contracultura. Y eso no es nuevo […]. Siempre ha llamado la atención del público lo de desafiar la norma y denunciar lo equivocada que está la corrección política, pero luego se apartan, se lavan las manos y dicen: «¡Pero si nosotros nunca hemos animado a la gente a pasar a la acción!». O está la gente como Milo Yiannopoulos, que siempre dice cosas como: «Ah, no, a mí la política no me interesa». Así pues, demuestran mucha astucia al no asociarse completamente con esos grupos, con esos movimientos, pero, al mismo tiempo, sí que apelan a su ideología porque quieren tener público, concitar atención, recabar apoyos.

No hace falta que especulemos sobre ese uso deliberado de la «ironía» para disimular un mensaje cargado de odio: el supremacista blanco y misógino Andrew Anglin lo ha explicado con claridad al describir descaradamente su estrategia de «nazismo no irónico disfrazado de nazismo irónico». De hecho, los extremistas misóginos y racistas de Internet nos lo han descrito con todo lujo de detalles. En septiembre de 2017, para intentar captar redactores para su web, que crecía a toda velocidad, los dueños de la web Daily Stormer publicaron una «guía de estilo», o conjunto de directrices, para las personas que aspiraban a presentar

artículos. El *HuffPost* consiguió y publicó íntegramente el documento, de diecisiete páginas, y ofreció una visión sin precedentes de las despiadadas y deliberadas tácticas que usan los extremistas para atraer y adoctrinar a los nuevos adeptos, todo ello bordeando siempre la definición de discurso de odio. Como observó Ashley Feinberg, redactora del *HuffPost*, no se trataba solo de una guía de estilo: «es un manual para la derecha alternativa».

Entre las técnicas descritas se encuentra la instrucción directa de combinar el discurso de odio con el humor para intentar seducir a los nuevos lectores que están empezando a sumergirse en el odio («siempre hay que tener en cuenta que el público objetivo son personas que apenas empiezan a tomar conciencia de este tipo de pensamiento», afirma la guía). Se ofrece una lista de sugerencias de insultos racistas, misóginos y homófobos, junto con la precaución de que al emplearlos «debería darse la impresión de estar medio en broma, como una broma racista de la que todo el mundo se ríe porque es verdad […]. No debería sonar como auténtico odio intenso. A la inmensa mayoría de la gente eso le echa para atrás».

También hay instrucciones específicas sobre cómo incitar a la violencia sin que parezca que se promueve de manera explícita: «Tengo muchísimo cuidado de no sugerir nunca la violencia. Sin embargo, cuando alguien cometa un acto violento, habría que restarle importancia, reírse de ello. Por ejemplo, Anders Breivik debería ser considerado siempre un heroico luchador por la libertad. Está genial, porque la gente se cree que estás de broma, pero hay una parte de su cerebro que no lo cree». Es escalofriante la calculada autoconciencia que muestran. Anglin sabe perfectamente lo que hace y al tío se le da de miedo. Es un reconocimiento manifiesto de que el objetivo es captar a los jóvenes y el vehículo, la «ironía» y el humor. «El lector se acerca en un primer momento atraído por la curiosidad o el humor pícaro, y poco a poco, al leer una y otra vez sobre los mismos temas, va despertando a la realidad. Los no adoctrinados no deberían poder distinguir si hablamos en broma o en serio».

También resulta irónico —dado que los líderes de la machoesfera están dispuestos a hackear, robar y divulgar información confidencial relativa a los familiares y la vida privada de las feministas— que muchos se muestren tan reservados acerca de la realidad de su propio pasado. Hombres como Elam y Buchanan aspiran a presentar su antipatía hacia el sistema judicial y la abyecta maldad de las mujeres como una noble batalla de motivación pura e ideológica. Por eso sorprende que guarden silencio sobre sus múltiples divorcios o respondan con furia cuando las noticias de los medios de comunicación mencionan sus tensas relaciones con exmujeres e hijos biológicos (aunque quizá el punto

conflictivo sea el uso del término «biológico», dados los intentos de Elam de renegar de la paternidad de su hija para evitar pagarle la pensión alimenticia).[64]

Al margen de los líderes y evangelistas de las masas de hombres en Internet, hay otro grupo al que los miembros de la machoesfera y de la derecha alternativa suelen homenajear. Se trata de un grupo que ha desplazado hacia la corriente dominante las opiniones de la machoesfera más de lo que sus integrantes hubieran podido llegar a soñar: la clase política.

Y la atención e influencia de esos políticos desmienten el argumento de que las comunidades de la machoesfera continúan siendo desconocidas e intrascendentes.

El primer político —y el más evidente— cuyo éxito ha envalentonado tanto a la machoesfera como a la derecha alternativa es Trump. El presidente ha expresado repetidamente ideas y ha hecho declaraciones profundamente misóginas y racistas que encajan a la perfección con la visión del mundo de los supremacistas masculinos y la derecha alternativa: ha descrito a algunas mujeres como «cerdas gordas» y «perras», ha asegurado que poner a trabajar a una mujer es «peligroso», ha admitido agarrar a las mujeres «del coño», ha dado a entender que cuando están con la regla las mujeres son inestables, ha tachado de violadores a los inmigrantes mexicanos y ha publicado tuits en los que dice a cuatro congresistas estadounidenses pertenecientes a minorías étnicas que «se vuelvan a los sitios destrozados y asolados por la delincuencia de los que han venido y ayuden a arreglarlos». Ellos, a su vez, se han mostrado encantados con que Trump ganara las elecciones, y muchos siguen deleitándose con lo que perciben como el apoyo del presidente a su causa y la influencia que tiene para ayudar a llevarla al público general.

Valizadeh, el gurú de la seducción, fue uno de los primeros en jactarse de la victoria de Trump, pero no fue el único de la machoesfera en afirmar haber apoyado al presidente durante las elecciones. «Las celebraciones han terminado y todos hemos llegado a asimilar que Donald Trump será nuestro próximo presidente, un resultado por el que muchos de nosotros llevamos los últimos meses dejándonos la piel», escribió antes de afirmar:

> La presidencia de Trump mejorará nuestra posición […]. Ahora tenemos de presidente a un maestro del *shitposting* que ha llamado «cerdas gordas» a las mujeres feas y cuyo discurso machista personal, que todos los hombres masculinos han mantenido, fue atacado por la prensa de manera implacable pero no castigado en las urnas. Eso quiere decir que cuando hables como Trump lo primero que pensará tu oyente será: «Habla como el presidente de los Estados Unidos».[65]

Las reflexiones de Valizadeh reverberaron por los foros de los *incels*, donde una publicación representativa de esa época, que hablaba de sobar a las mujeres, frotarse contra ellas y obligarlas a dar besos en contra de su voluntad, aseguraba: «Si Trump puede hacer esas cosas sin que lo detengan, no hay motivo para que un macho *incel* no pueda hacerlo». Otra decía así: «América ha hablado, fulanas: Trump es el presidente. A nadie le importan ya vuestros lloriqueos de mierda. Y es hora de mostrarles esa verdad».

En la reciente Marcha por los Hombres de Melbourne, en la que los manifestantes se quejaban de la crueldad de palabras como *mansplaining* o *man flu* (gripe masculina) mientras gritaban *mangina*[66] y *soyboy*[67] a los contramanifestantes, ondeaba orgullosa una banderola en la que se leía «Trump 2020».

«Cada vez que siento que no le gustamos a nadie, me doy cuenta de que nos defiende la gente más poderosa del mundo. Los Trump apoyan a los *incels*, Trump nos quiere y nos respeta», escribió un miembro de un foro de *incels* en 2018 antes de añadir: «Después de lo de Alek Minassian no dijo nada, como sí ha hecho con todos los ataques musulmanes que ha habido».

Las decisiones de Trump sobre cuándo comentar o no acontecimientos concretos son un claro ejemplo de que, como figura insigne, por mucho que guarde las distancias con la machoesfera como tal, es capaz de movilizar a sus miembros sin que parezca que hace referencia explícita a ellos. El problema no es solamente que las políticas de Trump —desde sus intentos por restringir el aborto hasta sus severas medidas contra la inmigración— concuerden estrechamente con los objetivos de la machoesfera. El problema es la forma en que justifica y promueve esa machoesfera con constantes referencias de silbato de perro a las obsesiones e ideologías favoritas de los grupos que la componen. Es su defensa de la necesidad de erigir un muro para impedir el paso de los inmigrantes mexicanos y la constante afirmación de que muchos de ellos son violadores. Es que use la frase «No son personas: son animales» cuando describe a los inmigrantes. Son sus alarmistas descripciones de las «caravanas» de refugiados que atraviesan América Central para llegar a los Estados Unidos, en las que, según afirma, «las mujeres están siendo violadas a niveles nunca vistos». Es su uso de esa retórica para justificar políticas inhumanas, como separar a los niños de sus familias y meterlos en jaulas. No son solo políticas de ultraderecha: son justificaciones arraigadas en la derecha alternativa y la machoesfera.

Por supuesto, como en el caso de los activistas por los derechos de los hombres, la preocupación de Trump por las víctimas de la violencia sexual parece curiosamente limitada a casos en los que puede utilizarse como arma en contra

de los inmigrantes y las minorías. Trump reprodujo a la perfección el discurso de la machoesfera al burlarse de la profesora Christine Blasey Ford, la mujer que acusó de violación al juez Kavanaugh, que por entonces estaba nominado para el Tribunal Supremo. Durante un mitin, Trump hizo una burda imitación de la profesora Ford que fue muy aplaudida por el público y sugirió que su testimonio era falso y formaba parte de una conspiración partidista. «Destruyen a la gente, son personas muy pero que muy malas», aseguró, haciendo una alusión directa a la narrativa de la machoesfera de que se hacen muchísimas denuncias falsas de violación con el fin de destruir la vida y la carrera de los hombres.[68]

Si pensamos en las distintas comunidades de la machoesfera como una cadena de grupos diferenciados pero interconectados, empezando por los *incels* en un extremo y acercándonos cada vez más hacia la misoginia convencional, vemos que la retórica y las ideas pueden ir avanzando por la cadena y normalizándose en el proceso. Cada comunidad puede interactuar con las que están directamente por encima y por debajo de ella en la cadena, manteniendo así la movilidad general de las ideas pero aislando a los eslabones superiores de la censura y la crítica públicas asociadas a los inferiores. Así pues, quizá alguien como Trump no apoye directamente a los *incels* ni a los supremacistas blancos —aunque pueda aprovechar sus argumentos—, pero sí puede transmitir un apoyo aparente interactuando con intermediarios como Bannon, que son más explícitos en su apoyo a comunidades como la de la derecha alternativa, lo que permite a Trump sugerir una vinculación directa con esas comunidades por medio de intermediarios sin llegar a mancharse las manos realmente.

Para cualquier observador familiarizado con la guía de estilo de Anglin para la web Daily Stormer, esas tácticas son transparentes: di lo que tengas que decir para evitar la censura, pero no dejes de difundir tu auténtico mensaje.

El apoyo implícito de Trump se manifiesta en la correlación de sus tuits y sus acciones con acontecimientos específicos que afectan a los miembros predilectos de las comunidades radicales. En 2017, el presidente amenazó públicamente con revocar la financiación federal de la Universidad de California en Berkeley después de que las protestas provocaran la cancelación de un discurso de Yiannopoulos. «Si la UC Berkeley no permite la libertad de expresión y practica la violencia sobre personas inocentes que aportan un punto de vista distinto, ¿ADIÓS FONDOS FEDERALES?», tuiteó Trump. Inmediatamente después de que Facebook cerrara las cuentas de varios personajes ultraderechistas racistas y misóginos (entre ellos, Yiannopoulos), Trump advirtió de que iba a «vigilar la censura de los CIUDADANOS ESTADOUNIDENSES en las redes sociales».

La doctora Sugiura sugiere que Trump ha alentado y validado las opiniones

de las comunidades radicales en Internet: «Sí, sin duda alguna: es validación. Cuando el hombre más poderoso del planeta es abiertamente sexista —bueno, más aún: es misógino—, cuando habla de las mujeres de esa forma, sin reparos, evidentemente eso justifica a los demás en sus opiniones».

Y la machoesfera tiene muchos motivos de celebración, pues hay numerosas pruebas de que sus opiniones están recibiendo validación.

De acuerdo con la investigación del profesor Brian F. Schaffner, politólogo, la retórica de Trump durante las elecciones de 2016 hizo que el sexismo gozara de una aceptación social mayor entre los republicanos. La investigación de Schaffner concluyó que los republicanos mostraban una mayor «disposición a expresar tolerancia por la retórica machista cuando procedía de Trump más que de ninguna otra fuente» y que habían desarrollado una mayor «disposición a apoyar declaraciones machistas tras las elecciones de 2016, probablemente debido a que la victoria de Trump había alterado su percepción sobre la preponderancia de las actitudes machistas en la sociedad estadounidense». Schaffner también observó que «ese incremento del machismo expreso ha persistido hasta 2018».

También las mujeres han notado el impacto de la presidencia de Trump en relación con lo que se considera aceptable en términos sociales: en una encuesta de 2017, una de cada seis mujeres estadounidenses afirmó que los comentarios de Trump en la cinta filtrada por *Access Hollywood* (en la que se jactaba de agarrar a las mujeres «por el coño») le hacían sentirse más insegura a nivel físico.

Trump quizá sea el mayor ejemplo de cómo las ideas de los extremistas pasan a la primera plana política, pero está lejos de ser el único en encabezar la infiltración de la ideología de la machoesfera en los círculos gubernamentales.

En muchos casos, políticos ya electos que son miembros de partidos mayoritarios sirven de canal para esas ideas, como ocurre con Philip Davies, diputado conservador británico que ha votado reiteradamente en contra de medidas para combatir la violencia contra las mujeres y las adolescentes y ha presentado un proyecto de ley para derogar la Ley de Discriminación Sexual. Aunque pueda haber muchos políticos que sostengan las mismas opiniones que él, Davies merece una mayor atención por dos motivos: lo mucho que recuerdan sus tácticas a las de los *trolls* de la machoesfera y su relación personal con miembros de esas comunidades.

En 2016, Davies participó en una conferencia de los activistas por los derechos de los hombres organizada por el partido político británico J4MB, que es el pilar del movimiento por los derechos de los hombres. En su intervención junto a blogueros de la comunidad que habían comparado a la activista Malala Yousafzai con Osama bin Laden y pedido la creación de un «Registro de putas

tontas», Davies (que por aquel entonces era miembro de la comisión de justicia de la Cámara de los Comunes) les dijo a los asistentes que el sistema judicial británico discriminaba a los hombres y favorecía a las mujeres.

El lenguaje de Davies recordaba mucho a la retórica clásica de los activistas por los derechos de los hombres: declaró que las «fanáticas feministas quieren que las mujeres tengan lo mejor de los dos mundos», despotricó contra «la agenda de la corrección política» y se lamentó de «todos los beneficios de los que disfrutan las mujeres en comparación con los hombres». Y en una parte de su discurso que podría haber surgido directamente de la web de los activistas por los derechos de los hombres, Davies afirmó sobre los derechos de los padres: «Muchas mujeres usan a sus hijos como si fueran un palo con el que pegar al padre, ya sea por resentimiento ante el fracaso de la relación, por motivos económicos o porque han pasado página y es más fácil para ellas que su nueva pareja asuma el papel de padre de sus hijos». Davies declaró a *The Guardian* que su participación en la conferencia no implicaba su respaldo al J4MB.

En agosto de 2019, Davies pronunció un discurso junto a activistas por los derechos de los hombres como Elam y Straughan en la International Conference on Men's Issues de Chicago, un acto creado por la web AVFM y organizado con su colaboración.

Como la mayoría de los activistas por los derechos de los hombres, Davies también muestra una inacción total a la hora de intentar emprender cualquier acción real para combatir los problemas de los hombres y los adolescentes. Cuando en una entrevista le preguntaron si se había planteado introducir algún proyecto de ley para abordar los problemas de los hombres por los que afirmaba luchar, Davies pareció quedarse de repente «sin palabras». Y, en 2016, Davies se unió a la Comisión de Mujer e Igualdad con el propósito explícito de trabajar para conseguir que el género fuera «irrelevante». En la cobertura mediática del nombramiento, Davies reprodujo estadísticas falsas y engañosas —otra de las tácticas habituales de los activistas por los derechos de los hombres— y aseguró que un tercio de las víctimas de la violencia de género son hombres. Pero, a diferencia de las diatribas radicales limitadas a las webs de la machoesfera, esas declaraciones tuvieron de inmediato una difusión mucho mayor al hacerlas Davies y aparecer en los principales medios, como la BBC, sin que nadie las cuestionara.

En el mejor de los casos, las bufonadas de hombres como Davies contribuyen a que se perciba a los activistas por los derechos de los hombres como antifeministas manipuladores. En el peor, amenazan con mermar activamente los derechos de los hombres en el Parlamento al posicionarlos de forma agresiva en

contra del progreso de las mujeres. Davies es un lastre para los hombres por los que tanto afirma preocuparse. Lo más llamativo de todo es que parece haber adoptado por completo las tácticas de la machoesfera, pues, en vez de usar el debate democrático, promueve su causa implementando una especie de troleo o *shitposting* en la vida real. Cuando se opuso a los proyectos de ley sobre el Convenio de Estambul, recurrió al filibusterismo durante más de una hora, lo que obligó a las diputadas a acortar sus intervenciones para evitar que el proyecto de ley quedara anulado por completo.[69] Y cuando se opuso a un proyecto de ley sobre educación sexual y de pareja que era inclusivo con el colectivo LGTB, no lo hizo mediante un contraargumento ni presentando prueba alguna que sustentara su opinión, sino que se pasó más de una hora hablando de un proyecto de ley sobre transporte marítimo para hacer correr el reloj hasta que fue imposible convocar una votación sobre educación sexual.[70] Así pues, las mismas tácticas que usan los *trolls* a los que se minimiza tildándolos de solitarios usuarios de Internet sin poder alguno se aprovechan para controlar la agenda legislativa de nuestro Parlamento con fines misóginos.

Aunque esos hombres constituyan una minoría de los cargos electos, no son ni muchísimo menos los únicos: hay otros destacados y poderosos políticos que han dado voz a la ideología de la machoesfera en los pasillos del poder, dotándola así de relevancia nacional.

En Australia, la senadora Pauline Hanson, del partido One Nation, ha conseguido exigir que se investigue el sistema de juzgados de familia al alegar (sin aportar pruebas) que las mujeres mienten de manera habitual sobre haber sido víctimas de malos tratos para obtener ventajas en los procedimientos judiciales.[71] Es fácil entender que un político destacado revista ese discurso de una apariencia de respetabilidad que contribuya a difundir entre la conciencia pública las falsedades que esparcen en la machoesfera los activistas por los derechos de los hombres. En un estudio de 2017, el 37 por ciento de los australianos afirmaron creer que «las mujeres se inventan o exageran las acusaciones de violencia para obtener ventajas en las batallas por la custodia».

Esos vínculos no se limitan a la retórica política: pueden influir también en las medidas que se adoptan. En abril de 2017, un grupo de representantes de One Nation se reunió con los miembros de un grupo de Facebook australiano llamado «Blokes Advice» (Consejos para tíos). El grupo, que es privado y solo admite a hombres, cuenta con más de medio millón de miembros y fue cerrado temporalmente en 2016 por hacer apología de la violación y la violencia contra las mujeres. Seis meses después del encuentro, One Nation anunció una nueva política contra la violencia de género. Al hablar con la prensa nacional, Steve

Dickson, el líder del partido, repitió la estadística propia de la machoesfera —totalmente desmentida— de que «hay hasta veintiún padres que se quitan la vida todas las semanas en este país y la gente tiene que saberlo». De pronto, un dato falso sembrado por los activistas por los derechos de los hombres llegó a millones de ciudadanos de la mano de un político destacado gracias a los medios de comunicación nacionales.

Después de ser nombrada jefa del Departamento de Educación estadounidense, Betsy DeVos organizó reuniones para hablar sobre las agresiones sexuales en los campus universitarios con grupos de activistas por los derechos de los hombres muy conocidos por sus opiniones misóginas y sus ataques a supervivientes de violencia sexual. Uno de los grupos a los que DeVos invitó a la consulta, Stop Abusive and Violent Environments (SAVE, por sus siglas en inglés), ha sido señalado por el Southern Poverty Law Center por promover la misoginia al «presionar para que se recorten los servicios para las víctimas de la violencia de género y se reduzcan las penas de sus maltratadores». La web de SAVE señala como un «factor fundamental» el hecho de que «la principal razón por la que las mujeres se convierten en víctimas de violencia en la pareja es que ellas mismas la inician». DeVos también contactó con la National Coalition for Men.

Al año siguiente, DeVos propuso una renovación profunda de los procedimientos relativos a las conductas sexuales inapropiadas en las universidades que incluía una definición más restrictiva del acoso sexual y una mayor protección de los estudiantes acusados de conductas inapropiadas.

Así pues, el vínculo entre los representantes políticos y los grupos de la machoesfera no es solo una cuestión de conjetura: está teniendo una repercusión concreta en los círculos del poder.

El primer ministro británico Boris Johnson también ha hecho de manera habitual aparentes alusiones a la machoesfera y a la ideología de la derecha alternativa y en cierta ocasión afirmó que las diputadas británicas estaban huyendo en manada al Partido Laborista debido a su «erosión planeada de la libertad masculina, como acabar con el derecho a beber en los espacios públicos» y que las mujeres estaban acudiendo al partido por la «volubilidad de su sexo». En su columna, también dijo que las mujeres musulmanas parecían «buzones» y eran unas «asaltabancos». Más tarde, Johnson afirmó que la columna era una «defensa sólida y liberal del derecho de las mujeres a llevar burka». La retórica misógina y antimusulmana estaba sacada directamente de la guía de Anglin: si la gente se ríe de la broma, empezarán a sentir que la misoginia y la islamofobia que entraña son aceptables.

Pero ya sé lo que estás pensando: el mero hecho de que Johnson expresara

argumentos que encajan con la ideología de la machoesfera no prueba un vínculo directo entre los dos. No es como el caso de los representantes de One Nation, que llegaron a reunirse con miembros de una comunidad de Internet profundamente misógina y que solo acepta a hombres. ¿Dónde está el vínculo?

Antes he mencionado a Bannon, que constituye un eslabón en la cadena entre Trump y los mundos de la machoesfera y la derecha alternativa. Bannon fue uno de los miembros fundadores de Breitbart y en 2012 se convirtió en el presidente ejecutivo de su empresa matriz. Bajo su liderazgo, la web publicó contenidos de una misoginia y un nacionalismo blanco virulentos, entre los que destacaba sobre todo el trabajo del provocador misógino Yiannopoulos, el predilecto de la derecha alternativa, cuya carrera en el fondo impulsó Bannon. Durante el mandato de Bannon, Breitbart publicó artículos como «Por qué debería haber un límite para que las mujeres estudien ciencias», «¿Preferirías que tu hija tuviera feminismo o cáncer?» y «La corrección política protege la cultura musulmana de la violación». Bannon, que es muy conocido por sus opiniones islamófobas, dio rienda suelta a los redactores radicales antimusulmanes y animó a Yiannopoulos a redactar largos textos del gusto de la machoesfera, como «¿Hace feas a las mujeres el feminismo?». En 2016, Bannon le dijo orgulloso a un periodista que Breitbart era «la plataforma de la derecha alternativa».

En noviembre de ese mismo año, Trump, por entonces presidente electo, nombró a Bannon estratega jefe. Bannon se convirtió tanto en amortiguador como en canal entre Trump y la derecha alternativa y ayudó a implementar políticas que bien podrían haberse extraído directamente de las comunidades del nacionalismo blanco y la machoesfera, como las trabas a la inmigración impuestas sobre todo contra países musulmanes. No fue ninguna sorpresa que el nombramiento de Bannon fuera recibido con alegría por supremacistas blancos y misóginos famosos como Spencer, David Duke (ex gran mago del Ku Klux Klan) y el presidente del Partido Nazi estadounidense. Los miembros de la derecha alternativa y las comunidades del nacionalismo blanco se jactaron de la noticia en Internet, con comentarios como «Bannon es nuestro hombre en la Casa Blanca» y «Estamos como a uno o dos grados de separación del puto presidente».

De hecho, lo de los dos grados de separación era una descripción muy ajustada. Bannon era la conveniente barrera que permitía a Trump guardar la distancia suficiente con esas comunidades como para eludir las acusaciones de racismo descarado, aun cuando en la política nacional promulgaba los sueños más audaces de la derecha alternativa. Y, mientras protegía a Trump de la asociación directa con esos grupos, Bannon había guiado su campaña electoral para apelar a sus partidarios con deliberada precisión. Se dijo que fue él quien

orquestó los incesantes ataques contra la «corrupta Hillary» e incluso antes de involucrarse de manera oficial en la campaña de Trump había bombardeado a la periodista Megyn Kelly con la publicación en Breitbart de veinticinco artículos misóginos y agresivos en el plazo de tres días después de que Kelly se atreviera a criticar el trato de Trump hacia las mujeres.[72]

¿Qué tiene que ver todo esto con Johnson? Pues todo.

Porque, al igual que en el caso de Trump, Bannon es el eslabón que une a Johnson con la machoesfera y la derecha alternativa.

En septiembre de 2018, el periodista Matthew d'Ancona escribió un artículo en el que advertía de que Johnson había estado en contacto con Bannon y sugería que este último había influido en el mensaje del político, haciéndolo virar hacia el populismo. En particular, D'Ancona sugería un vínculo directo entre la aparente aportación estratégica de Bannon y el artículo islamófobo y misógino de Johnson. Según reveló más tarde D'Ancona, poco después Johnson lo asedió a llamadas. «Dejé de contar al llegar a quince, aunque él seguía llamándome —escribió—. Boris Johnson estaba furioso conmigo por haber escrito sobre su contacto con Steve Bannon». Sobre todo, de acuerdo con D'Ancona, Johnson estaba furioso porque el periodista había vinculado los consejos de Bannon con su artículo. En otras palabras, parecía desesperado por evitar la inferencia de que las sugerencias de Bannon lo hubieran llevado a publicar en la prensa convencional un discurso característico de la machoesfera y la derecha alternativa.

En su columna, Johnson aseguró que cualquier afirmación que lo asociara con Bannon era una teoría conspirativa y un «delirio izquierdista». «Por supuesto que me he reunido con el señor Bannon un par de veces siendo yo secretario de Asuntos Exteriores y él jefe de personal de Trump —escribió Johnson—, pero desde entonces no nos hemos visto». En los meses siguientes, Johnson siguió insistiendo en que él no había mantenido comunicación alguna con Bannon y su equipo aseguraba a los periodistas que el único contacto que habían mantenido había sido «un mensaje de texto: una invitación para reunirse que Johnson había declinado».

Pero en junio de 2019 surgió una pistola humeante. Alison Klayman, una cineasta estadounidense que llevaba meses siguiendo a Bannon para un documental, cedió a *The Observer* vídeos en los que Bannon aparecía hablando de su relación con Johnson y jactándose de haberle aconsejado de manera directa y de haberlo ayudado a redactar cierto discurso decisivo. «Llevo todo el fin de semana hablando con él sobre su discurso», declaró Bannon, que dijo que había estado «dando vueltas» al texto con Johnson tanto por teléfono como por

mensajes de texto. Klayman afirmó que Bannon se había mostrado «rotundo» sobre su contacto con Johnson. Los vídeos se habían grabado apenas tres semanas antes de la tristemente célebre columna de los «buzones». Un portavoz de Johnson hizo a *The Observer* las declaraciones siguientes: «Cualquier insinuación de que Boris ha estado confabulándose con el señor Bannon o Nigel Farage o dejándose asesorar por ellos es completamente disparatada y hasta conspiranoica».[73] Pero, de repente, dejaron de negar que Johnson y Bannon hubieran estado en contacto. Así pues, es posible que en el Reino Unido, al igual que en los Estados Unidos, las comunidades de la machoesfera a las que consideramos desconocidas y carentes de poder alguno puedan ser capaces de aprovecharse de escurridizos intermediarios para captar la atención de algunos de los hombres más importantes del país.

Y sus silbatos de perro obtienen respuesta. En 2019, la diputada laborista Paula Sherriff intervino en la Cámara de los Comunes entre exacerbadas tensiones en torno al Brexit, señaló la placa que había en la cámara en recuerdo de la diputada Jo Cox, asesinada por un nacionalista blanco en su circunscripción y afirmó: «Muchas de las que estamos aquí recibimos amenazas de muerte y acoso absolutamente todos los días. Quiero decirle al primer ministro que a menudo se citan sus palabras —«ley de rendición», «traición», «traidores»…— y yo, desde luego, estoy harta. Tenemos que moderar nuestro lenguaje». ¿La respuesta de Johnson? «No había oído tantas bobadas en mi vida». En los días siguientes a ese intercambio, Sherriff contó a ITV que había notado un «recrudecimiento significativo» de la cantidad de amenazas de muerte y violación que recibía. En otras palabras, había un vínculo claro entre la retórica del silbato de perro empleada por el primer ministro y el acoso de los radicales misóginos dirigido contra las diputadas. Y no se trataba de un incidente aislado. Jess Phillips, otra diputada laborista, reveló que había recibido una amenaza de muerte que no solo citaba declaraciones del primer ministro, sino que mencionaba su nombre. Al día siguiente de que Johnson despreciara las preocupaciones por la seguridad de las diputadas tachándolas de «bobadas», un hombre fue arrestado en la puerta de la oficina electoral de Phillips por gritar insultos y pegar golpes en las puertas y en las ventanas.[74]

También hay pistas de que quizá los políticos son conscientes del enorme apoyo que pueden concitar de las comunidades radicales cuando recurren a su ideología. Uno de los indicadores más claros es que, incluso aunque los cuestiones, a veces los políticos se niegan a pedir disculpas por su discurso o redoblan los mensajes que apelarían a esas comunidades. Lo vimos cuando Trump respondió a la letal manifestación de supremacistas blancos de

Charlottesville diciendo que había «personas estupendas en ambos bandos». (Más tarde se negó a disculparse, aduciendo que las declaraciones estaban expresadas «a la perfección»).[75] Y lo vimos cuando el discurso de Johnson saltó también a la palestra. En los días siguientes, cuando muchísimas diputadas denunciaron amenazas de muerte y violación y un acoso cada vez mayor, Dominic Cummings, el asesor especial de Johnson, concedió una entrevista en la que dijo que la rabia dirigida contra las diputadas «no era sorprendente». Afirmó que había que tomarse en serio «las amenazas graves» de violencia, pero añadió que si los políticos no respetaban el resultado del referéndum del Brexit «¿qué esperas que pase?». Por último, concluía que «la situación solo puede resolverse si el Parlamento cumple con su promesa de respetar el resultado». En otras palabras, Cummings respondió al hecho de que las diputadas estuvieran recibiendo un bombardeo sin precedentes de amenazas de muerte e insultos con la velada advertencia de que más valía que saliera adelante el Brexit si querían que parase el acoso. Una opinión tan similar a la expresada en las amenazas de muerte que da escalofríos.

En otras partes, envalentonados quizá por el efecto Trump, ha habido un incremento del número de figuras radicales que se han presentado como candidatos a cargos públicos y, al hacerlo, con independencia del resultado de sus campañas, han garantizado que se dedique muchísimo espacio en los principales medios de comunicación a ideas que antes se consideraban demasiado extremistas como para darles difusión. Da igual lo radical que sea el argumento: incluirlo en el programa de un político en campaña genera una respetabilidad y una normalización inmediatas.

Mientras me encontraba investigando para este libro, fue apareciendo una y otra vez una figura muy famosa y profundamente misógina de la machoesfera conocida en Internet con el seudónimo «Sargon of Akkad» (Sargón de Acadia), un misógino que saltó a la fama por promover teorías de la conspiración antifeministas en YouTube durante el Gamergate y que participó en la campaña de acoso selectivo contra Anita Sarkeesian. En 2018 fue expulsado de Patreon, una plataforma de micromecenazgo, por emplear «insultos racistas y homófobos»; en 2016, después de que la diputada laborista Jess Phillips se pronunciara en contra del ciberacoso, Sargon of Akkad le mandó un tuit en el que le decía: «Yo a ti ni te violaba». Phillips reveló que después de aquel mensaje, había recibido seiscientas amenazas de violación en una sola noche (lo que quizá evidencia el peso de los seguidores de Sargon of Akkad, que tiene casi 1 millón de suscriptores en YouTube y cuyos vídeos cuentan con más de 280 millones de reproducciones).

Después de la masacre de Rodger, Sargon of Akkad publicó un vídeo de

YouTube en el que culpaba de los actos de Rodger a las mujeres y a las feministas: «Lo estáis perpetuando vosotras al privar de derechos a estos pobres tipos, no les dejáis otra puta opción». Luego añadía: «Las mujeres y todas esas estúpidas feministas sectarias de mierda deberíais haceros esta pregunta: ¿qué hace que esos hombres se vuelvan misóginos? ¿Qué les está haciendo esta sociedad dirigida por feministas para que se vuelvan locos?».

Por eso me impresionó oír el nombre «Akkad» en las noticias de la tarde en la primavera de 2019. Al alzar la vista, vi atónita que se había descubierto que Sargon, cuyo nombre real era Carl Benjamin, era el candidato del Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP, por sus siglas en inglés) para el suroeste de Inglaterra en las elecciones europeas. La incursión de Benjamin en la política nacional fue quizá el ejemplo más claro hasta la fecha de la penetración de las tácticas y la ideología misógina radical de la machoesfera en el público general mediante vías políticas. Al convertirse de repente en un nombre muy conocido, Benjamin redobló inmediatamente sus comentarios sobre las violaciones y publicó un nuevo vídeo en el que «debatía» sobre violar a Phillips, diciendo que «con la presión suficiente, podría dar su brazo a torcer»; el vídeo salió en todas las noticias nacionales. Yiannopoulos se apresuró a anunciar sus planes para hacer campaña en apoyo de Benjamin. Phillips, por su parte, empezó a sentir de inmediato las crecientes consecuencias en el mundo real de que la legitimidad política envalentonara y ampliara la base de seguidores de Benjamin. Un día, salió de Westminster después del trabajo y un hombre estuvo persiguiéndola por la calle y preguntándole «por qué no iba a poder Carl Benjamin bromear con violarla».

En algunos países donde los partidos populistas y de ultraderecha han obtenido escaños, han entrado en coaliciones de gobierno o han tomado el control político, es evidente el impacto real que puede tener en los ciudadanos la ideología de las comunidades de extrema derecha y de la machoesfera. En España, por ejemplo, el partido ultraderechista Vox entró en una coalición de derechas en Andalucía, lo que dio auténtico poder político a un grupo que ha reivindicado que se deroguen las leyes de violencia de género y ha atacado a las «feminazis psicópatas».

Aunque no resulten elegidos, la apariencia de respetabilidad que les confiere la plataforma de un partido político registrado, por pequeño que sea, puede suponer un punto de entrada de las ideas radicales en el discurso dominante, como demuestran las repetidas apariciones de Mike Buchanan en los principales medios de noticias.

La doctora Sugiura explica que las comunidades de la machoesfera se

apresuran a capitalizar esas asociaciones con los cargos políticos:

> Es el rostro de la respetabilidad. Por lo que he podido ver, a esos grupos les interesa muchísimo esa respetabilidad. Citan a los académicos, citan la teoría, así que sin duda alguna forma parte de su agenda contar con alguien que esté en una posición muy influyente, que pueda tener una repercusión directa en las políticas. Por ejemplo, los activistas por los derechos de los hombres quieren obrar cambios, así que es fundamental contar con alguien que tenga un vínculo directo con las políticas y la legislación.

Y, por supuesto, también obtienen beneficios los propios políticos, que a menudo se convierten en el rápido destinatario de los elogios y los cantos de alabanza de los amplios espacios virtuales de la machoesfera, como revelaron los pródigos elogios de Valizadeh a Trump. Cuando el senador australiano David Leyonhjelm hizo en el Senado comentarios groseros sobre la vida sexual de una senadora y empezó a hablar en público sobre la «misandria» y la «culpabilización de los hombres por los actos de criminales aislados», fue bautizado como el «nuevo héroe» por la web AVFM, que declaró que había provocado «la alegría ilimitada de la mayoría silenciosa». Una mayoría silenciosa con la que muchos políticos pueden estar contando de manera deliberada como futuro apoyo electoral.

La idea de que los políticos intentan obtener de manera deliberada el voto de la machoesfera no resulta tan sorprendente una vez que se tiene en cuenta lo infravaloradísimo que está el tamaño de esas comunidades virtuales y la probabilidad de que, en el proceso, acaben absorbiendo al bloque de los que no son *incels* pero sí moderadamente sexistas, que es aún mayor.

De hecho, en octubre de 2019, el analista de Cambridge Analytica Christopher Wylie (el informante que denunció que en 2016 la empresa había recogido los datos de cincuenta millones de usuarios de Facebook y los había empleado para ayudar a movilizar a los votantes de los márgenes para la campaña presidencial de Trump) reveló que Bannon, que había contratado los servicios de la empresa, había intentado captar deliberada y específicamente a los *incels*. Wylie afirmó que Bannon había subrayado el hecho de que atraer a esos grupos podía tener una repercusión enorme en los estados bisagra.

Ben Hurst es gestor de proyectos y coordinador principal de la Good Lad Initiative, una organización que imparte programas y talleres sobre desigualdad de género en centros escolares, universidades y lugares de trabajo y que se centra sobre todo en hablar con los chicos. «Aunque me parece que hay razones de peso para hacerlo —me dice con ironía—, nunca describiríamos este trabajo como una

labor preventiva contra la radicalización de los movimientos activistas por los derechos de los hombres». Me muestro intrigada y Hurst tiene una explicación lista. «Porque la gente que dirige el país es la misma de esos movimientos, así que… ¡no vamos a conseguir que esos tipos nos den financiación para eso!». Se ríe, consciente de que es un argumento controvertido. Sin embargo, parémonos a pensar hasta qué punto los argumentos e ideas de esos movimientos han conseguido infiltrarse en todos los niveles del poder internacional, desde el Parlamento británico hasta la Casa Blanca. Hurst no anda desencaminado. No se trata solo de que la credibilidad política esté contribuyendo a normalizar y difundir el discurso. Se trata de reconocer la repercusión que esas ideas y los hombres que las representan podrían tener en nuestra política, nuestras políticas y nuestra vida.

Pensemos en TheRedPill, un foro de la machoesfera particularmente activo y de una misoginia virulenta. En 2017, se supo que el creador y moderador jefe de ese foro era nada más y nada menos que el republicano Robert Fisher, representante del estado de Nuevo Hampshire. En el mundo real, era un político respetado y convencional. En Internet, había escrito que violar no era malo en todos los sentidos, porque al menos el violador disfrutaba violando. En otra publicación escribió lo siguiente: «Las feministas están obsesionadas con la violación porque vivimos en una cultura que fantasea con ello y las feministas desearían estar lo suficientemente buenas como para ser violables». Cuando una investigación lo vinculó con los registros del dominio de TheRedPill, en un principio Fisher se negó a dimitir y testificó en una investigación pública en la que aseguró bajo juramento que llevaba años sin participar activamente en el foro TheRedPill, pese a que las pruebas que se habían revelado contradecían de manera directa esa afirmación.[76]

Por supuesto, la política no es el único ámbito capaz de dotar de respetabilidad, normalización y un sentimiento de aprobación tácita a las ideas extremistas. La ideología de la machoesfera está encontrando cada vez más apoyo en el mundo académico. En este caso, su táctica tradicional de utilizar estadísticas y fuentes eruditas chapuceras adquiere una nueva fuerza al asociarse con títulos y cargos que suenan impresionantes. Pensemos, por ejemplo, en Jordan Peterson, el profesor canadiense de Psicología cuyos vídeos de YouTube sobre todo tipo de temas (desde la Biblia hasta la «mentira marxista del privilegio blanco») lo han catapultado a la fama internacional. Unas pocas citas de Peterson sirven para revelar que su filosofía alimenta los estereotipos de género tradicionales: «Los hombres tienen que curtirse —escribe en su libro *12 reglas para vivir. Un antídoto al caos*, un superventas internacional—. Los hombres lo

exigen y las mujeres lo desean, aunque no aprueben la actitud dura y despectiva que forma parte del proceso socialmente exigente que fomenta y luego impone esa dureza».

El libro de Peterson nos informa de que las mujeres «sanas» buscan hombres que las «aventajen» en inteligencia, salario y estatus. «Si estás hablando con un hombre que no se pelearía contigo bajo absolutamente ninguna circunstancia, estás hablando con alguien por quien no tienes ningún respeto».

Algunas de las cosas que dice son de un esencialismo biológico obsoleto. El *New York Review of Books* describió sus doce reglas vitales como «opiniones idiosincrásicas cuasirreligiosas presentadas como ciencia empírica». Peterson insiste una y otra vez en que los hombres y las mujeres están mejor dotados en términos biológicos para distintos roles. «Los hombres y las mujeres no encajan en las mismas categorías, si se les deja que lo hagan ellos solos voluntariamente», asegura, y afirma que los hombres tienen una mayor tendencia inherente a estudiar para ingenieros y las mujeres, para enfermeras.

Es particularmente irónico que a hombres como Peterson se los considere «modernos» y contraculturales cuando su mensaje no podría ser más retrógrado.

«La reina está sumamente deseosa de reclutar a todas las personas que puedan hablar o escribir para contribuir a luchar contra este absurdo y perverso disparate de los “derechos de la mujer”, con todos los horrores que conlleva, en el que se empeña su pobre y débil sexo, olvidando todo sentimiento y decoro femeninos —escribió la reina Victoria en una carta fechada el 29 de mayo de 1870—. Es un tema que enfurece tanto a la reina que no puede contenerse. Si Dios hizo distintos a los hombres y a las mujeres, que permanezca cada cual en su sitio». Esto se escribió hace ciento cincuenta años, pero bien podría estar parafraseando a Jordan Peterson.

Algunas de las cosas que dice Peterson están sacadas de la clásica retórica antifeminista convencional. Al *Financial Times* le dijo que la sociedad debería «dejar de enseñar a las chicas de diecinueve años que su destino principal es tener una carrera profesional»,[77] muy irónico viniendo de alguien volcadísimo en enseñar a los chicos de diecinueve años que su destino principal es curtirse y dominar, un mensaje que seguramente vaya a hacerles más mal que bien.

Algunas de las cosas que dice Peterson en su libro suenan de maravilla y vagamente académicas, pero de una forma tan vaga que es prácticamente imposible refutarlas o, lo que es aún más importante, rebatirlas. «A nivel simbólico, la conciencia es masculina y lleva siéndolo desde el principio de los tiempos».

«La cultura es masculina a nivel simbólico, arquetípico y mítico». De hecho,

una empieza a sospechar que, según el libro de Peterson, cualquier cosa que sea medio buena es vagamente masculina, pero si quieres una explicación de por qué exactamente o quién decide eso, se te rechaza de inmediato con la justificación preventiva de que se trata de algo simbólico, ¿vale? Entonces, podríais preguntar, ¿qué es femenino a nivel simbólico? Peterson afirma que el caos se asocia a lo femenino. Muchas gracias, Jordan. (Peterson define el caos como «todas esas cosas y situaciones que no conocemos ni entendemos», así que se entiende por qué para él personalmente esa podría ser una buena descripción de las mujeres).

Y si crees que la evolución y el cambio social pueden transformar las cosas, te equivocas. Peterson defiende que ciertas cuestiones de género son inmutables y no pueden cambiar, promoviendo una especie de esencialismo biológico pseudointelectual que recuerda muchísimo al fatalismo derrotista de la ideología *incel*:

> Uno puede decir: «Vaya, qué mala suerte que el caos esté representado por lo femenino». Bueno, puede ser mala suerte, pero da igual, porque así es como se representa. Siempre se ha representado así. Y hay motivos para ello. No puede cambiarse. No es posible. Subyace a todo. Si cambiáramos esas categorías básicas, la gente ya no sería humana.

El hecho de que Peterson insista en que la vida moderna puede entenderse de manera profunda y precisa con la lente de la «sabiduría ancestral» y «los grandes mitos e historias religiosas del pasado» debería ser una pequeña señal de alarma, dado que las mujeres no escribieron ni protagonizan casi ninguno de los mitos o historias religiosas que se conservan, al margen de los papeles de cautiva, esclava sexual o ambas cosas. (Por no mencionar el hecho de que Peterson recurre una y otra vez a *La sirenita* para respaldar sus argumentos).

Su estilo y su enfoque son comedidos y refinados y utiliza los trucos de prestidigitación intelectual que permiten a sus seguidores extraer prejuicios intolerantes de argumentos que él consigue expresar como estructurales, más que como personales. Por ejemplo, su ascenso inicial a la fama se produjo en 2016, cuando protestó de forma descarada y repetida contra un proyecto de ley canadiense que prohibía la discriminación contra las personas por motivos de identidad o expresión de género, afirmando que se negaría a referirse a los estudiantes trans por sus pronombres preferidos. «No pienso usar palabras que otras personas me exijan que use; sobre todo, si se las inventan los ideólogos de la izquierda radical», dijo Peterson en una entrevista.[78]

Para ser alguien que apoya tanto la libertad de expresión, Peterson tiene una

forma curiosa de demostrarlo. En 2017, anunció planes para crear una campaña dirigida a reducir en un 75 por ciento la matriculación universitaria en clases que consideraba «sectas adoctrinantes», como los «estudios de la mujer, así como todos los estudios étnicos y los grupos de estudio raciales». Peterson describió su proyecto como una especie de «guerra no violenta» (aunque desde entonces ha dicho que se encuentra «pausada»). Y parece menos partidario del principio de libertad de expresión cuando atañe a sus críticos y detractores. Suele amenazar con demandar a los redactores que en su opinión hayan representado mal sus opiniones o recurre a su blog personal para escribir extensas y furibundas diatribas asegurando que sus palabras se han «sacado de contexto». Es decir, que se pone a la defensiva cuando la cortina de humo del debate razonable y racional amenaza con moverse lo suficiente como para que la gente vea el contenido retrógrado y a menudo cargadísimo de prejuicios que hay debajo. Como Trump, también él se beneficia de un doble enfoque publicitario. Ambos hombres ostentan el poder de tener una enorme cantidad de seguidores en Internet y usan las plataformas virtuales para hablar directamente con ellos, sorteando así a los principales medios de comunicación. Ambos afirman que los medios los excluyen y evitan, cuando en realidad se benefician de la enorme notoriedad que les otorgan los medios de comunicación convencionales, desesperados por publicar lo que dicen por su capacidad para escandalizar y por la controversia que generan, digna del *clickbait* o ciberanzuelo.

El *New York Review of Books* describió a Peterson como «notablemente en sintonía con los prejuicios contemporáneos» y, de hecho, muchos de sus argumentos parecen presentar una versión suavizada de cantinelas de la machoesfera claramente reconocibles. «El espíritu masculino está en peligro». El feminismo (representado por el avance de las mujeres) es una «doctrina de equidad asesina». «Estamos apartando a los jóvenes. Les estamos diciendo que son opresores patriarcales y moradores de la cultura de la violación […]. Es horroroso. Es de lo más destructivo. Es de lo más innecesario. Y es tristísimo».[79]

Se trata de argumentos adorados por los activistas por los derechos de los hombres: se está atacando a los hombres; el feminismo es un movimiento malvado y vengativo literalmente capaz de matar a los hombres; estamos en medio de una cacería de brujas en contra de todos los hombres. Luego están los cruces con el pensamiento de la derecha alternativa: «el privilegio blanco» es «una mentira marxista» y las feministas apoyan los derechos de los musulmanes movidas por su «deseo inconsciente de la brutal dominación masculina». El argumento está a un suspiro de la obsesión profundamente misógina y supremacista blanca con las tasas de natalidad y las mujeres blancas deshonradas

por los hombres invasores. Pero Peterson parece saber exactamente cómo bailar en el lado correcto de esa línea. «Si somos tan diferentes del ancestro común que compartimos con nuestros primos los chimpancés, se debe en parte a la exigencia de la hembra humana —escribe en *12 reglas para vivir*—. La propensión de las mujeres a decir no ha configurado nuestra evolución más que cualquier otra fuerza». En otras palabras, como los *incels*, Peterson concede un peso y un poder enormes a la idea de que el mercado sexual está dominado por las mujeres, que tienen la sartén por el mango en lo tocante a las decisiones románticas. Y también, al igual que ellos, describe la «fuerza demoledora» del rechazo que se produce cuando las mujeres se niegan a salir con un hombre.

Los vínculos que establece entre la biología animal y el comportamiento humano confieren una clara sensación de seriedad académica a los argumentos de la machoesfera sobre la inevitabilidad de la dominación masculina. «Antes de tener piel, manos, pulmones o huesos ya estábamos luchando por nuestra posición —escribe Peterson—. Las jerarquías de dominación son más viejas que los árboles». Huelga decir que la biología no es el área de especialidad académica de Peterson, pero eso no parece importarles mucho a sus millones de seguidores en Internet. De hecho, cuanto más se aleja de su área de interés académico, más se aprovechan las credenciales académicas de Peterson de forma más sensacionalista para dotar de peso a argumentos sobre ámbitos de los que en realidad tiene poco o ningún conocimiento especializado. Los riesgos son evidentes. En una entrevista en la que Peterson habla sobre la «locura femenina» y sugiere que es imposible «controlar a las dementes» porque las convenciones sociales no permiten que los hombres ejerzan con ellas la fuerza física, un lector acalla las objeciones de las mujeres con el comentario siguiente: «El tipo ha hecho un doctorado. Me parece que sabe de lo que habla».[80]

A veces, en medio de las veleidades y el cuidadoso distanciamiento, parece levantarse brevemente el velo y se ven con mucha más claridad las similitudes entre la retórica de Peterson y la de los ciudadanos de la machoesfera. Eso ocurre de forma mucho más notable cuando Peterson habla sobre los asesinos en masa misóginos. En una entrevista reciente, se hizo eco de las actitudes de los *incels* sobre la «redistribución del sexo» autorizada por el Estado y pareció insinuar que si Minassian, el asesino en masa, no hubiera sido rechazado por las mujeres, quizá podría haberse apaciguado.[81]

«Estaba enfadado con Dios porque las mujeres no dejaban de rechazarlo —aseguró Peterson—. La cura para eso es la monogamia obligatoria. De hecho, por eso surge la monogamia». El entrevistador añade: «Peterson no duda un instante al decir eso. Para él, la monogamia obligatoria es simplemente una solución

racional. De lo contrario, explica, las mujeres solo elegirán a los hombres de más alto estatus y al final eso no puede hacer feliz a ningún género».

«La mitad de los hombres fracasa —añade Peterson—. Y todo el mundo pasa de los hombres que fracasan». En situaciones en las que hay demasiadas opciones de pareja, «un pequeño porcentaje de los hombres tiene hiperacceso a las mujeres». Esto es ideología *incel* pura y dura. La teoría del 80-20 en su máxima expresión. En medio de una moderada reacción negativa, Peterson se apresuró a defender sus comentarios afirmando que la «monogamia obligatoria» es un concepto antropológico y científico muy conocido y que él se refería a la «monogamia promovida a nivel social e inculcada por la cultura», no a «repartir al azar damiselas a los *incels*». Pero esto no redime para nada la insinuación de que la culpa de las muertes fue de la autonomía sexual de las mujeres y no de las intenciones y acciones asesinas de Minassian. Tampoco anula el inevitable impulso de reivindicación que las comunidades de *incels* habrán obtenido al ver expresada su lógica en una plataforma tan mayoritaria bajo el disfraz del rigor académico.

Por supuesto, es importante señalar que Peterson podría desconocer por completo las comunidades de la machoesfera o incluso ser crítico con ellas: que su tendencia a dar oxígeno a algunos de sus principios fundacionales podría ser una absoluta coincidencia.

En una conferencia, Peterson se dirigió a los hombres que siguen su propio camino llamándolos comadrejas patéticas y quejándose de la exagerada influencia que tienen en los jóvenes resentidos, antes de retractarse de la crítica y afirmar que había sido demasiado duro con ellos y que «no les falta razón».

Pero no cabe ninguna duda de que tiene una comprensión profunda de las dinámicas de las mafias derechistas y misóginas de Internet. «No debería decirlo, pero voy a decirlo porque es tan gracioso que no puedo reprimirme: he descubierto cómo sacar tajada de los guerreros de la justicia social —aseguró Peterson en una entrevista en un pódcast—. Si me dejan hablar, hablo y gano más dinero en Patreon […]. Si se oponen a mí, se sube a YouTube y mi cuenta de Pantreon sube QUE TE CAGAS». Patreon es una plataforma que permite que los seguidores del trabajo de un creador de contenidos se conviertan en suscriptores y paguen regularmente sumas de dinero para tener acceso a su producción artística o intelectual. En YouTube, Peterson tiene más de dos millones de seguidores, el 80 por ciento de los cuales, según él mismo admite, son hombres.

Pero Peterson y sus seguidores enseguida execran las acusaciones de que sirve de canal para las ideas de la derecha alternativa. En su libro, califica de «siniestro» el auge de los partidos políticos de extrema derecha. Incluso ha

afirmado desempeñar un papel moderador en las opiniones políticas de los jóvenes y asegura que los aleja del extremismo, aunque las pruebas que ofrece en ese sentido parecen ser puramente anecdóticas.[82] Sin embargo, existen algunos indicios de que los supremacistas masculinos y los *trolls* de la machoesfera cuentan con seguidores que son un poco más difíciles de explicar. Los vídeos de YouTube de Peterson consiguen un altísimo número de visualizaciones cuando se describen como brutales humillaciones a feministas o personas trans. Y tanto si Peterson los busca activamente como si no, hay miles de hilos de debate que revelan que cuenta con una amplia base de seguidores en comunidades supremacistas masculinas como r/TheRedPill, de Reddit. Una entrada representativa, que elogiaba a Peterson por «derretir los copos de nieve», decía: «A mí la verdad es que me sorprendería que la mayoría de la gente de TRP [TheRedPill] no lo conociera a estas alturas». Aún resulta más pertinente el aluvión de amenazas experimentadas por Cathy Newman, la presentadora del noticiario de Channel 4, después de que se atreviera a cuestionar las opiniones de Peterson en una entrevista. Newman describió una «catarata de insultos» repartidos en «literalmente miles de tuits insultantes: fue una campaña semiorganizada». Los insultos iban desde el típico «puta, zorra, rubia tonta» a «Voy a averiguar dónde vives para ir a ejecutarte». Sus jefes se vieron obligados a contratar expertos en seguridad y a recurrir a la policía. Eso sugiere algo más que una relación completamente neutral entre Peterson y los *trolls*, aunque desde luego podría ser completamente unilateral.

Cuando el acoso a Newman saltó a los titulares, el propio Peterson tuiteó: «Si estás amenazándola, para». Pero ese tuit adquirió un significado sutilmente distinto al ver los comentarios que hizo poco después sobre el acoso en una entrevista: «No han aportado ni una prueba de que las críticas constituyeran amenazas. Hay algunos comentarios desagradables en Internet, pero la idea de que esto refleja de alguna manera una misoginia fundamental, y que eso es lo que está provocando esto, es ridícula».

Resulta significativo que Peterson se haya convertido en un símbolo del antifeminismo, dado que su producción personal apenas habla de cuestiones de género. Su libro *12 reglas para vivir* está lleno de citas más bien banales, casi simplonas, que parecen sacadas de un póster de autoayuda decorado con una foto de una playa al atardecer. «Tienes un papel fundamental que desempeñar en el desarrollo del destino del mundo». «Compárate con quien eras ayer, no con quien es hoy otra persona». Algunos de sus consejos más famosos instan a sus lectores a ordenar su dormitorio y a andar erguidos.

El que su filosofía antifeminista se haya convertido en lo más famoso de él

quizás evidencie una obsesión de los medios de comunicación con generar polémicas que sirvan de ciberanzuelo. Enfrentan deliberadamente a las feministas (que preferirían estar hablando sobre cómo garantizar una financiación sostenible para los centros de ayuda a las víctimas de violaciones, por ejemplo) con un hombre que se tomará veinte minutos para decirles animosamente que el patriarcado no existe. Esto da lugar a un clásico vídeo de la machoesfera: «Jordan Peterson destruye a una cerda feminista con un aro en la nariz», con cuya creación el propio Peterson no tiene nada que ver, y que a su vez es promovido por el algoritmo de YouTube y genera varios millones de me gusta, clics y visualizaciones de anuncios.

Sin embargo, es posible que Peterson no sea totalmente ajeno a los beneficios publicitarios de generar polémica, teniendo en cuenta que él saltó a la fama tras introducirse de una manera sumamente pública en el debate sobre los pronombres de género.

Además, es enormemente lucrativo. Mientras que Elam se ve reducido a alternar entre arremeter contra sus seguidores y suplicarles que le donen unos dólares, en un momento dado Peterson llegó a ganar ochenta mil dólares al mes por las donaciones de sus seguidores a través de Patreon y su libro ha vendido millones de ejemplares.

Los hombres como Peterson no son los únicos que, deliberadamente o no, dan una apariencia de autenticidad académica al tipo de argumentos misóginos adorados por la machoesfera. En algunos casos, se aprovechan las credenciales académicas de algún autor para dar a entender que su argumento es sólido, aun cuando en realidad no se ofrece ni una sola prueba científica que lo respalde. Pensemos, por ejemplo, en un artículo del *Daily Mail* en el que el uso de esa técnica es tan descarado que se desvela en el título: «Académica asegura que las mujeres que privan a sus maridos de mantener relaciones sexuales están destrozando la sociedad». Solo por el titular, sería natural suponer que la «académica» anónima hablaba desde la perspectiva de su investigación, dando a entender que algún estudio científico había defendido esa afirmación en particular. Pero, aunque el artículo contiene afirmaciones sensacionalistas y profundamente misóginas por parte de su autora, la doctora Catherine Hakim, no proporciona ningún tipo de investigación científica que respalde realmente esas afirmaciones, aparte de algunas referencias al libro de la doctora Hakim, que el artículo promociona. Haciéndose eco de la ideología *incel*, la doctora Hakim escribe: «Los hombres más hambrientos de relaciones sexuales son más propensos a visitar a prostitutas, ver pornografía y, en el peor de los casos, incluso abusar de otras mujeres. Los hombres, como sabemos en el fondo de nuestros corazones,

tendrán aventuras, o quizá incluso algo peor, cuando experimenten inanición sexual y el inevitable resentimiento que causa».

Además de acusar a las «esposas negligentes» de «sembrar el caos en sus vidas» si no mantienen suficientes relaciones sexuales con sus maridos, también las culpa de las violaciones de otras mujeres: «Y lo que es más preocupante: en mi opinión, no hay duda de que la frustración sexual puede abocarlos a agredir a las mujeres, aunque en ningún caso estoy disculpando ese comportamiento».

La doctora Hakim utiliza constantemente el lenguaje científico para dotar a la lógica *incel* de la respetable apariencia académica que ansían los miembros de la comunidad. Cita estadísticas que podrían parecer vagamente relacionadas con el tema que nos ocupa, pero que en realidad no tienen nada que ver con su argumento. «Una encuesta sobre el sexo en el Reino Unido reveló que una quinta parte de las mujeres de entre cuarenta y cinco y cincuenta y nueve años había pasado más de un año siendo célibe». «De hecho, una cuarta parte de los hombres encuestados afirmaron que, si pudieran, querrían mantener relaciones sexuales a diario». «Quizás por primera vez en la historia, hay un 6 por ciento más de hombres que de mujeres en el mundo». Nada de esto tiene relación alguna con las afirmaciones de la doctora Hakim de que los hombres que mantienen menos relaciones sexuales de las que desean son más propensos a cometer agresiones, ni tampoco con la relación causal que establece para culpar a la autonomía sexual de otras mujeres de esos actos de violencia sexual.[83]

Gary Barker, fundador y director general de Promundo,[84] una ONG de justicia de género, opina que la normalización de esas ideas por la grandilocuente vinculación con el mundo académico es una amenaza aún mayor que los propios *incels*. Según me confesó:

> A mí seguramente me quita más el sueño que Jordan Peterson consiga normalizar su discurso. Y que él y otras personas como él lo revistan de pseudociencia para que parezca que se basa en la ciencia evolutiva (y, en su caso, se basa en la tradición judeocristiana como si fuera ciencia). Me preocupa lo mucho que se ha extendido. No es que no me preocupen los *incels* ni lo que puedan hacer unos pocos, pero me preocupa más que tíos […] que por su aspecto podrían ser los hermanos de nuestros amigos, que son personas educadas y no parecen misóginos en público, se encuentren con que él los está empujando suavemente hacia un espacio en el que se dice: «Pues sí, no tengo por qué lidiar con no sé qué cosa feminista». Ese discurso me preocupa más.

Hay cosas de nuestra vida que cuestionamos. Y otras que aceptamos sin más. Vivimos en una sociedad en la que se nos anima a aceptar la veracidad de lo que

publican los periódicos. En la que damos por sentado que los académicos son la autoridad en cualquier tema. En el que muchas personas simplemente no cuestionarían la idea increíblemente misógina de que las mujeres frígidas están provocando que sus maridos violen a otras mujeres porque procede de una fuente en la que hemos aprendido a confiar. Y hay muchísimas cosas que se derivan de ahí implícitamente. La idea de que los hombres no pueden evitar violar. La idea de que cuando violan es culpa de las mujeres. De que tendríamos que buscar la forma de entender a los violadores y compadecernos de ellos.

Eso puede afectarle a cualquiera. A la gente que no ha oído hablar de Peterson ni de ninguno de los otros hombres que se erigen como ídolos para las comunidades de la machoesfera. Les están dosificando las mismas ideas, cuidadosamente filtradas mediante boquillas en las que a todos nos han enseñado a confiar. Y el sexismo de más bajo nivel que ha sido el telón de fondo de nuestra vida nos prepara a la perfección para aceptar esas ideas sin cuestionarlas. Las cosas más pequeñas, desde los pasillos de juguetes divididos por sexo hasta usar «hombre» para decir «humanidad». Las cosas que hacen que nos llamen «feminazis desbocadas» por atrevernos a debatirlas. Esas cosas consiguen que nos resulte un poquito más fácil confiar en que cuando un periódico nacional o una persona que tiene un título académico suelta algo profundamente sexista, es probable que no sea más que una verdad incómoda. A menudo, son esos mismos periódicos los que se adelantan a cualquier crítica al llamarnos feminazis y despejar el camino para la aceptación de esas ideas.

Barker también expresa preocupación por el efecto potencialmente desalentador sobre la libertad de expresión cuando un académico como Peterson es capaz de subrayar sus argumentos con la influencia de una base de seguidores virtuales de varios millones de personas con una inclinación por el acoso misógino. ¿Cuántas periodistas podrían plantearse en serio cuestionar a Peterson después de ver las amenazas de violación y muerte soportadas por Newman? ¿Y qué tipo de repercusión podría tener eso también en otros académicos que, de otro modo, podrían intentar cuestionar públicamente la ideología de Peterson? Barker apunta a una entrevista reciente que concedió al *Washington Post* para un reportaje sobre Peterson y cuenta lo siguiente: «El periodista que escribió el reportaje me dijo: “No he encontrado a nadie más que quiera criticarlo con su nombre asociado”». Finalmente, hay comentaristas en los medios de comunicación que suavizan esos temas y los llevan a la corriente dominante, tanto por los personajes a los que deciden invitar en sus programas y por cómo los entrevistan como por su propia retórica. El nombre que surge una y otra vez en mis entrevistas es el de Piers Morgan, que ejemplifica ambas cuestiones: la

primera, la más famosa, por su aduladora entrevista televisiva a Trump; la segunda, por sus repetidos comentarios, en las redes sociales y en directo, sobre las mujeres, el feminismo y la masculinidad. Que un presentador de la televisión convencional exprese la clase de argumentos tradicionalmente limitados a la machoesfera les confiere una aceptabilidad y una vitalidad nuevas.

«Imbéciles quejicas enloquecidos por la corrección política que se sentirán ofendidísimos por absolutamente todo lo que yo diga o escriba» es un fragmento muy representativo de un tuit de Morgan. Las misivas que manda a sus 6,5 millones de seguidores suelen contener referencias a los «frágiles copos de nieve» y a «comportarse como un hombre» y lo más probable es que centren su ira en las feministas. Solamente el día de la marcha de las mujeres tuiteó 163 veces. La esencia general de sus tuits era la siguiente: «Estoy planeando una "Marcha de Hombres" para protestar por la insidiosa emasculación global de mi género a manos de las feministas rabiosas».

Las publicaciones de Morgan en las redes sociales se ven reforzadas por una columna periódica en los tabloides que suele dedicar a temas como «No dejemos que las hipócritas feministas radicales conviertan a los hombres en un montón de felpudos castrados, arrastrados y llorones» o «Estoy harto de esta guerra contra la masculinidad y no soy el único». Luego está su plataforma como presentador del programa matinal de la ITV *Good Morning Britain*, un papel que Morgan aprovecha con habilidad para intensificar y dar publicidad a las «polémicas» y disputas que crea deliberadamente en Twitter. En otras palabras, Morgan se adapta perfectamente a la rica demanda virtual de diatribas reaccionarias, antifeministas y de «corrección política desproporcionada», cuidadosamente formuladas en la retórica defensiva preventiva del debate razonable y la superioridad moral.

Para Morgan y sus empleadores, los beneficios que se obtienen son mutuos, como evidencia la naturaleza predecible del ciclo. Morgan tuitea algo incendiario y sexista a su millón de seguidores, espera para ver quién muerde el anzuelo y luego exalta la controversia hasta que alcanza su punto álgido. A la mañana siguiente, la discusión de Twitter se describe como «relevante» en el programa, que realza de manera deliberada las cuestiones más mundanas e insignificantes para presentar el feminismo y otros movimientos de justicia social como ridículos y radicales. El programa saca el máximo rendimiento a la indignación despertada por el ciberanzuelo de la sección subsiguiente tuiteando los cortes más incendiarios para incitar a la gente a visitar la web y ver más. Y así, una y otra vez.

Es un terreno abonado que Morgan conoce como la palma de su mano. Las

áreas de interés más representativas son los silbidos callejeros, las críticas a las mujeres que afirman ser feministas pero se han atrevido a permitir que fotografíen sus cuerpos y los ataques grandilocuentes contra crímenes espeluznantes como el de ejercer de padres: es famoso por haber arremetido contra Daniel Craig por atreverse a llevar a su hija pequeña en una mochila de porteo y tuitear que habían «emasculado» a James Bond.

El método es de una transparencia absoluta; Morgan suele cacarear con regocijo cuando sus falsas enemistades llegan a un público más amplio. «Primero el *Washington Post*, ahora BBC News. Porteo-Gate está haciéndose más grande que Watergate», tuiteó durante la polémica sobre Craig.

Pero, bajo la apariencia de una indignación inducida, que casi nunca tiene mucha sustancia, hay señales de silbato de perro que atraen a sus seguidores más siniestros.

«Estoy harto de esta guerra contra la masculinidad», escribió Morgan en su columna en enero de 2019. En ella se quejaba del lanzamiento del anuncio de la compañía de cuchillas Gillette que animaba a los hombres a intervenir si presenciaban comportamientos sexistas o de acoso sexual. Morgan describió el anuncio como emasculador y afirmó que sugería que «TODOS los hombres son personas malas e indignas». Poco después, una de las mujeres encargadas de la creación del anuncio reveló que había recibido un torrente de insultos espeluznantes, específicamente —aseguraba— desde la publicación del artículo de Morgan. El tono de algunos de los mensajes, de los cuales publicó ciertos fragmentos, sugería que aquellos a los que la columna de Morgan parecía llamar a las armas eran moradores típicos de la machoesfera. «Seguid presionándonos, sucias putas, y a vosotras y las que son como vosotras (feministas ginocéntricas odiahombres) os convertiré en presas del infierno», rezaba un mensaje, claramente impregnado de la retórica del extremismo virtual. Continuaba así: «Los hombres blancos tratamos a las mujeres mejor que nadie en el puto mundo y vosotras vais y nos tratáis como la mierda. ¿Quieres un poco de “masculinidad tóxica”? Pídela y se te concederá, zorra (y no habrá marcha atrás)». En ocasiones, la retórica de Morgan ha reflejado las conversaciones de la machoesfera con una precisión espeluznante; por ejemplo, cuando afirmó estar lanzando una «campaña para que los hombres recuperen su país» y aseguró que «el futuro de la humanidad depende de ello».

Hurst, el coordinador de la Good Lad Initiative, hace la observación siguiente:

> Creo que la gente como Piers Morgan tiene muchísimo cuidado con lo que dice

> y con cómo lo dice […]. Esos hombres también son lo que otros hombres percibirían como exitosos. Eso quiere decir que lo que dicen no se ve como agresivo ni ofensivo. La posición y el nivel de poder que ostentan en la sociedad hacen que esos mensajes resulten aceptables para los hombres. Hay algunos jóvenes que prestan muchísima atención a las cosas que dice Piers Morgan. Seguramente, él es el rostro más aceptable de los activistas por los derechos de los hombres en el Reino Unido. Aunque no creo que él se identificase necesariamente de esa forma, comparte sin duda sus ideas y proyecta ese tipo de opiniones y puntos de vista.

Cuando lo acusan de misoginia, Morgan suele protestar diciendo que él «adora a las mujeres» y que sencillamente «no le gustan demasiado las feministas rabiosas».

Así, la ideología de la machoesfera se introduce en la conversación general gracias a políticos, académicos y figuras de los medios de comunicación que parecen apelar a sus subestimadas masas virtuales y hacerse eco de ellas. Es una relación mutuamente beneficiosa. Para esos portavoces extraoficiales, la machoesfera representa una fuerza poderosa, ya sea para impulsar la participación electoral, las ventas de libros o las cifras de audiencia. Y para las comunidades de la machoesfera, esto eleva su retórica mucho más allá de las cámaras de resonancia virtuales y la introduce en la conversación general.

«Si echas un vistazo a los foros marginales —señala Davey—, la gente dice: "En realidad es bastante útil, porque puede atraer a más gente a nuestra causa […]". No hay ninguna duda de que son conscientes de que pueden utilizar a esas personas para ampliar los parámetros y abrir más la ventana».

Que use la palabra «ventana» no es ninguna coincidencia: tanto los foros de la machoesfera como los de los supremacistas blancos están obsesionados con el concepto de la «ventana de Overton», un término que describe la gama de ideas que se toleran en el discurso público. Cuando figuras conocidas como Morgan utilizan una retórica que antes se habría considerado radical o inaceptable o cuando políticos como Trump expresan una ideología que antes habría parecido impensable para un expresidente, los foros de la derecha alternativa y de los *incels* se alegran porque creen que la ventana de Overton se ha desplazado y ha abierto una brecha más amplia para que su ideología aún más radical se cuele en el discurso dominante.

Así es como acaba la cadena que empieza en los foros de Internet más radicales, donde figuras como Forney abogan explícitamente por pegar a las mujeres y los *incels* hablan sobre convertir a las mujeres en esclavas sexuales.

Luego están los líderes directos de esas comunidades: hombres como Valizadeh, que actúa de incitador, y como Elam, con su «mes de reventar a zorras violentas». A continuación, figuras como Yiannopoulos, que canta a voz en cuello mientras llueven saludos nazis a su alrededor, pero que si lo pillan, pone unos ojos como platos en plan inocente; personajes que repiten algunos de los ideales más escandalosos de la turba de Internet, pero que siempre afirman que «lo dicen en plan irónico»; hombres que alternan entre los iconos virtuales y las provocaciones en el mundo real y que a veces se queman los dedos de los pies. Luego están los intermediarios, como Bannon, que están familiarizados con ese territorio y con los grupos que están detrás de ellos en la cadena —quizá incluso en comunicación estratégica directa y estrecha con ellos—, pero que se distancian aún más utilizando una retórica más débil, u hombres como Peterson, que producen versiones suavizadas de ideas muy similares. Por último, llegamos a la parte superior de la cadena: los políticos populares y los poderosos comentaristas de los medios de comunicación, que están un paso más alejados y utilizan ese distanciamiento para mantener a toda costa una negación plausible, pero cuya retórica y políticas suavizadas son versiones socialmente aceptables de los mismos mensajes. Los hombres de en medio son capaces de alertar y movilizar apoyos situados más abajo en la cadena y, al mismo tiempo, lo suficientemente respetables como para invitar a nuevos pensadores más moderados a iniciar su propio periplo de exploración. Y los que están en la parte superior de la cadena no tienen por qué repetir al pie de la letra la ideología de los de abajo. De hecho, si lo hicieran lo estropearían todo, porque se expondrían a críticas contra las que el patrón existente tiene la habilidad de protegerlos, asqueando a los nuevos adeptos antes de que tengan tiempo de radicalizarse.

Los hombres que están en la parte superior de la cadena no necesitan destripar el pescado. Les basta con tender el cebo y esperar a que algún pez dé un mordisquito. Los que se sientan lo suficientemente atraídos como para tragarse el anzuelo serán capaces de recorrer por su cuenta el resto del camino. Y aquellos que sostienen la caña son capaces de obtener unos generosos beneficios al recoger el sedal de su dinero, su adoración virtual o sus votos. La ventana de Overton se ha desplazado lo suficiente como para que aquellos que acaban de descubrir la machoesfera se convenzan de que lo que están haciendo no tiene nada de ofensivo… hasta que es demasiado tarde. Hasta que llegan al punto en el que lo que se pretende precisamente es resultar ofensivo. Y a quienes no terminan llegando a ese punto de radicalización ni siquiera se los ve como causas perdidas. Los moderados que se inclinan un poquito más hacia la derecha, que toleran un poquito más la misoginia o el racismo (porque, al fin y al cabo, si lo

dice el presidente, no puede estar tan desencaminado), siguen formando parte de un cambio de tendencia en la aceptación social que permite una mayor influencia y repercusión en la corriente dominante de las creencias y políticas que se transmiten desde el extremo final de la cadena. Aunque generalizar la ideología *incel* no es necesariamente el objetivo final de todos los implicados: para algunos, el simple hecho de conseguir el apoyo suficiente para inmunizar sus campañas frente a lo que consideran la insidiosa tendencia de lo políticamente correcto puede ser una recompensa suficiente. Que las ideas radicales se cuelen sin hacer ruido en el discurso público no es más que un efecto secundario aceptable.

Es indiscutible que los líderes de las comunidades radicales de Internet son conscientes de esa cadena y se aprovechan de ella de manera deliberada. Está mucho menos claro el que los hombres que están más arriba desempeñen su papel de manera consciente o completamente inconsciente. Pero las auténticas víctimas son los hombres que se ven envueltos en el odio y los estereotipos rígidos y anticuados con los que trafican sus ídolos en beneficio propio.

El resultado final se revela con aterradora claridad en una entrevista que el *New Yorker* le hizo al supremacista masculino Cernovich. En ella se describe un incidente, presenciado por el periodista y planeado por Cernovich con precisión militar, en el que utiliza un vídeo en la plataforma de redes sociales Periscope para congregar a miles de sus seguidores en torno a una narrativa elaborada por él sobre los correos electrónicos de Hillary Clinton, utilizando la etiqueta #HillarysHacker. Antes de que Cernovich termine de grabar, la etiqueta ya es tendencia en Twitter. En un día, se han publicado más de 42.000 tuits con la etiqueta. El tema se comenta muchísimo en Reddit, lo que lleva a que los principales expertos de los medios de comunicación se hagan eco de él, hasta que al final un congresista alerta a los fiscales de Washington para que investiguen. Se ha completado la cadena. Pero, sobre todo, antes de que penetre en la corriente dominante, ha pasado por las suficientes manos semirrespetables como para que llegue al consumidor ocasional de los medios de comunicación con un aire de solidez fáctica. Y para cuando llega a las influyentes puertas cerradas de los fiscales de Washington, casi no queda rastro de que la historia surgió de un iPad apoyado en la mesa de la cocina del misógino de Cernovich.

---

[61] En política, la estrategia del «silbato de perro» es el uso de un lenguaje codificado o sugerente para conseguir el apoyo de un grupo concreto sin provocar oposición. El nombre del concepto viene de los silbatos ultrasónicos para perros, que son audibles para los canes pero no para los humanos. Suelen utilizarse para transmitir mensajes

sobre temas susceptibles de despertar polémica sin concitar atención negativa. (*N. de la T.*).

[62] «Trump has turned the racial dog whistle into a steam whistle», *Boston Globe*, 19 de julio de 2019.

[63] «Here's How Breitbart And Milo Smuggled White Nationalism Into The Mainstream», *BuzzFeed*, 5 de octubre de 2017.

[64] «How Men's Rights Leader Paul Elam Turned Being A Deadbeat Dad Into A Moneymaking Movement», *BuzzFeed*, 6 de febrero de 2015.

[65] «Controversial pick-up artist Roosh V celebrates Donald Trump's victory: "If the President can say it then you can say it"», *The Independent*, 16 de noviembre de 2016.

[66] *Mangina* es un término despectivo, compuesto por las palabras *man* (hombre) y *vagina* (vagina), que emplean los detractores del feminismo para referirse a cualquier hombre a quien perciben como afeminado. Se usa especialmente en Internet para menospreciar a los hombres que se identifican como feministas. (*N. de la T.*).

[67] *Soyboy* es un insulto asociado a la extrema derecha utilizado en Internet para referirse a los hombres considerados liberales afeminados. Proviene del mito de que consumir productos de soja reduce los niveles de testosterona en el hombre. (*N. de la T.*).

[68] «Trump mocks Christine Blasey Ford at Mississippi rally as supporters cheer», *The Guardian*, 3 de octubre de 2018.

[69] «Conservative MP tries to derail bill protecting women against violence», *The Guardian*, 16 de diciembre de 2016.

[70] «Tory MPs filibuster plans for LGBT-inclusive sex education», *Pink News*, 23 de enero de 2017.

[71] «Pauline Hanson sparks fury with claim domestic violence victims are lying to family court», *The Guardian*, 18 de septiembre de 2019.

[72] «How Steve Bannon Won», *US News*, 18 de julio de 2017.

[73] «Steve Bannon: "We went back and forth" on the themes of Johnson's big speech», *The Guardian*, 22 de junio de 2019.

[74] «Man arrested outside office of Labour MP Jess Phillips», *The Guardian*, 26 de septiembre de 2019.

[75] «Trump defends response to Charlottesville violence, says he put it "perfectly" with "both sides" remark», *USA Today*, 26 de abril de 2019.

[76] «New Hampshire State Rep Who Created Reddit's "Red Pill" Resigns», *Daily Beast*, 22 de mayo de 2017.

[77] «Jordan Peterson: "One thing I'm not is naïve"», *Financial Times*, 1 de junio de 2018.

[78] «Jordan Peterson, the obscure Canadian psychologist turned right-wing celebrity, explained», *Vox*, 21 de mayo de 2018.

[79] *Ibid.*

[80] «Jordan Peterson: "I don't think that men can control crazy women"», *The Varsity*,

8 de octubre de 2017.

[81] «Jordan Peterson, Custodian of the Patriarchy», *New York Times*, 18 de mayo de 2018.

[82] «What the left gets wrong about Jordan Peterson», *The Guardian*, 22 de junio de 2018.

[83] «Academic who says wives who deprive husbands of sex are wrecking society. Her solution? Reward chaps for doing the washing up!», *Daily Mail*, 15 de febrero de 2017.

[84] En 2022, Promundo cambió su nombre a Equimundo: https://www.equimundo.org/. (*N. de la T.*).

08

Los hombres que temen a las mujeres

«¿Qué es esto? ¿Una "caza de brujas"?».

JOHN HUMPHRYS sobre el #MeToo, *Today*, BBC Radio 4

Los hombres actuales están aterrados. Viven en un mundo en el que se los persigue y amenaza. Cualquiera de ellos, con independencia de sus actos o relaciones pasadas, corre el peligro de ver destruida su felicidad y diezmada su carrera sin previo aviso.

Las mujeres furiosas, mentirosas y manipuladoras están en pie de guerra y ningún hombre está a salvo. Ninguna cabellera está vedada, ninguna historia es tan impecable como para librarse de la amenaza de que la deformen y destruyan de manera deliberada.

Hay reacciones exageradas e histéricas que pintan interacciones perfectamente inocentes como sórdidos actos abusivos. Hay sacacuartos que ejercen de víctimas profesionales y «recuerdan» convenientemente un roce de la mano tres décadas después en un descarado intento de llamar la atención, obtener una indemnización y disfrutar de «cinco minutos de fama».

Por no hablar de mujeres sin un ápice de moral que se inventan una historia de la nada para destruir la reputación y la carrera de un hombre inocente porque sí, porque pueden.

«¿Qué hay de la presunción de inocencia?», te oigo preguntar. Ah, no. Eso no existe en el mundo actual de las turbas feminazis de Twitchfork y la histeria de los copos de nieve políticamente correctos. Eso no existe en el contexto actual, en el que el #MeToo se ha vuelto tan poderoso que las empresas están deshaciéndose por todas partes de sus empleados más veteranos sin el debido

proceso basándose en poco más que el susurro de un rumor difundido por Internet.

Nos encontramos ante una caza de brujas, así de claro. Y cualquiera puede ser el siguiente.

Esto no es una representación imprecisa de la reacción negativa que ha suscitado recientemente el movimiento #MeToo, una campaña iniciada por Tarana Burke en 2006 y popularizada en las redes sociales en 2017 tras las acusaciones de abusos sexuales contra Harvey Weinstein. La campaña provocó que millones de mujeres de todo el mundo relataran sus historias de acoso y agresión sexual, en un principio en el lugar de trabajo, pero también en otros espacios.

Si la descripción ofrecida más arriba suena exagerada, analicemos los titulares y declaraciones siguientes sobre el movimiento #MeToo extraídos de algunos de los medios de comunicación más destacados y respetados del mundo.

> «El #MeToo, fuera de control». (*The Week*).
>
> «Cuando el #MeToo se pasa de la raya». (*New York Times*).
>
> «¿Qué es esto? ¿Una "caza de brujas"?». (*BBC Today*).
>
> «Las mujeres mileniales se apresuran demasiado a avergonzar a los hombres». (*The Times*).
>
> «Lo siento, chicas, pero una insinuación torpe durante una cena NO es agresión sexual». (*Daily Mail*).
>
> «¿Qué van a conseguir las mujeres de tanto quejarse de los plastas sexuales? Un nicab». (*Mail on Sunday*).

A continuación analicemos los comentarios siguientes, hechos en Internet por hombres que forman parte de la comunidad de la machoesfera:

> «Creo que los hombres tienen miedo. Es la historia del miedo a todo, en la que te castigan por algo que no has hecho». Erik von Markovik («Mystery»), en declaraciones a *BuzzFeed* sobre el #MeToo.
>
> «Todas las mujeres de este planeta, sin importar sus estudios ni sus orígenes, son en potencia unas zorras, unas putas, unas guarras, unas sacacuartos, unas copos de nieve, unas infieles, unas traidoras y unas narcisistas que no quieren

más que llamar la atención […]. Me temo que esa es la auténtica naturaleza de las mujeres. Esa es la auténtica naturaleza que saldrá a relucir si la sociedad no restringe ni limita el comportamiento y las decisiones de las mujeres». Daryush Valizadeh (Roosh V), en una entrada de blog titulada «La verdadera naturaleza de las mujeres».

«Desde el surgimiento del #MeToo y todas esas alegaciones de acoso, violación y demás, tengo miedo hasta de acercarme a una mujer […]. Las acusaciones de acoso me tienen acojonado. Además, la idea de que las mujeres se hagan las duras frente al "no es no" […] lo ha vuelto todo muy confuso, porque yo ya de primeras no tenía muy buena mano con las chicas». Usuario de un foro de la machoesfera en un hilo titulado «¿Está volviendo débiles a los hombres el MeToo?».

¿Se aprecian las similitudes?

La histeria y el pánico azuzados en los rincones más recónditos de la machoesfera se han propagado por Internet como un reguero de pólvora, tendiendo sus zarcillos de forma tan rápida y eficaz por foros, blogs, webs y plataformas que se han extendido mucho más allá de los dominios de los *incels*, los activistas por los derechos de los hombres y los artistas de la seducción. De hecho, se han extendido tanto que han pasado a formar parte de la conciencia general, convirtiéndose casi en «saber popular». A pesar de las pruebas que demuestran lo contrario; a pesar de que sería difícil señalar a hombres mediáticos que hayan experimentado una caída repentina basada en una acusación infundada sin las debidas garantías legales; a pesar del hecho de que la cifra de hombres que han sufrido algún tipo de consecuencias es relativamente baja en comparación con los millones de mujeres que han contado sus experiencias de abuso sin haber recibido justicia; a pesar de que muchos hombres mediáticos acusados de violencia sexual por decenas de mujeres siguen gozando de libertad; aun así, la idea de que son noticias falsas se ha convertido en un discurso aceptado y aceptable. Y ya no es un discurso marginal ni radical: es la norma.

Son las ideas de la machoesfera. De los tipos marginales que odian a las mujeres y que prosperan desapercibidos sin que se los cuestione, analice ni controle. Cuando sus ideas se reinventan y renuevan para un público masivo —introducidas cuidadosamente en el diálogo general mediante figuras casi respetables que actúan como canales humanos; mediante los algoritmos de redes sociales que dan a su contenido una relevancia indebida y hacen que parezca que goza de una aceptación más amplia, y gracias a los medios de comunicación, que persiguen la polémica, el ciberanzuelo y la apariencia de «objetividad»—, no

vuelven a emerger con el mismo aspecto. Lo que empieza como odio se transforma en otra cosa: miedo. Los hombres que odian a las mujeres hacen que otros hombres las teman.

Sin embargo, las tácticas y los distintivos de la lógica y los argumentos de la machoesfera siguen apreciándose con claridad. Se usa el *whataboutismo* («y tú más»)[85] para desviar la atención de los argumentos válidos. Se emplea la pseudociencia, o incluso mentiras descaradas, para debilitar las estadísticas reales y sugerir una realidad diferente. La atención se centra en casos individuales y emotivos para intentar crear falsas equivalencias o sugerir una tendencia más amplia. Y se presenta a las personas más privilegiadas y propensas a cometer abusos como las mayores víctimas de todas.

Dejemos claro desde el principio que esa narrativa misógina no se basa en la verdad.

Pensemos, por ejemplo, en las cifras relativas al movimiento #MeToo, descrito una y otra vez como una caza de brujas. Según los análisis, se calcula que unos doscientos hombres estadounidenses «destacados» perdieron empleos, puestos, vínculos profesionales o proyectos tras acusaciones públicas de acoso sexual, aunque solo «unos pocos» se enfrentaron a cargos penales.[86] Comparemos eso con el hecho de que solo en los cuatro primeros meses se enviaron más de doce millones de tuits con la etiqueta #MeToo, sin incluir a los millones de mujeres que utilizaron otras redes sociales para difundir sus historias. Aunque asumamos que una parte significativa de quienes utilizaron la etiqueta estaban criticando o comentando el movimiento en lugar de relatar historias personales y que la etiqueta también se usó fuera de los Estados Unidos, sigue quedando claro que hay una enorme discrepancia entre las mujeres que han denunciado acoso o agresión sexual y los hombres que se han enfrentado a la justicia; y, desde luego, no son los hombres quienes salen perdiendo.

La idea de que «han cambiado las tornas» —como se ha afirmado con dramatismo—, de que el movimiento «se ha pasado de la raya» y ha descompensado el equilibrio de poder entre géneros en la dirección opuesta, es un absoluto disparate. No hemos visto más que un destello. Además, se difunde la idea de que la acusación espuria de una sola mujer basta para destruir la carrera de un hombre inocente. De nuevo, la realidad es muy diferente. Lo que hemos visto una y otra vez, como demuestran claramente las trayectorias profesionales de hombres mediáticos como Trump y Kavanaugh, es que muchas veces ni el hecho de que haya denunciantes múltiples ni varias acusaciones relacionadas basta para desbaratar la carrera de hombres poderosos. De hecho, la investigación del *New York Times* reveló que al menos 920 personas habían

presentado acusaciones de conducta sexual inapropiada en relación con los 200 hombres investigados, lo que sugiere una proporción media de 4,5 denunciantes por caso. Además, señalaba que «más del 10 por ciento de los hombres destituidos han intentado volver, o han expresado su deseo de hacerlo, y muchos no llegaron a perder poder económico». Así pues, incluso entre la pequeña cifra de hombres que sufrieron realmente algún tipo de consecuencias, hubo muchos que, a pesar de todo, consiguieron salvar su carrera y su economía.

Por último, aunque las dramáticas noticias de los medios de comunicación sobre la «ejecución sin juicio» de hombres han intentado equiparar al encarcelamiento o incluso a la muerte la pérdida de reputación o de papeles individuales, la realidad es que a muchos de esos hombres se los rehabilitará tranquilamente lejos de la opinión pública. Muchas veces pueden continuar sus carreras en nuevos papeles, como demostró la rápida vuelta al trabajo de uno de los agresores más mediáticos, el humorista Louis C.K. Del mismo modo, Eyal Gutentag, el director general de Uber, dejó su trabajo después de que presuntamente lo vieran agrediendo sexualmente a una colega, pero no tardó en convertirse en director de operaciones de otro servicio de transporte urbano y después en director de *marketing* de una empresa multimillonaria. Y el suyo no es un caso raro: se ha informado de que, sobre todo en la industria de la tecnología, «varios hombres que han sido acusados de conducta sexual inapropiada y han admitido haberla cometido han reaparecido en escena; a veces, pocos meses después de que las acusaciones salieran a la luz. Muchos han vuelto con nuevas empresas emergentes o fondos de capital riesgo respaldados por inversores muy conscientes del comportamiento pasado de esos hombres».[87]

En cuanto a los cargos penales, la brecha judicial es aún mayor. Algunos hombres sufren consecuencias profesionales a corto plazo, pero la inmensa mayoría no se ha enfrentado a sentencias largas ni a la justicia penal. La explicación es un complejo cóctel de plazos de prescripción, avergonzamiento de las víctimas y fallos de nuestros sistemas judiciales. Pero para muchas mujeres que han sido víctimas de violencia sexual no es exagerado decir que las consecuencias —psicológicas, físicas o profesionales— son realmente una cadena perpetua. Sin embargo, pese a todas las pruebas sólidas, la narrativa en torno al #MeToo en los principales medios de comunicación tendió más a la histeria de la machoesfera que a los hechos reales.

Durante el surgimiento del movimiento #MeToo yo recibí un aluvión de peticiones para hablar sobre el tema en la radio y en la televisión. Algunas de las invitaciones parecían de buena fe, con el deseo de destacar las vivencias de las mujeres y explorar el tema del acoso y la agresión sexual. Pero, de todas las

invitaciones de la prensa que acepté durante esa época, solo en una entrevista los periodistas se abstuvieron por completo de poner en duda los testimonios de las mujeres, de preguntar por las denuncias falsas o, en general, de sugerir que todo el asunto era un «debate» equilibrado entre hombres y mujeres.

¿Cómo ocurre algo así? ¿Cómo llegan a nuestra narrativa nacional sobre las agresiones sexuales las teorías conspirativas antifeministas de los innumerables foros de la machoesfera? Lo cierto es que ocurre de varias formas. Las ideas de la machoesfera se filtran desde los foros a las redes sociales más populares como Twitter, a menudo en un impulso orquestado deliberadamente por los *trolls*, que popularizan por todo el mundo etiquetas como #HimToo. Eso da a los periodistas la excusa para aprovechar una tendencia de Twitter y describirla como una auténtica noticia, salpicando sus textos con tuits citados a modo de «evidencia». Escriben artículos en los que describen el asunto como un «encarnizado debate en Internet» en vez de como un auténtico movimiento hostigado por unos cientos de cuentas títere controladas por un grupo de extremistas. Una vez en la prensa nacional, la noticia se convierte en tema de debate en los principales programas de radio y televisión, donde suele malinterpretarse el concepto de «objetividad» para presentar cuestiones apremiantes —como el cambio climático (o, en este caso, las agresiones sexuales)— como uno de los bandos de un verdadero debate.

Muchos comentaristas se dan cuenta de lo beneficioso que es atraer al público de la machoesfera al descubrir que esas personas enganchadas a Internet salen en masa a difundir y comentar artículos que reproducen su retórica y su visión del mundo. Así pues, en nuestros periódicos nacionales vemos artículos deliberadamente radicales y confusos que presentan una versión ligeramente suavizada de los comentarios que se encuentran en los foros de los activistas por los derechos de los hombres o de los hombres que siguen su propio camino.

The Times publicó un artículo del columnista Giles Coren titulado «Unos besitos de nada podrían acabar con mi gloriosa carrera», en el que el autor sugería que poner un inocente beso al final de un mensaje en el contexto actual podía bastar para destruir la carrera de un hombre. Coren, reproduciendo las murmuraciones y temores de las masas de Internet, escribió lo siguiente (sin corroboración ni ejemplos):

> En los últimos años, un hombre público tras otro ha encontrado su perdición cuando alguna mujer ha dado un paso al frente y lo ha acusado de algún tipo de agresión sexual […]. Y luego, sin ningún tipo de contrainterrogatorio de las historias, el hombre está acabado. Ni juicios ni segundas oportunidades. Ya no se puede ser «encantador» con las camareras. Ya no se puede hacer reír a las

> mujeres […]. Un coqueteo fallido y podría quedarme en el paro, verme rechazado por la sociedad y acabar en la cárcel. Ahí fuera hay mujeres que podrían conseguirlo. Los crímenes históricos —reales o imaginarios— están aguardando el más mínimo paso en falso para caer sobre ti.

Por supuesto, es posible que Coren intentara defender su columna como irónica. Pero, dado lo mucho que recuerda a las preocupaciones y las actitudes de una gran cantidad de hombres que han reaccionado al movimiento #MeToo con opiniones similares tanto en Internet como en el mundo real, es probable que muchos lectores se tomaran sus comentarios al pie de la letra, aunque en realidad fueran absurdos. La idea de que están poniendo de patitas en la calle a hombres completamente inocentes por puro capricho y que sus jefes no están moviendo un dedo por verificar las alegaciones de conducta indebida en el lugar de trabajo es, sencillamente, falsa. Lo que sí sabemos —gracias a pruebas sólidas y estadísticas— es que miles de mujeres sufren acoso y agresiones sexuales en el lugar de trabajo, que sus jefes no suelen tomar ningún tipo de medida al respecto y que la inmensa mayoría (lejos del fantasma de las denunciantes conspiradoras y manipuladoras a las que aluden los medios de comunicación) nunca denuncia lo ocurrido. La mayoría tiene demasiado miedo, les aterra que no las crean, que las pongan en una lista negra, que las vean como «problemáticas» o que sus carreras se resientan.

Esos miedos están muy justificados. Una encuesta británica de 2016 en la que participaron más de mil quinientas mujeres, llevada a cabo por YouGov para el TUC (la federación sindical) y el proyecto Sexismo Cotidiano, reveló que más de la mitad de las mujeres, y casi dos tercios de las mujeres jóvenes, han sufrido acoso sexual en el lugar de trabajo y que el 80 por ciento no se sentían capaces de denunciarlo a sus jefes. De entre quienes sí lo denunciaron, casi tres cuartas partes afirmaron que no se produjo ningún cambio, mientras que el 16 por ciento aseguró que después de denunciar las empezaron a tratar peor. El hecho de que el argumento de Coren utilizara la táctica de la machoesfera de invertir las posiciones de víctima y victimario no implica que él forme parte secretamente de algún grupo de *incels* o de los activistas por los derechos de los hombres. Ni siquiera significa que sea necesariamente consciente de la existencia de esas comunidades.

Pero sí revela lo mucho que se han acercado la lógica de la machoesfera y la retórica mayoritaria en lo tocante al acoso sexual y la violencia. Revela una relación simbiótica a partir de la cual ese discurso en los principales medios de comunicación amenaza con envalentonar y alentar a los extremistas de Internet,

mientras las entusiastas reacciones de las comunidades radicales recompensan con clics y difusión a los directores de periódicos y revistas.

Cuando en 2017 me invitaron a hablar sobre el aluvión de denuncias de violencia sexual en el programa *The Moral Maze*, de BBC Radio 4, me encontré en una respetadísima plataforma nacional ante argumentos que intentaban explícitamente culpar y despreciar a las víctimas que habían dado un paso al frente para relatar sus historias de abusos; en aquel caso, las mujeres que habían acusado de agresión sexual al productor de Hollywood Harvey Weinstein, cosa que él negaba. Entre las preguntas que me hicieron estaban las siguientes:

«En el caso de Hollywood, ¿no es razonable pensar que algunas de las actrices implicadas vieran el asunto como una oportunidad para hacer avanzar sus carreras?».

«¿No le parece probable que las actrices jóvenes le siguieran el juego? Incluso la gente recién llegada a Hollywood entiende […] que están metiéndose en una situación que comprenden».

«¿Cree que una vez en Hollywood esto les sorprendería?».

Tengo la certeza de que cuando volvamos la vista atrás y recordemos ese tipo de discursos, nos sentiremos conmocionados y horrorizados de que haya sido esa la reacción nacional a las historias de mujeres que en el juicio aportaron pruebas escalofriantes de haber sido violadas por un depredador sexual. Y cuando eso ocurra nos haremos la pregunta siguiente: ¿de dónde surgieron esas actitudes? Los hombres —sobre todo, aquellos influidos por la machoesfera o su ideología— no solo tienen miedo de las mujeres que presentan denuncias de agresión sexual. También les aterra que las mujeres hagan progresos en el terreno laboral. En concreto, se les ha hecho creer que los avances de las mujeres solo pueden producirse en detrimento de ellos. En 2017, James Damore, ingeniero de Google, escribió una famosa circular que mandó por una lista de correo interna antes de que apareciera en los medios de comunicación. En el texto, Damore criticaba el programa de diversidad e inclusión de la empresa, que describió como «ingeniería social arbitraria de la tecnología para que resulte atractiva para la misma cantidad de hombres que de mujeres». La circular de Damore, de diez páginas, se centraba en las diferencias «biológicas» entre las mujeres y los hombres (y sus cerebros), que, según afirmaba, hacían que los hombres tuvieran una mayor predisposición natural a interesarse por puestos tecnológicos, como la ingeniería de *software*. Describía la existencia de mentorías o programas para mujeres y minorías étnicas en la empresa como «prácticas discriminatorias», sugería que se rebajaba el nivel al contratar a «candidatos diversos» y acusaba a la empresa de promover una «velada ideología de izquierdas» que podía causar

un «daño» irreparable.

Hubo varios factores reveladores que parecían vincular la circular de Damore y su ideología a la machoesfera: incluía referencias incoherentes al comunismo y a la «guerra de clases marxista» y arremetía contra una supuesta conspiración que presentaba al «patriarcado blanco, heterosexual y cisgénero» como «el opresor». Tras su despido, Damore habló mucho de sus ideas y de la creencia de que Google lo había discriminado por ser blanco. Las entrevistas que concedió fueron a Reddit y a los canales o plataformas de YouTube de hombres que más tarde serían identificados por un informe como parte de una poderosa e influyente red de figuras mediáticas que promueven opiniones retrógradas, a menudo misóginas, de la derecha alternativa y contrarias a la izquierda.

Pocos días después de su despido, Damore posó para una sesión de fotos frente a la sede de la empresa vestido con una camiseta en la que ponía «Goolag» con la tipografía y los colores típicos de Google, haciendo un juego de palabras con el término «gulag» (un campo de trabajos forzados soviético del siglo XX). El fotógrafo era Peter Duke, un hombre apodado por el *New York Times* como el «Annie Leibovitz de la derecha alternativa», famoso por fotografiar a hombres como Yiannopoulos y Cernovich. De repente, aparecieron alrededor de las oficinas de Google en Los Ángeles falsos anuncios anti-Google, también con el juego de palabras «Goolag», lo que sugiere que Damore pudo haber contado con el apoyo de personas familiarizadas con el troleo.

En el frenesí que siguió, se volvió irrelevante si el propio Damore estaba promoviendo deliberadamente la ideología de la machoesfera o se había visto influido por el terror generalizado que ha inspirado esta más allá de su ámbito de actuación. Los principales medios de comunicación se aferraron al caso con ánimo vengativo y lo utilizaron como una oportunidad para debatir sobre la persecución de los hombres blancos en el lugar de trabajo. Sugirieron una correlación legítima entre las experiencias anecdóticas de algunos hombres y la discriminación y las desventajas sistémicas y demostradas que sufren otros grupos, como las mujeres y las personas racializadas. Fue otra oportunidad perfecta para que las ideas de la machoesfera se filtraran al público general.

El despido de Damore se describió como un castigo políticamente correcto por su valerosa decisión de cantarle las cuarenta al poder (en vez de mencionar que sus generalizaciones sexistas sobre que las mujeres desempeñaban su trabajo peor que los hombres contravenían claramente las políticas laborales de su empresa). Y, como resultado general de la vorágine mediática —que, de nuevo, se tomó la pseudociencia obsoleta y la misoginia de Damore al pie de la letra y debatió sobre ellas de buena fe—, se generó la impresión de que las mujeres de

todo el mundo estaban irrumpiendo en los lugares de trabajo con el apoyo de jefes obsesionados con la corrección política y robándoles el trabajo a hombres mejor cualificados.

Se trata de un patrón recurrente. Lo vimos en 2012 en el caso Steubenville, cuando condenaron a dos jóvenes por la violación de una menor.[88] Los medios de comunicación dirigieron la indignación del público para que, en vez de centrarse en la vida destrozada de la víctima, cuyo calvario fue grabado y difundido por las redes sociales hasta hacerse viral, se centrara en las vidas «arruinadas» de los perpetradores, a quienes un corresponsal de la CNN describió como «futbolistas de primera, muy buenos estudiantes». Nos dijeron en vivo y en directo que los agresores tuvieron que ver «cómo se desmoronaban sus vidas […] cuando se dictó sentencia».

Lo vimos en 2014, cuando George Will, columnista del *Washington Post*, reaccionó a un importantísimo informe del Gobierno de Obama sobre las agresiones sexuales en los campus universitarios intentando desprestigiar los datos y describiéndolo como un ataque contra jóvenes inocentes. En una entrevista concedida a C-SPAN, Will aseguró: «Van a disciplinar a los jóvenes y en muchos casos van a arruinarles la vida de forma permanente y grave: no entrarán en la Facultad de Medicina, no entrarán en la Facultad de Derecho y todo eso». Sin embargo, se demostró a su vez que el intento de Will de «reinterpretar» los datos y sugerir que eran exagerados e inexactos se basaba en el dudoso análisis de un grupo de derechas con un largo historial de intentar hacer mella en la percepción pública del problema de las violaciones en los campus universitarios.[89]

Lo vimos en 2016, cuando una pequeña beca de la BBC para personas pertenecientes a minorías étnicas inspiró titulares indignados, como «La BBC prohíbe trabajar a los blancos», tildando sin ambages de profundamente discriminatoria contra los hombres blancos a una corporación que hacía poco había revelado que tenía una importante brecha salarial de género y racial que estaba intentando salvar. O cuando el comentario de Jeremy Clarkson de que «ahora los hombres ya no consiguen trabajo [en la BBC]» recibió amplia cobertura en las noticias. Los hombres blancos enfadados dan la vuelta a los más modestos avances por la igualdad transformándolos en una amenaza potencial para su propio trabajo. De esta manera, se anima a otros hombres a temer el progreso en lugar de a celebrarlo.

Lo vemos una y otra vez en el interés de los medios de comunicación por generar polémica y tratar de despertar la cólera de la turba de Internet destacando los insólitos ejemplos de falsas acusaciones de violación y en la

tendencia a comparar el castigo de las denunciantes falsas con las sentencias de los depredadores sexuales en un intento de sugerir que hay equivalencia directa entre ambos problemas y dar la idea equivocada de que los crímenes tienen índices de prevalencia similares. Esa falsa equivalencia se difundió de forma generalizada en julio de 2019, cuando el DJ Paul Gambaccini y el músico *sir* Cliff Richard lanzaron la petición de que se mantuviera el anonimato de los sospechosos de delitos sexuales. Gambaccini hizo las declaraciones siguientes al programa *Today*: «Esto no es una competición para ver a quién se le ha hecho más daño. En realidad hay dos crisis: una es la de los abusos sexuales y la otra, la de las denuncias falsas». Aseguró que, «por desgracia», el anonimato de quienes hacen acusaciones de violencia sexual «anima a todo el mundo, incluidas las mentirosas y las lunáticas, a poner denuncias falsas y meterse en el ajo». Aquella afirmación, perjudicial a más no poder, contradecía por completo la realidad. En el Reino Unido, la cifra de denuncias falsas es tan baja que los hombres tienen doscientas treinta veces más probabilidades de violar que de que los acusen falsamente de violación. Mientras tanto, 85.000 mujeres son víctimas de violación o de intentos de violación todos los años en el Reino Unido, donde el sistema judicial está lejos de tener un sesgo favorable a los denunciantes, como demuestra el hecho de que solo un bajísimo 1,5 por ciento de todos los casos de violación que se denuncian a la policía acaba en acusación o citación. Pero ¿acaso los medios de comunicación analizaron en profundidad las declaraciones de Gambaccini? No, aprovecharon la oportunidad para generar más «debates» jugosos. Y todos los titulares (por ejemplo: «Paul Gambaccini advierte sobre la "crisis de las denuncias falsas"») sugerían al observador casual que en efecto había una epidemia de mujeres mentirosas que se fingían víctimas.

Solo en el año 2012-2013, el *Daily Mail* utilizó la frase «violación falsa» en cincuenta y cuatro titulares distintos, una dramática tergiversación proveniente de la machoesfera que ilustra la magnitud del problema. Un análisis de la Fiscalía de la Corona llevado a cabo durante diecisiete meses entre 2011 y 2013 concluyó que, durante ese periodo, solo se habían incoado en total treinta y cinco procedimientos por denuncias falsas de violación. En otras palabras, el número de artículos publicados por el *Daily Mail* sobre las denuncias de violación falsas casi doblaba el índice real de casos. «Mujeres perversas que mintieron al denunciar que las habían violado tras ser cazadas haciendo un trío» es un ejemplo de titular habitual que da una idea del tono sensacionalista y vilipendiador de esos artículos.

De nuevo, todo esto son temas y tácticas de la machoesfera. Tomar estadísticas representativas a gran escala que demuestren un problema sistémico

e intentar sugerir que el problema no existe realmente porque las mujeres «se lo están buscando» para luego invertir la narrativa y presentar a los agresores como las verdaderas víctimas de los prejuicios y la opresión sociales forma parte de la clásica ideología *incel*.

Usar fallos individuales y excepcionales de la justicia para sugerir que todo el sistema está en contra de los hombres y que la manipulación y las mentiras de las mujeres están generalizadas es una táctica que adoran los activistas por los derechos de los hombres. Sugerir que el contexto actual es tan hostil hacia los hombres que incluso los que se limitan a disfrutar de su vida en compañía de mujeres corren el riesgo de ver destruidos su carrera y su futuro corresponde a la filosofía de los hombres que siguen su propio camino.

Centrarse de manera obsesiva en las denuncias falsas de violación y difundir deliberadamente estadísticas falsas para inspirar un clima de miedo y desgastar a las víctimas es terreno común de artistas de la seducción como Valizadeh.

Cuando escribo estas líneas, la web de Valizadeh contiene más de cien artículos sobre denuncias falsas de violación, entre los que se encuentran textos con títulos como «Todas las denuncias de violación públicas son falsas» y entradas de blog en las que se informa a los hombres de que el índice de denuncias falsas de violación podría ascender al 90 por ciento, antes de pasar armoniosamente a promocionar la comunidad del arte de la seducción con el argumento siguiente: «El método puede protegerte de las falsas denuncias de violación».

«Los artistas de la seducción no odian a las mujeres —escribió Strauss en *El método*—: las temen».

¿Acaso nos sorprende que los hombres de todo el mundo tengan tanto miedo?

A veces los principales medios de comunicación se hacen eco de ideas de la machoesfera por una ruta menos enrevesada al tomar argumentos originados en comunidades de *incels* y contribuir a normalizarlos al debatir sobre ellos directamente como si fueran propuestas válidas en plataformas nacionales. Un ejemplo reciente de eso fue el extenso y mediático debate sobre la llamada «redistribución del sexo», un concepto surgido en la machoesfera como una supuesta medida para evitar que los *incels* recurran a la violencia masiva.

El meollo del argumento, que lleva mucho tiempo repitiéndose en los sitios web y blogs de la machoesfera y se debate sin cesar en los foros de *incels*, se resume en gran medida en un artículo de Valizadeh publicado en su sitio web. El artículo —«Cómo evitar que los *incels* se líen a matar»— se escribió en respuesta directa a las críticas a los *incels* tras el ataque de la furgoneta de Toronto.

Valizadeh exime de toda responsabilidad a asesinos de la comunidad *incel* como Minassian y racionaliza los asesinatos masivos como una simple llamada de atención por parte de hombres «completamente abandonados» por la sociedad: «Si los *incels* matan, es porque no consiguen establecer vínculos románticos o sexuales con las mujeres […]. Recurren a llamar la atención de la única manera que saben: matando».

Valizadeh y otros miembros de la comunidad de la machoesfera ampliaron ese argumento defendiendo que el Estado tendría que facilitar trabajadoras sexuales para «dar servicio» a los *incels*. («Las putas que formasen parte de ese programa recibirían una formación específica para hacer que los *incels* se sintieran especiales diciéndoles que son "guapos", "poderosos" y "seguros"»). Defienden que habría que obligar a las mujeres solteras a financiar ese programa mediante un impuesto a los anticonceptivos. Si no se pone en marcha un programa como ese y la actitud pública no empieza a solidarizarse más con ellos —amenaza en tono casual—, «habrá muchos más tiroteos de *incels* en el futuro».

Es evidente que esto es una ridiculez misógina. La mera idea de la redistribución del sexo, tal y como surgió en la machoesfera, se basa en varias premisas profundamente sexistas y nocivas, cada una de las cuales tendría que haber dado que pensar a los principales medios de comunicación antes de ponerse a amplificar el concepto o dar por sentada su validez. Sin embargo, los principales medios de comunicación internacionales se hicieron eco del argumento, lo comentaron por extenso y, de esa manera, se lo expusieron a un público mucho más amplio que el de la machoesfera, transmitiéndolo con toda la respetabilidad y validez implícita que confieren esos medios. En el *New York Times*, el columnista de opinión Ross Douthat hizo referencia a los foros de *incels* al escribir lo siguiente: «La revolución sexual creó nuevos triunfadores y perdedores, nuevas jerarquías que reemplazaron a las antiguas y que privilegiaron de formas nuevas a las personas guapas, adineradas y con habilidades sociales, mientras que a las demás las condenaron a nuevas formas de soledad y frustración».

Douthat reconoce la distinción entre los hombres que recurren a las comunidades de *incels* movidos por la vulnerabilidad y la angustia y los que tienen propósitos violentos, pero sugiere que habría que darles el mismo trato a todos. Eso refuerza la idea de que la privación sexual es la auténtica motivación de asesinos como Minassian y sugiere que la violencia contra las mujeres es intrascendente. «Espero que se aproveche conscientemente la lógica del comercio y la tecnología, como ya ocurre en la pornografía, para abordar la infelicidad de los *incels*, ya estén enfadados y sean peligrosos, o simplemente estén deprimidos y

desesperados».

Douthat sugiere que es inevitable que «en algún momento» todos sucumbamos a ese sensato plan de los *incels*. «Si nadie debate formalmente la idea del derecho a mantener relaciones sexuales, las personas sensatas simplemente se pondrán de acuerdo sobre la existencia de tal derecho y comprenderán que, para garantizarlo, tiene sentido buscar alguna combinación de cambios legislativos, nuevas tecnologías y costumbres evolucionadas».

En una entrada de su blog, Robin Hanson, bloguero conservador y profesor de la Universidad George Mason, escribió lo siguiente:

> Es plausible argumentar que las personas con muy poco acceso a las relaciones sexuales sufren de forma parecida a las personas con bajos ingresos y que podrían esperar obtener beneficios similares organizándose en torno a esa identidad para presionar en favor de la redistribución sobre ese eje, amenazando —al menos, implícitamente— con la violencia si no se satisfacen sus exigencias.

Después reflexionaba sobre su posible aplicación práctica y añadía: «Podría redistribuirse el sexo directamente o podría redistribuirse dinero en compensación». Así pues, las mujeres, como en la ideología de los *incels*, se equiparan sin fisuras con bienes inanimados que se poseen o con los que se comercia.

The Spectator publicó un artículo de Toby Young titulado «He aquí lo que necesitan todos los *incels*: un robot sexual» en el que hacía la exigencia siguiente: «¿Por qué hay tan poca compasión por los “necesitados” cuando hablamos de la distribución desigual del sexo? Debe de ser porque las “víctimas” de esa clase de discriminación son en su mayoría hombres y, como tales, se los clasifica como opresores en vez de como oprimidos».

Esos principales medios de comunicación y comentaristas mediáticos, ya fuera de manera intencionada o accidental, amplificaron la ideología *incel* al tomársela al pie de la letra y animar a hacer lo mismo a sus millones de lectores. Quizá el efecto fuera involuntario, pero eso no lo hace menos pernicioso. En vez de analizar la misoginia y las dinámicas de poder reales en las que se basa el odio de los *incels* hacia las mujeres, se adopta y se comenta la premisa profundamente errónea de los argumentos de la machoesfera.

En el fondo, la ideología *incel* y el argumento de la redistribución sexual son terrorismo. Figuras de la machoesfera como Valizadeh y muchos otros como él están usando a las mujeres como rehenes al afirmar que van a morir más de ellas

si no se satisfacen las exigencias sexuales de los *incels*. Pero, de alguna forma, cuando son «solo» las mujeres las que corren peligro, al parecer mandamos a la porra todas nuestras normas sobre no negociar con los terroristas. De repente no parece importarnos mucho la idea de sacrificar a unas cuantas mujeres (sobre todo si no son más que «trabajadoras sexuales»). El mero hecho de entrar en el debate, de tomárselo como un experimento mental, de darle el oxígeno de la publicidad, transmite la idea de que esos terroristas son dignos de negociación, independientemente de que se rebatan o no sus ideas en las páginas de opinión y en los blogs.

No es solo una comparación vaga. Minassian, Rodger y otros asesinos *incels* como ellos no eran «como» los terroristas. Eran terroristas. Así, puede argumentarse que los principales medios de comunicación, al hacerse eco del «debate» sobre la redistribución del sexo, están confraternizando con simpatizantes y defensores de asesinos terroristas. Y, al igual que las imágenes originales de esos asesinatos que dieron los medios, que no supieron identificarlos como atentados terroristas, esas reacciones tienen un impacto profundo y duradero en nuestra percepción social del problema.

Teniendo eso en cuenta, es alucinante que se publicara la columna de Douthat; sobre todo, dadas las palabras iniciales: «De la historia occidental reciente podría extraerse la siguiente lección: a veces los extremistas, los radicales y los raritos ven el mundo con mucha más claridad que las personas respetables, moderadas y cuerdas». Imaginemos eso (o el titular de un artículo parecido: «¿Qué deberíamos hacer con los peligrosos *incels*? Quizás ayudarlos») en el contexto de cualquier otro incidente terrorista.

Lo que importa aquí es que la narrativa se vuelve tan persuasiva y terminan repitiéndola fuentes tan fiables que acaba siendo sumamente convincente. Y empieza a convencer a hombres buenos. Hombres razonables y de buen corazón que nunca han oído hablar de las comunidades de la machoesfera y que creen genuinamente en la igualdad empiezan a contagiarse de una irritante preocupación. Hombres que condenan verdaderamente la violencia sexual y quieren que las mujeres gocen de igualdad de oportunidades laborales empiezan a sentir un miedo impreciso a que el péndulo esté oscilando un poco demasiado en la dirección opuesta. Se siembra la semilla de la duda, que susurra que tal vez los hombres estén pagando por el progreso de las mujeres un precio más alto de lo que pensaban. A ver, un momento —quizá empiecen a pensar—: yo estoy súper a favor de la igualdad, pero ¿de verdad que es eso lo que estamos viendo?

Se trata de hombres que no han cometido violencia sexual y que creen en la igualdad, pero a los que, aun así, la conversación del #MeToo les hace

experimentar una fastidiosa sensación de incomodidad. Son la clase de personas decentes y normales que salen una y otra vez en las noticias diciendo: «Es que hoy en día parece que ya no puedes decir lo que piensas sobre ningún tema sin que haya una caza de brujas». O: «Todo esto pasa ya de castaño oscuro». La clase de hombres que podrían estar revisando sus relaciones y encuentros sexuales pasados y preguntándose con un desagradable vuelco del corazón si alguna vez han actuado de forma inapropiada. Y es probable que alguno de ellos lo haya hecho. Pero, en lugar de reflexionar sobre ello de una manera útil e incómoda, gente como Giles Coren y los de su calaña los instan a verse como potenciales víctimas perseguidas. Sin duda, la frase más reveladora del artículo de Coren era esta: «Los crímenes históricos —*reales o imaginarios*— están aguardando el más mínimo paso en falso para caer sobre ti» (las cursivas son mías). En realidad, a quienes temen los hombres que temen a las mujeres es a otros hombres.

Tienen miedo a causa de los mitos que han creado otros hombres y por los que se han dejado convencer sin analizarlos. Tienen miedo de una idea más que de una realidad. Tienen miedo de la idea, inventada con mucha astucia y difundida con esmero, de que flota en el aire un peligro impreciso que amenaza con atraparlos. De que su posición, sus derechos e incluso su propia identidad se encuentran de alguna forma amenazados de formas misteriosas y poderosas. De que un movimiento de mujeres que buscan justicia por alguna transgresión pone de algún modo en riesgo a todos los hombres «inocentes». De que de alguna forma, sin que ellos se dieran cuenta, han cambiado las tornas del privilegio y se han convertido en una minoría perseguida, incapaz de defenderse sin que se los acuse de crímenes cada vez más graves contra los valores progresistas. Pero eso no es lo que hemos pedido las mujeres: lo que pedimos es dignidad, justicia, el fin de la impunidad. En resumen, mucha gente se ha creído el miedo a una amenaza que realmente no existe.

Lo interesante de toda esta situación es que está construida sobre una red de mentiras tan frágil que se hace trizas a poco que se analice. Al fin y al cabo, la clave del argumento radica en la idea de que hay hombres inocentes haciendo insinuaciones, tocando o interactuando con mujeres de formas que no son realmente sexuales ni inapropiadas, pero que la turba feminista percibe como tal. No obstante, ese argumento se esfuma cuando una señala el curioso dato de que esos hombres, que afirman no tener ni idea de que esos comportamientos son sexuales o inapropiados, no están actuando de la misma manera con otros hombres.

Pensemos en otro ejemplo: las quejas de «no todos los hombres» y los recurrentes argumentos, por parte de la misma gente, de que el contexto actual

de histeria de los copos de nieve ha creado un campo de minas de corrección política para los hombres modernos, que no pueden casi ni estornudar cerca de una mujer sin desencadenar una acusación fortuita de acoso sexual. Que no es problema del hombre si su compañera hace una interpretación diametralmente opuesta sobre su inofensivo «cumplido». Que todos los hombres navegan desesperados por un mundo en el que la «agresión sexual» de una mujer es la amistosa palmadita en la rodilla de otra.

El problema es que esas dos afirmaciones paralelas —«no todos los hombres» y «todo ocurre sin querer»— se contradicen entre sí. O «no [son] todos los hombres» —en cuyo caso tenemos que deducir que hay solo un grupo pequeño y específico de hombres cometiendo deliberadamente actos de acoso y agresión (una conclusión que comparto a grandes rasgos)— o hay unos pobres hombres torpes dando tropiezos inocentes en un mundo en el que un comportamiento perfectamente razonable amenaza con escapar al propio control y ser malinterpretado —en cuyo caso, presumiblemente, estamos hablando de todos los hombres, pues la implicación específica es que podría ocurrirle a cualquiera —, así que, de nuevo, la lógica simplemente no se sostiene.

No se sostiene porque esos argumentos no se hacen de buena fe. Son simples intentos de despreciar y desautorizar la validez de las quejas de las mujeres. Por supuesto, la ironía radica en que son precisamente ese tipo de respuestas las que amenazan con meter a unos cuantos hombres en el mismo saco. Sí, quizá solo sean unos pocos hombres los que están cometiendo deliberadamente crímenes de acoso o agresión sexual en el lugar de trabajo y en otros espacios, pero que la reacción de muchos hombres al enterarse sea salir de inmediato en defensa de su género e intentar sembrar dudas sobre la validez de los testimonios de las víctimas no promueve precisamente el argumento de que no todos los hombres están implicados en el problema. No, por supuesto que no todos los hombres están cometiendo esos actos. Pero esos hombres que deciden reaccionar al contexto actual de rendición de cuentas esforzándose para desacreditar a las supervivientes siguen siendo cómplices de un sistema más amplio que se esfuerza, como siempre ha hecho, por silenciar a las víctimas y preservar el *statu quo* privilegiado.

Cuando a los hombres se los anima a temer a las mujeres, el resultado suele ser más demoledor para las mujeres más vulnerables. Al plantear el problema como uno individual, de vulnerabilidad a las denuncias falsas o a la pérdida de puestos de alto nivel, se elude en gran medida la naturaleza sistémica del problema, pues se borra del discurso la importancia de soluciones y reformas que tendrían un impacto mucho más amplio en los derechos y la seguridad de las

mujeres en el lugar de trabajo.

La atención sensacionalista que se presta a los casos más mediáticos invisibiliza a las mujeres que en realidad constituyen la inmensa mayoría de las víctimas de acoso sexual en el lugar de trabajo: las que desempeñan funciones de cara al público, mal pagadas y de servicios. La victimización de las mujeres que desempeñan trabajos inestables sin departamentos de recursos humanos ante los que quejarse. Las trabajadoras con contratos de cero horas, que en la investigación del TUC (la federación sindical) destacan como «un grupo que parece más propenso a sufrir determinados tipos de acoso y menos propenso a denunciarlo».

Como los medios de comunicación secuestran el discurso de las manos de las mujeres cada vez que intentamos hablar de un problema grave y complejo, nos vemos reducidas a extinguir incendios: gastamos un precioso espacio de nuestras columnas o de nuestro tiempo en antena defendiendo la simple premisa de la existencia del acoso sexual en el lugar de trabajo o refutando la acusación de que la mayoría de las denuncias son falsas. Así pues, se dejan por completo de lado los aspectos del problema que de verdad importan. Por ejemplo, nunca llegamos a hablar sobre las mujeres migrantes y refugiadas que experimentan un nivel estremecedor de acoso sexual en el lugar de trabajo; de hecho, se les prohíbe denunciarlo porque no se las protege de las repercusiones de informar a las autoridades.

De nuevo, la conversación se centra en las necesidades, los miedos y los derechos de los hombres. Cuando se junta todo eso, se aprecia la tormenta perfecta, en la que Internet, las redes sociales, los principales medios de comunicación, los comentaristas y los políticos desempeñan un papel, ya sea de manera consciente o inconsciente, inflando y amplificando principios básicos de la ideología de la machoesfera siempre con el mismo objetivo: infundir miedo. El miedo a las mujeres, al feminismo, al #MeToo, al progreso, al cambio. Para quienes se oponen a los progresos en materia de igualdad, es mucho más efectivo conseguir que la igualdad aterrorice a los demás antes que oponerse a ella abiertamente usando la lógica o los argumentos. La gente se mueve por miedo. Y es el miedo a que los ataquen, a ser vulnerables a una amenaza en cuya existencia ni siquiera habían reparado jamás, lo que los hace más propensos a sucumbir al odio y la rabia contra los demás. El miedo les impide empatizar con esos «otros», ya sean víctimas de violación, personas refugiadas o mujeres en el lugar de trabajo, porque ese apoyo se coloca de pronto en oposición directa a sus intereses.

Así que los hombres —incluso los buenos y moderados— se vuelven menos

propensos a creer a las mujeres y más propensos a sospechar que albergan malas intenciones. En 2017, el 47 por ciento de los hombres republicanos convinieron en que «la mayoría de las mujeres interpretan como sexistas comentarios o acciones inocentes». Un año más tarde, después de que las acusaciones de la profesora Ford contra Kavanaugh hubieran sido objeto de burla en la machoesfera, descritas en los medios de comunicación como una manipuladora conspiración partidista para derrocar a un hombre inocente y ridiculizadas por el propio presidente, la cifra ascendió al 68 por ciento. Y disminuyó el número de hombres republicanos que opinan que en nuestra sociedad existe un problema de sexismo.

Nos asustan y nos preocupan problemas que, en realidad, es sumamente improbable que lleguen a afectarnos nunca. Por ejemplo, a la luz de nuestra obsesión social con las falsas acusaciones de violación, pensemos lo siguiente. En octubre de 2018, Channel 4 desarrolló una detallada investigación usando sólidas estadísticas nacionales que reveló que el hombre adulto medio de Inglaterra y Gales tiene una probabilidad del 0,0002 por ciento anual de que lo denuncien falsamente por violación. Cuando cuento esto, a la mayoría de la gente la estadística le impacta muchísimo. Creen que la cifra real debe ser mucho más alta. Eso demuestra con claridad la insidiosa forma en que se han infiltrado en nuestra conciencia colectiva las creencias sobre la caza de brujas y sobre que las mujeres son unas mentirosas.

Así que los hombres que poco a poco van temiendo a las mujeres no son solo los *incels* o los extremistas de Internet azuzados por el odio, ni los comentaristas populares que se ganan la vida con el sexismo provocador que está a un tris de sobrepasar la línea de lo socialmente aceptable. Son también los hombres agradables, buenos y corrientes que se dedican a vivir su vida, que intentan abrirse camino en el mundo, rodeados de mil pequeños indicios que les sugieren con sutileza que las mujeres quieren arrebatarles algo y que más vale que tengan cuidado. Son hombres que se quedarían destrozados si los acusaran de «misóginos», que se apresurarían a posicionarse completamente a favor de la igualdad de género, que de verdad quieren lo mejor para su mujer y sus hijas. No son el tipo de hombres que cometerían agresiones sexuales ni gritarían cosas a las mujeres por la calle. Pero no ser «misógino» no quiere decir que no puedas mostrar a veces comportamientos sexistas. A todo el mundo nos pasa. Cuando hacemos juicios tácitos y precipitados sobre la idoneidad de alguien para una función determinada. Cuando elogiamos a nuestras hijas por su aspecto y a nuestros hijos por su fuerza. Cuando recurrimos automáticamente a la palabra «zorra» para describir a una mujer que se ha comportado de una forma que no

nos gusta. No son ejemplos de misoginia radical, pero aun así ahí está y tiene consecuencias. El 50 por ciento de los hombres no son misóginos radicales. Pero una encuesta reciente concluyó que casi la mitad de todos los hombres estadounidenses creen que la brecha salarial de género «es una invención que responde a propósitos políticos». Esa es la manifestación de un alarmismo que goza de un éxito arrollador.

Y, así, te encuentras sentada en una mesa redonda en un festival literario, delante de un hombre del público que parece muy amable y bienintencionado y que pregunta, medio disculpándose, cómo se supone que deben apoyar los hombres movimientos como el #MeToo cuando hay «evidencias» de que miles de hombres inocentes han perdido su trabajo sin ninguna razón. Y tú quieres preguntarle: «¿Qué evidencias? ¿De dónde ha sacado esa idea? ¿De dónde ha salido? ¿Cómo lo sabe?». Pero es algo que el hombre simplemente sabe y ya está. Es una idea nacida del odio, transmitida muy lentamente por una cadena de comunidades, páginas web, interlocutores y comentaristas hasta que se transforma en un miedo impreciso que no es fácil de comprender ni de refutar, pero que se infiltra en nuestra conciencia pública. Y ahora tú ya sabes de dónde ha salido, aunque él no lo sepa.

---

[85] El *whataboutism* o *whataboutismo*, también conocido como *whataboutery*, es una variante de la falacia informal *tu quoque* que intenta desacreditar la postura de un oponente acusándolo de hipocresía sin refutar o negar directamente su argumento. El *whataboutismo* está particularmente asociado con la propaganda soviética y rusa. (*N. de la T.*).

[86] «#MeToo Brought Down 201 Powerful Men. Nearly Half of Their Replacements Are Women», *New York Times*, 23 de octubre de 2018.

[87] «These Tech Execs Faced #MeToo Allegations. They All Have New Jobs», *BuzzFeed*, 16 de abril de 2019.

[88] «Ohio Teenagers Guilty in Rape That Social Media Brought to Light», *New York Times*, 18 de marzo de 2013.

[89] «George Will Defends Controversial Column On Campus Sexual Assault», *Think Progress*, 21 de junio de 2014.

09

Los hombres que no saben que odian a las mujeres

«Oigo hablar a mogollón de gente de cosas como que hoy en día las mujeres nos están quitando el trabajo, que dentro de poco van a tener más derechos que nosotros».

TOM, alumno de quince años, en una entrevista

—Pero ¿y cómo sé que estás diciendo la verdad?

Yo pestañeé y miré a los ojos a aquel educadísimo adolescente que me miraba fijamente.

—¿Por qué iba yo a implicarme en eso —continuó—, cuando es muy probable que te lo hayas inventado todo?

No supe qué decirle.

Llevaba una hora hablando con un grupo de chicos adolescentes sobre desigualdad de género y tratando todo tipo de temas: el sexismo en los medios de comunicación, el acoso callejero, la salud mental y los modelos de conducta, la representación política y muchos otros. Pero yo había abierto la sesión describiendo mi propia agresión sexual, que se produjo en un autobús bien entrada la noche y que ignoraron todas las personas que nos rodeaban, aun cuando yo dije en voz alta lo que estaba pasando. Y, al final de la charla, había retomado esa historia para decir que ojalá alguno de los estudiantes que me escuchaban se sintiera capaz de intervenir si presenciaba algo así en el futuro.

A veces, cuando hablo con chavales jóvenes sobre ser observadores activos o cuestionar actitudes como el acoso callejero, hacen preguntas muy comprensibles y válidas sobre la seguridad y sobre si siempre es prudente intervenir. La

respuesta es que no, que no siempre, que deben priorizar siempre su seguridad y que hay otras formas de actuar sin enfrentarse, como denunciar *a posteriori* lo ocurrido o apoyar a la víctima sin dirigirse al perpetrador.

Pero aquello era diferente. Ese chaval quería saber por qué iba a complicarse él la vida ayudando a una mujer que acababa de sufrir una agresión sexual porque lo primero que pensaba era que probablemente la mujer estuviese mintiendo. Y no se trataba de una mujer hipotética cualquiera: yo estaba ahí, delante de él. Llevaba una hora hablando con él: había explicado que la experiencia me había motivado a combatir la violencia sexual y había descrito el impacto duradero que había tenido en mí. Y su reacción, calmada y educada, fue que seguramente yo estaba mintiendo. Me dolió muchísimo. Me hizo preguntarme de dónde surgía aquella creencia. Y no supe cómo hacerle cambiar de opinión.

Pero no siempre ocurre eso. Desde que en 2012 empecé el proyecto Sexismo Cotidiano, he visitado aproximadamente uno o dos colegios por semana y he hablado cada vez con varios cientos de estudiantes, ya sea en pequeños grupos o en asambleas escolares, dando charlas, organizando talleres y manteniendo conversaciones informales. Durante los primeros años, las respuestas eran variadas y a veces desafiantes, pero poco a poco fueron instalándose en un patrón de predictibilidad. Para muchos alumnos, aquella era la primera vez que alguien les hablaba sobre sexismo o desigualdad de género. A veces los alumnos se escandalizaban o sorprendían; al principio sentían a menudo vergüenza o incomodidad, se reían al ver las fotos de mujeres en bikini que les enseñaba para mostrar la cosificación de los medios de comunicación y soltaban gritos ahogados cuando les pedía que reflexionaran sobre palabras como «puta» o «zorra».

Los adultos parecían creer que iba a encontrarme con un patrón particular de respuestas según el «tipo» de colegio; por ejemplo, existía el prejuicio de que el sexismo sería más evidente en los centros públicos o que no existiría en los femeninos. Sin embargo, el problema parecía universal y los problemas eran igual de evidentes (a veces más) en los centros privados que en los demás: los centros mixtos y no mixtos tenían las mismas dificultades y muchas veces el profesorado se encontraba atascado entre el deseo genuino de combatir el sexismo y la falta de formación y recursos para hacerlo.

Con el tiempo, empecé a darme cuenta de que las respuestas inmediatas de los alumnos eran un indicador bastante fiable del ambiente general del colegio en cuestión. En un centro en el que ya se hubiera hecho un esfuerzo por combatir el sexismo y los alumnos tuvieran la noción de que no era aceptable, normalmente

se entablaba una conversación más abierta en la que tanto los chicos como las chicas hacían preguntas y participaban en el debate. En un centro en el que el sexismo estuviera muy extendido, yo veía que los chicos se mofaban de las profesoras y se ponían alerta cuando entraba algún empleado varón. Una situación especialmente dolorosa se produjo cuando una empleada se marchó del aula llorando mientras los adolescentes bromeaban incrédulos sobre las víctimas de agresiones sexuales.

En los centros en los que había un problema específico de desigualdad de género, las chicas se mostraban participativas en sesiones solo de chicas, en las que relataban el acoso o las agresiones que habían vivido, pero en grupos mixtos, se cerraban en banda o se desvivían por criticar el feminismo y negar la mera existencia del problema (mientras me pedían disculpas con la mirada). En esos centros, a veces los chicos encontraban formas bastante premeditadas de interrumpir las sesiones: una vez, salí al escenario delante de cientos de alumnos y todos los chicos, que se habían organizado de antemano, empezaron a silbar al unísono.

Pero con el tiempo descubrí que incluso ese nivel de resistencia podía vencerse con éxito mediante conversaciones sinceras y diálogo respetuoso. Si alguien me silbaba cuando estaba en el escenario, yo pedía a los demás alumnos que lo aplaudieran por darnos un ejemplo tan estupendo de sexismo que comentar y hablábamos sobre por qué era más probable que a las chicas las silbaran y que los chicos se sintieran presionados a hacerlo. Cuando surgía el tema de la pornografía en Internet, en vez de describir como «malos» o sexistas a los chicos que la consumían, yo hablaba de placer sexual y les decía que era muy improbable que muchas de las técnicas que vemos en el porno excitaran a las mujeres en la vida real. También les decía que muchas veces lo que lleva a muchos chicos a ver porno en Internet, más que la misoginia manifiesta, es el nerviosismo de querer aprender a ser buenos amantes.

Los chicos que al principio de la sesión oponían resistencia solían reaccionar así porque se sentían avergonzados, porque pensaban que era todo una especie de broma o porque les preocupaba que la palabra «sexismo» indicara que les iba a caer una bronca. Hablábamos de las numerosas formas en que los estereotipos de género afectan a los hombres y a los niños y sobre salud mental y modelos masculinos. Y a medida que iban comprendiendo que nadie estaba atacándolos, se implicaban cada vez más en la conversación.

Aquel fenómeno se puso claramente de manifiesto cuando visité un colegio femenino y los alumnos del colegio masculino vecino nos acompañaron durante la charla. Ambos centros participaban a menudo en actividades comunes, así que

los alumnos se conocían bastante bien. La mañana de mi visita, las chicas empezaron a ver comentarios agresivos en las redes sociales de los chicos, que preguntaban por qué tenían que obligarlos a escuchar una estúpida charla sobre sexismo. Los chicos se coordinaron para alborotar lo máximo posible y prometieron pasarse la sesión mofándose y riéndose disimuladamente. En vez de denunciar los mensajes, las chicas pidieron a las profesoras que les dejaran salir unos minutos antes de que acabara la última clase de la mañana para poder llegar al salón de actos antes que los chicos. Se dispersaron por todo el auditorio, dejando un sitio libre entre cada una. Cuando llegaron los chicos, vieron sus planes frustrados. Tuvieron que sentarse con una chica a cada lado y, despojados así de la bravuconería de un bloque alborotador, se vieron obligados a escuchar la conversación que las chicas querían mantener. Y el resultado fue transformador. Se plantearon y debatieron problemas genuinos. Se corrigieron con delicadeza ideas equivocadas. Se entabló un debate respetuoso. Hablar funciona.

Por supuesto, a veces seguían surgiendo dificultades. En ocasiones los chicos que estaban empeñados en no dejarse convencer hacían comentarios cada vez más absurdos para intentar desbaratar la conversación, como aquel alumno que intentó sugerir que «a las mujeres de Arabia Saudí les beneficia que no las dejen conducir porque así sufren menos accidentes de tráfico». Pero en general se trataba de actos aislados de bravuconería que pretendían escandalizar y alborotar, más que expresiones arraigadas de misoginia.

Sin embargo, algo ha cambiado en los últimos dieciocho meses.

Empezó en un colegio especialmente antiguo y prestigioso, de esos cuyas ajadas placas de madera gimen con los nombres en letras doradas de los candidatos a Oxbridge de antaño y cuyos comedores están llenos de los adustos retratos de los antiguos directores (que no directoras).

Cuando llegué para mi charla, un chaval con el lápiz aprestado sobre un cuaderno a rayas esperaba en primera fila. No dejó de mirarme con intensidad ni de tomar enérgicas notas durante la charla. Cuando hube terminado, el chaval volvió a la primera página para leer una pregunta que había preparado y traído consigo. Citó estadísticas falsas sobre las violaciones, aseguró que los hombres tenían muchísimas más probabilidades de que los violaran y me preguntó por qué pasaba por alto aquella grave situación. El chico parecía nervioso pero entusiasmado, convencido de que me había pillado mintiendo y estaba consiguiendo desenmascararme delante de todos sus compañeros. Llevaba un gorro rojo que tenía estampadas en blanco las palabras «*Make America Great Again*».

En los meses siguientes empecé a observar algo curioso: siempre había un chaval así. A veces, dos o tres. Me miraban fijamente con los ojos brillantes de entusiasmo. Luego me hacían las mismas preguntas. Mencionaban las mismas estadísticas. Muchas veces repetían al pie de la letra lo que habían dicho los otros. Aquello era muy distinto de la pullita sobre las conductoras saudíes, poco elaborada y expresada con torpeza. Era algo coordinado, desenvuelto y sereno.

Empezaron a surgir los mismos temas una y otra vez. ¿Por qué deberíamos escucharte si las mujeres mienten sobre haber sido víctimas de una violación? El feminismo es una conspiración andrófoba diseñada para que las mujeres se apoderen del mundo, cuando las auténticas víctimas de la desigualdad de género en la sociedad actual son los hombres. En realidad, los hombres tienen mayores probabilidades que las mujeres de sufrir maltrato. La brecha salarial de género es un mito. El tono era jadeante y retador; adoptaban la actitud de cruzados cantándole las cuarenta al poder. El chico que con la calma más absoluta me acusó de mentir sobre haber sido víctima de una agresión sexual no era un caso aislado: formaba parte de algo mucho mayor.

Esta vez, tras haber pasado muchos meses inmersa en la machoesfera, reconocí de inmediato los argumentos y su formulación, pero en aquel entonces me quedé desconcertada, sin saber de dónde surgían aquellas opiniones. Los adolescentes no son misóginos ni malos por naturaleza. Basta hablar un rato con ellos para darse cuenta de que adoran y respetan a sus madres, hermanas y amigas. No nacen odiando a las mujeres. Lo que está impulsando ese odio es algo externo.

Al cabo de un tiempo, un chico hizo referencia a la «ginocracia» y otro hizo una pregunta en la que citaba directamente, por su nombre, a Yiannopoulos. Todo empezó a encajar. En vez de limitarme a responder a las preguntas de los chavales y aportar con delicadeza estadísticas sólidas, empecé a preguntarles dónde habían oído las declaraciones que repetían. La respuesta era siempre la misma: en Internet.

Según un estudio de 2018 del Pew Research Centre, el 95 por ciento de los adolescentes estadounidenses tienen acceso a un *smartphone* y el 89 por ciento afirma que se conecta a Internet «casi todo el rato» o, al menos, varias veces al día. En el Reino Unido, un informe de 2018 de Ocfom[90] reveló que más de 450.000 niños de entre 12 y 15 años pasan en Internet entre 6 y 8 horas al día los fines de semana. El tiempo que pasan de media en Internet todos los niños de entre 5 y 15 años es de casi 3 horas al día los fines de semana y casi 2 entre semana (casi el doble que hace una década).

Hasta hace pocos años, podría haberse pensado que era improbable que la

mayoría de los niños y adolescentes varones hubiesen oído gran cosa sobre el feminismo, una creencia confirmada durante mis primeras experiencias en colegios. Pero, a lo largo de los últimos meses, a medida que hablaba con los chavales me quedaba cada vez más claro que el mundo virtual estaba mandándoles unos mensajes clarísimos (y muy engañosos) sobre las mujeres y la violencia sexual, el feminismo y el sexismo.

Cuando empecé a escribir este libro, hice una convocatoria para entrevistar a gente en la que preguntaba a las familias si sus hijos adolescentes estarían dispuestos a hablar conmigo de sus experiencias en Internet y, sobre todo, de su percepción del feminismo. Una madre contactó conmigo de inmediato para sugerirme que hablara con su hijo de doce años. Mientras el chaval estaba jugando a los videojuegos, la mujer había oído por el altavoz que otros jugadores le decían que «el feminismo es un cáncer».

Su hijo, Alex, accede a hablar conmigo. «Sí —confirma—, la verdad es que he oído un montón de cosas sobre el feminismo. Muchos de los chicos de mi cole no se identifican como feministas porque piensan que el feminismo odia a los hombres y todo eso». Cuando le pregunto de dónde procede esa información, no lo duda: «Sobre todo de YouTube, fijo». Me dice que a medida que sus compañeros van conociendo la actividad feminista «empiezan a preocuparse por que pueda afectarles de alguna forma».

Alex tiene una perspectiva diametralmente opuesta a la de sus amigos. Su madre lleva hablándole sobre feminismo y desigualdad desde que era pequeño, así que cuando se topó en Internet con la misma propaganda con la que se toparon sus amigos, en él no surtió el mismo efecto.

Otro entrevistado, Tom, de quince años, afirma lo siguiente: «Creo que el antifeminismo está prácticamente en todas partes en las redes sociales, la verdad […]. Sobre todo, en YouTube, Instagram y Twitter, e igual también en Snapchat […]. Hay un montón de memes y vídeos que se supone que son de broma, pero que si te paras a pensarlo son bastante crueles». Añade que suele oír a los chicos hablar de feminismo en el colegio y que «muchas veces se sienten amenazados». «Fijo» que sería muy difícil que un chaval de su edad se identificara como feminista en público, debido a la presión de grupo y al «odio»:

> Oigo hablar a mogollón de gente de cosas como que hoy en día las mujeres nos están quitando el trabajo, que dentro de poco van a tener más derechos que nosotros (eso lo oigo mucho en el colegio) […]. Que dentro de poco las mujeres van a tener más autoridad en todo, que hay cada vez más igualdad, y me parece que resulta amenazante […]. Mucha gente está preocupada porque ya no puede

hacer bromas […]. Cualquier cosa con la que antes se divertían y que no quieren que cambie.

La mayoría de la gente asociaría esos comentarios con décadas pasadas. Sin embargo, ahí están, saliendo de boca de los adolescentes actuales.

Adam, un estudiante de veinte años, también me cuenta lo extendidos que están entre sus compañeros estos miedos y actitudes (mensajes que les han llegado por foros de Internet y memes de las redes sociales): «Yo lo oigo un montón, incluso cosas como que las mujeres mienten cuando dicen que las han violado y movidas así. Con todo el movimiento #MeToo […] veo a gente diciendo que las mujeres lo que quieren son sus quince minutitos de fama, que si no, por qué van diciendo eso ahora. O que por qué quieren mandar a un viejo a la cárcel el resto de su vida. Movidas que creen que tienen sentido, pero que cuando lo miras con cierta distancia es megatóxico».

Todo esto ha de entenderse también en el contexto del mundo en el que los jóvenes viven su vida diaria, un mundo en gran medida virtual en el que los mensajes de los principales medios de comunicación sientan unas bases ligeramente sexistas y estereotipadas sobre las que es fácil erigir la ideología de la machoesfera. También es un mundo en el que la mayoría ha consumido pornografía en Internet. Una encuesta de la BBC concluyó que el 60 por ciento de los jóvenes había consumido porno en Internet antes de los diecisiete años y una cuarta parte de ellos tenía menos de trece años la primera vez que lo hizo. Es un mundo en el que los vídeos que ven, de fácil acceso y muy extendidos, contribuyen a la idea de que el sexo es un acto de dominación agresivo, violento, humillante y a menudo racista, iniciado y controlado por hombres a los que las mujeres se someten (y que a menudo les provocan dolor). Si eso te parece exagerado, simplemente escribe la palabra «porno» en Google y haz clic en el primer enlace que aparezca: el sitio de más fácil acceso, corriente y gratuito al que se puede acceder.

Para que te hagas una idea, cuando yo hice eso mismo, entre los primeros vídeos que me salieron había uno de una «adolescente» con un «cuchillo en el coño», uno sobre introducir los objetos más grandes posibles en la vagina de una «chavalita», otro sobre incesto, otro de una mujer que parece aterrada mientras un hombre le tapa la boca con la mano y la fuerza, uno titulado «polvo anal duro y *creampie* con chavalita» en el que se ve a una joven con el rostro retorcido de dolor, otro en el que se ve a una mujer llorando con el rostro cubierto de semen, otro cuyo título describe a una mujer «estrangulada», uno titulado «una tía violada entre cinco» y otro titulado «criadita adolescente negra se folla al hombre

blanco con su amiga».

Cuando visito colegios, por extraordinario que resulte, oigo decir muchas veces a los jóvenes que «la violación en el fondo es un halago» o que «llorar es parte de los preliminares». En un colegio, cuando tuvieron un caso de violación cometida por un chico de catorce años, una profesora le preguntó: «¿Por qué no paraste cuando la chica se puso a llorar?». El chico la miró perplejo y respondió: «Porque es normal que las chicas lloren en la cama».

Ese es el contexto en el que la ideología de la machoesfera amenaza con afianzarse.

Esta es una generación para la que apenas existe separación entre el mundo virtual y el real y para la que la violencia sexual ya se ha normalizado de manera demoledora; en gran medida, a causa de la forma en que esa violencia invade el mundo virtual que habitan los jóvenes. Es importante entender esto para poder apreciar lo poderosa que puede resultar para los chicos adolescentes la retórica de la machoesfera. Hablo con la doctora Carlene Firmin (miembro de la Orden del Imperio Británico), investigadora social británica especialmente versada en el ámbito de la violencia y el maltrato en los grupos de jóvenes, los centros escolares y las comunidades. Me explica que «normalmente los jóvenes describen lo que pasa en Internet como algo que forma parte de su grupo de amigos y de su comunidad, así que para ellos está sumamente integrado».

Recalca que el tratamiento que se hace de la violencia sexual en Internet influye en las conductas del mundo real:

> No creo haber analizado un caso de agresión sexual escolar que no haya incluido ideas nocivas más amplias difundidas entre el alumnado y esas ideas se basan tanto en lo que ven en Internet como en lo que ven fuera de Internet. Esa agresión no se ha producido de la nada.

A la doctora Firmin le preocupa de manera especial la «deshumanización de las mujeres jóvenes» en Internet y «que no se reconozca la gravedad de lo que está pasando». Añade lo siguiente:

> Creo que eso es lo que más me ha chocado al analizar casos: la naturaleza casual de la agresión sexual y el hecho de que casi parecía que los jóvenes estuvieran simplemente tomándose una taza de té. Estaban haciendo algo gravísimo, pero eso quedaba totalmente fuera de los relatos.

En otras palabras, si los jóvenes encuentran en Internet contenidos que

minimizan o incluso glorifican la violencia sexual, eso tiene una repercusión enorme fuera de Internet y afecta a la forma en que reaccionan a ello en el mundo real.

Además, los centros escolares no siempre gestionan bien la confusión y el acoso. Las chicas que han sido víctimas de acoso o incluso de agresión sexual suelen contar que los profesores las animaban a que «se lo tomaran como un cumplido» o les decían que «los chicos son así». De esa forma, sin querer, algunos profesores normalizan y reiteran precisamente la clase de ideas sexistas a las que tal vez los chicos estén empezando a exponerse en Internet.

En un colegio que visité, a las chicas les habían prohibido crear un grupo feminista porque al director le había parecido divisorio, innecesario y potencialmente sexista. Aun así, las chicas empezaron a reunirse en secreto; misteriosamente, el grupo recibió aprobación oficial cuando la hija del director se unió en acto de protesta.

Y, así, el odio a las mujeres se introduce en el sistema de creencias de los chicos jóvenes sin que se den cuenta siquiera. No se trata de odiar a las mujeres, sino de defender a los hombres. No se trata de odiar a las mujeres, sino de reivindicar igualdad «real». No se trata de odiar a las mujeres, sino de aceptar las diferencias biológicas. No puede tratarse de odiar a las mujeres si en Internet todo el mundo se ríe del tema.

A medida que iban apareciendo en mi radar mensajes y conversaciones de ese tipo con jóvenes, cada vez me daba más la impresión de que estaba aumentando gradualmente el número de jóvenes que entraba en contacto con la ideología de la machoesfera.

Las chicas que se identifican como feministas en los centros escolares del Reino Unido denuncian una tremenda hostilidad: reuniones que se ven constantemente interrumpidas por cánticos misóginos, consignas insultantes garabateadas en carteles y acoso verbal prolongado que deja a las chicas destrozadas e incluso hace que algunas se vean obligadas a cambiar de colegio.

«A veces alguien empieza a decir que no sé qué profesora es feminista y luego dicen cosas desagradables sobre ella», observa Tom, lo que sugiere que tampoco el personal docente es inmune. Una joven que se identificó como feminista en un debate escolar al que asistí me envió un correo electrónico después de haber sido objeto de una campaña de acoso por parte de sus compañeros varones como consecuencia de ello. Me enseñó mensajes de texto que había recibido de chicos de su clase y cuyo contenido se parecía más a un foro de la machoesfera que a un intercambio de mensajes de texto entre adolescentes. Le decían que el feminismo es «sexista», que los hombres son biológicamente superiores y que darles mejores

trabajos es la mejor manera de garantizar el progreso de la raza humana. No es culpa suya —escriben—: no intentan ser «malos», pero las cosas son así y punto. Y, tras leer sus mensajes, estoy segura de que se lo creen de verdad. Esos son los argumentos a los que se enfrentan las adolescentes actuales —no las de hace cien años— por parte de sus compañeros varones. Imagina tener que intentar hacer frente a esas opiniones entre tus compañeros de clase. Imagina tener que ir a clase y estudiar junto a chicos que creen a pies juntillas que sencillamente son superiores a ti en términos genéticos. Imagina las consecuencias de eso en tus empeños académicos. E imagina que eres un chaval adolescente que ha asimilado esas ideas, pero no como opiniones polémicas, sino como hechos puros y duros.

Sin saber todavía que mis observaciones encajaban en un fenómeno de mayor envergadura, decidí hablar con Hurst, de la Good Lad Initiative, que está en una posición ideal para ejercer de barómetro de las ideas y experiencias de una muestra representativa y diversa de chicos.

Resulta que la experiencia de Hurst se parece muchísimo a la mía. También él se ha encontrado una y otra vez en los colegios con chavales deseosos de hablar sobre las denuncias falsas de violación más que de ninguna otra cosa. Y también él ha observado recientemente un repunte significativo de esas conversaciones. «Hoy en día hay muchos chavales muy activos en YouTube que consumen un montón de contenidos de centroderecha y ultraderecha de los activistas por los derechos de los hombres», me explica. También menciona Reddit, 4chan e Instagram y añade: «Hay un montón de cosas a las que tienen muy fácil acceso sin tener que investigar mucho ni ampliar su visión del mundo de ninguna manera». Cuando le pido a Hurst que calcule la proporción de jóvenes con los que trabaja que podrían haberse visto influidos por las ideas de la machoesfera, se muestra tajante: «Creo que son más los que sí que los que no: probablemente alrededor del 70 por ciento de los chicos con los que tratamos han estado de alguna manera en contacto con ese tipo de material y creo que eso influye en distintos grados en su forma de pensar».

Quizá lo más relevante es que muchos de los jóvenes con los que trabaja Hurst no parecen ser miembros de los foros más radicales de la machoesfera, sino que acceden a esas ideas en un punto superior de la cadena. Entre nosotros, intentamos precisar cómo se está traduciendo y diluyendo la ideología de la machoesfera por otras plataformas y coincidimos en que los jóvenes con los que hemos tratado han experimentado distintos grados de exposición; algunos emprenden un periplo ideológico que los lleva de una plataforma a otra. «A veces voy a colegios y los chavales empiezan con que “Me encanta Jordan Peterson”; en esas clases, se producen conversaciones sobre las “feminazis” o el tema que esté

candente en ese momento en torno a los activistas por los derechos de los hombres». Pero Hurst calcula que «hay un grupo más amplio de chicos que tal vez se encuentran un paso o dos por detrás». Esos chavales igual ni siquiera conocen las comunidades específicas de la machoesfera, pero aun así absorben ciertos aspectos de su ideología gracias a memes y chistes fáciles de digerir y de recordar o que destacadas figuras mediáticas vuelven sabrosos y respetables para el consumo público.

Hurst calcula que, al menos a nivel escolar, hay muchos más jóvenes que encajan en esa categoría que en la de miembros confirmados de la comunidad *incel* u otras. (Asegura que es más probable que se encuentre con personas que se identifiquen como *incels* en las sesiones universitarias).

Los jóvenes a los que entrevisto confirman esa idea de que los niños acceden a la ideología de la machoesfera en fases que no se corresponden con las de las páginas web de los *incels* o de los artistas de la seducción. Ni Alex ni Tom han oído hablar nunca de los *incels* ni de Yiannopoulos (los envidio) y Adam se refiere a Morgan de manera específica como una figura influyente para sus compañeros antifeministas. Mi propia experiencia en los colegios también lo respalda: una cifra baja pero significativa de los chicos con los que hablo participa sin duda alguna en los tablones de mensajes de la machoesfera, pero la mayoría de ellos no buscan esos contenidos de manera deliberada ni son conscientes de su existencia. Son ideas que les llegan desde cuentas anónimas y fábricas de memes.

En uno de los colegios, un adolescente accede a enseñarme algunas de las cuentas de memes de Instagram que según él son las más populares entre sus compañeros. Ninguna de ellas menciona en sus títulos nada que tenga que ver con el feminismo ni la machoesfera: las cuentas tienen nombres anodinos que suelen incluir las palabras «memes» o «*lols*» (risas). Pero nada más hacer clic en ellos el contenido resulta familiar de inmediato. Los chistes e imágenes hacen referencia a pegar a las mujeres si se ponen demasiado «arrogantes» sobre la igualdad de derechos y entre los temas más habituales se encuentran el de la hipocresía feminista y las falsas denuncias de violación. Seguramente lo más revelador de esas cuentas sean las etiquetas, que combinan la realidad del contenido con la banalidad del soporte: «#freshmemes #funniestmemes #schoolshootermemes #feminismiscancer #edgymemesforedgyteens».

Las cuentas no suelen tener un rostro ni una persona visible detrás y muchas atraen a cientos de miles de seguidores: debajo de cada imagen hay interminables ristras de comentarios. Los chistes sobre las violaciones en citas y la violencia de género se mezclan con la transfobia y la islamofobia. El racismo está muy extendido y la ofensiva palabra que empieza por *n* aparece en uno de cada cuatro

mensajes que leo. Aunque no suele haber términos explícitos como *incel* o *activista por los derechos de los hombres*, los contenidos se identifican de inmediato como los de la machoesfera. Un meme que pide a los usuarios que le den a me gusta si quieren que metan en la cárcel a Hillary Clinton (10.434 me gusta) se disputa el espacio con una imagen manipulada de Anita Sarkeesian con una pistola apuntándole a la cabeza. Quizá los chicos que consumen esos memes no hayan oído hablar del Gamergate, tal vez ni siquiera reconozcan a Sarkeesian, pero sin que se den cuenta están siendo adoctrinados en el conocimiento compartido y el pensamiento de grupo de la turba misógina.

Si la idea de que la misoginia esté tan al alcance de los jóvenes resulta sorprendente, seguramente se debe a que muchos adultos tienden a desconocer bastante la ubicuidad e importancia de YouTube, especialmente en la vida de los jóvenes.

Primero, tengamos en cuenta que el 90 por ciento de esos jóvenes afirma conectarse a Internet muchas veces al día. Añadamos el hecho de que Ofcom revela que una quinta parte de las personas de entre dieciséis y veinticuatro años pasan más de siete horas diarias en Internet todos los días de la semana. Ahora parémonos a pensar en lo que hacen en Internet durante tantísimas horas. Casi la mitad del tiempo lo pasan en las redes sociales, según el análisis de Ofcom de sus hábitos telefónicos en los desplazamientos. Así que ¿qué plataformas es más probable que usen? Según un estudio sobre los adolescentes estadounidenses del Pew Research Center, el 85 por ciento afirma usar YouTube, mientras que el 72 por ciento utiliza Instagram, el 51 por ciento Facebook y el 32 por ciento Twitter. YouTube tiene más de 1.500 millones de usuarios en todo el mundo, una cifra mucho mayor que la de hogares con televisión.

Así que, aunque pueda resultar chocante para muchos adultos, probablemente a los adolescentes no les sorprendería saber que, según un informe reciente, YouTube es el responsable de la friolera del 37 por ciento de todo el tráfico de Internet móvil a nivel internacional. (En comparación, las emisiones en directo de Netflix representan solo el 2,4 por ciento). Eso es de especial importancia para nuestros propósitos, teniendo en cuenta que el grupo demográfico de los adolescentes es mucho más propenso a acceder a Internet por medio de un *smartphone*.

De esta manera empieza a aclararse un poco el panorama, pues revela hasta qué punto podríamos no ser conscientes de la infinidad de horas que los jóvenes pasan en YouTube. Pero ¿por qué reviste eso una importancia especial cuando hablamos de la ideología de la derecha alternativa y la machoesfera?

Para los adultos que piensan en YouTube como el hogar de los vídeos del

gato gruñón y los tráileres de películas, es inquietante descubrir que la plataforma está colonizadísima por la ideología de extrema derecha, representada por un amplio número de canales donde cuelgan vídeos personas misóginas y supremacistas blancas que producen miles de horas de contenidos apoyando su visión del mundo.

«Hay innumerables formas de expresión política en YouTube, pero ningún bloque está ni de lejos tan organizado ni es tan fuerte como el de la derecha y sus hordas de obstinados vlogueros», escribió John Herrman en un perspicaz artículo en el que comparaba YouTube con la radio, sugiriendo que ambas plataformas daban a los pensadores radicales de la ultraderecha reaccionaria la oportunidad de hablar durante horas ante una audiencia profundamente absorta sin que nadie los cuestionara.

Pero la publicación en 2018 de un informe del instituto de investigación Data & Society, con sede en Nueva York, causó conmoción incluso a quienes ya eran conscientes del enorme impacto que tienen en YouTube los *influencers* de la derecha alternativa y la machoesfera. El informe, cuya responsable es la investigadora Rebecca Lewis, descubrió una «red de influencia alternativa» compuesta por más de sesenta académicos, expertos de los medios de comunicación e *influencers* de Internet que operaba por medio de ochenta canales: había autoproclamados libertarios, populares comentaristas conservadores, misóginos radicales, supremacistas blancos y racistas. «Muchos de esos *youtubers* no se definen tanto por una ideología única como por una postura "reaccionaria": una oposición general al feminismo, la justicia social o la política de izquierdas», escribió Lewis en el informe.[91]

Lo que descubrió fue que la plataforma se ha convertido en el «foco más importante mediante el que una extensa red de *influencers* de ultraderecha ganan dinero retransmitiendo propaganda a los espectadores jóvenes». De manera específica, Lewis explicó que esos comentaristas de derechas utilizaban técnicas como el desarrollo de marcas o la optimización de los motores de búsqueda para crear una poderosa red de *influencers*, lo que permitía que personalidades más populares y aceptables a nivel social impulsaran la credibilidad de figuras más marginales y, a la vez, se beneficiaran de la polinización cruzada y el crecimiento de su público.

En otras palabras, escribió, «la creación de redes sociales entre *influencers* facilita que los miembros del público se expongan de manera gradual a posturas políticas cada vez más radicales y lleguen a confiar en ellas». Y lejos de tratarse de «rincones oscuros de Internet», advertía de que «muchos de los contenidos radicales se encuentran en primera plana, fácilmente accesibles a través de

plataformas como YouTube, y reciben el apoyo público de personas con abundantes recursos y que interactúan de manera directa con la cultura dominante». Figuras como Peterson representaban el extremo más convencional y aceptable a nivel social del espectro descrito en el informe, mientras que en el otro extremo se ubicaban nombres reconocibles de las comunidades de supremacismo blanco y misoginia más radicales de la web, como Spencer y Cernovich. También incluían a *influencers* cuyos nombres de usuario llevaban las palabras *red pill* (píldora roja). Al acoger y compartir plataformas con algunos de los pensadores más radicales, aunque no suelan suscribir abiertamente sus opiniones, las personalidades más dominantes contribuyen a amplificar ideas «descaradamente racistas» o misóginas tratándolas «como si fueran de lo más normales».

La repercusión potencial de estos vídeos en la visión del mundo de los jóvenes es enorme, no solo por su exposición masiva, sino, sobre todo, porque varios estudios han sugerido que hoy en día cada vez más jóvenes se enteran de las «noticias» por las redes sociales, en vez de por la televisión o cualquier otro medio. Eso amenaza con dejar un vacío sumamente alarmante que puede llenarse con los contenidos de YouTube, cada vez más radicales, y sin el equilibrio compensatorio de información alternativa o contrastada con rigor.

Pero lo peor estaba por llegar. En 2018, un grupo de sociólogos y de antiguos empleados de YouTube empezaron a denunciar la existencia de algoritmos secretos que recomendaban vídeos a los usuarios de la plataforma con el fin de tentarlos para que vieran más contenidos una vez terminado el vídeo original que estaban viendo. Quizá esos algoritmos no parezcan tener demasiada importancia hasta que te enteras de que el 70 por ciento de todos los vídeos que se ven en YouTube son recomendaciones del algoritmo de la plataforma. Así pues, la gente pasa muchísimo más tiempo viendo los contenidos que les ponen en bandeja que los vídeos que ellos mismos han ido a buscar.

¿Te acuerdas de que YouTube representa el 37 por ciento de todo el tráfico de Internet móvil? Esas dos estadísticas juntas implican que en torno a una cuarta parte de todo el tráfico de Internet móvil en el mundo consiste en gente viendo vídeos que YouTube ha elegido para ellos, una cifra tan abrumadora que cuesta un poco asimilar. En ese contexto, el tipo de contenidos hacia el que nos dirige el algoritmo de YouTube adquiere de repente una trascendencia nueva. Lo cual es una mala noticia cuando te enteras de lo que Guillaume Chaslot, exingeniero de YouTube, cuenta sobre el algoritmo y su funcionamiento.

Como los beneficios de YouTube proceden de la publicidad, su mayor motivación es conseguir que los usuarios sigan viendo vídeos el mayor tiempo

posible para poder ofrecer anuncios al mayor número de espectadores posible. Una de las principales ideas equivocadas del público, que corrigió Chaslot cuando en 2018 expresó su preocupación ante multitud de medios de comunicación, es la creencia de que el algoritmo aspira a ofrecer a la gente los contenidos más relevantes o de mayor calidad. Nada más lejos de la realidad, según Chaslot. Más bien, se centra completamente en el «tiempo de visionado». Y las investigaciones han demostrado que lo que hace que la gente siga viendo vídeos, y haciendo clic para ver más, son los contenidos cada vez más radicales. Los académicos no tardaron en apercibirse de la relevancia de ese patrón. En un artículo para el *New York Times*, la socióloga Zeynep Tufekci explicó que, sin importar por qué vídeo popular empezase, el algoritmo de YouTube la metía enseguida en una espiral de contenidos asociados pero mucho más radicales. «Los vídeos sobre el vegetarianismo llevaban a vídeos sobre el veganismo. Los vídeos sobre correr llevaban a vídeos sobre participar en ultramaratones». Una investigación del periódico *Wall Street Journal* puso de manifiesto el mismo fenómeno. Por supuesto, para aquellos que buscan vídeos sobre pasos de baile divertidos o técnicas culinarias, por ejemplo, el patrón es relativamente inofensivo. Pero para jóvenes impresionables que empiezan viendo contenidos bastante convencionales sobre política, el asunto tiene implicaciones mucho más graves. Chaslot contó al *Daily Beast* que no tardó en darse cuenta de que «las recomendaciones de YouTube metían a la gente en burbujas sociales […] de las que era imposible salir».

En una entrevista de 2019, Neal Mohan, el director de productos de YouTube, negó que la plataforma creara el efecto «espiral», aseguró que ofrecía una gama completa de contenidos y opiniones y afirmó que el tiempo de visionado no era la única característica que usaban los sistemas de recomendación de la web. Reconoció que igual el algoritmo sí ponía en cola vídeos más radicales, pero aseguró que también podía ofrecer «otros vídeos que se inclinan en la dirección opuesta». Pero ese no parecía ser el caso de mis propios experimentos ni el de otros autores que han documentado el fenómeno.

Eso no significa que YouTube esté intentando de manera deliberada fomentar y respaldar los puntos de vista racistas y misóginos radicales. Pero sí parece ser un efecto colateral del funcionamiento de la web, involuntario pero poderoso. Es poco probable que esos patrones se hayan escrito deliberada o maliciosamente en el ADN de las principales redes sociales, pero tampoco es una completa coincidencia que no se previera ninguno de esos problemas dadas las características demográficas de las personas que tienden a diseñar, moderar, controlar y beneficiarse de esas plataformas. El informe anual de 2019 sobre

diversidad de Google, propietaria de YouTube, reveló que su plantilla mundial está compuesta en un 67 por ciento por hombres y que en los Estados Unidos solo el 5 por ciento de sus trabajadores son negros.

La doctora Sugiura, que cree que las redes sociales tienen que asumir una responsabilidad mucho mayor por el contenido que alojan, señala los orígenes mismos de Facebook, creada en un principio como una especie de plataforma de «*ranking* de atractivo sexual» que permitía a los estudiantes de Harvard calificar y comparar fotografías de sus compañeras. La doctora Sugiura suelta una carcajada cargada de exasperación: «El sexismo está incrustado en la tecnología de algo como Facebook: ¡piensa de dónde viene, cómo empezó! Así que mira a los artistas de la seducción y lo que buscan: con la herramienta que están usando obtienen validación desde el principio».

Hay una serie de características de las comunidades de la machoesfera y de los tipos de vídeos que producen que encajan especialmente bien con el algoritmo de YouTube. Los vídeos suelen ser largos, lo que significa que acumulan automáticamente un tiempo de visionado prolongado, sobre todo si los espectadores lo ven entero, lo que es más probable en el caso de una comunidad tan volcada e implicada como la machoesfera. Captan rápidamente las noticias de actualidad y las que marcan tendencia (por ejemplo, toman cualquier caso de denuncia falsa de violación como una confirmación instantánea de su visión victimista del mundo) y muchas veces son capaces de producir contenidos muy rápidamente, ya que no tienen que ceñirse al engorro de comprobar los hechos o de informar de forma objetiva. Y existen unas enormes coincidencias entre las obsesiones ideológicas de grupos como la derecha alternativa y los *incels*, los supremacistas blancos y los hombres que siguen su propio camino, los artistas de la seducción y los activistas por los derechos de los hombres. Ese híbrido racista, antisemita, islamófobo, antiinmigrante, misógino u homófobo los convierte en candidatos de ensueño para un algoritmo que busca formas de crear conexiones entre canales y contenidos «relacionados». Cuando hablo con él, Davey plantea preocupaciones concretas sobre «la funcionalidad de las plataformas [de Internet]» a la hora de permitir la difusión de opiniones radicales: «Puedes caer en espirales generadas por el algoritmo de YouTube, que puede ponerte muy rápidamente en una situación en la que lo único que se te recomienda son vlogueros misóginos. Esto hay que atajarlo».

¿Qué forma adopta esto en la práctica? Para descubrirlo, borro mi historial de Internet, elimino las *cookies* y abro una ventana privada del navegador para asegurarme de partir de un punto «neutral».

Abro YouTube, tecleo «¿Qué es el feminismo?» en la barra de búsqueda y

hago clic en uno de los primeros enlaces (un discurso profeminista de la actriz Emma Watson). A partir de ahí, dejo que el algoritmo me lleve por donde quiera. En cuanto termina el primer vídeo se reproduce automáticamente el siguiente. Es un vídeo del programa *The Rubin Report*, que se describe como un programa de entrevistas sobre «la libre expresión y las grandes ideas». Dave Rubin, el presentador del programa, es una de las figuras que se citan específicamente en el informe de Data & Society sobre la red de *influencers* de la derecha alternativa en YouTube. El vídeo es una entrevista con Yiannopoulos, a quien se le permite hablar, sin cuestionarlo apenas, del feminismo moderno, que describe como «fundamentalmente andrófobo […]. Un tipo de feminismo muy rabioso, amargado, profano y lesbiano», que difunde el «mensaje constante de que los hombres son malos y de que están rotos y equivocados». Califica como «tonterías» las estadísticas sobre las violaciones en los campus universitarios y asegura que las cifras citadas por Obama sobre la violencia sexual «no son ciertas». El vídeo tiene más de dos millones de visualizaciones.

En el siguiente vídeo que se reproduce automáticamente sale Peterson. En los diez siguientes vídeos recomendados aparecen Peterson (que sale tres veces en la lista) y Yiannopoulos (que sale cuatro). Lo fascinante es que ayudan a ilustrar precisamente las preocupaciones planteadas por Lewis: ninguno de los vídeos sale directamente de los canales de los propios personajes polémicos, sino que todos ellos son entrevistas en los principales canales de presentadores «respetables», como el de Channel 4 News. Un adolescente que haya partido de una pregunta muy sencilla y elemental recibe respuestas muy específicas y radicales a la pregunta «¿Qué es el feminismo?». Y, lejos de presentar una gama equilibrada de opiniones, todas repiten las mismas ideas equivocadas y misóginas sobre los derechos de las mujeres.

Pero imagina que eres una persona joven que acaba de conectarse y no sabe mucho del tema. Todos los vídeos sugeridos tienen un alto valor de producción. Los presentadores son urbanos y muy conocidos, los programas de entrevistas son populares. Al espectador profano en la materia todo le sugiere que esas opiniones son válidas y mayoritarias en lugar de ideas marginales o radicales. El hecho de que el algoritmo de YouTube no ofrezca ni un solo vídeo positivo o alternativo sobre el feminismo sugiere que ese es el consenso popular mayoritario. Y los siguientes cinco vídeos recomendados suman un total de 36 millones de visualizaciones, lo que indica que no es raro que la maquinaria de YouTube los ofrezca como forraje.

Los testimonios de los jóvenes con los que hablo confirman sin lugar a dudas esos temores. Sobre el tema de YouTube y el antifeminismo, Alex, de doce años,

dice lo siguiente: «Mucha gente que tiene un montón de seguidores habla de antifeminismo». Según dice, YouTube les suele recomendar esos vídeos antifeministas a sus amigos. «Y, al ser de *influencers* de Internet a los que admiran, eso les mete en la cabeza la opinión de que es así como funciona el mundo».

Adam, de veinte años, coincide:

> Creo que los que están en esa comunidad en la que todo el mundo está validando las opiniones de todos no reciben ninguna influencia exterior alternativa y, evidentemente, tienden a dar por sentado que el resto de la gente son unos copos de nieve, unas feminazis o lo que sea que quieran llamarlos, así que, como se la están validando, se creen que su opinión es la única válida.

Eso, básicamente, empieza a crear un espacio para el adoctrinamiento virtual, un problema —asegura Lewis— especialmente acuciante en el caso de un grupo de edad de semejante vulnerabilidad potencial. «YouTube apela a un grupo demográfico jovencísimo […]. Los jóvenes son más susceptibles de verse influidos en sus ideales políticos. Es la época de la vida en la que estás descubriendo quién eres y cuáles son tus creencias políticas». Confirma esos temores una profesora de un instituto mixto del Londres interior que da clase a alumnos de entre catorce y dieciocho años y que accede a que la entreviste anónimamente para proteger la identidad de sus estudiantes. «He oído a mucha gente joven (sobre todo chicos, pero no siempre) hacer afirmaciones muy radicales sobre las mujeres y el género, y cuando les he preguntado de dónde las habían sacado me han respondido que de vídeos de activistas por los derechos de los hombres de YouTube». Tras oír las conversaciones de los alumnos, dice que cree que se han encontrado con esos vídeos radicales al final de un hilo de vídeos de YouTube que en principio era divertido o absurdo. En otras palabras, no cree que los alumnos hayan ido en busca de ese tipo de vídeos, sino que ha sido YouTube el que se los ha propuesto.

Cuando los alumnos de los últimos cursos estaban leyendo *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood, algunos se quejaron de que tendría que haber «un *Cuento de la criada* para hombres». (La novela distópica de Atwood, ambientada en los Estados Unidos en un régimen totalitario imaginario en el que las mujeres están completamente subyugadas, es famosa por haberse inspirado en casos reales de opresión. Atwood ha afirmado: «Una de mis normas fue no poner en el libro hechos que no hubieran ocurrido ya»). «Cuando les pregunté por qué —me cuenta la profesora—, mencionaron un vídeo de YouTube que decía que los

hombres actuales tienen menos derechos que las mujeres y que las mujeres se pasan el día quejándose, aunque ahora sean los hombres los que tienen las cosas más difíciles». Al igual que me pasó a mí, lo que despertó sus sospechas fue darse cuenta de que los estudiantes repetían como loros el mismo odio antifeminista que había encontrado ella en Internet en fuentes de la machoesfera: «Varios de mis alumnos han comentado que el feminismo ha ido demasiado lejos y, cuando se les pregunta, usan argumentos que reconozco de los activistas por los derechos de los hombres, como que hay más hombres que mueren en guerras y que las leyes de custodia de menores favorecen a las mujeres».

Después de haber visto cómo afectaba a sus alumnos, a pesar de sus esfuerzos por intervenir y cuestionar esas opiniones, describe el proceso de radicalización en Internet como un engañoso callejón sin salida: «Creo que los vídeos iniciales pueden desalentar la empatía y fomentar la "otredad" de las mujeres y luego eso se radicaliza […]. Sospecho que existe un vínculo entre el "humor ácido", los vídeos de "fracasos", las teorías de la conspiración y el activismo por los derechos de los hombres».

Por supuesto, los jóvenes no son los únicos que pueden verse «empujados» suavemente y sin razón obvia hacia contenidos cada vez más radicales. El análisis realizado por Chaslot y otros autores de los vídeos recomendados por el algoritmo de YouTube en el periodo previo a las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016 reveló que, incluso partiendo de un punto completamente neutral, YouTube tenía seis veces más probabilidades de recomendar vídeos contrarios a Clinton que contrarios a Trump, incluidas muchas teorías radicales de la conspiración que sugerían que Clinton tenía graves enfermedades secretas o vínculos con cultos satánicos.

Sin embargo, hemos subestimado e ignorado sistemáticamente YouTube como fuente de información e influencia política potencial. La atención pública sobre esta cuestión se ha centrado casi exclusivamente en Facebook, pero, como señaló *The Guardian*, los resultados son alarmantes, dado que Trump ganó las elecciones por solo 80.000 votos, y los vídeos de la base de datos de Chaslot de YouTube recomendados durante las elecciones se vieron, en total, más de 3.000 millones de veces antes del día de las elecciones. Y, por supuesto, el algoritmo encaja perfectamente con la manipulación deliberada por parte de *trolls* como Cernovich, cuyas teorías de la conspiración sobre la salud de Clinton crearon un efecto dominó poderosísimo.

Así pues, ¿hay razones concretas para preocuparse por que esto pueda estar teniendo un grave impacto en los jóvenes? ¿Sabemos con certeza que la mera exposición a esos contenidos tiene consecuencias reales? En una palabra, sí. En

2018, el colectivo de periodismo de investigación Bellingcat publicó los resultados de un análisis en profundidad sobre las trayectorias extremistas de setenta y cinco activistas fascistas en el que exploraba su proceso de radicalización. Para la investigación utilizaron una base de datos de cientos de miles de mensajes del servidor Discord. (Discord es una plataforma de chat diseñada principalmente para videojugadores, pero utilizada a menudo por miembros de la derecha alternativa y la machoesfera). La investigación reveló conversaciones entre fascistas y nacionalistas blancos en las que hablaban entre ellos de su conversión a creencias radicales, lo que probablemente fuera representativo de sus genuinas creencias sobre su camino hacia la radicalización. Se descubrió que la mayoría de los participantes creían que se habían radicalizado mediante contenidos de Internet y que «YouTube parece ser el sitio web del que más se habla».

Los chats individuales revelaron que el sendero hacia el supremacismo blanco radical y el fascismo serpenteaba entre las enmarañadas redes de la machoesfera y la derecha alternativa; un ejemplo representativo consistía en empezar tomando «la píldora roja sobre feminismo» en un blog antes de pasar a tomar «la píldora roja sobre el islam […] en una sección de comentarios de YouTube» y luego, tras tomar la «píldora roja en GG [Gamergate]», llegaban a la información sobre *rapefugees*[92] y, finalmente, a creer en el «cociente intelectual racial» (la falsa creencia de los supremacistas blancos de que los blancos tienen el cerebro más grande que las personas racializadas) y a «creer que "debemos asegurar la existencia de nuestro pueblo y el futuro de los niños blancos"». (Esa última frase es un famoso eslogan terrorista de los supremacistas blancos). En los chats se mencionan explícitamente los memes y los chistes como una forma de «colarles» la ideología a los nuevos adeptos para que al principio la vean como algo irónico hasta que «de repente deja de ser un meme».

David Sherratt, que era un adolescente cuando empezó a adoptar la retórica radical de la machoesfera, me cuenta lo siguiente: «Para serte sincero, yo nunca fui buscando esas cosas […]. Las encontré, sin duda, sobre todo gracias a las recomendaciones de YouTube».

Si no vas por ahí buscando una ideología extremista, si ni siquiera la reconoces como tal, es muy fácil adoptar puntos de vista cada vez más radicales sin ni siquiera darte cuenta realmente. Si todo lo que ves en Internet refuerza de manera generalizada el mismo punto de vista, si te lo está sugiriendo una plataforma tan reputada como YouTube, no podrá calificarse de odio, ¿verdad que no?

En 2019, una insólita buena noticia saltó a los titulares: los científicos habían

conseguido crear por primera vez una fotografía de un agujero negro. La noticia fue recibida con mucha fanfarria y la atención se centró rápidamente en Katie Bouman, una estudiante de posgrado del MIT de veintinueve años que había liderado el equipo que hizo posible el histórico logro. Pero, en apenas unas horas, la machoesfera había saltado a la acción. En diversos sitios web —incluidos los focos típicos, como Reddit—, aparecieron miles de comentarios, mensajes y amenazas denunciando los elogios a Bouman con misoginia radical, teorías de la conspiración, noticias falsas y mentiras puras y duras.

«Hola, me llamo Katie Bouman y soy una farsante», rezaba el título de un hilo representativo, debajo del cual los comentarios se convirtieron rápidamente en un pozo negro de calumnias sobre el aspecto de Bouman y de odio sobre las «feminazis» y los «guerreros de la justicia social». Como de costumbre, la obsesión se extendió como la pólvora y en YouTube no tardaron en aparecer vídeos que denunciaban a Bouman y afirmaban (falsamente) que en realidad eran sus colegas varones quienes habían hecho la mayor parte del trabajo que se le atribuía. Fue un buen ejemplo del tipo de reacción radical y profundamente misógina que muchos considerarían una actividad minoritaria y marginal.

Pero el algoritmo de YouTube tenía otras ideas. En cuestión de horas, el primer resultado de la búsqueda del nombre de Bouman en la plataforma era un vídeo profundamente misógino y carente de veracidad titulado «La mujer hace el 6 por ciento del trabajo, pero se lleva el 100 por cien del mérito: fotografía del agujero negro». El vídeo aparecía en un lugar más destacado que las noticias reales de medios de comunicación fiables y el algoritmo lo recomendaba como la fuente principal de la noticia, a pesar de que procedía de una cuenta relativamente desconocida y poco seguida y de que tenía menos visitas que otros vídeos de noticias reales sobre el acontecimiento. ¿Y cuáles eran los vídeos «relevantes» que el algoritmo recomendaba a los espectadores (y que les reproducía automáticamente)? ¡Vídeos de Peterson «desmintiendo» la brecha salarial de género, cómo no!

YouTube no es el único que, gracias a su diseño, amplifica, normaliza y permite la propagación de ideologías radicalizadoras y extremistas. En Instagram, hay miles de cuentas que ofrecen a los adolescentes versiones diluidas, digeribles y «memeables» del racismo y la misoginia bajo el disfraz del humor y la «broma» y que consiguen operar con relativa impunidad debido a la facilidad para formatearse o crear cuentas de respaldo ante la amenaza de censura.

En un artículo publicado en una revista, la profesora Adrienne Massanari analizaba «cómo el sistema de puntos de karma de Reddit, la agregación de material mediante *subreddits*, la facilidad para crear estos últimos y cuentas de

usuario, la estructura de gobierno y las políticas sobre contenido ofensivo abonan el terreno para el activismo antifeminista y misógino».

La escritora Aja Romano observó la facilidad con la que pueden manipular Twitter quienes desean utilizar la red para campañas de acoso masivo prolongado:

> La facilidad con la que cualquiera puede crear una cuenta y empezar a tuitear directamente a usuarios verificados puede ser un punto a favor de Twitter, pero también facilita enormemente la creación de «títeres» (es decir, cuentas de Internet desconectadas que se hacen pasar por personas diferentes) y la proliferación del acoso en la web.

En resumen, las redes sociales llevan en su ADN la capacidad de convertirse en una herramienta para el odio y el acoso.

Todas esas plataformas tienen políticas contra las conductas de odio e intentan controlar la incitación al odio y a causar daño. Pero, en su forma actual, siguen siendo un imán para que ciertas ideologías lleguen a millones de jóvenes.

Todo esto significa que un adolescente puede partir de opiniones bastante benignas —«joder, parece que las feministas se lo toman todo un poco demasiado a pecho»— y luego verse empujado suavemente —a partir de chistes, memes y recopilaciones de vídeos cómicos— hacia ideas y contenidos cada vez más radicales, sin darse cuenta de que está metiéndose en un callejón sin salida. Al final, asume que las mujeres mienten sobre haber sufrido agresiones sexuales, incluso cuando las tiene delante. Llega a un punto en el que puede empezar a odiar a las mujeres sin ni siquiera saberlo.

Aunque es posible que las empresas de redes sociales acaben ayudando e instigando ese proceso de radicalización de forma totalmente involuntaria, los extremistas de Internet explotan a sabiendas los engranajes de las herramientas sociales que tienen a su disposición para conseguir el máximo número posible de nuevos adeptos. Y se centran deliberada y específicamente en los jóvenes.

Como observó Lewis, los jóvenes son especialmente vulnerables a la explotación política e ideológica cuando empiezan a explorar su mundo y a averiguar cuál es el lugar que les corresponde. Los hombres de la machoesfera y la derecha alternativa lo saben. Son conscientes de la oportunidad que representan las mentes jóvenes y maleables y están dispuestos a explotarlas al máximo.

En abril de 2019, Mike Buchanan, líder del partido político británico J4MB, publicó un artículo en AVFM en el que anunciaba «una nueva estrategia de J4MB

para apelar a los estudiantes universitarios y los académicos; sobre todo, aquellos que estudian o enseñan asignaturas cercanas a nuestra misión, como Política e Historia». Pocos meses después, había reservado un espacio para hablar en la Universidad de Cambridge y cuando los estudiantes protestaron, se aprovechó de la cobertura que hicieron los principales periódicos.

«Para consolidar aún más nuestra enorme credibilidad —se jacta en su sitio web una importante organización de formación de artistas de la seducción— ha dado charlas en prestigiosas universidades como Yale, Harvard, Wharton y otras».

Anglin, del Daily Stormer, escribió:

> Nuestro público objetivo son los varones blancos de entre diez y treinta años […]. Incluyo a los niños de tan solo diez años porque una de las cuestiones es que queremos parecernos a los superhéroes. Queremos ser algo de lo que los niños fantaseen con formar parte. Ese es uno de los elementos centrales. No incluyo a los hombres de más de treinta años porque a partir de ese momento su forma de pensar es prácticamente inmutable. Sin duda llegaremos a algunos hombres mayores, pero no debemos centrarnos en ellos.

Con este espíritu, populares sitios web de la machoesfera alojan y comparten recursos diseñados específicamente como propaganda para atraer a los jóvenes a la causa. Un ejemplo, «Manual básico de la Píldora Roja para chicos», se describe así:

> A petición popular, los agentes de la Sociedad de la Píldora Roja han reunido una guía de la Píldora Roja fácil de entender para los chicos adolescentes y los hombres intrigados por los conceptos y prácticas de la Píldora Roja. Está en formato de presentación de Google y se ofrece de forma gratuita para la mejora de los hombres jóvenes de todo el mundo.

La presentación, que consta de trece partes, incluye categorías como «Por qué te odia el feminismo, una incubadora de activistas por los derechos de los hombres», y, para los artistas de la seducción en ciernes, «Ligar con chicas. Una introducción». Se presenta en forma de diapositivas con títulos e imágenes atractivos. Les dice a los chicos que las feministas creen que todo el sexo es violación y les enseña que ellos («hombres blancos jóvenes») son los principales «objetivos» de las feministas. Y, por supuesto, también aparece la ideología de los *incels*: «En el centro de este combate está el asunto de los hombres jóvenes que quieren mantener relaciones sexuales. Es decir…, tú… Tu pene es su enemigo».

Lo que parece esto, lo que es, es radicalización. Radicalización ideológica

extremista, dirigida deliberadamente a jóvenes vulnerables. Y hemos visto sus consecuencias. Anglin ha escrito que no tenía experiencia con el nacionalismo blanco antes de 2011 y que se politizó «principalmente en 4chan». Su camino hacia la radicalización se aprecia de manera dolorosa en el manifiesto virtual que escribió como un «anuncio de servicio público» en el que instruía a otros nacionalistas blancos sobre cómo ganar nuevos adeptos. Además de subrayar la importancia de dirigirse a los jóvenes, Anglin escribe lo siguiente: «No te aísles de la cultura dominante […]. Para tener éxito, tienes que ser capaz de conectar con la cultura en su conjunto». Su siguiente indicación es «ofrecer algo a la gente a la que te diriges […]. Lo que mejor funciona, en mi experiencia, son los temas relacionados con el desplazamiento y la privación de derechos del hombre blanco que se ha producido como consecuencia del feminismo. Esa es la puerta de entrada a todo esto, mucho más que la cuestión racial. Así que el antifeminismo, la antihomosexualidad y la preservación de la identidad masculina y del papel del hombre en la sociedad deberían ser siempre un eje central de la marca». En otras palabras, las comunidades supremacistas masculinas no solo se dirigen directamente a los jóvenes para radicalizarlos, sino que ven su ideología como una puerta de entrada a una mayor radicalización supremacista blanca.

El objetivo último de esos grupos, enraizados en el extremismo racista y misógino, es pasar de Internet a la calle llevando consigo su violencia y sus adeptos. Internet se considera el espacio de reclutamiento para los atentados físicos que están por venir. «Todo el trabajo que hemos hecho en estos vídeos está dando sus frutos: la derecha alternativa está lista para salir de Internet y saltar al mundo real», escribió Anglin el 9 de agosto de 2017. Tres días después, la concentración masiva de Charlottesville sería testigo de la mayor manifestación física del sentimiento supremacista blanco en suelo estadounidense en décadas, y una mujer resultaría muerta.

El manifiesto de Rodger habla de la enorme influencia que tuvieron en él Internet y la cultura virtual desde los once años, cuando empezó a usar la red con regularidad. «Una vez que me sumergí de lleno en ella, me fascinó por completo», escribió, describiendo su participación en los foros de la machoesfera que configuraron y radicalizaron su ideología.

Cuando hablo con Jack Peterson, un *incel* que abandonó el movimiento, me dice: «Yo no descubrí la comunidad *incel* espontáneamente». Tras iniciarse en 4chan en 2010, Peterson pasó un periodo de seis años sumergiéndose gradualmente en el discurso misógino y se encontró con «cantidad de sitios web diferentes con una cultura similar», hasta 2016, cuando se topó con los *incels* en Reddit. Cuenta que, para entonces, las opiniones de los *incels* le resultaron más

familiares que impactantes.

Eso no significa, por supuesto, que todos los jóvenes que se topen con ese tipo de retórica vayan a radicalizarse o a cometer actos violentos. Vuelve a sorprenderme la facilidad con la que Alex, de doce años, fue capaz de hacer oídos sordos a la ideología de la machoesfera, aunque sus amigos la abrazaran, porque ya había hablado mucho de esos temas con su madre. Pero hay muchas cosas que pasan desapercibidas. La mayoría de las personas ni siquiera hemos oído hablar de los *incels*. ¿Cómo pueden empezar a entablar las familias esas conversaciones fundamentales, que pueden salvar vidas, si no saben lo que les ocurre a los chicos en Internet? Resulta especialmente problemático cuando a los chicos los bombardean con ideologías extremistas en plataformas que a un observador externo le parecerían bastante inocentes.

Además de foros sobre los *incels* y el arte de la seducción, Rodger también frecuentaba páginas web como bodybuilding.com. Esos foros de musculación —comunidades en apariencia dedicadas al *fitness* y a la fuerza— no parecen tener mucho que ver con la machoesfera y las comunidades de activistas por los derechos de los hombres. Pero fue allí donde Rodger despotricó sobre ver a mujeres atractivas con hombres menos atractivos y donde otro usuario se refirió en broma a él como un tirador en potencia menos de una semana antes de que cometiera su masacre.

Cuando empecé a investigar las webs de los *incels*, al principio me sorprendió la cantidad de coincidencias que había entre la machoesfera y el mundo de los foros, sitios web y grupos de redes sociales de musculación sin relación aparente. Pero cuando empecé a ver que los tentáculos de la ideología *incel* se extendían para llamar la atención de aquellos preocupados por su tono muscular y el tamaño de su pecho, empezó a cobrar cada vez más sentido. El mundo de la musculación y sus foros están repletos de hombres jóvenes que muchas veces son vulnerables o inseguros. Suelen buscar asesoramiento para conseguir un físico estereotípicamente masculino: son el tipo de chicos que creen que deben tener un aspecto determinado para ser hombres de verdad. Ese es un terreno abonado para la machoesfera, cuya ideología es probable que cale mucho más en personas ya interesadas por los modelos tradicionales de masculinidad. Un adolescente preocupado por tener los bíceps musculados que peina Internet en busca de consejos para conseguirlo seguramente tenga más papeletas que otros de caer en las garras de la ideología de la machoesfera debido a los estereotipos de género obsoletos que esta rezuma.

Poco a poco fui comprendiendo que los extremistas supremacistas masculinos y blancos están utilizando la red virtual de la comunidad de la musculación para

intentar captar de manera deliberada a hombres jóvenes.

En el foro de debate de bodybuilding.com, la sección más activa y popular es, con diferencia, la de musculación para adolescentes, que tiene casi diez veces más mensajes que la siguiente subsección más habitual. Estamos hablando de usuarios jóvenes e impresionables. La sección miscelánea del foro, que contiene hilos sobre videojuegos, relaciones y política, contiene más de 93 millones de mensajes, mientras que hay 382.600 en la categoría de entrenamiento deportivo. Enseguida empieza a verse que, en realidad, la musculación no es el tema más popular del foro de musculación por un margen significativo.

Cualquier mensaje de la sección «política» podría aparecer fácilmente en una web de *incels*, de activistas por los derechos de los hombres o de la derecha alternativa. El día que entro en el foro, el último mensaje de la sección de política contiene seis páginas de insultos y ataques contra la política estadounidense Ilhan Omar que pueden calificarse de islamófobos, antisemitas, misóginos y racistas. Los usuarios le sugieren que se vuelva a su «país de mierda», mientras que otros comentan si la violarían o no. «Las cosas como son: yo me la follaba hasta con el hiyab puesto». No es casualidad que Omar sea una de las congresistas sobre las que Trump tuiteó, diciéndole que «se volviera» a su país.

Hay hilos sobre la violación en los que los usuarios declaran: «La violación no existe, es una invención de la mente femenina». «Solo es violación cuando se pasa el efecto del cloroformo», escribe un usuario, disfrazando de broma inofensiva, como muchos otros, su misoginia y su normalización de la violencia sexual. Otro usuario interviene: «Puto gobierno feminista. ¿Desde cuándo la violación es delito? Antes los hombres violaban a las tías todo el rato».

Para tratarse de un sitio web que en apariencia no tiene relación con comunidades misóginas radicales, esos contenidos en un principio resultan chocantes. Pero a la gente que escribe allí no parecen sorprenderles. El foro contiene noventa y cuatro conversaciones distintas (con miles de comentarios) sobre la píldora roja; noventa y cuatro, sobre los *incels*; ochenta y cuatro, sobre «violaciones falsas»; setenta y uno, sobre los hombres que siguen su propio camino, y noventa y cuatro, sobre los artistas de la seducción. Solamente sobre Rodger hay ochenta y siete hilos. Mientras que un hilo de debate normal puede contener unos veinte o cuarenta mensajes, hay uno sobre las características identificativas de los *chads* con más de cinco mil respuestas. En el foro sobre relaciones hay un hilo sobre el arte de la seducción con más de un millón de visualizaciones.

Otro espacio en el que los jóvenes son vulnerables a la captación es el popularísimo mundo de los videojuegos en línea. Según un estudio

estadounidense, el 97 por ciento de los chicos y el 83 por ciento de las chicas adolescentes juegan a videojuegos, un hecho que no ha pasado desapercibido para las comunidades extremistas de Internet que buscan ampliar sus estrategias de captación. Aunque a algunos juegos puede jugarse en línea desde un ordenador, hoy en día incluso los que se juegan en casa desde una consola suelen ser juegos multijugador interconectados en los que se anima a los jugadores a formar equipos —ya sea con amigos o con desconocidos— mediante una conexión a Internet. Eso hace que muchos jóvenes que quieren jugar con regularidad y que tal vez no puedan conectarse al mismo tiempo que sus amigos pasen mucho tiempo jugando con desconocidos a los que nunca han visto. La interacción en equipo puede darse en un chat dentro del juego, en el que puede participarse con auriculares o mediante texto, o en chats específicos, en los que cualquiera puede crear un chat privado fácilmente. No podría haber un terreno más fértil para quienes quieren entrar en contacto con los jóvenes con segundas intenciones. Y muchas familias ni siquiera saben que existe esa función.

Joan Donovan, responsable de investigación sobre manipulación de medios de Data & Society, declaró en una entrevista que los extremistas de Internet están aprovechando la «cultura de los videojuegos» como «espacio de captación». Y Christian Picciolini, exneonazi y fundador del Free Radicals Project, una red mundial para la prevención del extremismo, declaró al mismo entrevistador que los extremistas pueden llegar a los jóvenes mediante los auriculares mientras juegan a videojuegos: «Normalmente empiezan soltando insultos sobre diferentes razas o religiones, como tanteando el terreno… Cuando creen que los han enganchado, suben el tono y empiezan a mandar propaganda y enlaces a otras webs». Recuerdo la consternación de la madre de Alex cuando escuchó a otros jugadores gritar que «el feminismo es un cáncer» a su hijo de doce años mientras jugaba al popular videojuego *Fortnite*.

El uso del juego como herramienta de captación se lleva un paso más allá por algunos que se han dado cuenta de la oportunidad única que ofrece para colocar a los jóvenes jugadores directamente en la posición que les gustaría que ocuparan, dirigiendo de manera literal su punto de vista. En 2018, un artista de la seducción llamado Richard La Ruina creó un videojuego llamado *Super Seducer* que te permite jugar como si fueras Richard mientras intenta ligar con mujeres en parques, bares y discotecas (en una reseña lo llamaron «el juego más sórdido del mundo»). *Super Seducer*, que podía encontrarse fácilmente en Internet, tuvo tanto éxito que dio lugar a dos secuelas, cuyo presupuesto se multiplicó por diez con *Super Seducer 2: Advanced Seduction Tactics*, descrito por Steam, una plataforma de juegos masiva, como un «un superéxito enorme». En un formato estilo «elige

tu propia aventura», los juegos ofrecen constantemente a los jugadores opciones que rayan en el acoso o la agresión (¿«te presentas» o «le miras las bragas»?). «No pretendo darte por el culo», grita enfadado el personaje cuando una mujer lo rechaza. El contexto permite de manera literal la clásica defensa de la machoesfera: no es más que un poco de diversión.

Así pues, nos encontramos ante una situación con todas las características de la captación de menores y la radicalización virtual. Se trata de comunidades de millones de personas en las que se intenta captar de manera deliberada a los jóvenes para que se adhieran a ideologías extremistas alimentadas por el odio; comunidades en las que se ensalza a los asesinos en masa y se anima activamente a otros a seguir sus pasos, a menudo con consejos detallados y específicos sobre cómo proceder al respecto. Los líderes de esas comunidades se jactan activamente de intentar captar a hombres jóvenes.

«Deben incluirse siempre memes, gifs divertidos, archivos incrustados de Twitter y vídeos de YouTube en cada publicación —explica la guía de estilo del Daily Stormer—. Es importantísimo». Y añade: «Revestir nuestro mensaje de memes culturales ya existentes y de humor puede verse como una modalidad de transmisión. Algo así como añadir sabor a cereza a los medicamentos para niños». El símil, dado el uso de memes para radicalizar a niños reales, es de una exactitud enfermiza.

La doctora Sugiura dice lo siguiente:

> Lo que más atrae es el vocabulario, la novedad que supone, los vídeos, los blogs […]. Utilizan cosas como memes y simbolismo, cosas a las que la gente puede apegarse, una identidad reconocible al instante, y todo se remonta a formar parte de esa comunidad […]. Quieren que la mayor cantidad de gente posible se acerque a su forma de pensar y la tecnología desempeña un papel significativo a la hora de atraer a la gente. Y, por supuesto, ahí es donde los jóvenes viven su vida, así que el público está ahí, listo para que reclamen su atención.

Y sin embargo, a pesar de todo esto, no hablamos de extremismo misógino. Apenas hablamos de radicalización en términos de supremacismo blanco y neonazis, mucho menos de misoginia. Cuando pensamos en grupos terroristas que radicalizan a jóvenes en Internet, a lo que realmente nos referimos es al terrorismo islámico. Nos referimos al yihadismo. Quizá el ejemplo más claro de ello sea la controvertida estrategia gubernamental Prevent, que impone a determinados organismos, incluidos los centros escolares, la obligación de tener

«debidamente en cuenta la necesidad de evitar que las personas se vean arrastradas al terrorismo». Sin embargo, aunque en las directrices de Prevent se afirma que con el programa se «pretende hacer frente a todo tipo de amenazas terroristas en el Reino Unido», están formuladas de tal forma que se centran claramente en los musulmanes. También se hacen varias menciones someras a la extrema derecha, pero los *incels* y la machoesfera no aparecen por ninguna parte. De los extremistas islámicos se habla en detalle y la estrategia cita específicamente las amenazas de «organizaciones terroristas de Siria e Irak y grupos vinculados a Al Qaeda». Las palabras «género», «niños», «niñas», «mujeres» y «hombres» no aparecen en ningún momento, lo que demuestra una falta total de análisis de género del problema. Un ejemplo de lo que se espera de las autoridades locales en materia de prevención es que «garanticen que los niños estén a salvo de material terrorista y extremista cuando accedan a Internet en los centros escolares mediante el establecimiento de niveles adecuados de filtrado, entre otras medidas». Pero en el resto del documento queda claro que al leerlo a nadie se le ocurriría que esa medida debería incluir el filtrado del extremismo misógino.

La guía Prevent describe la «radicalización» como «el proceso por el cual una persona llega a apoyar el terrorismo y las ideologías extremistas asociadas a grupos terroristas». También hace referencia a la actual definición británica de «terrorismo», que, como ya hemos visto, describe «una acción que pone en peligro o causa violencia grave a una persona o personas» y «debe estar diseñada para influir en el Gobierno o intimidar al público y se realiza con el fin de promover una causa política, religiosa o ideológica». No es en absoluto exagerado sugerir que esas definiciones describen con precisión los actos de violencia y los métodos de radicalización implementados por grupos misóginos extremistas como los *incels* y otras facciones de la machoesfera. Pero está muy claro que escapan por completo al radar del Gobierno. Son prácticamente desconocidos, mientras que otras formas de extremismo están tan monitorizadas entre los jóvenes que todos los profesores del país tienen órdenes de estar ojo avizor.

De hecho, en 2016, la policía interrogó a un niño musulmán de diez años y a su familia tras una falta de ortografía en un trabajo escolar. Escribió que vivía en una *terrorist house* (casa terrorista) en lugar de en una *terraced house* (casa adosada). Las autoridades negaron posteriormente que la situación se debiera a un error ortográfico y dijeron que no se habían tomado más medidas. El caso recordaba al de Ahmed Mohamed, un adolescente musulmán estadounidense de trece años con un gran interés por la ingeniería que fue esposado y puesto bajo custodia policial cuando llevó al colegio un despertador que había fabricado para

enseñárselo a sus profesores y estos sospecharon que el reloj se parecía a una bomba. Así de hipervigilantes somos ante algunas formas de terrorismo. Sin embargo, ni siquiera figura en el orden del día el odio violento y armado contra las mujeres que decenas de miles de hombres practican en Internet y el proceso por el que se capta a los jóvenes para que digieran y normalicen esas ideas. Los adultos que podrían ayudar y apoyar a los jóvenes con una intervención oportuna ni siquiera saben de la existencia del problema.

Hurst dice: «Pasa casi totalmente desapercibido. Los profesores no lo saben. El personal de los centros escolares no conoce el tipo de contenidos al que acceden los chicos ni sabe que lo están haciendo».

El profesor al que entrevisté en Londres expresa temores similares:

> Creo que hay una importante y peligrosa falta de concienciación por parte de padres y profesores. Si los jóvenes están en su cuarto viendo vídeos en el móvil, sus padres no tienen ni idea de lo que están viendo. Me preocupa que nuestros alumnos se acerquen a los vídeos de YouTube y a las teorías de la conspiración sin ningún tipo de mediación adulta. El tono de los vídeos que he visto fomenta la desconfianza hacia las figuras de autoridad, cosa que, como profesor, es especialmente difícil de contrarrestar.

No se trata de un problema marginal que afecte a un número muy reducido de chicos. Existe la tendencia a suponer que las generaciones más jóvenes desarrollarán de algún modo actitudes más progresistas de forma natural, que los prejuicios que consideramos anticuados acabarán desapareciendo si aguardamos con paciencia el tiempo suficiente. Los hechos sugieren que no es así. Todos los años, la encuesta British Attitudes pregunta al público general si cree que las mujeres son total o parcialmente culpables de que las violen o agredan sexualmente si están ebrias o han estado «flirteando mucho» antes de la agresión. Y todos los años los resultados son profundamente deprimentes. No solo porque una cuarta parte del público general cree que las víctimas ebrias son culpables o porque un tercio cree que las que estaban flirteando tienen responsabilidad, sino porque esas cifras se disparan entre los jóvenes de dieciséis a diecinueve años. Más de un tercio cree que una víctima ebria es culpable de su propia violación o agresión y en el caso de las que flirtean mucho la cifra se eleva a casi la mitad. Esas actitudes parecen estar ganando terreno entre las generaciones más jóvenes en vez de disminuir, tal vez aceleradas por la exposición masiva en Internet.

Los chicos a los que conozco en los colegios ni siquiera saben que odian a las mujeres. Tienen buenos modales y mirada inocente. Creen que es de buena

educación señalar las inexactitudes y mentiras que repiten las feministas. Han visto la misoginia con tanta frecuencia en Internet y la han oído promover de forma tan persuasiva que ni siquiera la reconocerían como una forma de odio.

La total falta de concienciación sobre esa forma de radicalización y la enorme influencia que puede estar teniendo en algunos jóvenes es una oportunidad perdida para combatir el problema antes de que se descontrole. Pero también es una farsa para los jóvenes. Estamos defraudando a nuestros chicos si no reconocemos los mensajes profundamente perjudiciales y deliberadamente manipuladores que reciben en Internet. Les fallamos si no les damos la oportunidad de mantener conversaciones abiertas y sólidas sobre esos temas en un foro seguro, donde se sientan apoyados y capaces de expresar sus miedos y preocupaciones. En la mayoría de los casos, los dejamos colgados, sin conversaciones significativas ni información objetivamente precisa, lo que los hace muy vulnerables a los tiburones que los acechan en Internet. Y, por supuesto, el alarmismo generalizado descrito en el capítulo anterior los lleva directamente a los brazos abiertos y expectantes de los extremistas.

Cuanto más subestimemos a la machoesfera, mayor será el riesgo de que les sirvamos a nuestros jóvenes en bandeja.

---

[90] Ofcom (Oficina de Comunicaciones) es la autoridad competente y el regulador independiente de las empresas de comunicaciones en el Reino Unido. (*N. de la T.*).

[91] «Alternative Influence: Broadcasting The Reactionary Right On YouTube», página web de Data & Society, 18 de septiembre de 2018.

[92] Juego de palabras entre *rape* (violación) y *refugees* (refugiados) que me niego a intentar traducir de manera ingeniosa. (*N. de la T.*).

10

Los hombres que odian a los hombres que odian a las mujeres

«Si no ayudamos a los hombres y a los niños a sanar, no los ayudaremos a convertirse en los aliados que podrían ser».

GARY BARKER, fundador y director general de Promundo

Existe un parásito llamado gusano de Guinea que deposita sus larvas en el agua. Las pulgas de agua se comen las larvas, de manera que cuando alguna persona bebe agua con pulgas, se infecta por las larvas. Al principio no se presenta ningún síntoma. Pero en torno a un año después empieza a formarse una ampolla dolorosa, normalmente en la parte inferior de la pierna. La ampolla provoca una sensación de quemazón que a menudo lleva a la persona infectada a sumergir la pierna en agua dulce, momento en el que el gusano libera cientos de miles de larvas en el agua y comienza de nuevo el ciclo. A lo largo de las semanas siguientes, el gusano empieza a salir de la ampolla.

Pensemos en la machoesfera como en el gusano de Guinea. Su ideología, que se introduce a escondidas en otros anfitriones, puede infectarte antes de que te des cuenta. Una vez dentro, se extiende y crece hasta que termina provocando un dolor tremendo. En un intento de aliviar ese dolor, los anfitriones causan daño a otros y aceleran la extensión de la plaga. Y aunque solo es visible una pequeña parte del problema, una porción mucho mayor acecha bajo la superficie.

No es posible limitarse a arrancar el gusano de Guinea de la pierna. Aunque solo sobresale la punta, el cuerpo del gusano puede medir hasta un metro de largo y no se deslizará al exterior con facilidad. Si se tira con demasiada fuerza o rapidez, se corre el riesgo de romper el gusano, lo que puede causar putrefacción

y tener consecuencias desastrosas. La única forma de extraer el gusano es enrollarlo en un palito e ir girándolo lentamente un poco todos los días para sacar el gusano gradualmente a lo largo de varias semanas.

Con la machoesfera ocurre lo mismo. No funcionará intentar cortar solo la punta visible. No basta con intentar arrancarla rápidamente o centrarse solo en una parte del problema. Las soluciones rápidas no sirven. El único método que funcionará debe ser lento y sostenido, paciente y minucioso. Tenemos que sacar el gusano entero.

El complejo problema descrito en los capítulos anteriores de este libro no tiene una solución única y sencilla. Pero, para combatirlo de manera eficaz, quizá deberíamos empezar por reconocer dónde no se está actuando. Dónde están las lagunas.

Aunque por fin estamos empezando a darnos cuenta de que el supremacismo blanco, el nacionalismo blanco y la derecha alternativa son formas de extremismo virtual, vamos con retraso en lo que respecta a las cepas extremistas de la misoginia virulenta. Un artículo del *New York Times* de 2017, titulado «A la caza de medios para combatir la radicalización en línea», examinaba los paralelismos —que durante mucho tiempo se habían pasado por alto— entre el uso de Internet para radicalizar a los jóvenes musulmanes y la forma en que los supremacistas blancos lo utilizan como herramienta de captación. El artículo entero se centraba explícitamente en que en el discurso público se habían representado de manera desproporcionada algunas formas de extremismo y captación virtual, mientras que otras habían pasado desapercibidas. Sin embargo, incluso en ese contexto, el artículo planteaba una y otra vez la cuestión como una narrativa dual entre islamistas y nacionalistas blancos, una perspectiva que se repite en los programas de los grupos de reflexión contra el extremismo y de los grupos de trabajo gubernamentales. De hecho, el artículo subraya esa dualidad de manera explícita:

> Varios grupos de investigación estadounidenses y europeos consideran ya las amenazas de los supremacistas blancos y de los yihadistas como las dos caras de una misma moneda. Están desarrollando métodos para luchar contra ambas de manera conjunta y, poco a poco, se les han ido ocurriendo ideas para limitar la captación de nuevos adeptos por parte de esos grupos.

No se menciona en ninguna parte la difusión virulenta y deliberada del odio en Internet contra las mujeres ni la incitación generalizada a violarlas y hacerles daño.

Por desgracia, las pruebas sugieren que tal vez el área más débil de la respuesta a la misoginia y al extremismo en Internet —incluida la captación deliberada de adolescentes y hombres— procede de las altas esferas. Si nos fijamos en las principales organizaciones y grupos gubernamentales encargados de combatir el extremismo, el terrorismo y la radicalización, queda claro que nadie se toma en serio la amenaza que entrañan las comunidades misóginas.

La Counter Extremism Strategy, la estrategia de lucha contra el extremismo promovida por el Gobierno británico, publicada en octubre de 2015, tiene aproximadamente quince mil palabras. Los términos y expresiones con la raíz «islam» (como, por ejemplo, «islam» o «extremismo islámico») aparecen cincuenta y dos veces y la palabra «musulmán», treinta y tres. Las palabras «neonazi» o «neonazismo» aparecen catorce veces. Se hace referencia al «supremacismo blanco», el «nacionalismo blanco» y el «antisemitismo». La expresión «extrema derecha» aparece diez veces. Las palabras «misoginia» o «misógino», «*incel*» y «masculinidad» no aparecen en ningún punto del documento. De hecho, no se menciona para nada el extremismo violento que ataca específica y deliberadamente a las mujeres.

Una breve lectura de la introducción del documento deja bastante claro lo que el Gobierno considera componentes del extremismo: habla de raza y fe, hace referencia directamente al EIIL (otro término para el Dáesh), describe la «lucha contra el extremismo islámico» como «una de las grandes batallas de nuestra generación» y menciona el antisemitismo y el extremismo neonazi. Se refiere a las comunidades religiosas y a los musulmanes británicos y da a entender que esos son los principales focos del objetivo declarado de acabar con el extremismo y construir «comunidades más cohesionadas». No hace ni una sola referencia al género. Esto no solo tiene relevancia para el enorme agujero donde debería estar la misoginia extremista. También revela un punto completamente ciego al no reconocer que los responsables de otras formas de terrorismo son, en su inmensa mayoría, hombres. No tiene en cuenta en absoluto la perspectiva de género y, por tanto, uno de los aspectos importantes para combatir el problema.

El documento «Tackling Extremism in the UK», un informe de 2013 del grupo de trabajo del primer ministro sobre la lucha contra la radicalización y el extremismo, presenta una imagen similar y vuelve a destacar el extremismo islámico como la principal amenaza terrorista para el Reino Unido antes de mencionar el «extremismo de todo tipo» y referirse específicamente a la islamofobia y el neonazismo. No se hace ninguna mención al supremacismo masculino ni al extremismo misógino.

En los Estados Unidos el panorama es similar. Por ejemplo, un informe de

2017 sobre la lucha contra el extremismo violento redactado por la Oficina de Rendición de Cuentas del Gobierno de los Estados Unidos comienza con la afirmación siguiente: «El extremismo violento —generalmente definido como actos de violencia por motivos ideológicos, religiosos o políticos— ha sido perpetrado en los Estados Unidos, entre otros, por supremacistas blancos, grupos antigubernamentales y entidades islamistas radicales». Un desglose más detallado de esos «otros» incluye «grupos con opiniones radicales sobre el aborto, los derechos de los animales, el medio ambiente y la propiedad federal de tierras públicas». Resulta bastante extraordinario, dado que el informe abarca el periodo 2001-2016 (un periodo que incluye las masacres de Sodini, Rodger y Harper-Mercer, perpetradas explícitamente en nombre de ideologías machistas e *incel*), que esa forma de extremismo violento ni siquiera merezca una mención, cuando sí se incluyen el extremismo medioambiental y el de los derechos de los animales, a pesar de que el documento afirma lo siguiente: «Durante ese periodo, no murió nadie en los Estados Unidos en atentados perpetrados por personas que se sospechara que estuvieran motivadas por creencias ecologistas extremistas [o] creencias extremistas de "liberación animal"».

El documento incluye una tabla que muestra los «Ataques violentos extremistas en los Estados Unidos que causaron víctimas mortales, del 12 de septiembre de 2001 al 31 de diciembre de 2016», separados en dos categorías: ultraderechistas e islamistas radicales. Me pregunto si los asesinatos de los supremacistas masculinos perpetrados durante ese periodo podrían incluirse en la categoría de la ultraderecha, dadas las grandes coincidencias entre ambas ideologías. Pero en la tabla no aparecen ni la masacre de Sodini ni la de Rodger, ni tampoco se menciona a Harper-Mercer. Aparece un desglose detallado de las características de los agresores violentos de extrema derecha, pero no se menciona en absoluto la misoginia, aunque se incluyan factores como el nacionalismo, la creencia en teorías de la conspiración, el supremacismo blanco y la creencia de que la propia forma de vida está siendo atacada.

El informe afirma que su lista de atentados extremistas violentos se basa en cifras de la Base de Datos de Delitos Extremistas (ECDB, por sus siglas en inglés) de los Estados Unidos. Investigo más a fondo. Los criterios para la inclusión en la ECDB exigen que un incidente supere una doble prueba: «En primer lugar, debe cometerse dentro de los Estados Unidos un incidente violento o una trama financiera ilegales. En segundo lugar, al menos uno de los sospechosos de haber perpetrado el atentado ilegal debe suscribir un sistema de creencias radical».

Resulta confuso, pues, que no se incluyan los tres atentados perpetrados por Sodini, Rodger y Harper-Mercer, dado que esa sencilla prueba los haría sin duda

candidatos ideales. Pero entonces llego a la letra pequeña. Sin razonamiento ni explicación, simplemente dice: «La ECDB solo incluye delitos violentos y financieros cometidos por uno o más sospechosos adheridos a un sistema de creencias de extrema derecha, inspirado en Al Qaeda o extremista de los derechos de los animales o del medio ambiente».

Así que ahí está, negro sobre blanco: la ideología extremista a la que se refieren explícitamente Sodini, Rodger y Harper-Mercer no les hace reunir las condiciones para incluirlos en la Base de Datos de Delitos Extremistas del Gobierno nacional, a pesar de que solamente esos tres hombres, actuando explícitamente en nombre del extremismo misógino violento, mataron a dieciocho personas e hirieron a treinta y una. Mientras tanto, las ideologías extremistas de los derechos de los animales y del medio ambiente se consideran lo suficientemente graves como para incluirlas, a pesar de que durante el mismo periodo no se perpetraron asesinatos en nombre de esos sistemas de creencias.

La repercusión de esto es evidente, ya que los datos de ese organismo se incluyen en un informe de la Oficina de Responsabilidad Gubernamental que analiza la respuesta del Gobierno al extremismo violento. Significa que, cuando se evalúa la respuesta de los Estados Unidos a esas formas de extremismo y se hacen recomendaciones para mejorarla, el supremacismo masculino y los asesinos *incel* ni siquiera figuran en el programa. ¿Cómo podemos mejorar nuestra respuesta, o incluso empezar a formular una respuesta a una grave amenaza, si ni siquiera sabemos que existe?

El odio extremista y violento contra las mujeres, apoyado por un movimiento de masas organizado y comunidades virtuales con miles de seguidores, que ha causado montones de víctimas y muertes reales, simple y llanamente no se tiene en cuenta. Sin embargo, según casi todas las definiciones de terrorismo y extremismo, quienes han cometido atrocidades en nombre de la ideología de la machoesfera encajan a la perfección en ambas categorías.

Esa correspondencia exacta con la definición también viene avalada por el hecho de que las comunidades misóginas extremistas descritas en este libro no han engendrado atacantes individuales por casualidad, sino que incitan repetida y deliberadamente a otros adeptos a llevar a cabo actos de violencia similares. No se trata simplemente de una comunidad entre cuyos miembros haya casualmente algunos agresores en masa, sino de una comunidad que ha alentado e incitado activamente a esos hombres a perpetrar sus asesinatos. En el interrogatorio policial inmediatamente posterior a su detención, Minassian, el asesino de la furgoneta de Toronto, utilizó la palabra «radicalización» para referirse a su propia experiencia en los foros de *incels*, describió a Rodger como un «padre fundador» y

aseguró a los agentes que había estado en contacto directo tanto con Rodger como con el asesino *incel* Harper-Mercer. Afirmó que, al igual que ellos le habían motivado a él, «pensé en inspirar a futuras masas para que se unieran también a mi alzamiento». Antes de su masacre, Minassian publicó el mensaje siguiente en 4chan: «Mañana habrá un alzamiento beta, animo a los demás a sumarse». Minassian declaró a la policía que «bastantes» personas lo habían felicitado y «sospecho que probablemente sabían a qué me refería con lo que dije». La publicación del vídeo y otros documentos relacionados con el caso de Minassian reveló también que otro hombre había sido detenido en Ontario (Canadá) por amenazar de muerte a otras personas. Se creía que podía haberse inspirado en el ataque de Minassian.

Y aun así, pese a todo esto, en todas las entrevistas que hago para este libro y en todas las conversaciones de fondo que mantengo con personas implicadas en la lucha contra el terrorismo y el extremismo en las más altas instancias de los Gobiernos nacionales, el extremismo misógino violento simplemente parece pasar desapercibido. Cuando hablo extraoficialmente con una de las principales agencias gubernamentales del Reino Unido dedicadas a la lucha contra el extremismo, se produce la habitual mención inmediata al extremismo islámico y de extrema derecha, y la persona encargada de la portavocía hace también referencia a grupos extremistas defensores de los derechos de los animales. Cuando pregunto por los *incels* se produce una larga pausa al otro lado del teléfono, después de la cual me piden que repita. Tengo la impresión de que la persona encargada de la portavocía nunca ha oído hablar de ellos. Me dicen que lo investigarán y volverán a llamarme. Varias semanas más tarde, una breve llamada telefónica me confirma que todavía no tienen datos ni pruebas al respecto.

Huelga decir que es de enorme importancia investigar el extremismo islámico y supremacista blanco, el antisemitismo, el neonazismo, la islamofobia y todas las formas de terrorismo. No destaco esas discrepancias para sugerir que no haya que abordar urgentemente otras formas de extremismo. Pero es sorprendente que, cuando hablamos de los organismos creados específicamente para protegernos de las amenazas extremistas y terroristas, estén totalmente ausentes de la conversación la noción de odio de género, el hecho de que la abrumadora mayoría de los atacantes sean hombres o la misoginia como una forma de extremismo violento. Todos los expertos con los que he hablado coinciden en que así es. La doctora Sugiura dice lo siguiente:

> La gente está empezando a hablar del tema, pero desgraciadamente no se habla

> del mismo modo que del terrorismo […]. No creo que [las amenazas] se tomen todavía tan en serio como deberían y, desde luego, no tienen la misma consideración que, por ejemplo, el extremismo islámico.

Lo mismo ocurre cuando hablamos de cualquier tipo de intento por controlar o prevenir la captación y radicalización de jóvenes a través de Internet por parte de las comunidades de la machoesfera, como revelan las omisiones en la estrategia de prevención del Gobierno. Cuando hablo con la doctora Firmin, una reputada experta en el campo de la explotación infantil y la captación de menores, me dice: «Realmente no se habla de ello. Asisto a muchas reuniones interinstitucionales y creo que nunca he oído hablar del tema en ninguna reunión interinstitucional en la que haya estado. Pero sí se habla de otras formas de captación de menores en Internet».

Una tarde gris de primavera visito la sede secreta del Institute for Strategic Dialogue, un *think and do tank* londinense pionero en respuestas políticas y operativas al extremismo violento. La organización combina la investigación y el análisis con la labor de asesoramiento gubernamental y los programas de ejecución y, como tal, está en la primera línea de nuestra respuesta al extremismo y el terrorismo. En una sala de conferencias acristalada, con vistas a una bulliciosa oficina diáfana, me reúno con Davey —asociado en tecnología, comunicaciones y educación del Institute for Strategic Dialogue— y con un coordinador de comunicaciones.

Davey confirma de inmediato que en el ámbito de la lucha contra el extremismo falta interés por la cuestión del extremismo misógino: «En lo que respecta a la radicalización, el extremismo y el papel de la masculinidad tóxica, creo que es algo a lo que el sector no presta la suficiente atención».

Dentro del propio Institute for Strategic Dialogue, Davey es el que más trabaja sobre la machoesfera y el extremismo misógino, mientras que algunos de sus colegas investigan por separado «el papel de las mujeres en los movimientos extremistas». Pero, aunque está muy bien informado, se apresura a admitir que su experiencia específica en comunidades supremacistas masculinas es algo que «más o menos toco […] tangencialmente» cuando se cruza con su «objetivo principal», que es la «extrema derecha». Cuando le pregunto si en el Institute for Strategic Dialogue hay alguna persona encargada única y exclusivamente del extremismo misógino, me dice que no, aunque en el sitio web de la organización figuran cincuenta y seis empleados. «Yo me encargo de la mayor parte de la investigación específica sobre los hombres y de los movimientos de hombres, pero no hay nadie dentro de la organización que tenga esa cartera específica».

El panorama que describe el Institute for Strategic Dialogue dista mucho de ser raro; de hecho, que el propio Davey haya incorporado a su trabajo sobre los movimientos de extrema derecha la consideración de las intersecciones con la machoesfera lo coloca, en muchos sentidos, por delante de otras organizaciones similares. Davey cree que se trata de un campo en el que el sector se está poniendo al día. Afirma que actualmente «estamos viendo una transición —ha habido una laguna—; entre bastidores hay una mayor conciencia de que se trata de algo único […], un reconocimiento cada vez mayor». Señala el hecho de que la primera vez que el Southern Poverty Law Center incluyó a grupos supremacistas masculinos en su lista de grupos de odio operativos fue en 2018. En aquel momento, la organización señaló: «El vilipendio de las mujeres por parte de esos grupos no los distingue de otros grupos que degradan a poblaciones enteras, como la comunidad LGTB, los musulmanes o los judíos, en función de sus características inherentes». Sin embargo, si nos fijamos en la mayoría de las organizaciones internacionales o grupos de trabajo que afirman combatir «todas las formas» de extremismo o terrorismo, está claro que esa transición —si es que se está produciendo— es todavía muy incipiente.

Hay varias razones que podrían explicarlo. Una de ellas es que, en comparación, en nombre de esa forma particular de extremismo se han cometido menos actos de violencia masiva en el mundo real. Pero esa no es razón suficiente para excluir el supremacismo masculino del espectro de ideologías extremistas investigadas, rastreadas y combatidas por las organizaciones antiextremistas; sobre todo, si se tiene en cuenta que suelen incluirse el extremismo por los derechos de los animales y el ecologismo, cuya cifra de víctimas recientes es mucho menor. El número de asesinatos y heridos que acumula la comunidad internacional de los *incels* no es para nada insignificante, particularmente porque, como movimiento virtual coherente, es un fenómeno relativamente reciente y hay pruebas que sugieren que está creciendo a toda velocidad, atrayendo a un gran número de nuevos adeptos e incitando activamente a un número cada vez mayor de delitos violentos motivados por el odio. Tampoco puede separarse de manera significativa de la violencia terrorista perpetrada en nombre de ideologías de extrema derecha, como el supremacismo blanco y el neonazismo, que hemos visto que están impregnadas de extremismo misógino e incluso, en gran medida, basadas en él. Sin embargo, no se menciona ni se tiene en cuenta, ni siquiera cuando se incluye a esos grupos —con razón y de manera relativamente reciente— en los análisis de las amenazas extremistas y terroristas y en sus respuestas políticas.

Además, los actos de violencia masiva no son las únicas formas en que se

manifiestan las amenazas e ideologías extremistas y existe un riesgo muy grave de que, si se permite que continúe desenfrenada, la enorme propagación del extremismo misógino y del supremacismo masculino en Internet pueda tener un efecto más sutil en las formas de violencia contra las mujeres en el mundo real, como ocurre con la violencia de género y la violación, que en nuestra sociedad ya pasan en gran medida desapercibidas.

Eso puede ser en sí mismo otro factor importante de nuestro ángulo muerto en lo tocante al supremacismo masculino: en una sociedad en la que la misoginia y la violencia contra las mujeres están tan extendidas y normalizadas, nos resulta difícil considerarlas «extremas» o «radicales» porque sencillamente no son nada fuera de lo común. No nos apresuramos a combatir una amenaza terrorista contra las mujeres porque el hecho de que los hombres aterroricen, violen y asesinen a las mujeres es un fenómeno que forma parte de la cotidianidad.

Así que el primer cambio importante que necesitamos es que el supremacismo masculino y el extremismo misógino sean tenidos en cuenta por todas aquellas organizaciones o Gobiernos que estén controlando, legislando y combatiendo las distintas formas de terrorismo. (Por ejemplo, deberían introducirse o modificarse leyes sobre terrorismo nacional para garantizar que esos delitos puedan castigarse con la misma contundencia que otros actos de violencia impulsados por el odio extremista). El segundo es que nos tomemos igual de en serio esa forma de terrorismo espeluznantemente cotidiano y normal que es la violencia de género.

No podemos seguir permitiendo que nos disuadan de enfrentarnos a la existencia de la misoginia extremista por una remilgada aversión a identificar un problema que se origina en el grupo social más poderoso: los hombres blancos heterosexuales. Nuestra tendencia a conceder a los miembros de ese grupo el beneficio de la duda y a otorgarles una individualidad y un estatus muy superiores a los de las mujeres y las minorías ha impedido durante demasiado tiempo que analicemos a los extremistas con ojo crítico.

Tenemos demasiado miedo a que nos tachen de «misándricas» o de odiar a los hombres, de encontrarnos con el tradicional grito de «no todos los hombres». Sin embargo, eso es de un simplismo ridículo. Por supuesto, es posible enfrentarse a la realidad de esta amenaza y a la existencia de este movimiento sin sugerir que implica de algún modo a todos los hombres. De hecho, como ya hemos visto, para quien entraña una de las mayores amenazas es para los propios hombres.

Uno de los antídotos más poderosos contra la machoesfera es tomar medidas reales y coordinadas contra las amenazas que plantea a los hombres. Cuestionar

los rígidos estereotipos hipermasculinos a los que se aferra ciegamente, aun cuando atrofien y asfixien a sus seguidores más devotos. Ofrecer soluciones y apoyo práctico para el tipo de problemas que a los activistas por los derechos de los hombres les encanta explotar como justificación de su odio, pero que en realidad no intentan combatir. Abordar los estereotipos de género que conducen a prejuicios sobre quién debe asumir la mayor parte del cuidado de los niños. Exigir una mayor flexibilidad para los padres y madres que trabajan. Hacer campaña por un mayor derecho a la baja parental compartida. Luchar contra el estigma que sufren los hombres supervivientes de la violencia sexual y doméstica y garantizar que dispongan de servicios de apoyo especializados, sin necesidad de atacar a las mujeres supervivientes ni deteriorar sus servicios en el proceso. Financiar y poner de relieve mejores servicios de salud mental y hacerlos más accesibles a los hombres, especialmente a los jóvenes. (Una reciente petición de acceso a la información de la BBC reveló que solo el 31 por ciento de quienes accedían a los servicios de terapia en la universidad eran hombres).

Hay formas innovadoras y eficaces de conseguirlo, pero requieren un esfuerzo coordinado y financiación. Por ejemplo, CALM (siglas en inglés de Campaign Against Living Miserably, Campaña contra Vivir con Tristeza, con sede en el Reino Unido) ha creado un poderoso movimiento contra el suicidio que se centra especialmente en el apoyo a hombres y adolescentes. Ofrece servicios de primera línea, como un teléfono de asistencia confidencial y un chat en Internet, pero también fomenta el compromiso de la comunidad facilitando espacios de apoyo en lugares de trabajo, universidades, bares, discotecas y prisiones. Desarrolla campañas con personajes populares como humoristas famosos para combatir los estereotipos masculinos y fomentar «que se busque ayuda utilizando puntos de contacto culturales como el arte, la música, el deporte y el humor». En otras palabras, utiliza las mismas tácticas que la machoesfera: se infiltra en espacios culturales y comunidades, pero con un objetivo positivo y constructivo.

Muchas de las personas que lideran ya con mayor eficacia esta resistencia son también hombres. Hombres que odian a los hombres que odian a las mujeres.

El movimiento de liberación masculina de la década de 1970 inauguró una poderosa y positiva tradición de hombres que combaten la misoginia y que continúa hasta nuestros días. Los hombres que reconocen el gravísimo daño que los estereotipos rígidos y las estructuras patriarcales hacen a los de su género no han dejado de luchar para intentar frenar la tendencia del sexismo y, lo que es muy importante, lo hacen en el marco del feminismo.

Esa labor se desarrolla en un espectro tan amplio que abarca desde organizaciones benéficas internacionales que llevan a cabo intervenciones

centradas en los hombres hasta pequeñas organizaciones que imparten talleres a chicos en los centros escolares, pasando por individuos que utilizan sus plataformas para combatir y denunciar la misoginia y la desigualdad de género en todas sus formas. Dos de las mayores y más respetadas organizaciones de este tipo son Promundo,[93] una destacada ONG mundial fundada en Brasil en 1997 que promueve la justicia de género y previene la violencia implicando a hombres y adolescentes, y la Campaña del Lazo Blanco, la mayor red mundial de hombres que trabajan para acabar con la violencia contra las mujeres.

Hablé con Gary Barker, director general y fundador de Promundo, para ver qué ideas tenía para combatir la amenaza del extremismo misógino. Barker subraya la importancia de que las intervenciones no dependan de un público voluntario. «Si haces un póster, un folleto o un *e-blast* que diga: "Ven a hablar de cómo los hombres podemos superar la misoginia", ¡te vienen cuatro gatos!». Más bien, afirma, tenemos que llevar «lo que hacemos allá donde están los hombres, ya sean jóvenes o adultos»:

> Hay que incluirlo en las clases, en el grupo deportivo en el que estén, en el curso de seguridad laboral que les dé su jefe… Los tíos no van a entrar por la puerta diciendo: «¡Venga, vamos a hablar de misoginia e igualdad de género!». Los que más lo necesitan no van a entrar en el aula, tenemos que llevar el aula hasta ellos.

Básicamente, para que resulten más fáciles de alcanzar y expandir, hay que incorporar esas cuestiones a la educación general. La educación debe desempeñar un papel fundamental en la lucha contra el extremismo misógino, preferiblemente no como una medida reactiva, sino preventiva: hay que proteger a los niños del persuasivo impacto de la captación virtual y dotarlos de herramientas fiables para combatir la ideología de la machoesfera antes de que se topen con ella, en lugar de intentar desenmarañarlos de una red que ya los tiene atrapados en sus pegajosos hilos. Eso es de especial importancia si se tiene en cuenta hasta qué punto la ultraderecha —desde los grupos de la machoesfera hasta los supremacistas blancos— se basa en la desinformación y en sembrar la desconfianza hacia las fuentes fiables de información, lo que dificulta mucho sacar de ahí con argumentos lógicos a los adeptos una vez han sido atrapados en sus redes.

La profesora londinense a la que entrevisto, que me cuenta lo mucho que le preocupa que los contenidos de la machoesfera estén radicalizando a sus alumnos, afirma: «He intentado contrarrestar el argumento de que "solo son

bromas" mostrando a los alumnos la pirámide de la violencia sexual (que empieza con chistes sexistas y termina con la violencia), pero soy consciente de que, como profesora, puede ser difícil que me tomen en serio los alumnos que ya han comprado los argumentos de los activistas por los derechos de los hombres. Me da miedo terminar reforzando las opiniones misóginas de los alumnos cuando intento reprimirlas». Como persona que está en primera línea de batalla en la lucha contra ese problema, opina que «es necesaria una mayor formación del profesorado sobre cómo tratar esos temas con los alumnos».

Así pues, la educación —por mandato nacional, con una financiación adecuada y una formación eficaz— es otra parte importante de la solución. Eso no significa solo educar directamente a los jóvenes sobre la misoginia radical, sino también proporcionarles herramientas y conocimientos básicos sobre cuestiones como los estereotipos de género y las relaciones sanas, el consentimiento sexual y el respeto; ideas fundamentales que ayudarán a blindar a los jóvenes contra algunos de los conceptos erróneos tóxicos con los que quizá se encuentren en Internet más adelante.

Ben Hurst, de la Good Lad Initiative, subraya que enseñar a los jóvenes a analizar y evaluar las fuentes de noticias debe ocupar un lugar destacado en la lista de intervenciones eficaces. «Lo que hace que sea tan peligroso es que a los niños, sobre todo en el colegio, no se los enseña a ser críticos con las fuentes; están acostumbrados a estar en clase de Ciencias y a estudiar de un libro de texto sobre la materia sin cuestionar lo que aprenden». Hurst señala la ironía de que, tras su exposición a la machoesfera, muchos de los jóvenes con los que trabaja se resisten a aceptar hechos procedentes de fuentes sólidas porque se los ha preparado para considerarlas «noticias falsas», aunque la información que en realidad está sesgada o directamente inventada proceda de la propia machoesfera.

Los muchos años de práctica de Hurst propiciando esas conversaciones directamente con los jóvenes le han dado muchísima experiencia en la que basarse a la hora de hacer recomendaciones sobre la forma más eficaz de impartir esa educación. Destaca que ahora mismo, en las intervenciones, el tema de la masculinidad se trata muy poco —sobre todo a nivel escolar— y que a la gente le «cuesta muchísimo dirigir [esas] conversaciones». Afirma lo siguiente:

> Ni los padres, ni el profesorado ni nadie sabe cómo hablar con los niños, pero es que en general tampoco la gente sabe cómo hablar entre sí sobre la experiencia masculina. Es difícil problematizarla sin que parezca un ataque, así que la gente se apresura a cerrarse en banda.

Eso significa que un primer paso vital debería ser educar a padres, madres y profesorado sobre la realidad a la que se enfrentan los jóvenes en Internet. Un estudio de 2014 reveló que las cinco figuras más influyentes entre los estadounidenses de trece a dieciocho años son estrellas de YouTube. Personajes como PewDiePie y Logan Paul cuentan con cientos de millones de seguidores y son famosísimos en el mundo adolescente. Moldean e influyen en la vida de los jóvenes, pero son tan desconocidos para los adultos que los padres probablemente ni reconocerían sus nombres. Eso da muestras de la enorme desconexión existente entre el mundo en el que viven los jóvenes y las percepciones de sus padres y madres. Así pues, los adultos deben conectarse a Internet, explorar algunos de los contenidos a los que están expuestos los jóvenes y sentar las bases sobre las que empezar a hablar con sus hijos.

¿Por dónde empezar? Por YouTube, por supuesto. Mira algunos de los contenidos con los que se topan los adolescentes, como las interminables compilaciones de «feminazi enfadada destruida por…». Echa un vistazo a algunos de los vídeos de la machoesfera, como consejos para ligar y diatribas de los hombres que siguen su propio camino. Deja que el algoritmo te arrastre por una espiral de «hechos» cada vez más misóginos. Dedica media hora a sumergirte de lleno en los comentarios; te prometo que te parecerán esclarecedores. Visita algunos foros de musculación o echa un vistazo a algunos de los contenidos más generales sobre la «píldora roja» en Reddit. Sigue algunas de las cuentas de memes más importantes de Instagram, a ver qué se cuela en tu página de inicio.

Todo eso te dará una idea básica del tipo de sonido ambiente que escuchan a diario los adolescentes.

Intenta detectar en las conversaciones de los jóvenes la jerga de la machoesfera: cualquier mención a estar tomando la «píldora azul» o a ser un «beta» es un signo revelador de burla hacia los no iniciados en la machoesfera. Palabras como «triguerear» u «ofendidito» sugieren que ya les han enseñado a burlarse de cualquiera que se oponga a la intolerancia. «Feminazi», «copo de nieve» o «guerrero de la justicia social» también son términos delatores. Cuando detectes alguna señal de alarma, cuestiónala. Una y otra vez. La machoesfera es una cámara de resonancia. Es muy persuasiva precisamente porque la naturaleza de sus comunidades cerradas y sus algorítmicos bucles de vídeos es sumamente adoctrinadora. No se expresan opiniones contrarias, así que hazlo tú. Expón a los jóvenes a otras ideas, a otras opciones. Desafía y cuestiona las creencias de la machoesfera. Explora los límites de los hechos falsos y la ciencia de pacotilla que les hayan dado a los jóvenes como «evidencia». Dar a los jóvenes la mayor cantidad posible de información fiable y permitir que saquen sus propias

conclusiones es la mejor manera de combatir ese problema sin volverlos en contra ni tratarlos con condescendencia.

Hurst explica que, en lugar de limitarse a decirles a los jóvenes que la información a la que han llegado por Internet es falsa, puede ser más productivo aceptarla como punto de partida y ayudarles a iniciar un proceso analítico que les permita reparar por sí mismos en las limitaciones de esas ideologías.

«Mi objetivo cuando estoy en un aula no es hacerles ver que la persona a la que están escuchando está diciendo gilipolleces, sino más bien decirles: "Venga, vamos a explorar esto juntos: ¿de dónde viene?, ¿cuáles son las consecuencias de seguir esta opinión o visión del mundo hasta su conclusión lógica?"». Sugiere que eso tiene más papeletas para producir resultados positivos porque no les sigue el juego a los ideólogos de la machoesfera, que ya se han presentado a sí mismos como trágicas figuras al estilo de Casandra, desafiando al mundo a que los desprecie como falsos profetas.

La estrella de YouTube Natalie Parrott, alias Contra, que dirige el exitoso canal ContraPoints, es un ejemplo maravilloso de cómo abordar esas conversaciones. Se enfrenta a la ultraderecha en su propio terreno al adoptar sus tácticas extrañas, divertidas y acrobáticas y reproducirlas en sus propios vídeos. ContraPoints difunde vídeos sólidos pero divertidos que combaten ideas como la del «macho alfa» de la machoesfera o la representación de las feministas como «guerreras de la justicia social». Y funciona: mientras que los educadores pueden visitar cada uno varios colegios por semana y hablar con varios cientos de alumnos cada vez, Parrott llega a más de medio millón de suscriptores con cada uno de sus vídeos, muchos de los cuales acumulan millones de visualizaciones. Su estrategia es un ejemplo fundamental de la necesidad de actualizar nuestras tácticas y los medios que utilizamos para transmitir mensajes, que en muchos casos se han vuelto anticuados y moralizantes, en contraste con la comunicación perfeccionada por los extremistas virtuales, duchos en tecnología.

Si vamos a intentar proteger a los chicos (y, por extensión, a posibles futuras víctimas) de la machoesfera, tenemos que entender qué los hace meterse de lleno en ese lodazal. Tenemos que reconocer que no les está funcionando la versión social actual de la masculinidad, que los deja aislados y los obliga a adoptar una bravuconería jactanciosa que les impide hablar de cómo se sienten o entablar relaciones de apoyo mutuo.

No me interesa demasiado la narrativa de la «redención» para los *incels*. Esa es una cuestión sobre la que deben reflexionar ellos mismos. No imploramos a las víctimas de otras formas de terrorismo que absuelvan y eduquen a sus verdugos, ni tampoco exigimos que se reconozca a otros extremistas como víctimas

lastimadas e incomprendidas. Resulta irónico que se presione tanto a las mujeres para que reconozcan la humanidad y la individualidad de los hombres falibles cuando es precisamente esa gentileza la que los *incels* se niegan en redondo a tener con las mujeres.

Pero sí me interesan los hombres que están en medio. Los chicos que pasan desapercibidos. Los hombres «buenos» que tienen miedo. Los que se pusieron a buscar ayuda porque estaban asustados, tristes o solos y no han conseguido desenredarse. Los que aún no han oído hablar de esto. Los que hacen la vista gorda en el autobús. Porque sin esos hombres no podemos cambiar nada. Pero ¿cómo llegamos a ellos?

Hurst dice: «Lo que yo creo es que la mayoría de los hombres que participan en esos movimientos lo hacen desde el dolor y el sufrimiento y porque no son capaces de entender por qué no son lo que creen que deberían ser». Explica que, para esos hombres, descubrir los movimientos de la machoesfera es como una gran liberación o un bálsamo calmante. «Les da una salida muy fácil, porque pueden culpar al sistema o a las mujeres y decir: "Es culpa de esta persona, porque no me da lo que me merezco"». «Las exigencias y restricciones de la virilidad son difíciles de cumplir para cualquier hombre —añade Michael Kaufman, cofundador de la Campaña del Lazo Blanco—: tener siempre el control, no dar nunca el brazo a torcer, no tener miedo, soportar el dolor».

Barker, que se muestra de acuerdo, señala el alto porcentaje de chicos que sufren violencia física: «Hay traumas, miedo a otros hombres, violencia, depresión no diagnosticada […]: la lista de lo que significa ser víctima de algún tipo de violencia durante la infancia es interminable. Si no dejamos espacio para eso, si no ayudamos a los hombres y a los niños a sanar, no los ayudaremos a convertirse en los aliados que podrían ser».

Cuando los chicos sacan a relucir las obsesiones de la machoesfera, como las falsas acusaciones de violación, Hurst dice:

> No hablan de esas cosas solo para crear problemas, sino porque tienen miedo, y una parte importante de la masculinidad consiste en no mostrar miedo. Por eso no van a decir: «Es que tengo mucho miedo de que si intento mantener relaciones sexuales con una chica, diga que la he violado». Es más probable que digan: «Las mujeres mienten sobre haber sido violadas». Pero en el fondo la conversación es la misma.

Las emociones son sinónimo de vergüenza y se anima a los chicos a ocultarlas. El aislamiento genera anhelo de comunidad. La vergüenza provoca una necesidad

desesperada de prestigio, respeto, motivación. La sensación de vulnerabilidad —que, en parte, se deriva del hecho de que los chicos corren un mayor riesgo de ser víctimas de delitos violentos— conduce de forma natural a desear la seguridad de una lealtad grupal. Todos esos anhelos se ven alegremente satisfechos por las comunidades de la machoesfera, deseosas de aprovecharse de los jóvenes marginados y enfadados y de llenar sus vacíos con falsas promesas, razonamientos sesgados y odio.

Pero ¿cómo evitamos que los jóvenes terminen aislándose? La respuesta es tanto social como política. Estamos cosechando los frutos de los recortes de las autoridades locales y del cierre de centros comunitarios: la desaparición gradual y sistemática de espacios del mundo real donde los chicos puedan pasar el rato y socializar hace que recurran a pasar el rato en Internet. Tenemos que ofrecerles espacios significativos y gratificantes que puedan hacer suyos.

Pero también tenemos que combatir las divisiones sociales motivadas por los estigmas, los prejuicios y los estereotipos absurdos. El racismo de fondo que permite que los niños blancos crezcan pensando que los niños que no se parecen a ellos son diferentes, amenazantes, invasores. El sexismo que ve con escándalo y sexualiza las amistades mixtas de la infancia lleva a que en la adolescencia se produzca una segregación de género casi total. Por simple que parezca, si los jóvenes conocieran a otras personas de comunidades diferentes, si tuvieran amistades significativas con chicas de su edad, no les harían creer con tanta facilidad monstruosas distorsiones sobre lo que representan esos «otros» grupos. Las rechazarían porque sabrían que no es así. Me acuerdo de David Sherratt, a quien el mero hecho de conocer a una chica que hablara con él lo ayudó a salir de la machoesfera.

Parte del problema de intentar proteger a los jóvenes de la explotación y la captación por parte de elementos extremistas de la machoesfera es que nuestra comprensión de la explotación y de cómo combatirla sigue estando sumamente desactualizada. La doctora Firmin explica que los rasgos distintivos de la adolescencia que más empujan a los jóvenes a esas comunidades virtuales son también los menos comprendidos por los mecanismos tradicionales de apoyo. Durante la adolescencia, explica la doctora Firmin, los jóvenes dan prioridad a la pertenencia, la autonomía y la independencia. Se trata de un periodo en el que los jóvenes experimentan emociones intensas: son «más propensos a asumir riesgos» y menos tendentes a pensar en las «consecuencias a largo plazo». Por tanto, los servicios de apoyo tradicionales no se adaptan bien a ese periodo porque tienden a «dirigirse a personas a las que no les gusta correr riesgos, que piensan en las consecuencias a largo plazo de sus actos y, en general, gozan de

estabilidad emocional».

Mientras que las estructuras de apoyo luchan contra esos comportamientos típicos de los adolescentes —explica la doctora Firmin—, quienes explotan a los jóvenes «tienden a aprovecharse de ellos» ofreciéndoles:

> […] una sensación de riesgo o de ir a contracorriente; se centran en los beneficios a corto plazo, en el aquí y ahora, y dejan de lado las posibles consecuencias negativas a largo plazo. Te dan los medios para dejarte llevar por las emociones y el apasionamiento […] y, además, validan esas emociones como auténticas cuando otros adultos te dicen que «no te alteres tanto».

Todo esto recuerda muchísimo a las tácticas de la machoesfera, que ofrecen a los jóvenes una narrativa muy emotiva y un profundo sentimiento de pertenencia y comunidad. Por ejemplo, en los foros de *incels* se los anima repetidamente a cometer actos violentos que los posicionan como alborotadores contraculturales sin pensar demasiado en las consecuencias. «Es muy fácil vender esas ideas en una comunidad que se jacta de "desafiar las normas"», añade la doctora Firmin. En el caso de la machoesfera, explica, eso significa «oponerse a la idea de la nueva masculinidad […] o al papel cada vez más importante de los hombres en la crianza de los hijos. Esa narrativa rechaza todo eso, rechaza el #MeToo, por lo que es muy fácil venderla como un riesgo y relacionarla con la idea de ansiar una conciencia propia, un sentido de identidad personal». Explica que, dado el contexto actual, en algunos aspectos «no es ninguna sorpresa» que la machoesfera resulte tan atractiva para los jóvenes.

En respuesta a la ineficacia de los modelos tradicionales de intervención con adolescentes, la doctora Firmin ha liderado un modelo conocido como *contextual safeguarding* o «salvaguardia contextual», una teoría que subraya la importancia de llevar las intervenciones y el apoyo a los entornos en los que los jóvenes pasan su tiempo, en lugar de dar por sentado que solo sufren daños dentro de casa. «Los individuos incorporan las reglas de ciertos entornos cuando han pasado tiempo en ellos y se comprometen con las reglas en juego en un entorno determinado con el fin de moverse por él y alcanzar cierto estatus», explica su sitio web. El programa se ha aplicado hasta ahora en espacios como comercios minoristas y parques públicos, donde es pionero en la idea de cooperar con agentes que normalmente no participarían en el trabajo de salvaguardia, como dependientes o autoridades de los parques. Pero me parece que también en Internet podría surtir un efecto transformador radical. Al fin y al cabo, el mundo de Internet —desde el sexismo casual de las redes sociales hasta la persuasiva misoginia de los foros de

la machoesfera— es el ejemplo perfecto de un ámbito en el que tradicionalmente no hemos considerado que los jóvenes corran el riesgo de sufrir daños y en el que podría ser de una utilidad enorme una intervención eficaz.

La doctora Firmin está de acuerdo en que puede haber aplicaciones positivas de la salvaguardia contextual en el mundo virtual, pero subraya que antes de que pudiera aplicarse ampliamente en la práctica habría que investigar mucho más y diseñar estrategias. Señala la importancia del consentimiento en una relación de salvaguardia («la diferencia entre una tienda y un espacio virtual es que en el primer caso los jóvenes son conscientes de la presencia del trabajador juvenil»). Según la doctora Firmin, algunas de las intervenciones más eficaces las han llevado a cabo los trabajadores juveniles independientes, es decir, personas que interactúan con los jóvenes en su propio entorno y no en una sesión oficial ni en una oficina. Eso implica ir construyendo de manera gradual una relación de confianza y, según la doctora Firmin, ofrece oportunidades significativas para echar por tierra las creencias misóginas y los mensajes extremistas. Aunque se trata de una práctica incipiente, la doctora Firmin ha oído hablar de la existencia de trabajadores juveniles independientes que operan por Internet en algunos países escandinavos y describe centros juveniles que han empezado a intentar crear espacios virtuales en los que los jóvenes puedan interactuar con el objetivo de establecer oportunidades similares para combatir la misoginia en Internet. Hay barreras prácticas, sí. Pero no son insalvables.

Las palabras de la doctora Firmin encuentran inmediatamente eco en mi propia experiencia como persona que habla con jóvenes sobre esos temas. Las conversaciones que he mantenido con jóvenes en grupos pequeños y en su propio terreno son casi siempre más productivas y reveladoras que las que se dan en contextos como una asamblea escolar o una sesión de debate dirigida por un profesor. Hablando con la doctora Firmin sobre el trabajo juvenil independiente, me siento alentada por la emocionante perspectiva de ver por fin una solución potencial a la insidiosa penetración de la misoginia radical en las comunidades adolescentes.

Pero la financiación del trabajo juvenil independiente se ha visto diezmada en la última década, quizá incluso en mayor medida que otros servicios públicos. Entre 2012 y 2016, se cerraron más de seiscientos centros juveniles en todo el Reino Unido y la financiación municipal para los servicios juveniles se desplomó en un 62 por ciento entre 2009 y 2017. Expertos como Leigh Middleton, directora general de la National Youth Agency, sugieren que los recortes afectarán especialmente a los «jóvenes solitarios y aislados», una descripción que coincide a la perfección con la de los chicos que son más vulnerables a la fuerza

de atracción de las comunidades de la machoesfera. Lo más demoledor es que el trabajo juvenil independiente (un proyecto a largo plazo que requiere asistencia individual) es precisamente el tipo de servicio que tiende a ser el primero en sufrir recortes. Y, como explica sucintamente la doctora Firmin, «cuando se eliminan las oportunidades para que la gente combata ese discurso, se da espacio para que se reproduzca».

Sin embargo, es precisamente en esos servicios donde tenemos que invertir si queremos combatir el impacto de la machoesfera de forma proactiva y preventiva. Visitar cientos de escuelas me ha enseñado una lección clarísima: que la intervención temprana es mucho más sencilla y eficaz que intentar cambiar más tarde la mentalidad de quienes ya están radicalizados.

Sin embargo, también necesitamos una solución para quienes ya han caído presa de la machoesfera, así que debemos poder confiar en los cuerpos de seguridad para combatir los delitos existentes arraigados en la misoginia radical. Controlar lo que ya es ilegal parece una exigencia sencilla, pero las numerosas actividades ilegales que cometen actualmente los *trolls* de la machoesfera con absoluta impunidad sugieren lo contrario. La desconexión entre la policía tradicional y la delincuencia virtual supone una barrera enorme. En el Reino Unido, es ilegal amenazar en Internet con violar o matar a alguien, lo mismo que en la vida real. Sin embargo, cientos de hombres —incluso miles— se salen con la suya todos los días en Internet sin recibir castigo alguno.

Sabemos que la policía está aquejada de prejuicios institucionalizados. Sabemos que las mujeres y ciertos grupos —en particular, las mujeres racializadas y las personas LGTB— no siempre han obtenido respuestas positivas al presentar denuncias ante la policía. Impartir formación antiprejuicios en todo el sistema ayudaría a combatir los problemas relacionados con la culpabilización de las víctimas y el hecho de que muchas veces no se tomen en serio esos delitos. Pero no se trata solo de fallos individuales. De hecho, muchos agentes y fuerzas policiales defienden y apoyan a las víctimas, pero la falta generalizada de financiación y formación ralentiza los avances. Al margen de las unidades especializadas en ciberdelincuencia, a menudo hay poca comprensión o conocimientos especializados para apoyar a los agentes en la lucha contra este tipo de delitos, lo que en mi propia experiencia lleva una y otra vez a que los casos simplemente lleguen a callejones sin salida y se cierren.

La primera vez que yo denuncié ante la policía un aluvión de amenazas de muerte y violación, los agentes locales que me tomaron declaración acababan de atender un incidente con un perro peligroso y, lápiz y libreta en mano, no dejaban de interrumpirme para preguntarme educadamente qué era un usuario

de Twitter. Después de mostrarse incapaces de rastrear ninguno de los cientos de direcciones IP que les proporcioné o de tomar alguna medida contra el hecho de que se incitara a la turba de Internet para que se me acosara de manera selectiva (porque el foro en el que se coordinó el ataque estaba registrado en el extranjero), el caso se cerró sin tomar ninguna medida.

La primera vez que fui a una comisaría empuñando un grueso fajo de amenazas de muerte impresas y se las enseñé a la funcionaria de la entrada, la mujer me miró sorprendida y me preguntó: «¿Tiene miedo de que vayan a localizarla?».

La falta de comprensión de la gravedad y las repercusiones en la vida real del extremismo misógino en Internet puede estar teniendo consecuencias nefastas también en otros ámbitos policiales. Mientras escribo, la policía británica acaba de anunciar su intención de pedir a las víctimas que denuncien violaciones que entreguen sus teléfonos móviles a la policía o, de lo contrario, se arriesgan a que la acusación no prospere. Se trata de una medida que hace sentirse juzgadas a las víctimas y que amenaza con reforzar la idea de que las mujeres mienten sobre haber sido víctimas de una violación. Aunque en realidad sabemos que, en un periodo de 17 meses en el que se celebraron 5.651 juicios por violación en el Reino Unido, solo hubo 35 por presentar falsas denuncias de violación.

Pero ¿cómo podría saber la policía, con su conocimiento aparentemente limitado sobre la delincuencia misógina en Internet, que en los foros de la machoesfera que he estado peinando durante el último año hay miles de hilos con teorías de la conspiración sobre la generalización de las falsas denuncias de violación que instan a los hombres a manipular a las mujeres a la mañana siguiente de una agresión sexual? Esos mensajes instruyen de manera específica a los hombres para que al día siguiente envíen mensajes de texto diseñados para solicitar respuestas que debilitarían la causa si la mujer intentara presentar una denuncia por violación. La idea es presionarla para que responda sobre la noche anterior, mencionar despreocupadamente lo bien que se lo pasaron juntos y hacer todo lo que pueda obligar a una víctima traumatizada a dar una respuesta apaciguadora o ambivalente. Por supuesto, la policía sería consciente de ello si existiera algún esfuerzo policial por investigar a esas comunidades virtuales. Pero yo no he encontrado ninguno en toda mi investigación.

Luego tenemos las formas en que el ciberacoso —subestimado y repetidamente menospreciado— da el salto al mundo real, una realidad que la respuesta de las autoridades ignora sistemáticamente. La deslucida respuesta a las amenazas en Internet contra mujeres políticas. El desprecio del ciberacoso como herramienta utilizada por exparejas maltratadoras, hasta que el paso de la

violencia virtual al mundo real resulta mortal y la intervención llega demasiado tarde. Todo esto es motivo de gran preocupación, pues, caso tras caso, la policía ha desaprovechado oportunidades de intervenir antes de que las mujeres fueran asesinadas por sus acosadores y muchas veces se ha mostrado incapaz de percibir los múltiples vínculos existentes entre diversos incidentes y formas de acoso.

Davey cree que elevar la misoginia a la categoría de delito de odio ayudaría a cambiar la percepción pública e institucional del supremacismo masculino y el extremismo al subrayar la importancia de reconocer que el odio de género puede ser un motor tan poderoso de actos criminales como otras modalidades ya existentes, como la raza y la religión. Davey presentó al Comité Selecto de Asuntos Internos su recomendación sobre delitos motivados por el odio, y las activistas feministas han hecho una intensa campaña para que se introduzca la categoría, pero la sugerencia ha provocado una poderosa y predecible reacción negativa tanto por parte de los estamentos policiales como de los medios de comunicación: se publicaron titulares sensacionalistas que sugerían que la policía iba a verse bombardeada con denuncias por silbidos callejeros, y algunos altos cargos policiales sugirieron que la cuestión suponía una distracción trivial del importante trabajo «cotidiano» de la policía convencional.

La siguiente fuente a la que debemos dirigirnos si queremos combatir esas cuestiones de manera significativa son las plataformas de las redes sociales. Este libro ha explorado la multitud de formas en que esas empresas y sus algoritmos dan un espacio y poderosas herramientas de captación a los extremistas de la ultraderecha, lo que les permite llegar a millones de hombres y captar y radicalizar a jóvenes vulnerables, recompensando y apoyando activamente su contenido para explotar su valor financiero, proporcionando fuentes de ingresos y plataformas de propaganda, facilitando los ataques masivos y el ciberacoso, dejando sin protección a las víctimas y evitando la rendición de cuentas siempre que sea posible.

Durante un tiempo, esas empresas pudieron fingir una ignorancia creíble. Ya no. Sí, es posible que en un principio la forma en que su tecnología ayuda e incita a los extremistas virtuales fuera involuntaria. Pero eso no es ninguna excusa para no tomar medidas encaminadas a solucionarlo una vez que se ha puesto el problema de manifiesto. Sin embargo, una y otra vez se prioriza el beneficio sobre la responsabilidad. En 2019, los periodistas alertaron a YouTube de una tendencia profundamente perturbadora: su algoritmo estaba agrupando vídeos que identificaba automáticamente como secuencias de niños preadolescentes medio desnudos para recomendarlos a espectadores que habían visto contenidos similares. Sin querer, la plataforma estaba sirviendo largas cadenas

ininterrumpidas de carne de cañón a los pedófilos, cientos de los cuales comentaban los vídeos y recomendaban a otros usuarios marcas temporales específicas, informándoles de cuándo alguna niña inocente jugando en bañador mostraba accidentalmente la entrepierna o un pezón. El algoritmo era tan preciso que en varias ocasiones incluyó en la secuencia vídeos caseros completamente inocuos. Las familias se alarmaron de repente cuando los vídeos de sus hijas jugando en la piscina hinchable acumularon en cuestión de días cientos de miles de visitas.

Al igual que ocurre con el hecho de que la plataforma propicie la radicalización de la machoesfera, quizá el problema fuese completamente involuntario, pero el resultado era espeluznante. Lo importante es que cuando YouTube fue alertado del problema se le dio una solución clara. Los investigadores sugirieron que la plataforma simplemente desactivara su sistema de recomendación en los vídeos de niños. Era un cambio que podría haberse aplicado automática y fácilmente. Y habría frenado en seco el problema. Pero YouTube se negó a ponerlo en práctica. ¿Por qué? Porque las recomendaciones son su principal fuente de tráfico, según declaró al *New York Times*, por lo que desactivarlas «perjudicaría a los "creadores" que dependen de esos clics». En otras palabras, habría afectado a la cuenta de resultados de YouTube.

Si crees que las plataformas de redes sociales ya están haciendo todo lo posible para evitar la victimización y explotación de sus usuarios más vulnerables, te equivocas de pleno. Sabemos que YouTube tiene una influencia impresionante sobre los jóvenes. Sabemos que controla unilateralmente los contenidos que se ofrecen cada hora a millones de personas en todo el mundo. No es exagerado describirlo —como ha hecho Tufekci— como «uno de los instrumentos radicalizadores más poderosos del siglo XXI». Así que si introdujeran cambios en su algoritmo para evitar que los espectadores se vieran empujados deliberadamente a la espiral del extremismo, podría resultar transformador.

Los datos sugieren que las redes sociales, al igual que los medios de comunicación y los Gobiernos, abordan las distintas formas de extremismo y radicalización de maneras completamente diferentes. Un estudio de 2016 que comparaba las redes sociales de los nacionalistas blancos con las relacionadas con el Dáesh reveló que, durante el periodo de recopilación de datos en Twitter, se suspendieron tres cuentas de nacionalistas blancos y cuatro cuentas nazis, frente a unas mil cien cuentas del Dáesh. Y ello a pesar de que el mismo estudio reveló que los movimientos nacionalistas blancos estadounidenses «superan al Dáesh en casi todas las métricas sociales, desde el número de seguidores hasta el número de tuits diarios».

No faltan propuestas de mejora en ese ámbito, pero sí la voluntad de ponerlas en práctica. Por ejemplo, el informe de Data & Society sugería que, a la hora de tomar decisiones de moderación, YouTube tuviera en cuenta a los *influencers* alojados en la plataforma y no solo los contenidos propios del canal.

Sí, la libertad de expresión es vital y valiosa, pero no es infinita ni ilimitada. Existen innumerables ejemplos en los que el uso de esas plataformas por parte de movimientos supremacistas masculinos sobrepasa con creces los límites de la libertad de expresión: en su incitación activa a la violencia, en su acoso y doxeo virulentos y en su fomento deliberado de la división y el odio. Cuando se alcanza ese punto, las plataformas de redes sociales deben rendir cuentas de los contenidos que albergan y verse obligadas a garantizar la seguridad de sus usuarios. Cuando no se alcance el umbral se hace necesaria una movilización masiva de la acción de los espectadores en Internet, de la misma manera que a menudo lo hacemos en defensa de los espacios de la «vida real», para asumir la responsabilidad colectiva del ambiente de nuestro mundo virtual y el tenor de su debate, para apoyar a los que tienen menos seguidores, desnormalizar la cultura del ciberacoso y fomentar el equivalente virtual de intervenir en lugar de limitarse a cambiar de acera. Una vez más, los hombres que se declaran aliados entusiastas tienen la oportunidad de intervenir y desempeñar un papel fundamental.

Evidentemente, es un asunto complejo. Para perseguir a los ciberacosadores es necesario obligar a las webs de redes sociales y otras plataformas a revelar las direcciones IP de los usuarios y utilizarlas para llegar a su personalidad jurídica. Esa obligación está estrechamente ligada al anonimato virtual y debe equilibrarse con los derechos de los informantes, los disidentes y otras personas. Una legislación de mano dura amenaza con ser objeto de abuso por parte de Gobiernos y agentes internacionales. Sin embargo, es posible crear una legislación compleja para hacer frente a problemas complejos. Esto no es excusa suficiente para no actuar.

Además, está la cuestión del veto en las redes sociales. Los expertos suelen expresar su preocupación por el hecho de que limitarse a cerrar comunidades extremistas enteras pueda llevarlas a la clandestinidad; sobre todo, teniendo en cuenta la existencia de plataformas como Gab —considerada como la red social de la ultraderecha—, que se enorgullece de permitir a sus usuarios eludir cualquier forma de lo que describe como «censura corporativa desenfrenada». Gab ha proporcionado un refugio seguro a muchos grupos después de que estos hayan expresado opiniones lo suficientemente violentas o deplorables como para ganarse la expulsión de los espacios de las redes sociales más convencionales.

Davey describe Gab como una plataforma que «acoge a extremistas prácticamente sin ningún tipo de regulación ni moderación». Lo mismo podría decirse de plataformas como 4chan y 8chan.

Existe, por supuesto, el riesgo de alejar cada vez más estas conversaciones de la capacidad de cuestionarlas y debatirlas, y de caer en el juego de las narrativas victimistas y persecutorias de esas comunidades al considerar que se coloca a grupos enteros dentro del mismo saco extremista. Pero en estos momentos apenas hay diálogo constructivo en los foros y *subreddits* de *incels*. Recuerdo la conclusión de Pao de que el oxígeno ha permitido la proliferación de esas comunidades. Y hay pruebas fehacientes que sugieren que el veto en las redes sociales funciona eficazmente cuando hablamos de individuos: en particular, de los líderes y portavoces más mediáticos de esos grupos, cuya audiencia se reduce de manera inevitable cuando se los expulsa de los principales espacios virtuales, por mucho que se presenten como mártires y luego se refugien en foros más marginales.

Picciolini ha aportado otro argumento de peso para vetar en las redes sociales a los extremistas: retirarles la financiación.

> Esos grupos generan ingresos, por ejemplo, mediante la inserción de anuncios en algunos de sus vídeos propagandísticos. Si se incluyen anuncios en sus vídeos, es muy probable que, en función del número de visualizaciones, obtengan ingresos publicitarios gracias a Google, Facebook o YouTube. Así que, en ese sentido, el veto en las redes sociales es positivo. Los ralentiza bastante.

En los casos en que las empresas de redes sociales han tenido la valentía suficiente como para adoptar esas medidas, el impacto ha sido significativo: la influencia y los seguidores de Yiannopoulos se redujeron enormemente tras su expulsión de Twitter y se dijo que sus finanzas se habían desplomado y que le habían cancelado las giras. «Si nos fijamos en [el teórico de la conspiración ultraderechista] Alex Jones, por ejemplo —señala Davey—, cuando lo vetaron en las redes sociales perdió un cero de sus cifras de audiencia habitual». Mientras escribo este capítulo, se conoce la noticia de que Facebook, que ha tardado muchos meses en reunir el mismo valor que Twitter, ha decidido vetar de manera permanente a Yiannopoulos y a Jones, además de a otras cinco figuras extremistas mediáticas. Posteriormente anuncia su intención de prohibir «la apología, el apoyo y la representación del nacionalismo blanco y el separatismo» en Facebook e Instagram. En un pasado muy reciente, el registrador de dominios GoDaddy ha desmantelado Spencer, la web de la derecha alternativa, y páginas

de recaudación de fondos como Patreon han empezado a impedir que los radicales de extrema derecha las utilicen como fuente de ingresos (aunque varias figuras controvertidas, como Peterson y Rubin, anunciaron inmediatamente su intención de crear una plataforma de micromecenazgo alternativa, lo que ilustra el problema de lo que puede llegar a ser un juego virtual inútil). No obstante, las medidas adoptadas por las plataformas de redes sociales contra personalidades que incitan al odio no solo limitan su alcance, sino que también transmiten un mensaje social vital sobre lo que normalizamos y consideramos aceptable para el «debate» público. Toda esa actividad reciente sugiere que por fin se están empezando a hacer progresos; al menos, en ese ámbito.

Sin embargo, los Gobiernos siguen mostrándose sumamente reacios a exigir auténticas responsabilidades a las empresas de redes sociales. Y su reticencia no pasa desapercibida para los extremistas y los *trolls*, que son muy conscientes de la probabilidad de poder seguir operando con impunidad. Un ejemplo clarísimo de esto se produjo en 2019 en una audiencia del Comité Judicial de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos sobre el aumento de los delitos de odio y el nacionalismo blanco. La audiencia pretendía dar al Congreso la oportunidad de interrogar a los representantes de las principales plataformas tecnológicas, como Facebook y Google (propietarias de YouTube), sobre su papel a la hora de permitir la propagación del extremismo. Pero, en cuanto se inició el proceso, la sección de comentarios debajo de la transmisión en directo de YouTube del acto se llenó rápidamente de memes nacionalistas blancos, insultos antisemitas, comentarios misóginos y quejas sobre el «genocidio blanco». Menos de una hora después, los moderadores de YouTube se vieron obligados a desactivar los comentarios del vídeo. Los observadores informaron de que los representantes de las empresas tecnológicas presentes «más que nada estuvieron de brazos cruzados, respondiendo a preguntas demasiado sencillas sobre si Facebook permite a la gente denunciar el odio o cómo detecta YouTube los vídeos que violan sus políticas» y los miembros de la comisión no consiguieron acorralarlos ni exigirles responsabilidades.

Seyi Akiwowo, que sufrió despiadados insultos racistas y misóginos en Internet después de que su discurso en el Parlamento Europeo se hiciera viral, decidió responder creando Glitch, una ambiciosa organización sin ánimo de lucro con una perspectiva interseccional cuyo objetivo es acabar con el ciberacoso. Los resultados han sido impresionantes. En solo dos años, el taller de ciudadanía digital de la organización ha dotado a más de 3.500 jóvenes de herramientas para moverse por Internet y desempeñar un papel activo a la hora de enfrentarse a daños virtuales como el acoso y los insultos. Glitch también ha impartido

formación en autodefensa digital a mujeres con presencia pública, como las que se dedican a la política, lo que ha dado como resultado un aumento del 55 por ciento en el número de participantes que se sienten seguras al expresarse en Internet.

Pero Akiwowo insiste en la necesidad de que las propias empresas de redes sociales asuman la responsabilidad que les corresponde para lograr un cambio real en el ambiente de los «espacios virtuales tóxicos». Cuando la entrevisto, afirma que necesitamos «invertir en la recopilación de datos para identificar patrones y vincular todas las formas de ciberacoso con los ataques "en la vida real"», además de invertir en educación para la ciudadanía digital, trabajar para la inclusión de comunidades y voces marginadas en el debate y tomar decisiones en torno al ciberacoso. Akiwowo señala que las mujeres negras y de minorías étnicas sufren un mayor nivel de ciberacoso y sugiere a las empresas de redes sociales que amplíen el grupo de expertos con los que trabajan en esos temas. «No solo es necesario un enfoque interseccional para combatir los daños en Internet, sino también la inclusión de muchos grupos diversos de la sociedad civil que trabajan sobre los daños en línea». En su opinión, los usuarios deberían «tener más voz y voto en la gobernanza de sus espacios virtuales».

Eso podría extenderse también a la financiación real de esos grupos, un tema al que a menudo no se le da la prioridad que merece. Sara Khan, jefa de la comisión británica para la lucha contra el extremismo, me dice: «Aunque no se reconozca lo suficiente, las mujeres siguen desempeñando un papel fundamental en la lucha contra el extremismo y en el establecimiento de la paz y la seguridad tanto a nivel local como nacional. Sin embargo, los grupos de mujeres de la sociedad civil a menudo operan con un presupuesto muy limitado. Eso tiene que cambiar si queremos reforzar nuestra respuesta al extremismo».

Glitch también se ha atrevido a sugerir que sean los propios gigantes tecnológicos los que financien la lucha contra el ciberacoso y ha hecho campaña para que el 1 por ciento del nuevo impuesto sobre servicios digitales del Gobierno británico se destine específicamente a combatir el problema.

A medida que las redes sociales se han convertido en una industria multimillonaria con una influencia descomunal, mujeres como Akiwowo han seguido actuando como canarios en la mina de carbón, a menudo sin que se las vea ni se las escuche, aunque con frecuencia son las personas mejor situadas para sugerir los cambios que podrían marcar una diferencia real en temas como el ciberacoso.

Un artículo reciente destacaba una campaña masiva de acoso y desinformación lanzada por *trolls* anónimos de 4chan en 2014 para debilitar y

dañar la reputación de las feministas negras. Poco antes del Día del Padre, los *trolls* lanzaron en Twitter la etiqueta #EndFathersDay, utilizando cuentas títere y falsas que fingían pertenecer a feministas negras, con lenguaje estereotipado ofensivo y exagerado y tropos sobre mujeres negras enfadadas. La etiqueta se hizo tendencia rápidamente en todo el mundo y suscitó una vorágine de cobertura mediática por parte de conservadores dispuestos a utilizar el asunto para poner en la picota a mujeres negras reales que trabajan por el cambio.

La historia, como tantas otras en las que el objetivo del odio ha sido un grupo marginado, cayó en el olvido; sobre todo, en comparación con el Gamergate, una campaña mayor a la que se dio un mayor peso y análisis. Y, junto a ella, también hemos olvidado la inteligente y coordinada campaña tecnológica de resistencia lanzada en respuesta por el movimiento feminista negro. Mujeres como Shafiqah Hudson e I'Nasah Crockett descubrieron rápidamente el origen de la etiqueta y revelaron que se trataba de un engaño deliberado de los activistas por los derechos de los hombres, que lo habían publicado en un hilo de un foro (titulado «#EndFathersDay Straw Feminist!») plagado de lenguaje racista, chistes sobre violaciones y estadísticas falsas, como la que afirmaba que «una de cada dos madres abusa de sus hijos».

Hudson respondió lanzando una nueva etiqueta, #YourSlipIsShowing, que los miembros de la tuitesfera feminista negra podían utilizar para señalar y denunciar cuentas títere y falsas que fingían representar a mujeres negras, desenmascarar a las que fomentaban el odio de manera deliberada y poner de relieve los incidentes en los que los *trolls* utilizaban fotografías de mujeres negras reales sin su consentimiento. La campaña contra el acoso fue significativa, porque las víctimas de un ataque masivo de *trolls* utilizaron tácticas electrónicas similares y se coordinaron en Internet para tomar represalias contra los autores. Las mujeres negras con muchos seguidores ayudaron a correr la voz y las activistas bloquearon a los usuarios desenmascarados como *trolls* y dieron amplia difusión a sus listas de bloqueados, lo que luego les permitió denunciar masivamente ante Twitter cientos de cuentas de agresores para aumentar las posibilidades de que se tomaran medidas (aunque las mujeres al frente de la campaña contaron a *Slate* que se hizo poco para atajar el problema). Estas mujeres descubrieron las raíces de las campañas de ciberacoso masivo, la coordinación de la desinformación armada de los *trolls* y el uso de foros para planificar tácticas mucho antes de que los principales medios de comunicación hubieran detectado el problema. Y dieron una respuesta dirigida, polifacética y ampliable de la que, si alguien las hubiera escuchado, las empresas de redes sociales y otros agentes podrían haber aprendido valiosas lecciones antes de la catástrofe del Gamergate.

Además de las acciones inmediatas que podríamos exigir a las plataformas de redes sociales, también podríamos instar a que se invierta más a largo plazo en los grupos de la sociedad civil que lideran estos temas —sobre todo, los que representan a grupos marginados— y en el aumento de la diversidad en los campos de CTIM (acrónimo que sirve para designar las disciplinas académicas de Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas), con el fin de cambiar la dinámica de un ámbito en el que las mujeres y las minorías sufren acoso sistémico mientras que apenas se las involucra en los procesos diseñados para responder a ese acoso. Un informe de 2018 reveló que en todo el sector tecnológico británico solo el 8,5 por ciento de los altos cargos proceden de contextos minoritarios, y las mujeres representan apenas el 12,6 por ciento de los miembros de los consejos de administración. Casi dos tercios de los consejos de administración y más del 40 por ciento de los equipos de alta dirección del sector carecen por completo de representación femenina.[94]

El siguiente ámbito en el que deben obrarse cambios si queremos lograr avances significativos es el de los principales medios de comunicación. Al amplificar y difundir los mensajes de quienes propagan el odio al servicio de la polémica y el ciberanzuelo, le han dado al odio en Internet un oxígeno imprescindible para poder dar el salto al mundo real. Presentar el discurso de odio como una faceta del «debate equilibrado» ha normalizado y legitimado lo que debería reconocerse como radical e inaceptable. Ofrecer una versión trivializada y radical del feminismo para azuzar una indignación polémica ha contribuido a avivar el fuego de los teóricos de la conspiración misógina y de las turbas acosadoras. No reconocer la naturaleza extremista de los ataques violentos contra las mujeres nos ha impedido reconocer y combatir el terrorismo misógino como lo que realmente es. Así pues, se ha contribuido —a veces, sin querer— a empujar hacia el centro del discurso general aceptable a comunidades virtuales extremistas que antes eran marginales.

Sin embargo, los medios de comunicación también disponen de una de las mayores oportunidades para ayudarnos a resolver el problema, en lugar de empeorarlo. Mediante información responsable y decisiones editoriales impulsadas por la ética en lugar de por el número de visualizaciones, los principales medios de comunicación tienen la capacidad de ayudar a deslegitimar y debilitar las ideologías extremistas alimentadas por el odio y expulsarlas de la conversación predominante, en lugar de impulsar su relevancia.

Un informe de 2018 describió con claridad «la relación entre el periodismo y la amplificación de información dañina, contaminada o falsa» en torno a las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016 y la capacidad de los

extremistas de Internet para atacar de manera deliberada a los periodistas con técnicas manipuladoras, lo que amenaza con que «los fanatismos violentos se filtren al discurso dominante» y «aumente la visibilidad de los manipuladores de la derecha alternativa».

Según Whitney Phillips, autora principal del informe, el mero hecho de dar cobertura a esos antagonistas de forma tan servil y constante como lo hicieron los medios de comunicación tuvo un impacto enorme:

> Por crítica que pudiera ser, por necesario que fuera desenmascararlos, la cobertura que se ofreció a esos extremistas y manipuladores dio a los agentes negativos un nivel de visibilidad y legitimidad que ni siquiera ellos podían creerse, ya que la ideología nacionalista y supremacista hizo metástasis y pasó de ser periférica a culturalmente dominante en apenas unos meses.

Tras entrevistar a montones de periodistas y empleados de las redacciones, Phillips establece una serie de recomendaciones de buenas prácticas editoriales diseñadas «para minimizar el secuestro narrativo por parte de agentes de mala fe»; entre ellas, hacerse eco de información objetivamente falsa sin crear falsas equivalencias. Phillips recomienda evitar los detalles personales en los reportajes sobre intolerantes y maltratadores, utilizar el término «*troll*» con la mayor moderación posible, minimizar la inclusión de información identificativa sobre las víctimas y evitar la publicación de citas eufemísticas de silbato de perro.

Pero, incluso al nivel más básico, los medios de comunicación deben aprender del carácter imitativo de los últimos asesinatos en masa, cuyos manifiestos se solapan y se citan entre sí; muchas veces, después de que la prensa internacional les diera muchísima difusión. El *New York Times* publicó el manifiesto y el vídeo de Rodger, decisión que, en aquel momento, defendió Alison Mitchell, la directora nacional: «En este caso, el vídeo y el manifiesto eran tan fundamentales para comprender la motivación de los crímenes que si no los hubiéramos publicado, habríamos dejado de contar conscientemente una gran parte de la historia». Sin embargo, es difícil imaginar una justificación semejante para la publicación de un manifiesto terrorista yihadista tras una masacre del Dáesh. Y, como se ha detallado en este libro, en los años posteriores los asesinos en masa han citado repetidamente a Rodger como inspiración. Es perfectamente posible que los medios de comunicación informen sobre los crímenes de esos hombres sin amplificar sus instructivos y propagandísticos testamentos.

En última instancia, si queremos analizar la amenaza del extremismo misógino en Internet y responder eficazmente a ella, es necesario que se

produzcan cambios importantes en una amplia variedad de sectores, desde el Gobierno hasta las empresas tecnológicas, pasando por los medios de comunicación y la educación. Pero, como sugieren hombres como Kaufman, Hurst y Barker —hombres que odian a los hombres que odian a las mujeres—, si queremos que ese cambio se consolide a nivel general y actitudinal, quizá también sea necesario obrar un cambio fundamental en nuestra visión de la noción misma de masculinidad. Tal vez eso parezca muy alejado de los desafíos directos que plantea la propia machoesfera, pero, al igual que los supremacistas masculinos han desarrollado una asombrosa habilidad para optimizar sus ideologías de manera que impregnen con fluidez los límites entre el mundo virtual y el real, debemos esforzarnos por crear narrativas sobre la masculinidad igual de poderosas que puedan fluir en el otro sentido. Sobre todo, para intentar llenar preventivamente el vacío que, en ausencia de alternativas accesibles, amenaza con dejar a los jóvenes sumamente vulnerables a los mensajes de la machoesfera.

Con los cambios y transformaciones de nuestra sociedad, los hombres han perdido los medios tradicionales y estereotipados de afirmar su masculinidad. Pero, aunque no nos ha costado nada detectar ese proceso ni criticar los requisitos tradicionales de la masculinidad y sus potenciales efectos tóxicos, no hemos sido necesariamente eficaces a la hora de comunicar esas críticas ni de ofrecer visiones alternativas, realistas y positivas de la masculinidad.

Cuando las feministas hablamos de «masculinidad tóxica», nos referimos al enorme daño potencial que supone una versión anticuada de lo que significa ser hombre: mostrar fortaleza y ocultar la debilidad; dominar y reivindicar el control en todas las relaciones personales; no admitir jamás la vulnerabilidad ni las emociones; reprimir estoicamente el miedo o la angustia y evitar a toda costa el apoyo o la comunicación; asumir el papel de cabeza de familia, sostén y protector; tratar a las esposas y a los hijos como dependientes secundarios vulnerables, extensiones del yo o propiedades en vez de compañeras en pie de igualdad y fuente de apoyo; priorizar la fuerza, la destreza física y el éxito sexual frente al intelecto, la inteligencia emocional y la amistad; la autoflagelación y la automedicación secretas frente a la admisión del fracaso; el dinero y el estatus frente a la satisfacción laboral; la carrera frente a la implicación parental, y la sociedad frente al yo.

Todo lo anterior es cierto, pero con demasiada frecuencia se da por sentado que las únicas víctimas del daño potencial que señalamos son las mujeres y los niños, cuando lo cierto es que la masculinidad tóxica también perjudica muchísimo a los hombres y a los adolescentes. El problema —me repiten los

niños, los hombres y los activistas— es que cuando decimos «masculinidad tóxica» la gente oye «hombres tóxicos».

La reciente respuesta explosiva al mismo anuncio de Gillette que causó un malestar tan intenso ha puesto eso de relieve de una manera dolorosa. El anuncio pretendía combatir las masculinidades tóxicas y animar a los hombres a desempeñar un papel activo en la resolución del problema. En realidad, se trataba de un vídeo bastante suave en el que varios hombres intervenían para evitar situaciones de acoso y que incluía frases como «creemos en lo mejor de los hombres». Sin embargo, desencadenó una tremenda oleada de virulencia que unió a las comunidades de la machoesfera, a los *youtubers* de la derecha alternativa y a los principales medios de comunicación e hizo que el vídeo se convirtiera al instante en el más rechazado de la historia de YouTube (con 1,4 millones de «votos negativos»). Muchos hombres se grabaron en Internet partiendo por la mitad maquinillas de afeitar de Gillette y quemando otros productos fabricados por la empresa. («¡Me he hecho seis cortes, pero ha valido la pena! —aseguró entusiasmado un miembro de un foro de *incels* tras destrozar su maquinilla de afeitar—. ¡Que te jodan, Gillette!»).

Por mucho que puedan parecer formas muy modernas de malestar —y a menudo así se presentan—, nacidas de la tensión de género por la reciente explosión de la cuarta ola del feminismo y el resentimiento ante la creencia de que el movimiento #MeToo ha criminalizado de alguna manera la «masculinidad», la realidad es que ese tipo de conversaciones llevan décadas propagándose. En noviembre de 1958, en un artículo de la revista *Esquire*, el historiador Arthur Schlesinger Jr. se preguntaba:

> ¿Qué le ha ocurrido al hombre estadounidense? Durante mucho tiempo parecía completamente confiado en su hombría, seguro de su papel masculino en la sociedad, cómodo y definido en su sentido de identidad sexual. Hoy los hombres son cada vez más conscientes de que la masculinidad no es un hecho, sino un problema. Las formas de afirmación de la masculinidad de los hombres estadounidenses son inciertas y oscuras. Proliferan los indicios de que algo se ha torcido mucho en el autoconcepto del hombre estadounidense.

Entonces, ¿cómo podemos ofrecer esos modelos y crear nuevas ideas positivas sobre lo que significa ser hombre? Hurst se ríe al recordar el consejo que le dieron cuando empezó a diseñar cursos sobre masculinidad para impartir a los chicos en los centros escolares. «Muchísima gente decía: “Hay que llevar a los hombres al bosque y hacer que los niños corten árboles para que entren en

contacto con su masculinidad". Pero yo nunca fui ese tipo de niño: a mí me gustaban el arte, la música y el teatro».

Sentada frente a él en un abarrotado café londinense, me doy cuenta de que Hurst encarna exactamente el tipo de modelo que necesitamos. Hurst —un hombre joven, carismático y atlético que llega con una sudadera con capucha y luce con naturalidad varias joyas— es lo más opuesto a las estiradas brujas feministas que los adolescentes esperan que les vengan con monsergas sobre el sexismo. Sospecho que es probable que reciba de los jóvenes una visión de sus influencias y opiniones mucho más sincera que yo. Y, mientras me cuenta cómo llegó a implicarse en el trabajo por la igualdad de género, se me ocurre que puede que no haya nadie con más poder para alejar a los chicos del atractivo de los célibes involuntarios que un hombre como él, que representa todo lo contrario. Su carrera en el trabajo de intervención empezó porque lo echaron de la Facultad de Teología por mantener relaciones sexuales cuando se suponía que tenía que ser célibe.

Hurst subraya la importancia de la diversidad en las nuevas ideas sobre lo que significa ser hombre, la importancia de no sustituir un estereotipo por otro:

> Una de las peores cosas de la masculinidad es que es muy prescriptiva, así que no quiero entrar nunca en un aula y decir: «Esta lista ya no sirve, pero ahora os daremos una nueva lista de lo que tenéis que ser». Porque, inevitablemente, eso va a conducir a la misma mierda, como fracasar y sentir que no estás a la altura de lo que se espera y luego rebelarte contra ello o utilizarlo como arma arrojadiza contra otras personas. Es muy importante dar espacio a la gente para que proponga sus propias alternativas.

Hay hombres configurando en silencio una versión diferente y compleja de lo que significa ser hombre. Barack Obama, con su tendencia a llorar en público y su decisión de convertir la violencia sexual en los campus universitarios en una preocupación central de su presidencia. Andy Murray, que con frecuencia y sin ostentación corregía a los periodistas cuando le atribuían récords que ya habían batido tenistas mujeres como las hermanas Williams. Hombres como Jordan Stephens, del dúo de hiphop Rizzle Kicks, que se sentó a mi lado en un debate sobre el #MeToo en *Newsnight* con una corona de flores en el pelo y habló abiertamente de la necesidad de permitir a los hombres quebrantar los limitantes estereotipos y experimentar la intimidad consigo mismos y con los demás.

Esas versiones diferentes y en apariencia «inusuales» de la masculinidad pueden tener en los jóvenes una repercusión enorme. Adam, el estudiante de

veinte años que me contó que muchos de sus amigos se habían visto afectados por la misoginia radical de Internet, atribuye a una de sus bandas favoritas su propia recuperación de graves problemas de salud mental. Adam explica que siempre había tenido problemas con la presión social, al «no haber sido nunca una persona especialmente masculina», lo que le había granjeado burlas e insultos en el colegio. Tras declararse pansexual en la universidad e «intentar averiguar quién soy», empezó a sufrir depresión y ansiedad y llegó un punto en que apenas podía salir de casa. Pero Adam encontró consuelo en un lugar inesperado. Es un gran seguidor de la banda de *rock* inglesa IDLES, que, según explica, rechaza la «fanfarronería machista performativa» que suele caracterizar a las celebridades masculinas. Su sencillo «Samaritans», publicado en el punto álgido de la depresión de Adam, hace referencia a la «máscara de la masculinidad» y describe las presiones a las que se ven sometidos los hombres: «*man up* […], *chin up* […], *don't cry* […], *just lie*» (compórtate como un hombre, levanta la barbilla, no llores, miente y punto) y contiene los versos «*I'm a real boy/ Boy and I cry*» (Soy un chico de verdad/ Soy chico y lloro). Adam afirma que tiene un impacto potencial enorme que un grupo tan famoso, nominado a mejor grupo revelación británico en los Premios BRIT, decida hablar tan abiertamente de esos temas; sobre todo, para sus miles de fans. «Nos permite entablar una conversación que quizás en otros círculos o en otros momentos de la historia no habríamos mantenido».

Igual parece una tontería, pero la importancia de los modelos para propiciar una conversación más amplia es crucial, especialmente en un ámbito en el que el debate pueda estar tan profundamente estigmatizado. Y resulta fundamental ofrecer espacios alternativos para hablar de temas que, de otro modo, quedarían secuestrados y celosamente custodiados por el tóxico discurso de las redes. Cuando le pregunto a Jack Peterson, *exincel*, por el atractivo de este tipo de foros, me responde lo siguiente:

> Parte del problema es que es una especie de tabú hablar de esas cosas…, ya sabes, fuera de un foro anónimo de Internet […]. Creo que el problema es que hay barreras en nuestra sociedad sobre los temas de los que podemos hablar y me parece que la soledad masculina es sin duda uno de ellos. Está claro que hay una barrera, porque la mayoría de la gente no quiere oír esas cosas, así que esos tíos se ven obligados a callarse o a recurrir a alguno de esos foros virtuales […]. Creo que si como sociedad mostráramos una mayor disposición a hablar de estos temas, las cosas mejorarían mucho.

Adam señala que encontrar el espacio físico que propicie esas conversaciones es tan importante como el territorio emocional. Menciona el recorte de fondos de los clubes juveniles, sin los cuales, asegura:

> [Los chicos] no pueden dar salida a su rabia y a su energía, así que ¿adónde van a ir si no es a Internet? Y ahí es donde empiezan a surgir las llamas, porque no tienen otra cosa que hacer, así que se conectan a Internet, encuentran una válvula de escape para su energía, encuentran a ese comentarista de YouTube o de derechas que les habla y, a partir de ahí, solo va a peor.

Picciolini repite la misma advertencia:

> Hace treinta años, la captación de los jóvenes marginados, destrozados y enfadados para algún movimiento tenía que hacerse en persona. Hoy en día, esos millones de jóvenes viven la mayor parte de su vida en línea si no tienen vínculos en el mundo real. Y están encontrando una comunidad en Internet en lugar de en el mundo real y manteniendo conversaciones sobre el fomento de la violencia.

A menudo los hombres se encuentran en una posición privilegiada para criticar, cuestionar y debilitar los mensajes del extremismo supremacista masculino, dentro y fuera de Internet. Por cada buen hombre que se pregunta «¿Qué puedo hacer yo?», existe la oportunidad de sumarse a ese coro, de dirigirse a los hombres de alrededor y ayudar a expandir el efecto dominó.

Por ejemplo, cuando las teorías de la conspiración de la machoesfera sobre Katie Bouman empezaron a eclipsar el trabajo que la científica había hecho para captar la primera imagen de un agujero negro, quien encabezó la resistencia fue Andrew Chael, el mismo científico varón blanco al que los activistas por los derechos de los hombres intentaban atribuir el logro de Bouman. «Cuando me di cuenta de que en muchos de los comentarios de Internet se estaban usando mi nombre y mi imagen para promover un discurso sexista y afirmar que era mentira que Katie hubiera desempeñado un papel destacado en nuestro equipo mundial, sentí que tenía que decir algo para dejar claro que no estaba de acuerdo con esa visión», explicó Chael a la CNN. Chael recurrió de inmediato a Twitter y amplificó su mensaje en el mismo foro utilizado por los perpetradores, donde tildó los ataques misóginos contra su colega de «horribles y sexistas», corrigió las estadísticas falsas difundidas por la machoesfera y escribió: «Aunque agradezco las felicitaciones por un resultado en el que llevo años dejándome la piel, si me felicitan porque alimentan una venganza sexista contra Katie, por favor, váyanse

y reconsideren sus prioridades vitales».

Hombres como Professor Green, Doc Brown, Grayson Perry, Robert Webb y muchos más siguen utilizando sus espacios personales para hablar, escribir y rapear sobre el problema de la masculinidad prescriptiva y exploran el hecho de ser hombre de formas matizadas y nuevas. Necesitamos que la mayor parte de ese trabajo surja de los hombres. Si el problema es la masculinidad, son ellos quienes deben decidir e impulsar nuevas formas de ser hombre. En lo que todo el mundo parece estar de acuerdo es en lo inútil que resulta que las feministas les digan a los chicos cuál es la forma correcta de ser hombre. Eso no significa que haya fracasado el proyecto de la reforma de la masculinidad. Significa que, como ocurre en nuestra sociedad con gran parte del trabajo pesado en materia de igualdad, la parte dura se les ha endilgado a las personas equivocadas.

Tenemos que aprovechar las energías de los hombres que temen a las mujeres por culpa de las mentiras y la retórica incendiaria de otros hombres; es decir, los hombres a los que se les ha vendido la mentira de que deben temer a las mujeres porque las mujeres que denuncian malos tratos amenazan con que se meta a todos los hombres en el mismo saco. Lo cierto es que son los hombres que maltratan los que hacen que exista ese riesgo. Así que en el fondo no son hombres que temen a las mujeres: son hombres que odian a los hombres que odian a las mujeres. Solo que aún no lo saben. Lo más importante es que ninguna de esas intervenciones funcionará a menos que veamos el problema como lo que realmente es y nos lo tomemos en serio. No sabes lo que hay ahí fuera hasta que miras. No queremos hablar de un movimiento de masas que fomenta el odio violento contra las mujeres. Preferimos no afrontarlo. Es mucho más fácil presentar el sexismo como una cuestión vaga, sin perpetradores, que flota difusa en el éter y amenaza con afectar a las mujeres. Es mucho más fácil despachar o menospreciar a las comunidades de la machoesfera que combatirlas. Pero cuanto más hagamos la vista gorda, peor.

Hasta que no me puse a investigar la machoesfera para escribir este libro no empecé a toparme con un número cada vez mayor de conversaciones casuales en foros e hilos de chats en los que la gente se dedicaba a fantasear con violarme y asesinarme a mí en concreto. A medida que voy conociendo las diferentes comunidades de la machoesfera, veo cómo tratan a las mujeres que se han atrevido a escribir sobre ellos o incluso simplemente a hacer comentarios de pasada sobre ellos en las redes sociales. Hay un tablón de mensajes de los *incels* que toma prestadas expresiones del terrorismo yihadista y contiene un anuncio sobre una periodista que hizo un único vídeo en YouTube sobre los tablones de mensajes de los *incels*: «fetua para esta zorra. todos los incels tienen el deber de

hacerle daño si la ven. *INCELU AKBAR!!!!*».

Me da miedo que se publique este libro. A diferencia de algunas de las víctimas de los *trolls* a las que he entrevistado, yo sé de antemano lo que va a pasar. He hecho todo lo posible para anticiparme y mitigarlo. En los años transcurridos desde que comenzaron las amenazas de muerte, me he mudado de casa varias veces, he restringido cada vez más mis datos personales en las redes sociales y me he cuidado de no compartir nunca ningún detalle específico sobre mi familia o amigos. He dejado de escribir sobre cosas personales. Si me entrevistan o me fotografían en casa, pido a quien me entreviste que no mencione la zona y convenzo a quien me fotografíe de que la calle no aparezca en la foto. Es agotador vivir así. No sé qué es lo siguiente que va a pasar. Pero, en cierto modo, estoy lanzando el guante. Si los hombres de los grupos que he descrito se enteran de la publicación de este libro, se enfrentarán a un dilema. Afirmarán que doy una imagen falsa de sus comunidades y que las difamo. Pero si optan por bombardearme con amenazas e insultos, como ya han hecho en innumerables ocasiones, estarán dándome la razón. Me gusta pensar que les generará confusión.

Así pues, me da miedo escribir este libro, pero hacerlo es también un acto de resistencia. No podemos combatir un problema si la gente ni siquiera sabe que existe. Y, una vez que lo sepamos, todos tenemos la responsabilidad de responder a una sencilla pregunta: ¿qué vamos a hacer para solucionarlo?

El cambio que necesitamos es factible. Lo sé porque lo he visto con mis propios ojos.

Según mi experiencia, un colegio puede ser un microcosmos muy revelador de la sociedad. Tiene sus grupitos y comunidades, sus líderes y ciudadanos, su cultura y sus normas. Así pues, ha sido muy esclarecedor observar cómo intentan combatir diferentes escuelas la expansión de la misoginia extrema. He visto a centros que intentaban arrancarse el gusano demasiado rápido, creyendo que podían resolver el problema con una única asamblea escolar para tachar la tarea y seguir adelante. He visto cómo intentaban cortarle la cabeza a uno de los líderes con la esperanza de que así, imponiendo un único castigo, se trataran como por arte de magia los elementos más profundos del problema. Y he visto la putrefacción posterior a medida que los prejuicios se arraigan, las víctimas sufren reacciones violentas, la normalización avanza sin cambios y el ciclo se perpetúa.

Pero también he visto un colegio que hizo las cosas de otra manera. Tenían un problema grave y lo sabían. Decir que las actitudes con las que me encontré en mi primera visita eran profundamente misóginas sería quedarse corta. Las chicas guardaban un silencio sepulcral. Los chicos compartían los típicos

chismorreos de la machoesfera. El ambiente era tóxico. Pero el colegio, impulsado por un pequeño pero decidido grupo docente, había dado un primer paso fundamental: reconocer el problema. Lo que hicieron luego fue innovador.

Reflexionaron sobre las distintas formas posibles de resolver el problema. Y luego las pusieron todas en práctica. Convocaron un consejo estudiantil para que el propio alumnado pudiera determinar cuáles eran los problemas y proponer soluciones. Celebraron concurridas asambleas, sí, pero dirigidas por miembros varones del personal y con el apoyo visible de todo el equipo directivo. Dieron a entender que se tomaban el asunto en serio a todos los niveles. Y no se quedaron ahí. Las asambleas se completaron con debates en las tutorías en los que se trataron temas muy diversos y se profundizó en cuestiones como los estereotipos de género y la salud mental, analizando cómo afectaban tanto a los chicos como a sus compañeras. Ofrecieron a los estudiantes un espacio seguro para explorar y hablar del problema. En los casos en los que los jóvenes podían haber encontrado información engañosa en Internet, se les proporcionaban datos. Pero no se quedó solo en palabras. El colegio también empezó a tomar medidas para combatir el acoso sexual y dar a entender que era inaceptable. Designaron a un terapeuta para ofrecer apoyo en materia de salud mental. Trabajaron con los padres y madres, a los que invitaron a una charla para formarlos sobre los problemas a los que se enfrentan sus hijos y los contenidos virtuales que pudieran desconocer. Les dotaron de las herramientas, la información y la confianza necesarias para entablar conversaciones fundamentales con sus hijos adolescentes.

El colegio me fue invitando una y otra vez desde aquel primer día. Todos los años me pedían que impartiera la misma charla a un nuevo curso. Y así vi cómo cambiaban las cosas.

El segundo año que fui, el dial se había movido un poco. Un pequeño y valiente grupo de alumnas había creado una asociación feminista. Eran menos de diez y sus compañeros habían opuesto bastante resistencia, pero estaban decididas a seguir en la brecha. El ambiente seguía siendo hostil, pero en mi sesión los chicos hicieron menos comentarios abiertamente abusivos. La misoginia ya no tenía el monopolio. Incluso levantaron la mano una o dos chicas.

Al año siguiente, el tamaño de la asociación feminista se había duplicado. Había una sensación de apertura al debate. Seguía habiendo muchas ideas misóginas y bastante información errónea, pero ya no quedaba sin cuestionar del todo. El personal femenino ya no parecía desolado durante la sesión de preguntas y respuestas.

Cuando hice mi última visita, cinco años después de aquel difícil primer día, el colegio parecía irreconocible. Nos sentamos en las mismas aulas y yo hablé en

el mismo salón de actos, pero el ambiente no tenía nada que ver. No había pensamiento de grupo. Los alumnos seguían teniendo opiniones diferentes y, por supuesto, no todos se habían convencido como por arte de magia. Seguía habiendo chicos alborotadores y preguntas difíciles. Pero algo había cambiado entre una masa crítica de estudiantes. Las chicas levantaban la mano. El lugar ya no daba sensación de estar infectado.

No ocurre de la noche a la mañana, pero, si nos esforzamos lo suficiente, trabajamos en los diferentes frentes necesarios y existe la suficiente voluntad por parte de los modelos masculinos de asumir la responsabilidad del trabajo, es posible.

Así es como sacamos todo el gusano.

---

[93] Desde 2022, Promundo se llama Equimundo. (*N. de la T.*).

[94] «"Worrying" lack of diversity in Britain's tech sector, report finds», *The Guardian*, 14 de noviembre de 2018.

AGRADECI-
MIENTOS

He tenido la inmensa suerte de estar rodeada de un equipo brillante que ha apoyado la escritura de este libro desde el principio. Sobre todo, Abigail Bergstrom, quien, por un extraño giro del destino, me lo encargó durante su anterior etapa como editora en Simon & Schuster y también me animó a llegar a la meta como mi maravillosa y comprensiva agente en Gleam Titles. Le estoy sumamente agradecida por lo duro que ha trabajado y por su amabilidad, al igual que a Megan Staunton y a todo el equipo de Gleam.

Como siempre, estoy encantada de trabajar con el excelente equipo de Simon & Schuster, que entendió a la perfección desde el principio lo que quería conseguir con este libro y cuyas reflexivas, colaborativas y perspicaces aportaciones me han ayudado a hacerlo realidad.

Estoy profundamente agradecida a todas las personas entrevistadas que tan generosamente me han dedicado su tiempo y su experiencia en el curso de mi investigación para este libro, así como a los jóvenes de centros escolares de todo el país que tuvieron la valentía de permitirme acercarme a su mundo.

Tengo una gran deuda de gratitud con todas aquellas personas que apoyaron el libro mediante conversaciones de fondo y primeras lecturas o que me ofrecieron su apoyo y ánimo durante el periodo de escritura, como Hugh, Hayley, Aileen, Eileen, Lucy, Emma, Rachael, Brenna, Sarah, Charlotte y Joe. Y con mi familia, que me ha apoyado en mi carrera aun cuando las reacciones adversas fueran desproporcionadas y desconcertantes y pareciera que había caminos más fáciles.

Me hace sonreír que la gente me pregunte —como ya lo han hecho— si hay que ser una mujer que odia a los hombres para escribir un libro sobre los hombres que odian a las mujeres. Desde luego, ese es el estereotipo que los miembros de la machoesfera quieren hacernos creer. En realidad, es todo lo contrario. No creo que hubiera sido posible escribir este libro sin comprender de verdad el impacto y el poder de los hombres que aman a las mujeres. Los hombres que las defienden de manera incansable. Los hombres que comprenden las consecuencias reales de la misoginia y trabajan con ahínco y discreción, cada cual en su esfera, para hacer todo lo posible por mitigarla. Hombres así han apoyado mi causa y a ellos tengo que agradecerles muchos aspectos de mi

carrera. De formas muy distintas, todos ellos han contribuido a la publicación de este libro.

Hombres como Bob Currie, que me ayudó a creer (parafraseando a Alicia) que podía hacer un montón de cosas imposibles antes de la hora de comer. El doctor Michael Hurley, cuyo sereno desentrañamiento de la desigualdad lingüística de género me hizo tomar conciencia por primera vez de la naturaleza sistémica del sexismo. James Bartlett, cuya discreta generosidad y amabilidad han permitido que el proyecto Sexismo Cotidiano florezca desde sus primeros orígenes, y Tom Livingstone, que me ayudó a creer en el valor de mi propio tiempo. Hombres como Peter Florence y Stephen Dunbar-Johnson, que no se limitan a hablar, sino que trabajan duro y sin ostentación en sus campos profesionales para promover la igualdad de género.

Sobre todo, tengo una deuda de enorme gratitud con Nick, mi compañero, cómplice y mejor amigo. Nick es la clase de hombre cuyas creencias y comportamientos son anatema para los hombres descritos en este libro. La clase de hombre cuyo apoyo a mi incipiente interés por el feminismo ayudó a poner en marcha el proyecto Sexismo Cotidiano, y cuyo inagotable aliento me ha permitido continuar desde entonces. Alguien que no pontifica sobre los nuevos roles de género, sino que simplemente los vive; que no da lecciones sobre el trabajo compartido, sino que lo asume; que no espera elogios por brindar una ayuda infinita, sino que la ofrece sin reservas. Él es la prueba de que es posible un mundo distinto, de que es una tontería usar los imperativos biológicos para justificar el machismo, de que #NotAllMen… Su apoyo durante la escritura de este libro se ha mantenido inalterable pese a los compromisos profesionales, el desprecio de los desconocidos y el intenso acoso de los *trolls*.

Aunque parezca absurdo incluso tener que comentarlo, cuando me hacen las preguntas de siempre sobre si odio o no a los hombres, él es la respuesta. Y siempre que he dudado de mí misma, que he tenido dificultades con el libro o me he sentido abrumada por el acoso, también ha sido él la respuesta.

Gracias, Nick, te quiero.

Índice

Portada
Los hombres que odian a las mujeres
Introducción
01. Los hombres que odian a las mujeres
02. Los hombres que depredan a las mujeres
03. Los hombres que rehúyen a las mujeres
04. Los hombres que culpan a las mujeres
05. Los hombres que acosan a las mujeres
06. Los hombres que maltratan a las mujeres
07. Los hombres que se aprovechan de otros hombres
08. Los hombres que temen a las mujeres
09. Los hombres que no saben que odian a las mujeres
10. Los hombres que odian a los hombres que odian a las mujeres
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Laura Bates
Créditos

Los hombres que odian a las mujeres

Imagina un mundo en el que una vasta red de incels y otros misóginos son capaces de operar prácticamente sin ser detectados. Estos extremistas cometen actos terroristas deliberados contra las mujeres. Los adolescentes vulnerables son preparados y radicalizados.

No tienes que imaginar ese mundo. Ya vives en él. Quizá no lo sepas porque no nos gusta hablar de ello. Pero ya es hora de que empecemos.

En este libro urgente e innovador, Laura Bates, autora de bestsellers y fundadora del Proyecto Sexismo Cotidiano, se adentra en la clandestinidad para sacar a la luz vastas redes y comunidades misóginas. Es una inmersión profunda en el extremismo mundial.

Las entrevistas con antiguos miembros de estos grupos y con las personas que luchan contra ellos ofrecen una visión única del funcionamiento de este movimiento. Las ideas se difunden desde los rincones más oscuros de Internet -a través de trolls, medios de comunicación y celebridades- hasta las escuelas, los lugares de trabajo y los pasillos del poder, pasando a formar parte de nuestra conciencia colectiva.

Sin censura, y a veces tanto chocante como aterradora, esta es la incómoda verdad sobre el mundo en que vivimos. Y lo que debemos hacer para cambiarlo.

Laura Bates. Escritora feminista británica, colabora con *The Guardian* entre otras publicaciones. Fundó la página web *Daily Sexism Project* en abril de 2012. Su primer libro, *Everyday Sexism*, se publicó en 2014. Previamente trabajó como actriz y niñera, un periodo en el que experimentó el sexismo en las audiciones y descubrió que las niñas que cuidaba estaban demasiado preocupadas por su imagen. Fue galardonada con la Medalla del Imperio Británico en 2015 por servicios de igualdad de género y recibió el Ultimate New Feminist Award de la revista Cosmopolitan en 2013.

Título original: *Men Who Hate Women: From incels to pickup artists, the truth about extreme misogyny and how it affects us all* (2021)

© Del libro: Laura Bates
© De la traducción: Paula Zumalacárregui Martínez
Edición en ebook: marzo de 2023

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-12613-08-7

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.